VOLTAIRE



CARTAS FILOSÓFICAS

Voltaire

1694 Nace en París, el 21.de noviembre, François-Marie Arouet, Voltaire, segundo hijo del notario François Arouet, distinguido por su ardiente jansenismo. La infancia de Voltaire no es muy bien conocida (en parte porque él mismo ocultó muchos aspectos de su biografía), pero a lo largo de su vida reiteró en varias ocasiones que había nacido el 20 de febrero de 1694 y que no era hijo de François Arouet, sino de un chansonnier llamado Rochebrune.
1704-1711 Estudios en el colegio de los jesuitas LOUIS-le-Grand de Paris, donde recibe una severa educación religiosa y una sólida formación clásica. Por esta época, su padrino, el abad de Châteauneuf, le introduce en la sociedad del Temple y otros círculos de librepensadores a los cuales causa asombro el ingenio y la mordacidad de Voltaire.
1713 Habiendo iniciado la carrera de leyes, se traslada a La Haya, en calidad de secretario del embajador francés. Idilio con Pimpette Dunoyer, hija de un refugiado francés. El embajador, temiendo el escándalo, le obliga a regresar a París.
1714 Contrariando los deseos de su padre, empieza a dedicarse por completo a la literatura. Muy pronto se hace famoso en la sociedad parisiense de la época por sus epigramas satíricos.
1717 A causa de unos versos en los que se mofaba del Regente, el duque de Orleáns, es recluido (Mayo) en la Bastilla durante once meses.

1718 Estrena con gran éxito su primera tragedia, Edipo; es aclamado como el sucesor de Racine y adopta entonces el seudónimo de Voltaire (posible anagrama de «Arouet le Jeune»).
1722 Muere François Arouet. Voltaire, que ha obtenido una pensión del Regente, es ya poeta de la corte.
1725 Disputa con el caballero de Rohan, miembro de una de las familias más prominentes de la aristocracia francesa, en la cual Voltaire sostiene que su nombre será famoso sólo a partir de él mismo. Como consecuencia de esta disputa, es apaleado por los criados del caballero.
1726 A fin de evitar que rete en duelo al caballero de Rohan, es de nuevo recluido en la Bastilla. Recobra la libertad al cabo de cinco meses, pero bajo condición de exiliarse en Inglaterra.
1728 Publica La Henriada, poema épico dedicado a la reina de Inglaterra. A finales de este año, regresa a Francia.
1730 Estrena Bruto, tragedia con ecos shakespearianos.
1731 Con Historia de Carlos XII inicia la publicación de obras de contenido histórico, en las que se basará, en lo sucesivo, parte de su reflexión filosófica.
1732 Obtiene un gran éxito con el estreno de otra de sus tragedias: Zaïre. Voltaire es ya un hombre afamado y rico, pues mediante especulaciones ha conseguido amasar una considerable fortuna, que en lo sucesivo le garantizará su independencia intelectual frente a la corte.

1734 La publicación de las Cartas filosóficas o Cartas inglesas, con su acerba crítica de las instituciones francesas, provoca un enorme escándalo. A fin de eludir una orden de arresto, Voltaire huye de París y se refugia en la Lorena, en el castillo de Cirey, propiedad de su amante Madame du Châtelet.
1735 La influencia de Shakespeare es todavía patente en la tragedia La muerte de César, representada en París.
1736 Estreno de la tragedia Alzire. Abandona provisionalmente Cirey y se refugia en los Países Bajos.
1737 Regresa a Cirey. Aparece Elementos de la filosofía de Newton, obra en la que divulga las teorías newtonianas.
1739 Junto con Madame du Châtelet, alterna sus estancias en Cirey con Viajes a Bélgica y a París. Fruto de un intenso trabajo, Voltaire está en trance de adquirir una vasta cultura filosófica, histórica y científica.
1740 Primer encuentro entre Voltaire y Federico II de Prusia cerca de Clèves.

1741 Primeras representaciones de Mahoma o el fanatismo.
1742-1743 La realización de sendas misiones diplomáticas ante Federico II le granjea la protección de su amigo el marqués de Argenson y de Madame Pompadour. Estreno de Mérope.
1745 Escribe un poema celebrando la victoria de Fontenoy y es nombrado historiógrafo real.
1746 Ingresa en la Academia Francesa.
1747 Publica Zadig, primero de sus cuentos filosóficos.
1748 Intenta desbancar a Crébillon, dramaturgo favorito de la corte, pero el estreno de su tragedia Sémiramis concluye en un estrepitoso fracaso.
1749 Muerte de Madame du Châtelet. Voltaire cae en una profunda crisis
1750 Tras el nuevo fracaso de su tragedia Oreste, acepta la invitación de su amigo Federico II de Prusia y se instala en Potsdam.
1751 Aparece El siglo de Luis XIV, obra a la que ha dedicado largos años de investigación histórica.
1752 Publica un nuevo cuento, Micrómegas.
1753 Las relaciones con el monarca «filósofo» concluyen con una violenta ruptura. Voltaire huye de Berlín.
1754 Reside en Colmar después de habérsele prohibido el retorno a París.
1755 Se instala en Ginebra, donde adquiere la propiedad «Les Délices». Publica La doncella, poema bufo en el que trata sobre la vida de Santa Juana de Arco. Inicia su colaboración en la Enciclopedia. El terremoto de Lisboa le inspira su Poema sobre el desastre de Lisboa.
1756 Da a conocer el Ensayo sobre las costumbres, en el que expone y desarrolla su filosofía de la historia.
1758 Su estancia en Ginebra es mal vista por las autoridades calvinistas. Adquiere una gran propiedad en Ferney, cerca de la frontera con Suiza, donde pasará los últimos años de su vida.

1759 Publica Cándido o el optimismo, una de sus obras maestras.
1762 Lanza el asunto Calas (familia de hugonotes tolosanos, acusada de un crimen con implicaciones religiosas) .
1763 Aparece el Tratado sobre la tolerancia. Voltaire, que ha conseguido la revisión del proceso Calas, prepara el lanzamiento del caso Sirven, un escándalo de características parecidas y que deriva igualmente de la anacrónica legislación sobre los protestantes franceses.
1764 Primera edición del Diccionario filosófico y del cuento Jeannot y Colin. Escribe contra Rousseau El sentimiento de los ciudadanos.
1766 Estalla el escándalo La Barre, similar al de Calas y Sirven. Voltaire lanza de nuevo una campaña en favor de la tolerancia religiosa. Es aclamado en toda Europa como una especie de patriarca de las letras.
1772 Cae gravemente enfermo.
1778 Regresa a París tras veintiocho años de ausencia. Hace su última profesión de fe: «Muero adorando a Dios, amando a mis amigos, no odiando a mis enemigos y detestando la superstición». Muere el 30 de mayo.

Cartas filosóficas

El pensamiento filosófico de Voltaire no está articulado de modo sistemático. De esta característica generalizable, en cierto modo, a todos los «filósofos» franceses del siglo XVIII resulta que la filosofía volteriana se halla dispersa a lo largo de una vasta obra, en textos propiamente filosóficos, históricos y literarios. Temperamentalmente alejado de toda abstracción, Voltaire se interesó siempre por las formas concretas del pensamiento, pero éstas, sin jerarquización ninguna, tomaron cuerpo según las vicisitudes del momento y de acuerdo con un plan de acción «ilustrado».

Este plan Voltaire lo sintetizó durante años en el lema Ecrasez l'infame («Aplastad al infame») expresión de aquello que más tercamente se oponía a la razón: el oscurantismo, la superstición, la intolerancia, la estupidez, la tortura; aberraciones que el autor de las Cartas filosóficas remitió invariablemente a lo largo de su vida a un único origen: la Iglesia, en tanto que institución más representativa del fanatismo organizado.

En su Diccionario filosófico -del que se ha hecho una selección de las voces más significativas en esta edición-, Voltaire definió el fanatismo como «el efecto de una conciencia falsa, que sujeta la religión a los caprichos de la fantasía y el desconcierto de las pasiones». Aunque escrita en la madurez, esta definición es el compendio del plan antes aludido: tratar de reflexionar sobre las causas de esta irracionalidad humana y actuar contra ella; he aquí el proyecto volteriano.

Ahora bien, esta reflexión no tendrá un orden; irá surgiendo, como se ha dicho, según las vicisitudes por las que pase Voltaire. De una de ellas --el exilio en Inglaterra-- nacerán las Cartas filosóficas o Cartas inglesas, estructuradas en una serie de trece artículos que en forma dialogada abarcarán distintos temas.

El propósito de las Cartas es el de presentar a Inglaterra como un país modélico, en contraste con una Francia menos civilizada, a pesar de haber tenido un gran rey -Luis XIV- ya pesar de ser en aquellos momentos la primera potencia del continente europeo. Para Voltaire, que desarrolla una idea ya expuesta en la Historia de Carlos XII, los grandes hombres no son belicistas y no se miden por sus hazañas heroicas, sino por el grado de bienestar --económico, social, político-- que consiguen para sus pueblos. De ahí que Inglaterra, nación de comerciantes y marineros, superara a la postre a la grandiosa Francia de Luis XIV: la una había alcanzado un nivel económico y un grado de libertad en sus instituciones como jamás pueblo alguno hubiera llegado a imaginar; la otra mantenía un ruinoso sistema fiscal y bostezaba bajo el inmovilismo del cardenal Fleury.

Las Cartas, partiendo de esta contrastación, son, en primer lugar, una especie de tratado sobre la tolerancia religiosa. La libertad personal de los ingleses es la base sobre la que se apoya una cualidad rarísima entre los pueblos: la capacidad de pensar. La razón aplicada a dilucidar las grandes cuestiones religiosas y filosóficas ha dado como resultado la existencia de cuáqueros, anglicanos, presbiterianos y de otras comunidades; es decir, de un mosaico de religiones que conviven bajo el Estado, lejos ya del monopolio fanático de un credo religioso único.

De la misma manera, los ingleses están en la vanguardia del pensamiento científico: Newton es un filósofo modélico porque, desdeñando las especulaciones a priori, se limita a observar los hechos y deduce unas leyes de esta observación; al igual que Locke, cuyo empirismo se opone a las lucubraciones cartesianas.

¿Pero quién hace posible esta libertad personal, base de la tolerancia religiosa y del pensamiento racionalista? El gobierno; ahora bien, un gobierno que la nación inglesa -caso único en el mundo- supo imponer al término de sus guerras civiles y en el cual «el príncipe es todopoderoso para realizar el bien, pero tiene atadas las manos para hacer el mal; ese gobierno en que los señores son grandes sin insolencias y sin tener vasallos, y en el que el pueblo participa sin confusión».

La publicación de las Cartas filosóficas causó un enorme escándalo en Francia y fueron prohibidas. Pero Voltaire recogió, muchos años más tarde, las ideas que contenían, y las integró en el Diccionario filosófico (1764). A pesar de la diferencia entre las dos obras, hay una semejanza que las hermana y es su estructura miscelánea, rasgo éste típicamente volteriano y derivado -como ya se ha aludido- del carácter asistemático de su pensamiento. Voltaire es un filósofo que únicamente capta los objetos precisos y limitados, y es ésta una de las razones por las cuales se le ha considerado como un precursor de la moderna mentalidad burguesa, que se hará hegemónica con el advenimiento de la Revolución industrial en Europa.

Las Cartas, desde luego, no escandalizaron a la clase media francesa, a la que Voltaire pertenecía; más bien al contrario, le permitieron empezar a reconocerse en aquel grito inglés que, según el autor, no era otro que el de Liberty and property («Libertad y propiedad»); grito, por cierto, muy concreto, pues ¿existe mayor abstracción que la de ser libre y no poseer nada? Pero hasta llegar a 1789, la burguesía francesa aún había de recorrer un largo camino y era preciso,

antes que nada, tomar conciencia de aquel programa ilustrado que M. Arouet le Jeune -también llamado Voltaire, Lord Bolingbroke, Rabbi Akib o Cubstorf o de otra manera según los casos- proponía en concreto con o sin seudónimos. La igualdad es natural en el hombre, pero la desigualdad es indispensable para que exista un orden social -se lee en el Diccionario filosófico-; un Estado debe comprender «una infinidad de hombres que no posean nada».

En el mismo Diccionario, en la voz Democracia se dice que «el gobierno popular es por su esencia menos inicuo y abominable que el poder tiránico», pero también se dice que «la democracia parece que no convenga más que a una nación reducida y que esté colocada en sitio a propósito».

Las dudas acerca de la viabilidad del sistema democrático, Voltaire las fue adquiriendo después de la publicación de las Cartas. De un lado llegó a considerar el modelo inglés como un caso excepcional de gobierno, inaplicable por el momento a Francia; de otro, su filosofía de la historia --madurada tras los largos años de investigación que exigió El siglo de Luis X[V-- le llevó a pensar que su país necesitaba de una política centralizada, dada su extensión, y de una monarquía, pero no absoluta, sino ilustrada, como única forma real de gobierno progresista.

La distancia que media entre las Cartas filosóficas y el Diccionario filosófico es la misma que separa el optimismo de la Ilustración del de la generalización del despotismo ilustrado. El mejor de los mundos posibles de Leibniz es para Voltaire un mundo de horror en el que se acumulan las guerras, los fanatismos, las enfermedades, los terremotos (como el de Lisboa), las manifestaciones, en suma, del mal. La reflexión filosófica contenida en el cuento Cándido o el optimismo propone una salida: «Cultivemos nuestro jardín», amarga ironía para quien trazó un plan para luchar contra la irracionalidad humana.

Para este deísta obstinado que consideró a la metafísica impotente y que rechazó la Revelación; para este racionalista burgués, apóstol de la tolerancia y de la libertad, el problema del mal quedó sin solución en su pensamiento. Consciente de los límites de la razón, no otorgó a ésta más de lo que su realismo le permitía: ser propiedad esencial del hombre, quien, como tal, debe ejercerla. y así lo hizo él mismo, Voltaire, luchando contra la parte del mal que sí alcanzó a comprender: el fanatismo.

El autor en el tiempo

Antecedentes. La vida y la obra de Voltaire se hallan enmarcadas en la Ilustración, ese movimiento cultural que en Francia se inició en 1715 -año de la muerte de Luis XIV- y concluyó en 1789 con la Revolución francesa. y ello hasta el punto de que este Siglo de la Ilustración o de las Luces ha sido denominado en ocasiones «el siglo de Voltaire», en un intento por subrayar la coincidencia de objetivos entre el autor de las Cartas filosóficas y el movimiento. Pero esto requiere algunas matizaciones.

Voltaire tiene como antecedentes a las corrientes racionalistas y empiristas del siglo XVII. En un sentido positivo, acoge la influencia de Locke y de Newton -como ya se ha señalado- y rechaza las posiciones apriorísticas de Descartes, en un sentido negativo. Del mismo modo recoge la tradición metafísica de Malebranche y de Spinoza, pero le da un vuelco sosteniendo la imposibilidad filosófica de cualquier metafísica. Mención aparte merece Pascal, porque permitió a Voltaire la crítica de un pensamiento todavía apegado al dogma religioso y, con ello, la construcción de su propio pensamiento: la finalidad de la vida no radica en la penitencia como medio para alcanzar el cielo, sino en el cumplimiento de aquello para la cual la naturaleza ha destinado a los hombres, esto es, la felicidad, asequible mediante el progreso material y moral.

Las influencias filosóficas del siglo XVII son complementarias en Voltaire con las influencias literarias. El joven Arouet enlazó, en sus primeras tragedias, con el clasicismo francés, y prosiguió en esta tradición, aunque remozándola, claro está, aun después de que Diderot y los enciclopedistas impulsaran un tipo de teatro propagandístico al servicio de sus ideas filosóficas.

Su época.

Las relaciones que Voltaire sostuvo con los enciclopedistas son contradictorias. Pero dado que pertenecían a una generación más joven, antes es preciso hablar del período que discurre hasta 1750 (fecha de presentación del prospecto de la Enciclopedia, redactado por Diderot) y que conforma la primera etapa de la Ilustración francesa (la segunda se extenderá desde la publicación de la Enciclopedia en 1751 hasta el estallido de la Revolución). En este período, Voltaire tuvo un papel de precursor de la nueva filosofía ilustrada, pero no creó ninguna escuela. Rechazó todo contacto con el círculo que animaba Fontenelle --pese a mantener unas características ideológicas afines en el fondo-- y tuvo por gran rival a Montesquieu. Este, que también había importado su espíritu crítico de una estancia en Inglaterra, se le adelantó en trece años con la publicación de sus Cartas persas en 1721, pero Voltaire se desquitó aun con retraso en las Cartas filosóficas y, sobre todo, oponiendo una filosofía de la historia directamente enfrentada a los contenidos del Espíritu de las leyes (1748).

Dicha filosofía, explícita sobre todo en el Ensayo sobre las costumbres, antepone el «espíritu del tiempo», como rector de los grandes acontecimientos del mundo, al «espíritu de las leyes». El espíritu del tiempo es único (la misma causa no opera dos veces, ni tampoco su efecto) y su gran motor son los grandes hombres, que han conseguido, en el devenir de los siglos, crear civilización partiendo de un primitivo estado de ignorancia. Voltaire, con todo, no supo responder rigurosamente a la gran cuestión planteada en El espíritu de las leyes, a saber, cómo se concilia la autoridad del Estado con la libertad de los ciudadanos. Partidario de un poder fuerte, encarnado en el despotismo ilustrado, Voltaire reclamó para sí una libertad que consideraba absolutamente necesaria, pero no se planteó el problema de las instituciones que habían de vertebrar autoridad y libertad.

Con los enciclopedistas, sus relaciones fueron, como se ha dicho, contradictorias. Voltaire acogió con fervor el proyecto de la Enciclopedia y colaboró en ella escribiendo algunos artículos como Elegancia, Elocuencia, Espíritu, Imaginación. Contó además con decididos partidarios entre la nueva generación como D'Alembert --a quien inspiró su artículo Ginebra, también para la Enciclopedia--, Condorcet, Damilaville, La Harpe, Villette, etc. Pero, a la vez, mantuvo posiciones ideológicas no del todo compatibles con el espíritu de los enciclopedistas.

Así, se opuso al materialismo de Diderot, Buffon, D'Holbach, porque consideró que sin la existencia de un «Ser Supremo» nada podía explicarse. Voltaire creía, además, que la ciencia podía dar cuenta de un fenómeno, como, por ejemplo, el de la gravitación, pero que estaba limitada para explicar las causas de dicho fenómeno (esto correspondía a Dios). Atacó, en consecuencia, a D'Holbach y ridiculizó a Buffon porque sostenía la existencia de fósiles (para Voltaire, «conchas»)

Índice

CARTAS FILOSÓFICAS

Cartas filosóficas

PRIMERA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Pensé que la doctrina y la historia de un pueblo tan extraordinario merecían despertar la curiosidad de un hombre razonable. Para instruirme me fui a ver a uno de los cuáqueros más célebres de Inglaterra, el cual, tras estar dedicado treinta años al comercio, había sabido poner un límite a su fortuna ya sus deseos, retirándose al campo en las cercanías de Londres.

Lo encontré en su retiro; una casa pequeña pero bien construida, limpia y sin adornos inútiles. El cuáquero era un hermoso anciano, que nunca había estado enfermo, porque no sabía lo que eran las pasiones ni la intemperancia; jamás he conocido a nadie con aspecto más noble y simpático que el suyo. Al igual que sus demás compañeros de religión, utilizaba un traje sin pliegues a los costados, ni botones en los bolsillos o en las mangas, y llevaba sobre su cabeza un sombrero grande con las alas vueltas hacia arriba, semejante a los usados por nuestros eclesiásticosMe recibió sin quitarse el sombrero, adelantándose hacia mí sin hacer ni la más leve inclinación hacia el suelo; sin embargo, la expresión abierta y humana de su semblante denotaba más cortesía que la costumbre de echar un pie hacia atrás y coger con la mano lo que está hecho para cubrir la cabeza.

-Amigo -me dijo-, observo que eres extranjero. Si puedo serte útil no tienes más que hablar.

-Señor -le respondí haciendo una reverencia y echando un pie hacia atrás, según nuestra costumbre-, espero que mi justificada curiosidad no os causará molestia y querréis hacerme el honor de instruirme en vuestra religión.

-Las gentes de tu país -me contestó- hacen demasiadas reverencias y cumplidos, pero nunca encontré a ningún compatriota tuyo que se interesara en lo mismo que tú. Entra y comencemos por comer juntos.

Le hice algunos cumplidos, pues no es fácil olvidar de pronto nuestros hábitos y, tras una comida sana y frugal que empezó y terminó con una oración a Dios, me puse a interrogar a mi hombre.

-Mi querido señor -le dije--, ¿estáis bautizado?

-No -me contestó el cuáquero-, y mis compañeros de religión tampoco lo están.

-¿Cómo? Voto al cielo -repliqué yo-. ¿Entonces no sois cristianos?

-Hijo mío -repuso en tono suave-, no jures. Nosotros somos cristianos y nos esforzamos en ser buenos cristianos, pero no creemos que el cristianismo consista en echar un poco de agua con sal sobre la cabeza.

-Eh. Diablos -dije, ofendido por semejantes impiedades--. ¿Es que acaso habéis olvidado que Jesucristo fue bautizado por Juan?

-Amigo, deja de jurar de una vez -dijo el piadoso cuáquero-. Efectivamente, Juan bautizó a Cristo, pero éste no bautizó a nadie. Nosotros somos discípulos de Cristo, no de Juan.

- ¡Ay !-exclamé-, si hubiera Inquisición en este país, qué pronto os quemarían, pobre hombre. Ruego a Dios que pueda yo bautizaros y convertiros en un verdadero cristiano.

-Si ello fuera preciso para condescender con tus debilidades, lo haríamos con gusto -agregó en tono grave-. No condenamos a nadie porque practique la ceremonia del bautismo, pero pensamos que los que profesan una religión verdaderamente sana y espiritual deben abstenerse, en lo que les sea posible, de realizar prácticas judaicas.

-Es lo que me faltaba por escuchar. ¿Qué ceremonias judaicas? -exclamé.

-Sí, hijo mío -continuó diciendo-, y tan judaicas que muchos judíos todavía hoy en día practican en ocasiones el bautismo de Juan. Consulta la historia antigua y verás que en ella se dice que Juan no hizo más que renovar una costumbre que mucho tiempo antes de que él naciera

era practicada por los judíos, de la misma forma que la peregrinación a La Meca lo era por los ismaelitas. Pero circuncisión y ablución son abolidas por el bautismo de Cristo, ese bautismo espiritual, esa ablución del alma que salva a los hombres. Ya lo decía Juan, el precursor: «Yo os bautizo en verdad con agua, pero otro vendrá después de mí, más poderoso que yo, del que no soy digno de descalzarle las sandalias. Él os bautizará con el fuego y con el Espíritu Santo». Y el gran apóstol de los gentiles, Pablo, escribió a los corintios: «Cristo no me ha enviado para bautizar, sino para predicar el Evangelio». Pablo bautizó con el agua a tan sólo dos personas y muy a su pesar circuncidó a su discípulo Timoteo. Los demás apóstoles también circuncidaron a todos aquellos que lo deseaban. ¿Tú estás circuncidado?

Le respondí que no tenía ese honor .

-Y bien, amigo mío; de este modo tú eres cristiano sin estar circuncidado y yo lo soy sin haber sido bautizado.

De esta manera aquel buen hombre aprovechaba astutamente tres o cuatro pasajes de las Sagradas Escrituras que parecían dar la razón a su secta; pero con la mejor fe del mundo se olvidaba de un centenar de pasajes que se la quitaban. No me tomé el trabajo de rebatir sus argumentos. Nada se puede hacer con los entusiastas. Jamás hay que hablarle a un hombre de los defectos de su amante, ni a uno que litiga los defectos de su causa, ni dar razones a un iluminado. De manera que me puse a hablar de otras cuestiones.

-En lo que se refiere a la comunión -le pregunté-, ¿de qué modo la practicáis? -No la practicamos -dijo él. -¿Qué? ¿No comulgáis?

-No, tan sólo practicamos la comunión de los corazones. Volvió a citarme las escrituras. Me colocó un hermoso sermón contra la comunión y, en tono inspirado, me habló para probarme que todos los sacramentos eran invenciones humanas y que la palabra sacramento no figuraba en ningún lugar del Evangelio.

-Perdona --dijo-- que en mi ignorancia no haya podido darte ni la centésima parte de las pruebas de mi religión, pero de todas formas puedes encontrarlas en la exposición que de nuestra fe hace Robert Barclay; es uno de los mejores libros que hayan sido escritos por el hombre. Nuestros enemigos dicen de él que es muy peligroso, lo cual prueba que es verdadero.

Le prometí leer el libro, con lo cual el cuáquero creyó que me había convertido.

Luego, con unas pocas palabras, me explicó la razón de algunas singularidades de su secta, que la exponen al desprecio ajeno.

-Confiesa -me dijo- que tuviste que hacer un gran esfuerzo para no echarte a reír cuando respondí a tus cumplidos con el sombrero puesto y tuteándote. Sin embargo, creo que eres lo bastante instruido Como para saber que en los tiempos de Cristo ningún pueblo cometía la ridiculez de reemplazar el singular por el plural. A César Augusto se le decía; te amo, te ruego, te agradezco. Ni siquiera toleraba que se le dijese señor, dominus. Sólo después de mucho tiempo los hombres se hicieron llamar vos en lugar de tú, como si fueran dobles, y usurparon los impertinentes títulos de Grandeza, Eminencia, Santidad, que son los mismos títulos que los gusanos de tierra dan a otros gusanos de tierra, asegurándoles, con profundo respeto e insigne falsedad, que son sus más humildes y obedientes servido- res. Para ponernos en guardia contra ese indigno comercio de adulaciones y mentiras tuteamos tanto a los reyes como a los zapateros remendones y no saludamos a nadie, sin- tiendo por los hombres caridad, y respeto tan sólo por las leyes. Usamos un traje diferente al del resto de los hombres para que ello nos recuerde continuamente que no debemos parecernos a ellos. Los demás llevan las insignias de sus dignidades; nosotros, las de la humildad cristiana. Huimos de las fiestas mundanas, de los espectáculos, del juego, por- que creemos que seríamos dignos de lástima si llenáramos con trivialidades semejantes unos corazones que están reservados a Dios. No juramos nunca, ni siquiera delante de la justicia. Pensamos que el nombre del Altísimo no debe prostituirse mezclándolo con las miserables querellas de los hombres. Cuando debemos comparecer ante los magistrados por asuntos que conciernen a otros (pues nosotros nunca nos metemos en procesos), decimos la verdad únicamente, un sí o un no, mientras que muchos cristianos cometen perjurio sobre los Evangelios. No vamos nunca a la guerra, no porque temamos a la muerte, ya que, al

contrario, bendecimos el momento que nos une al Señor de los seres, sino porque no somos ni lobos, ni tigres, ni dogos, sino hombres cristianos. Nuestro Dios, que nos ha ordenado amar a nuestros enemigos y sufrir en silencio, no quiere que crucemos los mares para estrangular a nuestros hermanos tan sólo porque unos verdugos vestidos de rojo, con gorros de dos pies de altura, enrolan a los ciudadanos haciendo ruido con dos palitos que golpean una piel de asno tirante. Cuando tras una victoria de las armas Londres entera resplandece iluminada; cuando, el cielo brilla con los fuegos de artificio; cuando los aires resuenan con el ruido de las acciones de gracias, de las campanas, de los órganos, de los cañones, nosotros nos lamentamos en silencio por esas muertes que causan el público regocijo.

SEGUNDA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Esta fue, más o menos, la conversación que sostuve con aquel hombre singular. Pero mi sorpresa fue mayor al domingo siguiente, cuando me llevó a la iglesia de los cuáqueros. Estos poseen varias capillas en Londres; la que yo visité se encuentra cerca del famoso pilar llamado «El Monumento». Cuando entré, conducido por mi amigo, estaban ya todos reunidos. En la iglesia habría alrededor de cuatrocientos hombres y trescientas mujeres; éstas ocultaban sus semblantes detrás de sus abanicos; los hombres cubrían sus cabezas con grandes sombreros; todo el mundo estaba sentado y guardaba un profundo silencio. Pasé entre los fieles y ninguno levantó su vista hacia mí. El silencio se prolongó durante un cuarto de hora. Por fin uno de ellos se levantó, se quitó el sombrero, y después de algunas muecas acompañadas de suspiros recitó, medio con la boca, medio con la nariz, un galimatías que creía extraído del Evangelio, pero que ni él ni nadie entendía. Después que el contorsionista hubo terminado su monólogo y la Asamblea se hubo dispersado, edificada y entontecida, pregunté a mi buen hombre por qué los más sabios de entre ellos tenían que aguantar semejantes estupideces, a lo cual me contestó:

-Tenemos que tolerarlas porque cuando un hombre se pone en pie para hablar no podemos saber si es la inteligencia o la locura lo que le mueve; en la duda, escuchamos pacientemente y hasta permitimos hablar a las mujeres. A veces, dos o tres de nuestras devotas se sienten inspiradas al mismo tiempo y entonces sí que la casa del Señor se llena de ruido.

-¿No tenéis sacerdotes? -le pregunté.

-No, amigo mío -replicó el cuáquero--, y nos encontramos muy contentos de ello. No quiera Dios que nos atrevamos a ordenar que alguien reciba al Espíritu Santo los domingos, excluyendo a los demás fieles. Gracias a Dios somos los únicos en el mundo que no tenemos sacerdotes. ¿Querrías tú quitarnos distinción tan honrosa? ¿Por qué razón deberíamos entregar nuestro hijo a una nodriza mercenaria cuando tenemos leche suficiente para alimentarlo? Esas mercenarias dominarían enseguida la casa, sometiendo a madre e hijo. Dios dijo: «Habéis recibido gratuitamente, dad también gratuitamente». Después de una declaración así, ¿podríamos comerciar con el Evangelio, vender el Espíritu Santo y transformar una asamblea de cristianos en una tienda de mercaderes? Nosotros no damos dinero a unos hombres vestidos de negro para que asistan a nuestros pobres, entierren a nuestros muertos y prediquen a los fieles; estos oficios santos nos son demasiado queridos como para dejar que otros los realicen.

-¿Pero cómo podéis saber si es realmente el espíritu de Dios el que inspira vuestros discursos? -insistí.

-Quienquiera que ruegue a Dios para que lo ilumine, quienquiera que anuncie las verdades evangélicas como él las siente, puede estar seguro que es Dios quien lo inspira.

Dicho esto, me abrumó con citas de las Escrituras que demostraban, en su opinión, que no puede haber cristianismo sin revelación inmediata, y añadió estas notables palabras:

-¿Cuando mueves uno de tus miembros es tu propia fuerza quien lo impulsa? No, sin duda, pues a menudo ese miembro tiene movimientos involuntarios. El que creó tu cuerpo es el que

anima ese cuerpo de barro. y las ideas que recibe tu alma, ¿eres tú quien las forma? Todavía menos, pues ellas nacen a tu pesar. El creador de tu alma es quien te da tus ideas, pero como le ha dado libertad a tu corazón, da a tu espíritu las ideas que aquél merece. Tú vives en Dios, actúas y piensas en Dios. No tienes más que abrir los ojos a esta luz que ilumina a los hombres; entonces verás la verdad y la harás conocer .

- ¡Ah! --exclamé-, esto parece dicho por el padre Malebranche.

-Conozco a tu Malebranche -dijo--. Era un poco cuáquero, pero no lo bastante.

Estas son las cosas más importantes que aprendí sobre la doctrina de los cuáqueros. En la primera carta encontraréis su historia, que seguramente os parecerá todavía más singular que su doctrina.

TERCERA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Habéis visto ya que los cuáqueros se remontan al tiempo de Jesucristo, que según ellos fue el primer cuáquero. Según ellos, la religión fue corrompida después de su muerte y quedó en esa corrupción alrededor de mil seiscientos años; pero hubo siempre algunos cuáqueros escondidos por el mundo que tenían a su cuidado conservar el fuego sagrado, apagado en el resto de la tierra, hasta que finalmente esa luz se propagó en Inglaterra en el año 1642.

En la época en que Gran Bretaña se desgarraba por las guerras civiles emprendidas por tres o cuatro sectas en nombre de Dios, un hombre llamado Georges Fox, del condado de Leicester, hijo de un obrero sedero, emprendió su predicación de verdadero apóstol tal como él la entendía, es decir , sin saber leer ni escribir. Era un joven de veinticinco años, de costumbres irreprochables y santamente loco. Vestía de cuero de pies a cabeza e iba de pueblo en pueblo vociferan- do contra las guerras y contra tos clérigos. Si hubiera predicado solamente contra las gentes de armas no hubiera tenido nada que temer; pero atacaba a las gentes de iglesia y lo metieron enseguida en la cárcel. Lo llevaron al juzgado de paz de Derby. Fox se presentó ante el juez con su gorro de cuero puesto. Un sargento le dio un golpe, diciéndole:

-Bribón, ¿no sabes que tienes que descubrirte delante del juez?

Fox, presentándole la otra mejilla, le rogó que le diera otra bofetada. Antes de interrogarlo, el juez quiso que prestara juramento.

-Amigo mío -dijo Fox-, has de saber que nunca tomo el nombre de Dios en vano.

El juez, al verse tutear por aquel hombre, ordenó que fuera llevado al hospicio de Derby y que se le azotara.

Georges Fox se dirigió al hospicio entonando alabanzas a Dios y allí fue cumplida rigurosamente la sentencia del juez. Los encargados de cumplir la sentencia se quedaron muy sorprendidos cuando Fox les rogó que, por el bien de sus almas, le propinaran algunos azotes más. Aquellos caballeros no se hicieron rogar y Fox recibió doble ración, de lo cual quedó muy agradecido. Luego les predicó. Al principio se rieron de él, luego le escucharon, y como el entusiasmo es contagioso muchos se convencieron y los que le habían azotado fueron sus primeros discípulos.

Cuando salió de la cárcel recorrió los campos acompañado de una docena de prosélitos, predicando siempre contra el clero y siendo azotado de cuando en cuando. Un día, cuando estaba en la picota, arengó al pueblo con tal entusiasmo que convirtió a una cincuentena, mientras que los demás se interesaron por él, por lo cual, mediante un gran tumulto, lo sacaron del lugar donde estaba, fueron en busca del pastor anglicano responsable de la condena y lo pusieron en la picota.

Su temeridad llegó a tal punto que convirtió a varios soldados de Cromwell, que dejaron las armas y se negaron a prestar juramento. Cromwell no quería ni oír hablar de una secta enemiga de la guerra, de la misma manera que Sixto Quinto opinaba mal de una secta «dove non se chiavava». Cromwell utilizó su poder para perseguir a los recién llegados, con los cuales llenó las

prisiones. Pero las persecuciones sólo sirven para aumentar el número de prosélitos; salían de la cárcel con sus creencias robustecidas y seguidos por sus guardianes, a los que habían convertido.

Pero he aquí lo que contribuyó más a ampliar la secta. Fox se creía inspirado. Por lo tanto, se sintió obligado a hablar de una manera distinta que los otros hombres y comenzó a temblar, a contorsionárse ya hacer muecas; retenía el aliento y lo expelía luego violentamente. Ni la sacerdotisa de Delfos lo hubiera hecho mejor. Poco tiempo tardó en acostumbrarse a la inspiración y enseguida se le hizo imposible hablar de otra manera. Fue ése el primer don que comunicó a sus discípulos, los cuales imitaron de buena fe todas las muecas del maestro; cuando estaban inspirados temblaban con todas sus fuerzas. De ahí les viene el hombre de «quakers» (cuáqueros), que quiere decir temblorosos. La gente baja se divertía imitándolos. Temblaban, hablaban nasalmente, se convulsionaban y se creían inspirados por el Espíritu Santo. Como les hacía falta algunos milagros, los hicieron.

El patriarca Fox dijo a un juez de paz, delante de una gran asamblea:

-Amigo, ten cuidado. Dios te castigará muy pronto por perseguir a los santos.

Aquel juez era un borracho que bebía diariamente una cantidad excesiva de mala cerveza y de aguardiente. Dos días después murió de apoplejía, justamente tras haber firma- do la orden de prisión de algunos cuáqueros. Esta muerte repentina no fue atribuida a la intemperancia del juez, sino que todo el mundo vio en ella el resultado de las predicciones del santo varón. Este hecho hizo más cuáqueros de los que hubieren podido obtener mil sermones y otras tantas convulsiones. Cromwell, viendo aumentar su número día a día, trató de atraerlos a su partido; hizo ofrecerles dinero, pero se mostraron incorruptibles. Por cierto que Cromwell dijo en una ocasión que era la primera religión a la que no había podido convencer por dinero.

Fueron varias veces perseguidos durante el reinado de Carlos II, no por su religión, sino por negarse a pagar sus diezmos al clero, por tratar de tú a los magistrados y no querer prestar el juramento exigido por las leyes.

Por último, Robert Barclay, escocés, presentó al rey su Apología de los cuáqueros, obra tan buena como podía serlo. La epístola de dedicatoria a Carlos II no contiene bajas adulaciones, sino audaces verdades y justos consejos.

«Has gustado -le dice a Carlos al final de la epístola- de la dulzura y de la amargura, de la prosperidad y de las mayores desgracias; has sido expulsado de los países donde habías reinado; has sentido sobre ti el peso de la opresión y sabes cuán despreciable es el opresor ante Dios y ante los hombres. Si después de tantas pruebas y bendiciones tu corazón se endureciera y olvidara al Dios que te recordó en tus desgracias, tu crimen sería mayor y más dura tu condena. Por tanto, en vez de oír a los aduladores de tu corte, escucha la voz de tu conciencia, que jamás te adulará. Tu fiel amigo y súbdito.- Barclay.»

Lo curioso es que esta carta, escrita a un rey por un oscuro desconocido, dio resultado y la persecución cesó.

CUARTA CARTA

SOBRE LOS CUÁQUEROS

Por ese tiempo hizo su aparición el ilustre William Penn, que hizo posible el poderío de los cuáqueros en América y que los hubiera podido hacer respetables en Europa, si los hombres se mostraran propicios a respetar la virtud bajo apariencias tan ridículas. Era el hijo único del caballero Penn, vicealmirante de Inglaterra y favorito del duque de York desde la época de Jacobo II. William Penn, a la edad de quince años, conoció a un cuáquero en Oxford, donde cursaba sus estudios. Este lo convirtió, y el muchacho, lleno de vida, dotado de natural elocuencia, noble en el gesto y en la fisonomía, atrajo enseguida a un grupo de camaradas a su alrededor. Insensiblemente, estableció una sociedad de jóvenes cuáqueros que se reunían en su casa; de esta manera, a los dieciséis años era jefe de una secta.

Al volver a casa de su padre cuando dejó los estudios, en vez de ponerse ante él de rodillas y pedirle su bendición, según la costumbre de los ingleses, lo abordó con el sombrero puesto, diciéndole:

-Estoy encantado, amigo mío, de encontrarte con tan buena salud.

El vicealmirante creyó al principio que su hijo se había vuelto loco, pero enseguida se percató de que era cuáquero. Entonces puso en práctica todos los medios de que dispone la humana prudencia para tratar de convencerlo que viviera como todo el mundo. Pero el joven respondía a su padre exhortándole a que él se hiciera también cuáquero.

Por último, el padre se resignó a pedirle solamente que fuera a ver al rey y al duque de York, pero con el sombrero en la mano y sin tutearlos. William le contestó que su conciencia le impedía hacer semejante cosa, por lo cual el padre, indignado y desesperado, lo echó de la casa. El joven Penn agradeció profundamente a Dios los sufrimientos que le deparaba y se fue a predicar a la ciudad, donde hizo muchos prosélitos.

Las prédicas de los ministros eran cada vez menos frecuentes, y como Penn era joven y guapo, las mujeres de la corte y de la ciudad acudían devotamente a escucharlo. El patriarca Georges Fox, atraído por la reputación dcl joven, acudió a Londres desde el más remoto rincón de Inglaterra, para escucharlo. Los dos resolvieron realizar misiones en los países extranjeros. Se embarcaron para Holanda, después de haber dejado un buen número de operarios encargados de la viña de Londres. Sus trabajos tuvieron éxito en Amsterdam, pero lo que más les honró ya la vez puso en peligro su modestia fue el recibimiento que les hizo la princesa palatina Isabel, tía de Jorge I de Inglaterra, mujer famosa por su ingenio y sabiduría, a la que Descartes había dedicado su obra de filosofía.

La princesa, que vivía entonces retirada en La Haya, se entrevistó con los «amigos», nombre que se daba en aquella época a los cuáqueros en Holanda. Tuvieron varias entrevistas y los dos predicaron varias veces en su casa, y aunque no lograron convertirla en una cuáquera perfecta, declararon que por lo menos la princesa estaba bastante cerca del reino de los cielos.

Los amigos predicaron también en Alemania, pero con escasa fortuna. La costumbre de tutear a la gente no sentó bien en un país donde todo el mundo tiene constantemente en los labios palabras como Alteza y Excelencia. Penn volvió pronto a Inglaterra debido a las noticias de la enfermedad de su padre. El vicealmirante se reconcilió con él y, a pesar . de pertenecer a otra religión, lo abrazó con ternura; William le exhortó vanamente a que no recibiera los sacramentos y muriera como un cuáquero; el buen anciano, por su parte, exhortó también vanamente a su hijo a que usara botones en las mangas y cordones en el sombrero.

William heredó grandes bienes, entre los que se contaba el dinero que la corona debía al vicealmirante por préstamos que éste le había hecho en las expediciones marítimas. Nada era menos seguro, en aquella época, que el dinero adeudado por el rey; Penn se vio obligado a ir y tutear varias veces al rey y a sus ministros para que le pagaran la deuda. El gobierno, en 1680, en lugar de pagarle con dinero le entregó la propiedad y soberanía de una provincia de América, al sur de Maryland; de esta manera un cuáquero se vio convertido en soberano. Partió hacia sus nuevos estados con dos navíos llenos de cuáqueros que le siguieron. Desde entonces se llamó a aquella región Pennsylvania, que procede del apellido Penn. Fundó la ciudad de Filadelfia, hoy muy floreciente. Comenzó por formar una liga con los americanos, sus vecinos. Es el único tratado entre esos pueblos y los cristianos que no contiene ningún juramento, pero que no ha sido quebrantado. El nuevo soberano fue también el legislador de Pennsylvania; dio leyes muy sabias, que desde entonces no han sufrido ninguna modificación. La primera de ellas ordena no maltratar a ninguna persona por sus creencias religiosas y que todos los que creen en un Dios sean mirados como hermanos.

Apenas Penn hubo establecido su gobierno, los comerciantes americanos vinieron a poblar la colonia. Los nativos del país, en lugar de esconderse en los bosques se acostumbraron insensiblemente a los pacíficos cuáqueros; del mismo modo que detestaban a los conquistadores cristianos, amaron a los recién llegados. Al poco tiempo, una gran cantidad de aquellos supuestos

salvajes, atraídos por las tranquilas costumbres de sus vecinos, fueron a pedir a William Penn que los recibiera como sus vasallos.

Resultaba un espectáculo desusado ver a un soberano al que se podía tutear y hablar con el sombrero puesto; un gobierno sin sacerdotes; un pueblo sin armas; ciudadanos iguales ante las leyes, y vecinos sin envidias.

William Penn podía vanagloriarse de haber dado a conocer al mundo la edad de oro de la que tanto se habla y que seguramente existió únicamente en Pennsylvania. Penn regresó a Inglaterra por cuestiones que afectaban a su nuevo país, después de la muerte de Carlos II. El rey Jacobo, que había querido a su padre, sintió por el hijo un afecto semejante y no lo consideró como el oscuro miembro de una secta, sino como un gran hombre. El rey seguía una política conforme a sus deseos: su intención era ganarse a los cuáqueros aboliendo las leyes dictadas contra los no-conformistas, con el fin de poder, al amparo de esa libertad, introducir la religión católica. Todas las sectas de Inglaterra se dieron cuenta de la trampa y no se dejaron engañar; ellas se unen siempre contra el catolicismo, su enemigo común. Pero Penn no se creyó en el deber de renunciar a sus principios para favorecer a los protestantes, que lo odiaban, e ir contra el rey, que lo amaba. Había establecido la libertad de conciencia en América; no quería que se le viera destruyéndola en Europa. Por tanto, siguió siendo fiel a Jacobo II, lo cual hizo que con frecuencia se le acusara de ser jesuita. Semejante calumnia lo afectó grandemente, sintiéndose obligado a justificarse mediante escritos públicos. Sin embargo, el infortunado Jacobo, en el cual, como en casi todos los Estuardo, se confundían grandeza y debilidad, y que como todos ellos hizo demasiado y demasiado poco, perdió su reino, sin que se pueda decir cómo.

Todas las sectas anglicanas aceptaron de Guillermo III y de su Parlamento la misma libertad que habían rechazado de Jacobo II. Fue entonces cuando los cuáqueros comenzaron a gozar, mediante las leyes, de todos los privilegios que aún poseen. Penn, viendo que su secta era admitida sin discusión en su país de origen, volvió a Pennsylvania. Los suyos y los americanos lo recibieron con lágrimas en los ojos, como se recibe a un padre que vuelve con sus hijos. Durante su ausencia, sus leyes habían sido observadas religiosamente, lo cual no había sucedido antes con ningún legislador. Permaneció varios años en Filadelfia y luego, muy a su pesar, regresó nuevamente a Londres, con objeto de obtener privilegios para el comercio de los habitantes de Pennsylvania. Vivió en Londres hasta una edad muy avanzada, considerado como el jefe de un pueblo y de una religión. Allí murió en 1718.

La propiedad y el gobierno de Pennsylvania pasaron a manos de sus descendientes, los cuales vendieron al rey el gobierno por doce mil monedas. El estado de las cuentas reales no le permitieron pagar más que mil. Un lector francés puede creer que el Estado pagó el resto en promesas y de todos modos se apoderó del gobierno; nada de eso: al no poder la corona satisfacer los pagos en los plazos previstos, el contrato fue declarado nulo y la familia de Penn volvió a la posesión de sus derechos.

No sé cuál será la suerte de la religión de los cuáqueros en América, pero en Londres se puede observar que va disminuyendo día a día. En todos los países del mundo la religión preponderante, si no persigue a las otras, termina aniquilándolas. Los cuáqueros no pueden ser miembros del Parlamento ni ejercer ningún oficio, puesto que para ello sería necesario que prestaran un juramento que se niegan a prestar. Se ven reducidos a la necesidad de ganar dinero mediante el comercio; sus hijos, enriquecidos por el trabajo de sus padres, quieren gozar, recibir honores, llevan botones en las mangas; se avergüenzan de que los llamen cuáqueros y se hacen protestantes para seguir la moda.

QUINTA CARTA

SOBRE LA RELIGIÓN ANGLICANA

Este es el país de las sectas. Un inglés, como hombre libre, va al cielo por el camino que más le gusta.

Sin embargo, pese a que cada cual puede servir a Dios a su manera, la verdadera religión, aquella en la que uno puede hacer fortuna, es la secta de los episcopalianos, llamada Iglesia Anglicana, o Iglesia por excelencia. En Inglaterra o en Irlanda no es posible conseguir un empleo sin ser un fiel anglicano. Esta razón, que es muy convincente, ha con- vertido a tantos no-conformistas, que hoy tan sólo la vigésima parte de la población no pertenece a la Iglesia dominante.

El clero anglicano ha mantenido muchas ceremonias católicas, y en especial la de cobrar diezmos con cuidado muy escrupuloso. Los sacerdotes anglicanos poseen la piadosa ambición de ser los amos.

Además, fomentan entre sus ovejas un santo celo contra los no-conformistas. Este celo fue particularmente vivo durante el gobierno de los «tories», en los últimos años de la reina Ana; pero sus efectos no iban más allá de, en ocasiones, romper los cristales de las capillas heréticas. Las guerras civiles han terminado en Inglaterra con la furia de las sectas y en el reinado de la reina Ana se escuchaban sólo los sordos ruidos de un mar todavía agitado mucho tiempo después de la tormenta. Cuando los «whigs» y los «tories» desgarraron su país, como anteriormente güelfos y gibelinos habían desgarrado Italia, fue necesario que la religión entrara en los partidos. Los «tories» eran partidarios del episcopado; los «whigs» querían abolirlo, pero cuando fueron los dueños de la situación se contentaron con quitarle importancia.

Cuando el conde Harles, de Oxford, y Lord Bolingbrobe bebían a la salud de los «tories», la iglesia anglicana los veía como los defensores de sus santos privilegios. La asamblea del bajo clero, que es una especie de Cámara de los Comunes formada por eclesiásticos, gozaba entonces de cierto prestigio; tenía, por tanto, libertad para reunirse y ordenar que- mar de vez en cuando algunos libros impíos, es decir, los escritos en contra suya. El gobierno, que actualmente es «whig», ni siquiera permite a esos caballeros tener sus asambleas; están reducidos en la oscuridad de sus parroquias a la triste función de rezar por el gobierno, al cual si pudieran ocasionarían gustosamente problemas. En cuanto a los obispos, veintiséis en total, continúan teniendo asiento en la Cámara alta a pesar de los «whigs», pues todavía persiste el viejo abuso de considerarlos barones, pero no tienen en ella más poder que los duques y pares en el Parlamento de París. Hay una cláusula en el juramento que se presta al Estado que pone a prueba la cristiana paciencia de estos caballeros.

Se promete pertenecer a la Iglesia, tal como la establece la ley. No hay un solo obispo, deán o arzobispo que no crea serlo por derecho divino; por tanto, es una gran mortificación para ellos encontrarse en la obligación de confesar que es una miserable ley hecha por profanos laicos la que les otorga el poder que poseen. Un religioso (el padre Courayer) ha escrito hace poco un libro para probar la validez y la sucesión de las ordenaciones anglicanas. Esta obra ha sido prohibida en Francia; pero ¿creéis acaso que ha gustado al gobierno de Inglaterra? De ninguna manera. A estos malditos «whigs» les preocupa muy poco haber interrumpido o no la sucesión episcopal y que el obispo Parker haya sido consagrado en una taberna, según se dice, o en una iglesia. Ellos prefieren que los obispos deban su autoridad al Parlamento y no a los apóstoles. Lord B. dice que esa idea del derecho divino servirá solamente para formar tiranos de esclavina y roquete, mientras que la ley hace ciudadanos.

En cuanto a las costumbres, el clero anglicano es más morigerado que el de Francia, y he aquí la causa: todos los eclesiásticos se ordenan en las universidades de Oxford o Cambridge, lejos dela corrupción de la capital; son llamados a las dignidades de la Iglesia a edad avanzada, cuando los hombres no tienen más pasión que la avaricia, cuando su ambición carece de alimento, Los empleos son aquí la recompensa de grandes servicios prestados a la Iglesia o al ejército. Aquí no se ven obispos jóvenes ni coroneles recién salidos de los colegios. Además, casi todos los sacerdotes están casados; la poca gracia adquirida en la universidad y el escaso trato con las mujeres hacen que generalmente un obispo deba conformarse con su propia mujer. Los sacerdotes van a veces a la taberna y si se emborrachan lo hacen seriamente, sin escándalos. Ese

ser indefinible, que no es eclesiástico ni seglar, en una palabra, lo que llamamos abate, es una especie desconocida en Inglaterra; aquí casi todos los eclesiásticos son reservados y casi todos pedantes. Cuando se enteran que en Francia jóvenes conocidos por su liviandad y elevados a la prelacía por intrigas de mujeres hacen públicamente el amor, se dedican a componer canciones galantes, ofrecen diariamente cenas largas y delicadas, y después van a implorar las luces del Espíritu Santo, y con todo tienen el valor de llamarse sucesores de los apóstoles, dan gracias a Dios de ser protestantes. Pero se trata de villanos heréticos, dignos de ser quemados en los infiernos, como dice el señor Francois Rabelais, motivo por el cual no me mezclaré en sus asuntos.

SEXTA CARTA

SOBRE LOS PRESBITERIANOS

La religión anglicana se practica sólo en Inglaterra e Irlanda. El presbiterianismo es la religión dominante en Escocia. Este presbiterianismo no es otra cosa que el calvinismo puro, tal como fuera establecido en Francia y tal como subsiste en Ginebra. Como los sacerdotes de esta secta reciben de sus iglesias sueldos muy mediocres, no pueden vivir con tanto lujo como los obispos, por lo cual han tomado partido de predicar contra los honores que no pueden alcanzar. Figuraos al orgulloso Diógenes pisoteando el orgullo de Platón; los presbiterianos de Escocia se parecen a ese altanero y miserable razonador. Trataron a Carlos II con menos miramientos que Diógenes había tratado a Alejandro. Cuando tomaron las armas a favor de él, contra Cromwell, que les había engañado, hicieron escuchar a aquel pobre rey cuatro sermones diarios, le prohibieron el juego y le impusieron penitencias; Carlos se cansó enseguida de ser rey de aquellos pedantes y se les escapó de las manos como un escolar se escapa del colegio.

Frente a un joven y vivaz bachiller francés, que vocifera por las mañanas en las escuelas de teología y por las noches canta en compañía de damas, un teólogo anglicano es un Catón; pero ese Catón parece un cortesano comparado con un presbiteriano de Escocia. Este adopta maneras circunspectas y severo talante, porta un gran sombrero, un largo sobre- todo sobre una chaqueta corta, predica nasal mente y llama «Prostituta de Babilonia» a todas las iglesias cuyos eclesiásticos reciben cincuenta mil libras de renta y cuyos fieles son tan excelentes que los llaman Monseñor, Vuestra Grandeza, Vuestra Eminencia.

Estos caballeros, que también tienen algunas iglesias en Inglaterra, han puesto de moda en el país los aires graves y severos. A ellos se debe la santificación del domingo en los tres reinos; ese día está prohibido trabajar y divertirse, lo que es mucho más severo que lo que ordena la Iglesia Católica; nada de ópera, nada de comedia, nada de conciertos en Londres ese día; el juego de cartas también está expresamente prohibido, de manera que sólo las personas respetables y las llamadas personas honradas juegan ese día; el resto del pueblo se va a escuchar sermones, a la taberna ya las casas de las mujeres alegres.

A pesar de que las sectas episcopal y presbiteriana son las predominantes en Inglaterra, todas las otras son bien recibidas y viven en bastante buena armonía, mientras que la mayoría de los respectivos predicadores se detestan recíprocamente, casi tan cordialmente como un jansenista condena a un jesuita.

Entrad en la Bolsa de Londres, ese lugar más respetable que otros sitios donde se recitan cursos; veréis allí reunidos, para bien de los hombres, a representantes de todas las naciones. Allí el judío, el mahometano y el cristiano se tratan como si pertenecieran a la misma religión, y no dan el nombre de infieles más que a los que quiebran; allí un presbiteriano confía en un anabaptista, y un anglicano confía en la palabra de un cuáquero. Al salir de esas pacíficas y libres asambleas unos van a la sinagoga, otros a beber; uno le hace cortar el prepucio a su hijo mientras se musitan palabras en hebreo que él no entiende; aquellos se van a su iglesia a esperar, con el sombrero puesto, la inspiración divina, y todos están tan contentos.

Si en Inglaterra no hubiera más que una religión, se podría temer el despotismo; si hubiera dos, las gentes se degollarían mutuamente, pero hay treinta y todos viven en paz y dichosos.

SÉPTIMA CARTA

SOBRE LOS SOCINIANOS, O ARRIANOS, O ANTITRINITARIOS

Existe una pequeña secta formada por eclesiásticos y por algunos seglares muy sabios que no son ni arrianos, ni socinianos, pero que no están de acuerdo con San Atanasio en el capítulo sobre la Trinidad y sostienen netamente que el Padre es superior al Hijo.

¿Os acordáis de aquel obispo ortodoxo que para convencer al emperador de la consubstancialidad tomó al hijo de éste por la barbilla y le tiró de la nariz en presencia de su majestad? El emperador estaba a punto de enfadarse cuando el obispo le dijo estas convincentes palabras: Si vuestra majestad se irrita por esta falta de respeto hacia vuestro hijo, ¿cómo creéis que Dios Padre tratará a aquellos que se niegan a dar a Jesucristo los títulos que se le deben?

Las gentes de las que os hablo opinan que el santo obispo fue muy imprudente, que su argumento no era válido y que el emperador debía haberle respondido:

-Sabed que hay dos maneras de faltarme al respeto: la primera no rindiendo los honores debidos a mi hijo; la segunda, rindiéndole tantos como a mí.

Sea como sea, el partido de Arrio comienza a resucitar en Inglaterra al igual que en Holanda y en Polonia. El gran Newton honraba a esta teoría con su preferencia; el filósofo pensaba que los unitarios razonan más geométricamente que nosotros. Pero el más firme patrón de la doctrina arriana es el ilustre doctor Clarke. Este hombre es de una virtud rígida y de dulce carácter, más amante de sus opiniones que apasionado por hacer proselitismo, únicamente ocupado de cálculos y demostraciones, una verdadera máquina de razonar .

Es autor de un libro bastante poco comprendido pero apreciado sobre la existencia de Dios, y de otro bastante más comprensible pero menos preciado sobre la verdad de la religión cristiana.

No quiso meterse en hermosas discusiones escolásticas, llamadas venerables cuentos de viejas por nuestro amigo...; se contentó con reunir en un libro todo los testimonios de los primeros siglos a favor y en contra de los unitarios, dejando al lector el trabajo de contar los votos y de juzgar . El libro le valió muchos partidarios, pero le impidió llegar a arzobispo de Canterbury. Yo creo que el doctor falló en sus cálculos y que más le hubiera valido ser Primado de Inglaterra que sacerdote arriano.

Como podéis ver, en las opiniones hay tantas revoluciones como en los imperios. El partido de Árrio, después de haber conocido el triunfo durante trescientos años y el olvido durante doce siglos, vuelve a resurgir de sus cenizas; pero ha elegido mal momento para reaparecer; todo el mundo está harto de disputas y de sectas. El arrianismo es una secta demasiado pequeña para tener derecho a realizar asambleas públicas; lo conseguirá sin duda si aumenta el número de sus adeptos; pero en la actualidad los sentimientos religiosos están debilitados y con dificultad una religión nueva o renovadora puede lograr éxitos. No deja de ser gracioso pensar que Lutero, Calvino y Zwinglio, escritores ilegibles, hayan fundado sectas que dividen a Europa; que el ignorante Mahoma haya dado una religión a Asia y África; y que, sin embargo, Newton, Clarke, Locke, Le Clerc, etc. , los más grandes filósofos y las mejores plumas de su tiempo, apenas hayan conseguido reunir pequeños grupos de prosélitos, que disminuyen diariamente.

De ahí lo importante que es llegar al mundo en el momento oportuno. Si el cardenal de Retz reapareciera hoy, no reuniría a su alrededor ni a diez mujeres de todo París.

Si Cromwell renaciera, él, que hizo cortar la cabeza a su rey para coronarse soberano, sería un simple mercader de Londres.

OCTAVA CARTA

SOBRE EL PARLAMENTO

A los miembros del Parlamento de Inglaterra les gusta, en lo posible, compararse con los antiguos romanos.

No hace mucho tiempo que Mr. Shipping, en la Cámara de los Comunes, inició un discurso, con las siguientes palabras: «La majestad del pueblo inglés se sentiría herida, etc.» La singularidad de la expresión provocó una gran carcajada, pero él, sin inmutarse, la repitió con tono decidido, y las risas se apagaron. Confieso que no encuentro semejanza entre la majestad del pueblo inglés y la del pueblo romano; menos parecido existe entre sus gobiernos. En Londres existe un Senado cuyos miembros son a veces acusados, segura- mente con injusticia, de vender sus votos, como sucedía en Roma: hasta ahí la semejanza. Por otra parte, creo que las dos naciones son completamente distintas, tanto en lo bueno como en lo malo. Los romanos no conocieron nunca la horrible locura de las guerras religiosas; semejante abominación estaba reservada a los devotos predicadores de la humildad y de la paciencia. Mario y Sila, Pompeyo y César, Antonio y Augusto, no se batían para decidir si el «F1amen» debía llevar la camisa sobre el traje o el traje sobre la camisa, y si los pollos sagrados debían comer y beber, o solamente comer, para formular sus augurios. Los ingleses se han degollado mutuamente y se han destruido en grandes batallas por querellas de esa especie. La secta de los episcopalianos y la de los presbiterianos han hecho serias a esas cabezas. Imagino que estupideces como aquéllas no volverán a suceder, pues me parece que se están volviendo juiciosos y no desean matarse por unos silogismos. Pero hay otra diferencia más notable aún entre Roma e Inglaterra, diferencia que honra a esta última: el resultado de las guerras civiles en Roma fue la esclavitud, y el de las luchas en Inglaterra, la libertad. La nación inglesa es la única en el mundo que, ofreciendo resistencia sus reyes, consiguió reglamentar el poder de los mismos y que mediante esfuerzo tras esfuerzo pudo establecer ese sabio gobierno en que el príncipe es todopoderoso para realizar el bien, pero tiene atadas las manos para hacer el mal; ese gobierno en que los señores son grandes sin insolencias y sin tener vasallos, y en el que el pueblo participa en el gobierno sin confusión.

La Cámara de los Pares y la de los Comunes son los árbitros de la nación; el reyes el súper árbitro. Los romanos carecían de un equilibrio semejante; en Roma los señores y el pueblo se encontraban siempre frente a frente, sin que existiera un poder intermedio que los conciliara. El Senado de Roma, que tenía el injusto y castigable orgullo de no querer compartir nada con los plebeyos, no encontraba mejor solución, para alejarlos del gobierno, que enviarlos a luchar a países extranjeros. Miraban al pueblo como a una bestia feroz que convenía lanzar sobre los vecinos antes de que devorara a sus propios amos; así fue cómo el mayor defecto del gobierno de los romanos hizo de ellos grandes conquista- dores. Eran desdichados en su tierra y por ese motivo se hicieron dueños del mundo, hasta que las divisiones surgidas entre ellos los transformaron en esclavos.

El gobierno de Inglaterra no ha sido hecho para alcanzar tanto brillo ni para tener un fin tan desgraciado; su fin no es conquistar, sino evitar que sus vecinos lo hagan. Este pueblo es tan celoso de su libertad como de la de los otros. Los ingleses detestaban a Luis XIV porque lo tenían por un ambicioso. Le hicieron la guerra seguramente sin interés alguno, tan sólo por bondad cordial.

A Inglaterra le costó mucho, indudablemente, conseguir su libertad; el ídolo del poder despótico fue ahogado en mares de sangre, pero los ingleses no creen haber pagado demasiado caras sus buenas leyes.

Otras naciones soportaron las mismas luchas y derramaron una cantidad igual de sangre, pero la sangre derramada no hizo más que cimentar la esclavitud.

Lo que en Inglaterra es una revolución no es más que una sedición en otros países. Cuando una ciudad toma las armas para defender sus privilegios, sea en España, en Berería o en Turquía, inmediatamente los mercenarios la dominan, verdugos la castigan y la nación entera tiene que

besar sus cadenas. Los franceses piensan, con razón, que el gobierno de esta isla es más tormentoso que el mar que la rodea, pero es que el rey desencadena la tormenta cuando quiere adueñarse del barco, del cual es solo el primer piloto. Las guerras civiles de Francia han sido más largas, más crueles y más plagadas de crímenes que las de Inglaterra, pero con ninguna de ellas se ha logrado establecer una prudente libertad.

En los tiempos detestables de Carlos IX y de Enrique II, se trataba solamente de saber si se terminaría siendo esclavo de los Guisas. La última guerra de París no merece más que silbidos; me parece ver a escolares amotinados contra el prefecto de un Colegio y que terminan por ser azotados. El cardenal de Retz, con mucho espíritu y coraje mal emplea- dos, rebelde sin objeto, sedicioso sin planes, jefe de partido sin ejército, conspiraba por conspirar y parecía organizar las guerras civiles solamente por darse el gusto. El Parlamento no sabía qué quería ni qué no quería; reunía tropas y las licenciaba, amenazaba y pedía perdón, ponía a precio la cabeza del cardenal Mazarino y luego iba a homenajearlo. Nuestras guerras en la época de Carlos VI habían sido crueles, las de Liga fueron abominables, las de Fronda, ridículas.

Lo que más se reprocha a los ingleses es el suplicio que infligieron a Carlos I, que fue tratado por sus vencedores como él los hubiera tratado si hubiera vencido.

A fin de cuentas, mirad a Carlos I, por una parte, vencido en lucha encarnizada, prisionero, juzgado, condenado en Westminster, y por otra, mirad a Enrique VII, envenenado por su capellán mientras comulgaba; a Enrique III, asesinado por un monje, legado del odio de todo un partido; pensad en los treinta asesinatos planeados contra Enrique IV, varios intentados y el último que privó a Francia de un gran rey. Reflexionad sobre esos atentados y después juzgad.

NOVENA CARTA

SOBRE EL GOBIERNO

Esta combinación afortunada en el gobierno de Inglaterra, ese concierto entre los Comunes, los lores y el rey, no ha existido siempre. Durante largo tiempo, Inglaterra ha sido esclava; lo ha sido de los romanos, los sajones, los daneses, los franceses. Guillermo el Conquistador, en especial, dispuso de los bienes y de la vida de sus nuevos súbditos como un monarca oriental, gobernándola con puño de hierro. Prohibió a los ingleses, bajo pena de muerte, mantener encendido el fuego o la luz en sus casas después de las ocho de la noche; no se sabe si quería evitar las reuniones nocturnas o bien saber, mediante prohibición tan absurda, hasta dónde puede llegar el poder de un hombre sobre los demás.

Es cierto que antes y después de Guillermo el Conquistador hubo Parlamento en Inglaterra; los ingleses se vanaglorian de ello, como si esas reuniones, que entonces se llamaban parlamentos, compuestas por eclesiásticos tiránicos y bandidos llamados barones, hubieran sido guardianes de la libertad y de la felicidad popular .

Fueron los bárbaros, que desde las riberas del Báltico se expandieron por toda Europa, quienes impusieron la costumbre de esos estados o parlamentos, de los que tanto se habla pero son tan desconocidos. Es verdad que los reyes en esa época no eran déspotas, pero a pesar de ello los pueblos debían soportar un servilismo miserable. Los capitanes de los salvajes que asolaron Francia, Italia, España, Inglaterra, se transformaron en monarcas; sus lugartenientes se repartieron las tierras de los vencidos, dando así origen a los margraves, los «lairds», los barones, tiranuelos que disputaban a sus soberanos los despojos de los pueblos, aves de rapiña que luchaban con un águila para robarle la sangre a las palomas; cada pueblo tuvo cien tiranos en lugar de un amo. Enseguida intervinieron los sacerdotes. Los galos, los isleños de Inglaterra, habían sido gobernados por los druidas siempre y por los jefes de las ciudades, una clase antigua de barones, menos tiránica que sus sucesores. Los druidas decían ser los intermediarios entre la divinidad y los hombres; dictaban leyes, excomulgaban y condenaban a muerte. Poco a poco, los obispos, durante el dominio de los godos y los vándalos, se adueñaron del poder temporal, y sirviéndose de ellos, los papas, con breves apostólicos, bulas y monjes, hicieron temblar a los

de ellos, los papas, con breves apostólicos, bulas y monjes, hicieron temblar a los reyes, les arrebataron el poder, les hicieron asesinar y se apoderaron de todo el dinero que pudieron en Europa. El imbécil de Inas, uno de los tiranos de la heptarquía de Inglaterra, fue el primero que durante una peregrinación a Roma aceptó pagar el dinero de San Pedro (alrededor de un escudo de nuestra moneda) por cada casa de su territorio. Pronto toda la isla imitó el ejemplo y, poco a poco, Inglaterra se transformó en una provincia del Papa, el cual enviaba de cuando en cuando a sus legados para cobrar los exorbitantes impuestos.

Juan Sin Tierra, que había sido excomulgado por Su Santidad, concluyó por cederle el reino. Los barones, disgustados por semejante medida, destronaron al miserable rey y pusieron en su lugar a Luis VIII, padre de San Luis, rey de Francia. Pero enseguida se cansaron del recién llegado y lo obligaron a atravesar de nuevo el mar .

Mientras que los barones, los obispos, los papas desgarraban así a Inglaterra, donde todos querían mandar, la más numerosa, la más virtuosa y por consecuencia la más respetable parte de los hombres, compuesta por los que estudian las leyes y las ciencias, los artesanos, los negociantes, en suma todos los que no eran tiranos, el pueblo era mirado como un animal por debajo del hombre. Era necesario que las comunas tuvieran parte en el gobierno: eran plebeyos; su trabajo, su sangre, pertenecía a sus amos, los nobles. La mayoría de los hombres en Europa era considerada entonces lo que aún lo sigue siendo en muchos lugares de su parte septentrional: siervos de un señor, como un ganado que se compra y se vende con la tierra. Han debido de pasar muchos siglos para que se hiciera justicia a la humanidad, para que se comprobara que es terrible que la mayoría de los hombres siembre para que un reducido grupo de ellos recoja los frutos.

¿No es una felicidad para el género humano que esos pequeños bribones hayan visto extinguida su autoridad por el poder legítimo de nuestros reyes en Francia y por el poder legítimo de los reyes y el pueblo en Inglaterra?

Felizmente, las querellas entre reyes y señores feudales conmovieron a los imperios y aflojaron las cadenas que atenazaban a las naciones; la libertad nació en Inglaterra de las disputas entre los tiranos. Los barones obligaron a Juan Sin Tierra ya Enrique III a otorgar la famosa Carta, cuyo principal objeto era, en realidad, situar a los reyes bajo la dependencia de los lores, pero que favoreció al resto de la nación para que ésta, en caso de necesidad, se pusiera de parte de sus pretendidos protectores. Esta Carta Magna, considerada como el sagrado origen de las libertades inglesas, nos de- muestra que la libertad era entonces poco conocida. Su solo título demuestra que el rey se creía monarca absoluto por derecho y cedió este pretendido derecho tan sólo cuando fue obligado por los barones y el clero, más 'poderosos que él.

He aquí cómo empieza la Carta Magna: "Nos acordamos por nuestra propia voluntad, los privilegios siguientes a los arzobispos, obispos, abates, priores y barones de nuestro reino, etc.»

En los artículos de esa Carta no se menciona para nada a la Cámara de los Comunes, lo cual es prueba de que no existía aún o de que no tenía poder alguno. Se especifica a los hombres libres de Inglaterra: triste demostración de que había muchos que no lo eran. En el artículo 32 de la Carta se establece que los pretendidos hombres libres debían prestar servicios a su señor. Una libertad semejante se parece mucho a la esclavitud.

El rey dispone en el artículo 21 que sus oficiales no podrán apoderarse en adelante de los caballos y los carros de los hombres libres por la fuerza, sino que deberán pagarles su valor. El pueblo consideró que ese reglamento les dotaba de libertad únicamente porque les libraba de una tiranía mayor.

Enrique VIl, feliz usurpador y gran político, que aparentaba estimar a los barones cuando en realidad los detestaba y temía, consiguió la enajenación de sus tierras. De ese modo los plebeyos que más tarde adquirieron bienes con su trabajo, pudieron adquirir los castillos de los pares arruinados por sus locuras. Poco a poco todas las tierras cambiaron de dueño.

La Cámara de los Comunes se hizo cada vez más poderosa; con el tiempo desaparecieron las familias de los antiguos pares; y como en Inglaterra los únicos nobles son en realidad, según dice la ley, los pares, pronto hubiera desaparecido la nobleza en ese país si de cuando en cuando los reyes no hubieran creado nuevos barones y no conservaran la orden de los pares, antes tan temida, para ponerla enfrente a la de los Comunes, cuyo poder les inspiraba temores.

Todos esos pares que forman la Cámara alta reciben del rey un titulado y nada más; casi ninguno de ellos posee la tierra que lleva su nombre. El uno es duque de Dorset y no tiene una pulgada de tierra en Dorsetshire; el otro es conde de una ciudad de la que apenas sabe dónde está situada; tienen poder en el Parlamento, pero en ningún sitio más.

Aquí no se oye hablar de alta, media y baja justicia, ni del derecho a cazar en las tierras de un ciudadano, el cual ni siquiera es dueño de disparar un tiro de fusil en su propio campo.

Un hombre, por el hecho de ser noble o sacerdote, no está eximido del pago de determinadas contribuciones; todos los impuestos están reglamentados por la Cámara de los Comunes que, aun siendo la segunda por su rango, es la primera en importancia.

Los señores y los obispos pueden rechazar un proyecto de ley sobre impuestos presentado por los Comunes, pero no pueden modificarlo; tienen que recibirlo o rechazarlo sin modificaciones. Cuando los lores aceptan el proyecto y el rey lo aprueba, todo el mundo tiene que pagar. Cada cual paga no según su rango (lo cual es absurdo), sino según su renta; no existen ni tributos ni contribuciones arbitrarias, sino un verdadero impuesto sobre las tierras, que fueron evaluadas durante el reinado del famoso Guillermo III por debajo de su precio.

Las rentas de la tierra han aumentado, pero los impuestos siguen siendo los mismos; de este modo nadie se siente perjudicado ni se queja. El campesino no tiene los pies doloridos por el uso de los zuecos, come pan blanco, viste bien, aumenta su ganadería y cubre con tejas el techo de su casa, sin temor a que le aumenten los impuestos el año siguiente.

Muchos campesinos, a pesar de tener doscientos mil francos de renta, continúan cultivando la tierra que los ha enriquecido y en la que viven en libertad.

DÉCIMA CARTA

SOBRE EL COMERCIO

El comercio ha enriquecido a los ciudadanos de Inglaterra y ha contribuido a desarrollar su libertad, y esta libertad, a su vez, ha extendido el comercio, que ha sido el origen de la grandeza del Estado.

Por el comercio se creó, poco a poco, la fuerza naval de Inglaterra, que ha hecho de los ingleses reyes de los mares. En el presente tienen alrededor de doscientos barcos de guerra. La posteridad se asombrará de que una pequeña isla que sólo posee un poco de plomo, estaño, greda y lana de mediocre calidad haya llegado a ser, mediante su comercio, tan poderosa, que en 1723 pudo enviar tres flotas simultáneamente a tres extremos diferentes del planeta: una a Gibraltar , ciudad que conquistó y mantiene por la fuerza de las armas; otra a Porto-Bello, para arrebatarle al rey de España los tesoros de las Indias, y la tercera al mar Báltico, para evitar el enfrentamiento entre las potencias del Norte.

Cuando Luis XIV hacía temblar a Italia, cuando sus ejércitos, dueños ya de Saboya y de Piamonte, se preparaban a tomar Turín, el príncipe Eugenio, en el último rincón de Alemania, debía acudir en ayuda del duque de Saboya, pero no tenía dinero y sin él no se pueden tomar ni defender las ciudades; se vio obligado a recurrir a los comerciantes ingleses, quienes en media hora le prestaron cinco millones; liberó Turín, venció .a los franceses y escribió estas líneas a los que le habían prestado el dinero: «Señores, he recibido vuestro dinero y me enorgullezco de haberlo utilizado a vuestra entera satisfacción».

Todas estas cosas enorgullecen con justicia a un comercian- te inglés y le hace compararse, con alguna razón, con un ciudadano romano. Por eso el hermano menor de un par del reino no tiene a desdoro ser negociante. Milord Towsend, ministro de estado, tiene un hermano que se

contenta con ser mercader en la «City». Cuando Lord Oxford gobernaba Inglaterra, su hermano menor era empleado de comercio en Alepo, donde permaneció hasta su muerte.

Esta costumbre, que por desgracia parece empezar a perderse, resulta monstruosa a los alemanes empecinados en sus cuartos y que no entienden cómo un hijo de un par de Inglaterra no sea más que un rico y poderoso burgués, y no como en Alemania, donde todos son príncipes; se han contado hasta treinta altezas del mismo nombre y poseyendo como únicos bienes su orgullo y sus escudos de armas.

En Francia puede ser marqués quien lo desee; cualquiera puede llegar a París desde una distante provincia, con suficiente dinero para gastar y un nombre terminado en «ac» o en «ille», y permitirse decir: «Un hombre como yo, un hombre de mi categoría...», y despreciar soberanamente a un negociante. El comerciante es tan tonto que al oír hablar con frecuencia despectivamente de su profesión, termina por avergonzarse de ella. Sin embargo, no sé quién es más útil a un Estado, si un noble todo empolvado, que sabe exactamente a qué hora se acuesta y se levanta el rey, que se pavonea como un gran señor mientras representa el papel de esclavo en las antecámaras de un ministro, o un comerciante que enriquece a su país, que desde su escritorio da órdenes a Surata y El Cairo, y contribuye a la felicidad del mundo.

UNDÉCIMA CARTA

SOBRE LA INOCULACIÓN DE LA V ACUNA

En voz baja se dice por toda Europa que los ingleses son locos y fanáticos; locos porque inoculan a sus hijos la viruela para evitar que contraigan esta enfermedad; fanáticos porque, para prevenir un mal incierto, provocan, tranquila- mente, una enfermedad segura y terrible. Los ingleses, por su parte, dicen: «Los otros europeos son cobardes y desnaturalizados; cobardes, porque temen hacer sufrir un poco a sus hijos; desnaturalizados, porque los exponen a que mueran un día de viruela». Para juzgar las razones de esa disputa narraré la historia de esa famosa inoculación, de la que con tanto temor se habla fuera de Europa.

Las mujeres de Circasia tienen la costumbre, desde tiempo inmemorial, de provocar la viruela a sus hijos, a partir de los seis meses de edad, haciéndoles una incisión en el brazo e inoculando en ella una póstula que ha sido previamente extraída con cuidado del cuerpo de otro niño. Esta póstula produce en el brazo donde se inocula el mismo efecto que la levadura en un trozo de masa: fermenta y extiende por toda la sangre las cualidades que posee. Los granos de los niños que sufren esa viruela artificial sirven para provocar la enfermedad en otros. Este proceso se renueva constantemente en Circasia; cuando no hay viruela en el país hay tanta preocupación como en otros lugares la habría por un mal año.

Lo que ha introducido esta costumbre en Circasia, que parece tan extraña en otros pueblos, tiene, sin embargo, una causa común a todos los pueblos: la ternura materna y el interés.

Los circasianos son pobres y sus hijas hermosas; por ello es natural que comercien con ellas. Abastecen de bellezas los harenes del Gran Señor, del sofí de Persia y de los que son lo suficientemente ricos como para mantener una mercancía tan preciosa. Educan a sus hijas con gran esmero para el placer de los hombres; les enseñan danzas lánguidas y lascivas y los más voluptuosos artificios para despertar el deseo de los desdeñosos amos a que las destinan.

Las pobres criaturas repiten todos los días su lección con su madre, como nuestros niños repiten su catecismo, sin comprender nada.

Con frecuencia, después de tantos desvelos en la educación de sus hijas, los circasianos veían disiparse sus esperanzas. La viruela invadía una familia y una hija moría, otra perdía un ojo, una tercera quedaba con la nariz deformada; las pobres gentes aquellas quedaban arruinadas sin remisión. Cuando la viruela se convertía en epidémica, el comercio quedaba interrumpido por varios años, lo que suponía una disminución notable de los harenes de Persia y Turquía.

Una nación dedicada al comercio está siempre alerta por sus intereses y no descuida conocimiento alguno que pueda ser útil para su negocio. Los circasianos comprobaron que una persona entre mil era atacada dos veces por la viruela, que las personas podían ser atacadas tres o cuatro veces por una pequeña viruela, pero sólo una vez por una que sea decididamente peligrosa. En una palabra, que se trataba de una enfermedad que atacaba sólo una vez en la vida. Descubrieron también que cuando la viruela es benigna y la piel del paciente fina y delicada, la erupción no deja marcas en el rostro. De estas observaciones naturales concluyeron que si una criatura de seis meses o un año tenía una viruela benigna, no moría, no le quedaban marcas en el rostro y no correría el riesgo de contraer la enfermedad en el resto de los días.

Por tanto, para preservar la vida y la belleza de los niños había que provocar la enfermedad en edad muy temprana; eso fue lo que hicieron, inoculando en el cuerpo de las criaturas una pústula extraída del cuerpo de una persona atacada por una viruela claramente declarada, pero benigna. La experiencia fue un éxito. Los turcos, gente cuerda, adoptaron enseguida esta costumbre, y hoy no hay ningún bajá en Constantinopla que no le provoque la viruela a sus hijos en la más tierna infancia.

Según algunos, los circasianos adoptaron esta costumbre de los árabes. Dejemos para algún sabio benedictino la dilucidación de ese punto histórico; seguramente escribirá varios volúmenes en infolio con las pruebas. Lo que yo puedo decir sobre el asunto es que en los principios del reinado de Jorge I la señora Worley-Montagu, una de las damas más espirituales de Inglaterra, cuando estuvo con su marido en la Embajada de Constantinopla, no tuvo el menor inconveniente en hacer inocular a su hijo, nacido en ese país, la viruela. Aunque su capellán trató de convencerla de lo contrario, diciéndole que el experimento no era cristiano y sólo podía dar resultado con infieles, el niño de la señora Wortley no sufrió ninguna molestia. Cuando regresó a Londres comunicó a la princesa de Gales, actualmente reina, su experiencia. Hay que confesar que la princesa, dejando aparte sus títulos y coronas, ha nacido para proteger a todas las artes y para hacer el bien a los hombres; es como un amable filósofo coronado; nunca ha perdido ocasión de aprender y de mostrar su generosidad. Cuando oyó decir que una hija de Milton vivía todavía y se encontraba en la mayor miseria, le envió inmediatamente un importante regalo. Es ella quien ha protegido al pobre padre Corayer y quien hizo de intermediaria entre el doctor Clarke y Leibnitz. Nada más oír hablar de la inoculación de la viruela ordenó que se hiciera una prueba con cuatro condenados a muerte, a los cuales salvó la vida doblemente, por un lado librándoles del cadalso, y por otro, gracias a la viruela artificial, salvándoles del peligro de contraer alguna vez la verdadera. La princesa, asegurada del éxito de la prueba, hizo inocular a sus hijos. Todo Inglaterra siguió su ejemplo y desde entonces, por lo menos diez mil niños deben la vida y otras tantas niñas la belleza, a la reina ya la señora Wortley-Montagu.

En el mundo, sesenta personas sobre cien contraen la viruela; de esas sesenta, diez mueren en lo mejor de la vida y otras diez quedan terriblemente marcadas. Por tanto, una quinta parte de los seres humanos mueren o quedan marcados por esta enfermedad. De los que han sido inoculados, tanto en Turquía como en Inglaterra, ninguno muere, a menos que sea enfermizo o esté condenado a muerte. Si la inoculación se hace debidamente, nadie queda con marcas ni nadie es atacado por segunda vez por la enfermedad. Si alguna embajadora francesa hubiera traído de Constantinopla ese secreto a París, hubiera hecho un gran servicio a la nación; el duque de Villequier, padre del actual duque de Aumont, el hombre con más salud y con mejor constitución de Francia, no hubiera muerto en la flor de la edad; el príncipe de Soubise, que tenía una espléndida salud, no hubiera fallecido a los veinticinco años; Monseñor, el abuelo de Luis XV, no hubiera sido enterrado a los cincuenta; veinte mil personas muertas en París en una epidemia de 1723 vivirían aún. ¿ y entonces? ¿Es que, acaso, los franceses no aman la vida? ¿Es que las mujeres no se preocupan por su belleza? En verdad somos una gente extraña. Probablemente dentro de diez años, si curas y médicos no se oponen a ello, adoptaremos las costumbres inglesas; o bien, dentro de tres meses se empezará a inocular por capricho, cuando los ingleses hayan dejado de hacerlo por inconstancia.

He sabido que desde hace cien años los chinos practican esta costumbre; es gran prejuicio el ejemplo dado por una nación que pasa por ser la más sensata y la dotada con mejor policía del mundo. Ciertamente, los chinos proceden de una manera distinta; no se hacen una incisión, sino que se inoculan la viruela por la nariz, como si fuera tabaco en polvo. Es un modo más agradable, pero igual a fin de cuentas, y de la misma manera demuestra que si la inoculación se hubiera practicado en Francia, se habrían salvado millares de vidas.

DUODÉCIMA CARTA

SOBRE EL CANCILLER BACON

No hace mucho que se hablaba, en una amable reunión, sobre el tema gastado y frívolo de saber quién era el más grande hombre: César, Tamerlán, Alejandro, Cromwell, etc.

Alguien respondió que, sin lugar a dudas, era Newton. Ese hombre tenía razón, pues si la grandeza verdadera radica en recibir del cielo el don de una gran inteligencia y haberse servido de ella para instruirse a sí mismo ya los demás, un hombre como Newton, de los que nace uno cada diez siglos, es en verdad el gran hombre. Los políticos y los conquistadores, que no han faltado en ninguna época, suelen ser ilustres malvados. El respeto se debe a los que dominan los espíritus por la fuerza de la verdad, no a los que los convierten en esclavos mediante la violencia; a los que comprenden el universo, no a los que la desfiguran.

Puesto que me pedís que hable de los hombres célebres de Inglaterra, empezaré por los Bacon, Locke, Newton, etc. Generales y ministros vendrán más tarde.

Debo empezar por Bacon de Verulam, conocido en Europa por Bacon, su apellido. Era hijo de un guardasellos y durante el reinado de Jacobo I fue durante mucho tiempo canciller. Sin embargo, en medio de las intrigas cortesanas y de las preocupaciones de su cargo, que requerían todos sus esfuerzos, tuvo tiempo para ser un gran filósofo, un buen historiador y un elegante escritor, cualidades tanto más sorprendentes cuando pensamos que vivió en un siglo en que se desconocía el arte de escribir y, todavía más, el de la buena filosofía. Como suele ocurrir, fue más apreciado después de muerto que mientras vivía. Sus enemigos estaban en la corte de Londres y sus admiradores en Europa entera.

Cuando el marqués de Effiat fue a Inglaterra acompañando a la princesa María, hija de Enrique el Grande, que iba a contraer matrimonio con el príncipe de Gales. fue a visitar a Bacon. Este se encontraba enfermo y lo recibió con las cortinas de su lecho echadas. «Os parecéis a los ángeles -le dijo Effiat-. Escuchamos hablar continuamente de ellos. creemos que son superiores a los hombres, pero nunca tenemos el consuelo de verlos.»

Vos sabéis. señor. que Bacon fue acusado de un crimen que no es el de un filósofo: haberse dejado corromper por dinero. Sabéis cómo fue condenado por la Cámara de los Pares a pagar una multa de cuatrocientas mil libras ya perder su dignidad de canciller y de par .

Hoy en día los ingleses veneran de tal manera su memoria, que no quieren admitir su culpabilidad. Si me preguntarais mi opinión os contestaría repitiendo una frase que escuché a Lord Bolingbroke. Se estaba hablando en su presencia de la avaricia del duque de Marlborough. Se citaban varios ejemplos apelando al testimonio de Lord Bolingbroke, el cual. como había sido su enemigo declarado. podía decir tranquila- mente su opinión.

«Era tan gran hombre -respondió-. que me he olvidado de sus vicios.»

Me limitaré. pues. a hablaros de las cualidades que hicieron a Bacon admirado en toda Europa.

La más singular y la mejor de sus obras es la que oyes la menos conocida y la más inútil: hablo del Novum scientiarium organum. En el andamiaje sobre el que se construyó la nueva filosofía y cuando el edificio estuvo concluido. por lo menos en parte. el andamiaje quedó en desuso.

El canciller Bacon no conocía aún la naturaleza. pero sabía e indicaba los caminos que conducen a ella. Tempranamente comenzó a despreciar todo lo que las universidades llaman filosofía e hizo cuanto estuvo en su mano para que esas instituciones. creadas para el perfeccionamiento de la razón humana. no continuaran corrompiéndola con sus «quid». su

cionamiento de la razón humana. no continuaran corrompiéndola con sus «quid». su «horror al vacío». sus «formas sustanciales» y todas las impertinentes palabras que la ignorancia hacía respetables y que su extraña mixtura con la religión hacía casi sagradas.

Es el padre de la filosofía experimental. Es verdad que antes de él se habían realizado descubrimientos sorprendentes: se había inventado la brújula. la imprenta. el grabado de estampas, la pintura al óleo. los espejos. el arte de devolver parcialmente la vista a los ancianos mediante cristales que se llaman lentes, la pólvora de cañón, etc. Se había buscado, encontrado y conquistado un nuevo mundo.

¿Quién puede dudar que descubrimientos semejantes los realizaron los más grandes filósofos y en tiempos más esclarecidos que los nuestros? Empero, esos grandes cambios se realizaron en la Tierra en época de la estúpida barbarie. Casi todos esos inventos son obra del azar y casi es evidente que el descubrimiento de América también se debió al azar. Al menos, siempre se ha creído que Cristóbal Colón emprendió su viaje fiado en la palabra de un capitán de navío al que la tempestad había arrojado a la altura de las islas Caribes.

Sea como sea, los hombres sabían llegar hasta el fin del mundo, sabían destruir ciudades con un rayo artificial más mortífero que el rayo natural, pero desconocían la circulación de la sangre, la densidad del aire, las leyes del movimiento, la luz, el número de planetas, etc. Cualquiera que sostuviera una tesis sobre las categorías de Aristóteles, sobre lo universal a parte rei o sobre cualquier tontería era considerado un prodigio.

Las invenciones más sorprendentes y más útiles no son las que más honran al espíritu humano.

Todas las artes tienen su origen en un instinto mecánico común a los hombres, pero no a la sana filosofía.

El descubrimiento del fuego, el arte de la panadería, de fundir y preparar los metales, de construir casas, el invento de la lanzadera, que son cosas más necesarias que la imprenta y la brújula, se deben a hombres todavía salvajes.

¿No hicieron griegos y romanos un uso maravilloso de la mecánica? Y, sin embargo, en aquellos tiempos se creía que había cielos de cristal, que las estrellas eran lamparitas que en ocasiones caían al mar; uno de los grandes filósofos de la época, después de muchas investigaciones, afirmó que los astros eran guijarros que se habían desprendido de la Tierra.

En una palabra, nadie antes que Bacon conoció la filosofía experimental y casi todos los experimentos físicos realizados posteriormente están descritos en su libro. El mismo realizó muchas experiencias: construyó máquinas neumáticas mediante las que intuyó la elasticidad del aire; anduvo cerca de descubrir la presión atmosférica, que descubrió más tarde Torricelli. En casi toda Europa empezó a practicarse la física experimental, poco tiempo después; Bacon había sospechado la existencia de ese tesoro oculto y todos los filósofos, anima- dos por su promesa, intentaron descubrirlo.

Lo que más me sorprendió fue comprobar cómo en su libro habla en términos exactos de esa nueva atracción, cuyo descubrimiento se atribuye a Newton.

«Hay que buscar -dice Bacon- si no habrá una fuerza magnética entre la Tierra y los objetos pesados, entre la Luna y el océano, entre los planetas, etc.»

En otro lugar, dice: «O bien los cuerpos pesados son atraídos hacia el centro de la Tierra, o bien se atraen mutuamente; en este último caso es evidente que cuanto más se acerquen a la Tierra los cuerpos al caer, mayor será su atracción. Hay que continuar investigando para saber si un reloj de pesas irá más ligero sobre la cumbre de una montaña o en el fondo de una mina; si la fuerza de las pesas disminuye en lo alto de la montaña y aumenta en la mina, es evidente que la Tierra ejerce una verdadera atracción».

Este precursor de la filosofía fue a la vez un elegante escritor, historiador y un espíritu selecto:

Sus Ensayos de moral son muy apreciados, pero han sido escritos con el fin de enseñar, no para agradar; no siendo una sátira de la naturaleza humana como las Máximas, de La Rochefoucauld, ni una escuela de escepticismo como las obras de Montaigne, son menos leídas que esas dos obras llenas de ingenio.

Su Historia de Enrique VII es considerada como una obra maestra, pero no creo que se pueda comparar a la de nuestro ilustre De Thou. He aquí cómo habla el canciller Bacon del impostor Perkins, judío de nacimiento, que instigado por la duquesa de Borgoña tuvo la osadía de tomar el nombre de Ricardo IV, rey de Inglaterra, y disputó la corona a Enrique VII.

«En esa época la duquesa de Borgoña, por arte de magia, evocó de los infiernos la sombra de Eduardo IV para atormentar al rey Enrique, el cual se obsesionó por los espíritus malignos. Cuando la duquesa de Borgoña hubo aleccionado a Perkins, se puso a estudiar por qué región del cielo haría aparecer el cometa, y decidió que éste debía aparecer primeramente en el horizonte de Irlanda.»

Creo que nuestro sabio De Thou no emplea este estilo pomposo, que antes fuera considerado sublime, pero que actualmente es juzgado, justamente, como un galimatías.

DECIMOTERCERA

CARTA SOBRE LOCKE

Con seguridad, nunca ha habido un espíritu más juicioso, más metódico, ni un lógico más exacto que Locke; sin embargo, no era un gran matemático. Nunca pudo someterse a la fatiga de los cálculos ni a la aridez de las verdades matemáticas, incapaces de dar nada sensible al espíritu; nadie como él ha demostrado que se puede tener un espíritu geométrico sin geometría. Antes de él, los grandes filósofos habían dado definiciones del alma humana, pero como lo ignoraban todo sobre el tema, es natural que sus opiniones fueran diversas.

En Grecia, cuna de las artes y de los errores, donde tan lejos llegaron la grandeza y la estupidez humanas, se razonaba sobre el alma como en nuestros tiempos.

El divino Anaxágoras, al que le fue elevado un altar por enseñar a los hombres que el Sol era mayor que el Peloponeso, que la nieve era negra y que los cielos eran de piedra, afirmaba que el alma era un espíritu aéreo, pero, sin embargo, inmortal.

Diógenes, otro que se hizo cínico después de haber sido monedero falso, aseguraba que el alma era una porción de la sustancia misma de Dios; esta idea era, por lo menos, brillante.

Epicuro creía que se componía de partes, como el cuerpo. Aristóteles, que ha sido explicado de mil maneras distintas, porque es ininteligible, creía, si creemos a algunos de sus discípulos, que el entendimiento de todos los hombres estaba formado por una única y misma sustancia.

El divino Platón, maestro del divino Aristóteles, y el divino Sócrates, maestro del divino Platón, creían que el alma era corporal y eterna. Sin duda el demonio de Sócrates le había enseñado la realidad. Hay gentes que creen que un hombre que se vanagloria de tener un genio familiar era, sin duda, un loco o un bribón, pero es que esas gentes son demasiado exigentes.

En cuanto a los Padres de la Iglesia, creyeron que el alma humana, los ángeles y Dios eran corporales.

El mundo se refina constantemente. San Bernardo, según la confesión del padre Mabilon, enseñó que después de la muerte el alma no veía a Dios en el cielo, sino que únicamente conversaba con la humanidad de Cristo. Sus palabras no fueron muy creídas porque la aventura de las Cruzadas había desacreditado sus oráculos. Más tarde, muchos escolásticos como el doctor irrefutable, el doctor sutil, el doctor angelical, el doctor seráfico, el doctor querúbico, estaban plenamente convencidos de que conocían el alma, pero hablaban de ella como si quisieran que nadie les entendiera.

Nuestro Descartes, nacido para descubrir los errores de la antigüedad y reemplazarlos por los suyos, animado por ese espíritu sistemático que ciega a los más grandes hombres, creyó haber demostrado que el alma era lo mismo que el pensamiento, como la materia era, en su opinión, lo mismo que la extensión; aseguró que el hombre piensa constantemente; que el alma llega al cuerpo poseyendo todas las nociones metafísicas, conociendo a Dios, el espacio, el infinito, teniendo todas las ideas abstractas y los más hermosos conocimientos, pero que desgraciadamente olvida todo al salir del vientre de la madre.

Malebranche, del Oratorio, con sus sublimes ilusiones no solamente admitió las ideas innatas, sino que creía que vivimos íntegramente en Dios y que Dios, por decirlo de alguna manera, era nuestra alma. Todos estos razonadores escribieron la novela del alma, hasta que llegó un sabio y modesta- mente escribió su historia. Locke ha desarrollado en el hombre la razón humana como un excelente anatomista explica los resortes del cuerpo humano. Se ayuda siempre con la antorcha de la física; algunas veces se anima a hablar definitivamente, otras también, a dudar. En vez de definir de repente lo que no conocemos, examina por gradaciones lo que queremos conocer. Toma a un niño en el momento de su nacimiento, sigue paso a paso los progresos de su entendimiento; ve lo que tiene de común con las bestias y lo que está por encima de ellas; consulta sobre todo su propio testimonio, la conciencia de su pensamiento.

«Yo dejo que los que saben más que yo -nos dice- discutan sobre si el alma existía antes o después del cuerpo. Confieso que en el reparto me tocó un alma grosera que no piensa continuamente y, por desgracia, creo que no es necesario que el alma piense continuamente, como no es necesario que el cuerpo esté continuamente en movimiento.»

Personalmente me honro en pensar que en este punto soy tan estúpido como Locke. Nadie será capaz de hacerme creer que pienso continuamente, y me resulta imposible imaginar que algunas semanas antes de ser concebido tenía un alma sabia, que sabía millares de cosas que he olvidado al nacer, que en el útero tenía conocimientos que se me han olvidado y que no he podido recordar jamás.

Después de haber descartado el concepto de ideas innatas y de haber renunciado a la vanidad de creer que el alma piensa constantemente, Locke estableció que nuestras ideas se originan en nuestros sentidos; examina nuestras ideas simples y compuestas; sigue al espíritu humano en todas sus operaciones; demuestra la imperfección de las lenguas habladas por los hombres y el abuso constante que se hace de las palabras.

Considera por último el alcance, o mejor, la nada de los conocimientos humanos. En este capítulo se atreve a decir modestamente estas palabras: «Tal vez nunca podamos saber si un ser puramente material piensa o no».

En estas sensatas palabras más de un teólogo vio la escandalosa declaración de que el alma es material y mortal.

Algunos ingleses, devotos a su manera, dieron la alarma. Los supersticiosos son en la sociedad lo que los holgazanes en el ejército: tienen y contagian terrores pánicos. Se acusó a Locke de querer modificar la religión y, sin embargo, no se trataba de religión, era una cuestión puramente filosófica, independiente de la fe y de la revelación. Había que pensar con tranquilidad si no es contradictorio decir: la materia puede pensar y Dios puede comunicar pensamientos a la materia. Los teólogos empiezan demasiado pronto a decir que Dios ha sido ultrajado cuando no se piensa como ellos. Se parecen mucho a los malos poetas que dicen que Despreaux habla mal del rey porque se burla de ellos.

El doctor Stinlingfleet se ha hecho con una reputación de teólogo moderado por no haber injuriado positivamente a Locke. Luchó contra él, pero fue vencido, porque él razonaba como un doctor y Locke como un filósofo conocedor de la fuerza y debilidad del espíritu humano, y que conocía el temple de las armas que empleaba.

Si yo me atreviera a hablar de asunto tan delicado en el estilo de Locke, diría: hace mucho tiempo que los hombres discuten sobre la naturaleza y la inmortalidad del alma humana. Es imposible demostrar la inmortalidad del alma, pues aún discutimos sobre la naturaleza y hay que conocer a fondo un ser creado para decir si es o no inmortal. Prueba de que la razón humana es incapaz de saber si el alma es inmortal es que ésta ha debido sernos revelada a través de la religión. Para el bien común, la fe nos ordena creer en la inmortalidad del alma; es todo lo que hace falta y la cuestión está decidida. No ocurre lo mismo con respecto a su esencia; a la religión le importa poco saber la sustancia de que está formada el alma con tal que sea virtuosa. Se nos ha dado un reloj, pero el relojero no nos ha dicho de qué clase de material está hecho el resorte. Yo soy cuerpo y pienso, es todo cuanto sé. ¿Por qué querer atribuir a una causa desconocida algo que

tan fácilmente se puede atribuir a la única causa segunda que conozco? Todos los filósofos de la escuela argumentan: «En el cuerpo no hay más que extensión y solidez y no puede tener más que movimiento y figura. Ahora bien, movimiento y figura, extensión y solidez no pueden originar un pensamiento, por lo tanto el alma no puede ser materia».

Todo ese gran razonamiento, tantas veces repetido, se reduce solamente a lo siguiente: «No conozco la materia, in tuyo imperfectamente algunas de sus propiedades; no sé si dichas propiedades pueden unirse al pensamiento; entonces, como no sé nada, afirmo positivamente que la materia no puede pensar». Así razona la escuela. Locke diría sencillamente a estos señores: «Confesad por lo menos que sois tan ignorantes como yo; ni vuestra imaginación ni la mía pueden concebir cómo un cuerpo tiene ideas. ¿Acaso comprendéis mejor cómo una sustancia, sea como sea, puede tenerla? Si no podéis concebir ni la materia ni el espíritu, ¿cómo podéis afirmar algo?»

A su vez, el supersticioso llega y dice que, para el bien de las almas, es necesario quemar a todos los que creen que es posible pensar únicamente con la ayuda del cuerpo. Pero ¿qué opinaría si fuera él el reo de irreligiosidad? En efecto, ¿podemos asegurar, sin caer en una absurda Impiedad, que el Creador no puede darle a la materia pensamientos y sentimientos? Pensad lo y veréis en qué apuro os metéis los que limitáis así el poder del Creador. Los animales poseen los mismos órganos que nosotros, los mismos sentimientos y las mismas percepciones. Tienen memoria y combinan algunas ideas. Si Dios no puede animar a la materia y dotarla de sentimientos, es necesario admitir que, o bien los animales no son más que máquinas, o bien tienen un alma espiritual.

Creo que es necesario demostrar que los animales no son simples máquinas. En efecto, Dios les ha dado los mismos órganos del sentimiento que a nosotros; luego si son incapaces de sentir, Dios ha hecho un trabajo inútil. Según vosotros decís, Dios no hace nada vanamente, por tanto, no puede haber fabricado tantos órganos del sentimiento si éste no debiera existir. De lo cual se deduce que los animales no son puramente máquinas.

Los animales, según vosotros, no pueden tener un alma espiritual; luego, aunque os pese, tenéis que reconocer que Dios ha dado a los órganos de los animales, que son materia, esa facultad de sentir que vosotros llamáis instinto. ¿Quién podría impedir que Dios hubiera dado a nuestros órganos más sensibles la facultad de sentir, de percibir, de pensar, que llamáis razón humana? Sea cual sea el lado a donde os volváis, debéis confesar vuestra ignorancia y el inmenso poder de Dios. No sigáis, por lo tanto, oponiéndoos a la sabia y modesta filosofía de Locke; en vez de ir en contra de la religión, si ésta lo necesitara podría servirle de ayuda. ¿Existe una filosofía más religiosa que la que afirma Única- mente lo que ve con claridad y, tras confesar su debilidad, nos dice que estamos obligados a recurrir a Dios cuando nos ponemos a examinar los primeros principios?

Por otra parte, nunca hay que temer que un sentimiento filosófico pueda dañar a la religión de un país. Los misterios, aunque son contrarios a las demostraciones, serán siempre respetados por los filósofos cristianos que saben que los objetivos de la razón y de la fe son diferentes. Los filósofos nunca formarán una secta religiosa. ¿Por qué? Porque no escriben para el pueblo y porque carecen de entusiasmo.

Dividid al género humano en veinte partes; diecinueve estarán formadas por trabajadores que no sabrán nunca que existió Locke. De los restantes, ¿cuántos hombres se dedican a la lectura? Y entre los que leen, veinte leen novelas y uno sólo estudia filosofía. El número de los que piensa es muy reducido y, además, no se preocupan de turbar al mundo.

No fueron ni Montaigne, ni Locke, ni Bayle, ni Spinoza, ni Hobbes, ni lord Shaftesbury, ni Collins, ni Toland, etcétera, los que levantaron el estandarte de la discordia en su patria. La mayor parte de las veces fueron los teólogos que, deseando ser jefes de sectas, terminaron en jefes de partido. ¿Qué digo? Todos los libros de los filósofos modernos no han hecho tanto ruido como el que hicieron antes los franciscanos con su disputa sobre la forma de sus mangas y de su capucha.

Otros escritos filosóficos

ABRAHAM. No vamos a ocuparnos de la parte divina que se encierra en Abraham, porque la Biblia ya dice de esto todo lo que puede decir. Sólo nos ocuparemos en el mayor respeto de su parte profana, de lo que se refiere a la Geografía, al orden de los tiempos, a los usos ya las costumbres, ya que esos usos y esas costumbres, estando íntimamente unidos a la Historia Sagrada, son arroyos que parece que deben conservar algo de la divinidad de su origen.

Abraham, aunque nacido en las orillas del Eufrates, constituye una gran época para los occidentales, pero no para los orientales, que, sin embargo, le respetan. Los mahometanos sólo poseen cronología cierta desde su hégira. La ciencia de los tiempos, absolutamente perdida en los sitios donde sucedieron los grandes acontecimientos, llegó por fin hasta nuestros climas, en los que esos hechos se desconocían. Disputamos sobre todo lo que pasó en el Eufrates, en el Jordán y en el Nilo; y los que hoy día poseen el Nilo, el Jordán y el Eufrates disfrutan de esos países tranquilamente, sin entregarse a controversias y disputas.

A pesar de ser el principio de nuestra época la de Abraham, estamos desacordes respecto a su nacimiento en sesenta años. He aquí lo que consta en los registros:

«Y Tharé vivió setenta años, y engendró a Abraham, a Nacor y a Arán.» (Génesis, capítulo. XI, versículo 26.)

» Y Tharé, después de vivir doscientos cinco años, murió en Haran.

»El Señor dijo a Abraham: Salid de vuestro país, de vuestra familia, de la casa de vuestro padre, y venid al país que yo os enseñaré, y yo os convertiré en padre de un gran pueblo.» (Génesis, capítulo. XII, versículo 1.)

Desde luego se ve claro en el texto de Tharé que éste tuvo a Abraham a los setenta años, y que murió a los doscientos cinco; y que Abraham, saliendo de Caldea inmediatamente después de la muerte de su padre, debía tener precisamente ciento treinta y cinco años cuando salió de su país. Esta es también la opinión de San Esteban, manifestada en el discurso que dirigió a los judíos; pero, sin embargo, el Génesis dice:

«Abraham tenía setenta y cinco años cuando salió de Haran.»

Este es el principal motivo de la disputa sobre la edad de Abraham; pero hay algunos más. ¿Cómo podría tener Abraham, al mismo tiempo, ciento treinta y cinco años y setenta y cinco? San Jerónimo y San Agustín dicen que esa dificultad es inexplicable. Calmet, que confiesa que esos dos no pudieron resolver el problema, se figura que lo resuelve diciendo que Abraham era el hijo menor de los hijos de Tharé, aun- que el Génesis dice que era el primogénito. El Génesis dice que nació Abraham teniendo su padre setenta y dos años; y Calmet le hace nacer cuando aquél contaba ciento treinta. Semejante conciliación dio margen a una nueva disputa. En la incertidumbre en que nos dejan el texto y el comentario, lo mejor que podemos hacer es adorar al patriarca y no disputar.

No hay época alguna en los tiempos antiquísimos que no haya producido multitud de opiniones diversas. Poseemos, según dice Moseri, setenta sistemas de cronología de la Historia Sagrada, a pesar de que ésta la dictó Dios mismo. Después que escribió Moseri, se han conocido cinco maneras nuevas de conciliar los textos de la Escritura; de modo que ha habido tantas disputas sobre Abraham como años se le atribuyen en el texto cuando salió de Haran. Entre esos setenta y cinco sistemas no hay uno solo que nos diga cómo era la ciudad o la villa de Haran y dónde estaba situada. ¿Qué hilo puede guiamos en el laberinto de las disputas entabladas desde el primer versículo de la Biblia hasta el último? La resignación.

El Espíritu Santo no quiso enseñamos la cronología de la física y la lógica. Sólo deseó que fuéramos hombres temerosos de Dios y que nos sometiéramos a él, no pudiendo comprenderle.

Igualmente es difícil explicamos cómo Sara, siendo mujer de Abraham, fue al mismo tiempo su hermana. Abraham dijo al rey Abimelech que robó a Sara, por ser muy hermosa, a la edad de

noventa años y estando embarazada de Isaac: «Es verdaderamente mi hermana; es hija de mi padre, pero no de mi madre, y la hice mi esposa».

El Antiguo Testamento no nos explica que Sara fuese hermana de su marido. El abad Calmet, cuyo criterio y sagacidad son famosos, dice que podría ser su sobrina. Casarse con una hermana, probablemente no sería cometer un incesto en Caldea, ni acaso tampoco en Persia. Las costumbres cambian según los tiempos y según los lugares. Puede suponerse que Abraham, hijo del idólatra Tharé, continuaba siendo idólatra cuando se casó con Sara, ya fuese ésta hermana suya o sobrina.

Varios padres de la Iglesia excusan menos a Abraham por haber dicho a Sara en Egipto: «En cuanto te vean los egipcios, me matarán y te robarán. Te ruego, pues, que digas que eres mi hermana, con objeto de que mi alma viva por tu gracia». Sara sólo tenía entonces sesenta y cinco años; pero teniendo como tuvo veinticinco años después un rey por amante, bien pudo veinticinco años antes inspirar amor al faraón de Egipto. Efectivamente, el faraón la robó, como después la robó Abimelech y se la llevó al desierto.

Abraham recibió como regalos en la corte del faraón «muchos bueyes, muchas ovejas, asnos, camellos, caballos, servidores y servidoras». Tan considerables presentes prueban que los faraones eran entonces ya reyes poderosos y hacían las cosas en grande. Egipto debió estar ya muy poblado. Pero para que fuese habitable aquella región y edificar en ella ciudades fue preciso invertir muchos años, dedicándose a colosales trabajos, a construir multitud de canales para que recogieran las aguas del Nilo, que inundaban a Egipto todos los años durante cuatro a cinco meses, y que enseguida encenagaban la tierra; fue preciso levantar esas ciudades veinte pies lo menos por encima de los canales. y para realizar semejantes obras se necesita el transcurso de muchos siglos.

Y resulta, según la Biblia, que sólo habían mediado cuatrocientos años entre el Diluvio y la época del viaje de Abraham a Egipto. Debió ser extraordinariamente ingenioso y trabajador infatigable el pueblo egipcio para conseguir en tan poco tiempo inventar artes y ciencias, domar el Nilo y cambiar el aspecto del país. Probablemente estaban ya construidas muchas de las grandes pirámides, porque poco tiempo después llevaron a la perfección el arte de embalsamar los cadáveres; y las pirámides fueron los sepulcros donde se depositaban los despojos mortales de los príncipes, celebrando augustas ceremonias.

La remota antigüedad que se atribuye a las pirámides es tan verosímil que trescientos años antes, esto es, cien años después del diluvio de Noé, los asiáticos construyeron en las llanuras de Sennaar una torre que debía llegar hasta el cielo. San Jerónimo, comentando a Isaías, dice que esa torre tenía ya cuatro mil pasos de altura cuando Dios descendió para destruirla.

Suponiendo que cada paso lo formen dos pies y medio, la torre tendría la altura de 1.600 pies, y, por lo tanto, la torre de Babel era tres veces más alta que las pirámides de Egipto, que tienen de altura unos quinientos pies. Prodigiosa sería la cantidad de instrumentos que necesitaron para elevar un edificio semejante, en cuya construcción debían tomar parte todas las artes. Los comentaristas afirman que los hombres de aquella época eran incomparablemente más altos, más fuertes y más industriosos que los de las naciones modernas. Esto es lo que hay que notar al tratar de Abraham, respecto a las artes ya las ciencias.

Respecto a su persona, es verosímil que fuera un personaje importantísimo. Los persas y los caldeos se disputaron su nacimiento. La antigua religión de los magos se llamó desde tiempo inmemorial Rish lbrahim; Mitat lbrahim; y hemos convenido en que la palabra Ibrahim significa Abraham, siendo común entre los asiáticos, que usaban rara vez las vocales, cambiar en la pronunciación la i en a o la a en i. También se ha supuesto que Abraham fuera el Brahma de los indios, cuya nación se comunicó hasta con los pueblos del Eufrates, que desde tiempo inmemorial comerciaban en la India.

Los árabes le consideran como el fundador de La Meca. Mahoma le reconoce en el Corán como al más respetable de los predecesores. He aquí cómo se expresa hablando de él: «Abraham no era ni judío ni cristiano; era un musulmán ortodoxo; no pertenecía al número de los que dan compañeros a Dios».

La temeridad del espíritu humano llegó hasta el extremo de imaginar que los judíos no se llamaron descendientes de Abraham hasta épocas posteriores, hasta que pudieron fijarse en la Palestina. Como eran extranjeros, aborrecidos y despreciados de los pueblos inmediatos, para que se tuviese mejor opinión de ellos, idearon ser descendientes de Abraham, que era reverenciado en gran parte del Asia. La fe que debemos tener en los libros sagrados de los judíos solventa todas esas dificultades.

Críticos no menos atrevidos presentan otras objeciones respecto al comercio inmediato que Abraham tuvo con Dios, referentes a sus combates ya sus victorias.

El Señor se le apareció después de salir de Egipto y le dijo: «Tiende los ojos hacia el Aquilón, hacia el Oriente, hacia el Mediodía y hacia el Occidente; te doy para siempre a ti ya tu posteridad hasta el fin de los siglos, in sempiternum, todo el territorio que distingue tu vista» [1] . El Señor, casi enseguida, le promete «todo el terreno que media desde el Nilo hasta el Eufrates».

Los mencionados críticos preguntan cómo Dios pudo prometer el país inmenso que los judíos nunca poseyeron, y cómo pudo darles in sempiternum la pequeña parte de la Palestina, de la que hace muchísimos años los expulsaron.

El Señor añade a esas promesas que la posteridad de Abraham será tan numerosa como el polvo de la tierra. «Si se puede contar el polvo de la tierra, se podrá contar el número de tus descendientes» [2] .

Insisten objetando, y dicen que apenas existen en la actualidad en la superficie de la tierra cuatrocientos mil judíos, aunque han considerado siempre el matrimonio como un deber sagrado y aunque ha sido siempre su mayor objetivo el aumento de población. A estas objeciones se contesta que la Iglesia ha sustituido a la Sinagoga, y que la Iglesia constituye la verdadera raza de Abraham, que efectivamente es así numerosísima. Verdad es que no posee la Palestina, pero puede poseerla algún día, como la conquistó en la época del Papa Urbano II durante la primera cruzada. En una palabra mirando con los ojos de la fe el Antiguo Testamento, todas las promesas se han cumplido... o se cumplirán, y la débil raza humana debe condenarse al silencio.

También los críticos ponen en duda la victoria que alcanzó Abraham en Sodoma. Dicen que es inconcebible que un extranjero, que fue a apacentar sus ganados, derrotara con ciento diez guardianes de bueyes y de corderos a un rey de Persia, a un rey del Ponto y a un rey de Babilonia, y que los persiguiera hasta Damasco, ciudad que dista de Sodoma más de cien millas. Semejante victoria no es, sin embargo, imposible: se ven dos ejemplos similares en aquellos tiempos heroicos, y no ha disminuido la fuerza del brazo de Dios.

Gedeón, con trescientos hombres armados con trescientos cántaros y con trescientas lámparas, destruye un ejército entero; y Sansón, él solo, con una quijada de asno, mata mil filisteos. Las historias profanas nos suministran ejemplos parecidos: trescientos espartanos detienen un momento el ejército de Jerjes en el paso de las Termópilas; verdad es que, excepto uno solo que huyó, todos fueron muertos con su rey Leónidas; que Jerjes tuvo la cobardía de mandar que le ahorcaran, en vez de erigirle la estatua que merecía. Verdad es también que esos trescientos lacedemonios, que custodiaban un paraje escarpado, por el que no podían pasar dos hombres a la vez, estaban protegidos por un ejército de diez mil griegos, distribuidos en puntos fortificados; y hay que añadir aún que contaban con cuatro mil hombres más en las mismas Termópilas, que perecieron después de defenderse mucho tiempo.

Puede asegurarse que si hubieran ocupado un sitio menos inexpugnable que el que ocupaban esos trescientos espartanos, hubieran adquirido todavía más gloria defendiéndose en descubierto contra el ejército persa, que los destrozó. En el monumento que se erigió después en el campo de batalla se mencionaron esas cuatro mil víctimas; pero, en la actualidad, sólo ha quedado en la memoria el recuerdo de los trescientos.

Otra acción no menos memorable, pero más desconocida, fue la de los trescientos soldados suizos que derrotaron, en Morgarten, al ejército del archiduque Leopoldo de Austria, ejército que

---

[1] *Génesis,* capítulo XVIII, versículos XIV y XV

[2] *Génesis,* capítulo XIII, versículo XVI

constaba de veinte mil hombres. Estos trescientos suizos pusieron en fuga a toda la caballería, apedreándola desde lo alto de las rocas, ganando tiempo para que llegaran mil cuatrocientos soldados de Helvecia, que completaron la derrota del ejército enemigo. La batalla de Morgarten es más notable que la de las Termópilas, porque siempre es más notable vencer que ser vencido. Y basta la digresión; porque si las digresiones complacen al que las hace, no siempre son del gusto del que las lee, aunque a la generalidad de los lectores les complazca siempre saber que un número escaso de hombres derrota a grandes ejércitos.

Abraham es uno de los hombres célebres en el Asia Menor y en Arabia, como Tesant lo fue en Egipto, el primer Zoroastro en Persia, Hércules en Grecia, Orfeo en Tracia, Odín en las naciones septentrionales, y otros, conocidos por su celebridad más que por su historia verídica. Sólo me refiero aquí a la historia profana, porque respecto a la historia de los judíos, nuestros antecesores y nuestros enemigos (cuya historia creemos y detestamos, a pesar de que dicen que fue escrita por el Espíritu Santo), tenemos de ella la opinión que debemos tener. En esta ocasión nos referimos a los árabes, que se vanaglorian de descender de Abraham por la rama de Ismael, y que creen que ese patriarca edificó La Meca y murió en dicha ciudad.

La verdad es que la raza de Ismael se vio mucho más favorecida por Dios que la raza de Jacob. Una y otra raza, indudablemente, produjeron ladrones; pero los ladrones árabes fueron superiores a los ladrones judíos. Los descendientes de Jacob sólo conquistaron un pequeño territorio, que perdieron, y los descendientes de Ismael conquistaron parte del Asia, de Europa y del África; establecieron un imperio más vasto que el de los romanos y expulsaron a los judíos de sus cavernas, que ellos llamaban la tierra de Promisión.

A juzgar por los ejemplos que ofrecen las historias modernas, es difícil convencerse de que Abraham fuera el padre de dos naciones tan diferentes. Se nos dice que nació en Caldea, y que era hijo de un pobre alfarero que se ganaba la vida haciendo pequeños ídolos de barro; pero no es verosímil que el hijo de un alfarero fuese a fundar La Meca a cuatrocientas leguas del sitio donde nació, bajo el Trópico, y atravesando desiertos impracticables. Si fuera un conquistador, indudablemente se hubiera dirigido al inmenso territorio de Siria, y si no fue más que un pobre hombre, como nos lo describen, no hubiera sido capaz de fundar reinos lejos del sitio donde nació. El Génesis refiere que habían pasado setenta y cinco años cuando salió del territorio de Haran después de la muerte de su padre Tharé, el alfarero. Pero también el Génesis dice que Tharé engendró a Abraham a los setenta años, que Tharé vivió doscientos cinco años, y que cuando murió, Abraham salió de Haran. O el autor no sabe lo que dice en esa narración, o resulta muy claro en el Génesis que Abraham tenía ciento treinta y cinco años cuando dejó la Mesopotamia. Salió de un país idólatra para ir a otro país idólatra también, que se llamaba Sichem, situado en la Palestina. ¿Para qué fue allí? ¿Por qué abandonó las riberas fértiles del Eufrates para ir a tan lejana y tan estéril región como la de Sichem? El idioma caldeo debió de ser muy diferente del que se hablaba en Sichem, y, además, aquel territorio no era comercial. Sichem dista de Caldea más de cien leguas, y es preciso pasar muchos desiertos para llegar allí. Pero Dios quiso, tal vez, que hiciera ese viaje para ver la tierra que habían de habitar sus descendientes muchos siglos después. El espíritu humano no alcanza a comprender el motivo de ese viaje.

Apenas llegó al país montañoso de Sichem, el hambre le obligó a abandonarlo y se marchó a Egipto con su mujer en busca de vituallas para vivir. Hay cien leguas desde Sichem a Menfis. ¿Es natural ir tan lejos a buscar trigo, a un país cuyo idioma se desconoce? Extraños son esos viajes emprendidos a la edad de ciento cuarenta años.

Lleva a Menfis a su mujer, Sara, que era extremadamente joven, casi una niña comparada con él, porque no tenía más que sesenta y cinco años, y como era muy hermosa, resolvió sacar partido de su belleza: «Finge que eres mi hermana -le dijo- para que por tu bella cara me traten bien a mí». Debía haberle dicho: «Finge que eres mi hija». Pero, en fin... adelante. El rey se enamoró de la joven Sara y regaló a su fingido hermano ovejas, bueyes, asnos, camellos, criados y criadas. Esto prueba que el Egipto era entonces ya un reino poderoso y civilizado, y por consecuencia, muy antiguo, y, además, que recompensaban allí magníficamente a los hermanos que ofrecían sus hermanas a los reyes de Menfis.

La joven Sara tenía noventa años cuando Dios le prometió que Abraham, que había cumplido ciento sesenta, sería padre de un hijo suyo dentro de un año. Abraham, que era muy aficionado a viajar, se fue al desierto horrible de Cades, llevándose a su mujer embarazada, siempre joven y hermosa. Un rey del desierto se enamoró también de Sara, como se había enamorado un rey de Egipto. El padre de los creyentes dijo allí la misma mentira que en Egipto: hizo pasar a su mujer por hermana, y la mentira le proporcionó también ovejas, bueyes, criados y criadas. Puede decirse que Abraham llegó a ser muy rico por la finca de su mujer. Los comentaristas han escrito un enorme número de volúmenes para justificar la conducta de Abraham y para ponerse de acuerdo con la cronología. Aconsejamos a nuestros lectores que lean esos comentarios, escritos por autores finos y delicados, excelentes metafísicos, hombres sin preocupaciones y algo pedantes.

Por otra parte, los hombres de Bram, Abram, eran famosos en la India y en la Persia; y hay varios doctores que se empeñan en que fue el mismo legislador que los griegos llamaron Zoroastro. Otros autores dicen que fue el Brahma de los indios; pero esto no está demostrado. Lo que es probable para muchos sabios es que Abraham fue caldeo y persa. Los judíos, en el transcurso del tiempo, se vanagloria- ron de descender de él, como los francos de Héctor y los bretones de Tubal. Es doctrina admitida que la nación judía fue una horda relativamente moderna, que sólo muy tarde se estableció en Fenicia, que estaba rodeada de pueblos antiguos, cuyo idioma adoptó, que hasta tomó de ellos el nombre de Israel, que es caldeo, según la opinión del mismo judío Flavio Josefo. Sabido es que tomó de los babilónicos hasta los nombres de sus ángeles, y que sólo conoció la palabra Dios después que la conocieron los fenicios. Probablemente tomó de los babilónicos el nombre de Abraham o Ibraim, porque la antigua religión de todas aquellas regiones, desde el Eufrates hasta el Oxus, se llamaba Kishibrahim, Milafibraim. Esto nos lo confirman los estudios que hizo en aquellos países el sabio Hide.

Los judíos hicieron, pues, con la historia y con la fábula antigua lo que hacen los ropavejeros con los trapos muy usados: los reforman y los venden como nuevos al precio mayor que pueden. Ha sido un ejemplo singular de la estupidez humana creer durante mucho tiempo que los judíos constituyeron una nación que había enseñado a todas las demás, cuando su mismo historiador Josefo confiesa que fue todo lo contrario.

Es dificilísimo penetrar en las tinieblas de la antigüedad, pero es evidente que estaban florecientes todos los reinos del Asia antes de que la horda vagabunda de árabes, que llamamos judíos, poseyera un pequeño espacio de tierra propia, antes de que fuera dueña de una sola ciudad, antes de dictar sus leyes y de tener religión fija. Cuando encontramos un antiguo rito, una primitiva opinión establecida en Egipto o en Asia antes de los judíos, es lógico suponer que el reducido pueblo recién formado, ignorante y grosero, copió como pudo a la nación antigua, industriosa y floreciente, y es preciso ser un ignorantón o un pícaro para asegurar que los judíos enseñaron a los griegos.

Abraham no sólo fue popular entre los judíos, sino que le reverenciaron en toda el Asia y hasta el fondo de las Indias. Esa denominación, que significa padre de un pueblo en algunas lenguas orientales, se la dieron a un habitante de Caldea, del que muchas naciones se vanagloriaron de descender. El empeño que tuvieron los árabes y los judíos de probar que descendían de dicho patriarca no permite, ni aun a los filósofos pirrónicos, la duda de que haya existido un Abraham.

Los libros hebreos dicen que es hijo de Tharé, y los árabes que era nieto, que Azar fue su padre, creencia que siguen muchos cristianos. Los comentaristas manifiestan cuarenta y dos opiniones respecto al año que nació Abraham y yo no me atrevo a aventurar la cuarenta y tres; pero, a juzgar por las fechas, parece que debió de vivir sesenta años más de los que el texto le atribuye; pero estos errores de cronología no destruyen la verdad de un hecho, y aunque el libro que se ocupa de Abraham no fuese sagrado, no por eso dejaría de existir dicho patriarca. Los judíos distinguían entre los libros escritos por los hombres y los inspirados a algún hombre particular. Su historia, aunque ligada a su ley divina, no constituía la misma ley. ¿Cómo hemos de creer, pues, que Dios dictara fechas falsas?

Filón el judío y Suidas refieren que Tharé, padre o abuelo de Abraham, que vivía en Ur, población de Caldea, era un pobre hombre que se ganaba la vida construyendo pequeños ídolos, y

que era idólatra. Si esto era así, la antigua religión del Sabeísmo, que no adoraba ídolos y que veneraba el cielo y el sol, no debía haberse establecido aún en Caldea, o si se conocía en una pequeña parte del país, la idolatría debía tener culto en la mayor parte de él. En aquella primitiva época cada pequeño pueblo tenía su religión. Todas las religiones eran permitidas, y se confundían tranquilamente, así como cada familia tenía en el interior de sus hogares diferentes usos y costumbres. Labán, suegro de Jacob, adoraba ídolos. Cada pequeño pueblo creía natural que tuviera sus dioses la población vecina, limitándose a creer que su dios era el mejor .

La Biblia dice que el dios de los judíos, que les destinó el territorio de Canaán, mandó a Abraham que abandonara el país fértil de Caldea y que se fuese a la Palestina, prometiéndole que en su semilla bendeciría a todas las naciones del mundo. Corresponde explicar a los teólogos el sentido místico de esa alegoría, por el que se bendice a todas las naciones en una semilla de la que ellas no descienden. Pero ese sentido místico no es el objeto de mis estudios histórico-críticos. Algún tiempo después de esa promesa, la familia de Abraham, acosada por el hambre, fue a Egipto a proporcionarse trigo. Es singular la suerte de los hebreos, que siempre fueron a Egipto acosados por el hambre, pues más tarde, Jacob, por el mismo motivo, envió allí a sus hijos. Abraham, que era decrépito, se arriesgó a hacer este viaje con su mujer, Sara, de sesenta y cinco años de edad. Siendo muy hermosa, temió Abraham que los egipcios, cegados por su belleza, le matasen para gozar de los encantos de su esposa, y él propuso que fingiese ser su hermana, etcétera. Debe suponerse que la naturaleza humana estaba dotada entonces de un extraordinario vigor que el transcurso del tiempo y la malicia de las costumbres han debilitado después, porque de ese modo opinan también todos los antiguos, que aseguran que Elena tenía setenta años cuando la robó Paris. Sucedió lo que Abraham había previsto: la juventud egipcia quedó fascinada al ver a su esposa; el mismo rey se enamoró de ella y la encerró en su serrallo, aunque probablemente tendría allí mujeres mucho más jóvenes; pero el Señor castigó al rey ya todo su serrallo enviándoles tres grandes plagas. El texto no dice cómo averiguó el rey que aquella beldad era la esposa de Abraham; pero lo cierto es que cuando lo supo, la devolvió a su marido. Era preciso que fuera inalterable la hermosura de Sara, porque veinticinco años después, encontrándose encinta a los noventa años, viajando con su esposo por la Fenicia, Abraham abrigó el mismo temor, y la hizo también pasar por hermana suya. El rey fenicio Abimelech fue tan sensible como el rey de Egipto, pero Dios se le apareció en sueños y le amenazó de muerte si se atrevía a tocar a su nueva querida. Preciso es confesar que la conducta de Sara fue tan extraña como la duración de sus atractivos.

La singularidad de estas aventuras fue probablemente el motivo que impidió que los judíos tuviesen tanta fe en sus historias como en su Levítico. Creían ciegamente en su ley, pero no guardaban tanto respeto a su historia. En cuanto a sus antiguos libros, se encontraban en igual caso que los ingleses, que admiten las leyes de San Eduardo, y que no creen en absoluto que San Eduardo curara los tumores fríos. Se encontraban en el mismo caso que los romanos, que prestaban obediencia a sus antiguas leyes, pero que no se consideraban obligados a creer en el milagro de la criba llena de agua, ni en el del bajel que entró en el puerto llevando por vela el cinturón de una Vestal, etcétera. Por eso el historiador Josefo, muy amante de su culto, deja sin embargo a sus lectores en libertad de creer o de no creer en los antiguos prodigios que refiere.

La parte de la historia de Abraham relativa a sus viajes a Egipto y a Fenicia prueba que existían ya grandes reinos cuando la nación judía no era más que una familia; que se habían promulgado profusión de leyes, porque sin leyes no puede subsistir ningún reino, y que, por lo tanto, la ley de Moisés, que es posterior, no puede ser la primera que se promulgó. No es necesario, sin embargo, que una ley sea la más antigua para que sea divina, porque es indudable que Dios es dueño absoluto de todas las épocas; pero, sin embargo, parece más natural a nuestra débil razón que si Dios quiso dar una ley, la hubiera dictado al principio a todo el género humano.

El resto de la historia de Abraham presenta grandes contradicciones. Dios, que se le aparecía con frecuencia y que celebró con él muchos tratados, le envió un día tres ángeles al valle de Mombre; y el patriarca les dio para que comieran pan, carne de ternera, manteca y leche. Los tres comieron, y después de comer hicieron que se les presentase Sara, que había amasado el pan.

Uno de esos ángeles, que el texto sagrado llama el Eterno, promete a Sara que dentro de un año tendrá un hijo. Sara, que ha cumplido noventa y cuatro años, y cuyo esposo rayaba ya en la edad de cien años, se rió al oír semejante promesa. Esto prueba que confesaba su decrepitud y que la naturaleza humana no era diferente entonces de lo que es ahora. Esto no obstante, esa decrépita quedó embarazada y enamoró al año siguiente al rey Abimelech, como acabamos de saber. Para creer que sean verosímiles esas historias se necesita estar dotados de una inteligencia enteramente opuesta a la que tenemos hoy, o considerar cada episodio de la vida de Abraham como un milagro o creer que toda ella no es más que una alegoría; de todos modos, cualquier partido de estos que adoptemos, nos será dificilísimo comprenderlo. Por ejemplo, ¿qué valor podremos dar a la promesa que hizo Dios a Abraham de conceder a él ya su posteridad todo el territorio de Canaán que jamás poseyó ese caldeo? Esta es una de las contradicciones que es imposible resolver.

Es asombroso y sorprendente que Dios, que hizo nacer a Isaac de una madre de noventa y cinco años y de un padre centenario, mandara a éste que degollase al hijo que le concedió, cuando ya no podía esperar nueva descendencia. Ese extraño mandato de Dios prueba que, en la época en que se escribió esta historia, estaba en uso en el pueblo judío el sacrificio de víctimas humanas, como se verificaba en otras naciones. Pero puede interpretarse la obediencia de Abraham, que se prestó a sacrificar su propio hijo al Dios que se lo concedió, como una alegoría a la resignación con que el hombre debe sufrir las órdenes que dimanan del Ser Supremo.

Debemos hacer una observación importante respecto a la historia de dicho patriarca, considerado como padre de los judíos y de los árabes. Sus principales hijos fueron Isaac, que nació de su esposa por milagroso favor de la Providencia, e Ismael, que nació de su criada. En Isaac bendijo Dios la raza del patriarca, y, sin embargo, Isaac es el padre de una nación desgraciada y despreciable que permaneció mucho tiempo esclava y vivió dispersa un sinnúmero de años. Ismael, por el contrario, fue el padre de los árabes, que consiguieron fundar el imperio de los califas, que es uno de los más extensos y más poderosos del Universo.

Los musulmanes profesan extraordinaria veneración a Abraham, que ellos llaman Ibraim; creen que está enterrado en Hebrón y allí van peregrinando; algunos de ellos creen que está enterrado en La Meca, y allí acuden a reverenciarle.

Algunos persas antiguos creyeron que Abraham era el mismo Zoroastro. Les sucedió lo mismo que a otros fundadores de las naciones orientales, a los que se atribuían diferentes nombres y diferentes aventuras; pero, según se desprende del texto de la Sagrada Escritura, debió de ser uno de esos árabes vagabundos que no tenían residencia fija; le hemos visto nacer en Ur, población de Caldea, ir a Haran, después a Palestina, a Egipto, a Fenicia, y al fin, verse obligado a comprar su sepulcro en Hebrón.

Una de las más notables circunstancias de su vida fue que, a la edad de noventa y nueve años, antes de engendrar a Isaac, ordenó que le circuncidaran a él, a su hijo Ismael ya todos sus sirvientes. Debió de adoptar esta costumbre de los egipcios. Es difícil desentrañar el origen de semejante operación. Parece lo más probable que se inventara para precaver los abusos de la pubertad. Pero ¿a qué conducía eso a los cien años?

Por otra parte. hay autores que aseguran que sólo los sacerdotes de Egipto practicaban antiguamente esta costumbre para distinguirse de los demás hombres. En tiempos remotísimos, en África y en parte de Asia, los personajes santos tenían por costumbre presentar el miembro viril a las mujeres que encontraban al paso para que lo besasen. En Egipto llevaban en procesión el fallum, que era un príapo grueso. Los órganos de la generación eran considerados como objeto noble y sagrado, como símbolo de poder divino. Les prestaban juramento, y al prestarlo, ponían la mano en los testículos, y quizá de esa antigua costumbre sacaron la palabra que significa testigo, porque antiguamente servían de testimonio y garantía.

Cuando Abraham envió un sirviente suyo a pedir a Rebeca para esposa de su hijo Isaac, su servidor puso la mano en las partes genitales de Abraham, que la Biblia traduce por la palabra pierna [1] .

Por lo que acabamos de decir, puede comprenderse lo distintas que eran de las nuestras las costumbres de la remota antigüedad. Al filósofo no debe sorprenderle que antigua- mente se jurase por esa parte del cuerpo, como que se jurara por otra cualquiera. Tampoco debe extrañar que los sacerdotes, siempre en su manía de distinguirse de los demás hombres, se pusieran un signo en una parte del cuerpo tan reverenciada entonces.

El Génesis dice que la circuncisión se verificó por medio de un pacto que celebraron Dios y Abraham, añadiendo que se debía privar de la vida al que no se circuncidara en la casa del referido patriarca. Esto no obstante, no se dice que Isaac lo estuviera, y en el sagrado libro no se vuelve a hablar de circuncisión hasta los tiempos de Moisés.

Terminaremos este artículo observando que Abraham, además de tener de Sara y de Agar dos hijos, cada uno de los cuales fue padre de una gran nación, tuvo otros seis hijos de Cethura, que se establecieron en Arabia; pero su posteridad no fue célebre.

ABUSO. Vicio inherente a todos los usos, a todas las leyes ya todas las instituciones humanas, El catálogo de los abusos no podría contenerse en ninguna biblioteca. Los abusos gobiernan los Estados. Podemos dirigirnos a los chinos, a los japoneses o a los ingleses, y decirles: «Vuestro gobierno es un semillero de abusos que nunca corregís". Los chinos nos responderían: «Subsistimos como nación hace más de cinco mil años, y quizá somos el pueblo menos desgraciado del mundo, porque somos el más tranquilo". Los japoneses nos contestarían poco más o menos lo mismo. Los ingleses nos dirían: «Somos poderosísimos en el mar y vivimos muy bien en la tierra: quizá dentro de diez mil años perfeccionaremos nuestros hábitos. El gran secreto consiste en estar mejor que los otros pueblos, cometiendo enormes abusos".

En este artículo sólo vamos a ocuparnos del recurso de fuerza. Es un error creer que Pedro de Cugnieres, caballero de las leyes, abogado del rey en el Parlamento de París, interpusiera un recurso de fuerza en 1330, en la época de Felipe de Valois. La fórmula del recurso de fuerza no se introdujo hasta el fin del reinado de Luis XII. Pedro de Cugnieres hizo lo que pudo para corregir el abuso de las usurpaciones eclesiásticas, de cuyo abuso se quejaban los jueces seculares, los señores que poseían jurisdicción y los Parlamentos, pero no lo consiguió. El clero, por otra parte, se quejaba también de los señores, que sólo eran tiranos ignorantes que habían corrompido la justicia; ya los ojos de estos señores los eclesiásticos eran otros tiranos que sabían leer y escribir. El rey se vio obligado a convocar a estos dos partidos, para que ante él se reunieran en palacio, y no en el tribunal del Parlamento, como dice Pasquier. El rey se sentó en el trono rodeado de los pares, de los altos barones y de los altos dignatarios que componían su Consejo, al que asistieron veinte obispos. El arzobispo de Sens y el obispo de Autun hablaron en nombre del clero. No se menciona quién fue el orador del Parlamento ni el de los señores. Es verosímil que el discurso del abogado del rey fuera un resumen de las alegaciones de las dos partes. Es verosímil también que éste hablase en nombre del Parlamento y de los señores, y que el canciller resumiera las razones que se alegaron por una y por otra parte. Sea de esto lo que fuere, vamos a publicar las quejas que expusieron los barones y el Parlamento, redactadas por Pedro de Cugnieres:

I. Cuando un laico citase ante un juez real o señorial a un clérigo que no estuviera tonsurado, que sólo hubiera recibido alguna de las órdenes, el juez de la curia debía significar a los jueces que no debían juzgarle. bajo pena de incurrir en excomunión y en multa.

II. La jurisdicción eclesiástica obligaba a los laicos a comparecer ante ella en todas las cuestiones que tuvieran Con los clérigos en materia civil, por sucesión y por préstamo.

III. Los obispos y los abates establecerán notarios hasta en las mismas haciendas de los laicos.

[1] *Génesis*. cap. XXIV. versículo II

IV. Excomulgarán a los que no pagan sus deudas a los clérigos, y si el juez laico no les obliga a pagar, excomulgarán también al juez.

V. En cuanto un juez secular se apodere de un ladrón, debe remitir al juez eclesiástico los objetos robados; si no lo hace, incurre en excomunión.

VI. El excomulgado no podrá ser absuelto sin pagar antes una multa arbitraria.

VII. Los jueces de la curia denunciarán a los labradores y a los obreros que trabajen para algún excomulgado.

VIII. Dichos jueces tendrán la facultad de formar inventarios en los mismos dominios del rey, valiéndose de que saben escribir .

IX. Cobrarán ciertos derechos para conceder al recién casado libertad para acostarse con su mujer .

X. Se apoderarán de todos los testamentos.

XI. Declararán condenado a todo el que muera y no haya hecho testamento, porque en ese caso la Iglesia nada hereda de él; y para concederle al menos los honores del entierro, harán testamento en nombre suyo, en el que designarán mandas pías.

Parecidas a éstas, expusieron unas setenta quejas. Para defenderlas, tomó la palabra Pedro Roger, arzobispo de Sens, que tenía fama de ser una notabilidad, y que más tarde ocupó la Santa Sede con el nombre de Clemente VI. Empezó protestando de que no hablaba para que le juzgasen, sino para juzgar a sus adversarios y para aconsejar al rey que cumpliese con su deber. Dijo que Jesucristo, siendo Dios y hombre, era dueño del poder espiritual y del temporal, y, por consecuencia, los ministros de la Iglesia, que eran sus sucesores, eran jueces de todos los hombres, sin distinción.

Pedro Bertrandi, obispo de Autun, habló, entrando en los detalles de la cuestión. Aseguró que sólo se incurría en excomunión por haber cometido algún pecado mortal, que el culpable debía hacer penitencia, y que la mejor penitencia que podía hacer era dar dinero a la Iglesia. Trató de probar que los jueces eclesiásticos tenían más capacidad que los jueces reales o señoriales para administrar justicia, porque habían estudiado las Decretales, que los otros jueces desconocían. A esto podían haberle replicado que se debía obligar a los bailíos ya los prebostes del reino a leer las Decretales, pero no a cumplirlas nunca.

La reunión de esta gran asamblea no sirvió para nada. El rey tuvo necesidad de contemporizar con el Papa, que había nacido en su reino, tenía la Santa Sede en Avignon y era enemigo mortal del emperador Luis de Baviera. En todas épocas la política conserva los abusos que la justicia trata de evitar. De esa reunión sólo quedó en el Parlamento el recuerdo indeleble del discurso que pronunció Pedro de Cugnieres; y dicho tribunal desde entonces se opuso sistemáticamente a las pretensiones de los clérigos y se apeló siempre en el Parlamento de las sentencias de los jueces de la curia, cuyo procedimiento se llamó recurso de fuerza. Por fin, todos los Parlamentos de Francia acordaron que la Iglesia conociera únicamente en materia de disciplina eclesiástica y en juzgar a todos los hombres indistintamente, con arreglo a las leyes del Estado, conservando las formalidades que prescriben las ordenanzas.

ABUSO DE LAS PALABRAS. Las conversaciones y los libros raras veces nos dan ideas precisas. Es muy común leer mucho de sobra y conversar inútilmente. Es oportuno repetir en esto lo que Locke recomienda: Definid los términos.

Una dama que come demasiado y no hace ejercicio cae enferma. El médico le dice que domina en ella un humor pecante, impurezas, obstrucciones, vapores, y le prescribe un medicamento que le purificará la sangre. ¿Qué idea exacta puede tenerse de todas esas palabras? La enferma y la familia que las oyen no las comprenden; ni el médico tampoco. Antiguamente, el facultativo ordenaba buenamente un cocimiento de hierbas calientes o frías.

Un jurisconsulto, en el ejercicio de su profesión, anuncia que no observar las fiestas y los domingos es cometer el crimen de lesa majestad divina en la persona del segundo jefe. Desde luego, la frase majestad divina nos da la idea del más enorme de los crímenes y del más espantoso de los castigos. ¿Pero a propósito de qué la pronunció el jurisconsulto? Por no haber

toso de los castigos. ¿Pero a propósito de qué la pronunció el jurisconsulto? Por no haber asistido a las vísperas, lo que puede sucederle al hombre más honrado del mundo.

En todas las controversias que se entablan sobre la libertad, uno de los argumentadores entiende casi siempre una cosa y su adversario otra. Luego se presenta un tercero en discordia, que no entiende al primero ni al segundo, pero que tampoco lo entienden a él. En las disputas sobre la libertad, uno tiene el pensamiento de la potencia de imaginar, otro el de la potencia de querer y el tercero el deseo de ejecutar; corren los tres, cada uno dentro de su círculo, y no se encuentran nunca. Lo mismo sucede en las quejas sobre la gracia. ¿Quién puede comprender su naturaleza, sus operaciones, y la suficiente que no basta y la eficaz a la que nos resistimos? Hace dos mil años que se pronuncia la frase forma substancial, sin tener la menor noción de ella; esta frase se ha sustituido por la de naturaleza plástica, sin ganar nada en el cambio.

Se detiene un viajero ante un torrente y pregunta a un labriego que ve de lejos, frente a él, por dónde está el vado: «Id hacia la derecha», contesta el campesino. El viajero toma la derecha y se ahoga. El campesino va corriendo hacia él y le grita: «No os dije que avanzarais hacia vuestra mano derecha, sino hacia la mía». El mundo está lleno de estas equivocaciones.

Al leer un noruego esta fórmula que usa el Papa: servidor de los servidores de Dios, ¿cómo ha de discurrir que el que la dice es el obispo de los obispos y el rey de los reyes?

En la época en que los fragmentos de Petronio tenían gran fama en la literatura, Meibomins, sabio de Lubeck, leyó en una carta que imprimió otro sabio de Bolonia lo siguiente: «Aquí tenemos un Petronio completo, yo lo he visto y lo he admirado». En seguida Meibomins parte para Italia, se dirige a Bolonia, busca al bibliotecario Capponi y le pregunta si es verdad que tiene allí a Petronio completo. Capponi le responde que es público y notorio. Capponi le conduce a la iglesia donde descansa el cuerpo de San Petronio. Meibomins toma el correo y huye.

Si el jesuita Daniel tomó a un abad guerrero, martialem abbatem, por el abab Marcial, cien historiadores han incurrido en mayores errores. El jesuita Dorleans, en su obra Revoluciones de Inglaterra, habla indiferentemente de Northampton y de Southampton, no equivocándose más que de Norte a Sur.

Frases metafóricas tomadas en un sentido propio han decidido muchas veces la opinión de muchas naciones. Conocida es la metáfora de Isaías: «¿Cómo caíste del cielo, estrella brillante que apareces al rayar la mañana?» Supusieron que en esa imagen aludía al diablo, y como la palabra hebrea que corresponde a la estrella de Venus se tradujo en latín por la palabra Lucifer, desde entonces se ha llamado siempre Lucifer al diablo.

El ejemplo .más singular del abuso de las palabras, de los equívocos voluntarios y de los errores que han producido más trastornos, nos lo ofrece el Kin-Tien de la China. Varios misioneros de Europa disputaron acaloradamente sobre la significación de esa palabra. La corte de Roma envió un francés llamado Maigrot, nombrándole obispo imaginario de una provincia de la China, para que decidiera el sentido de la indicada palabra. Maigrot no sabía una palabra del idioma chino. El emperador se dignó explicarle lo que en su lengua significaba Kin-Tien. Maigrot no lo quiso creer, y consiguió que Roma excomulgase al emperador de la China.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de referir todos los abusos de palabras que nos acuden a la imaginación.

ADULTERIO. No debemos esta palabra a los griegos, sino a los romanos. Adulterio significa, en latín, alteración, adulteración, una cosa puesta en lugar de otra; llaves falsas, contratos y signos falsos, adulterio. Por eso el que se metía en lecho ajeno fue llamado adúltero, como la llave falsa que abre la puerta de la casa de otro. Por eso llamaron por antífrasis coccyx, cuclillo, al pobre marido en cuya casa y cama pone los huevos un hombre extraño. Plinio el naturalista dice [1]: «Coccixova subi in nidis alienis; ita plerique alienas uxores faciunt matres». «El cuclillo deposita sus huevos en el nido de otros pájaros; de este modo muchos romanos hacen madres a las mujeres de sus amigos.» La comparación no es muy exacta, porque aunque se compara al

[1] Libro X, cap. IX

cuclillo con el cornudo, siguiendo las reglas gramaticales, el cornudo debía ser el amante y no el esposo.

Algunos doctos sostienen que debemos a los griegos el emblema de los cuernos, porque los griegos designan con la denominación de macho cabrío al esposo de la mujer que es lasciva como una cabra. Efectivamente, los griegos llaman a los bastardos hijos de cabra.

La gente de educación, que no usa nunca términos depresivos, no pronuncia jamás la palabra adulterio. No dice nunca: la duquesa de tal comete adulterio con fulano de cual; sino: la marquesa A tiene trato ilícito con el conde de B. Cuando las señoras comunican a sus amigos o a sus amigas sus adulterios, sólo dicen: «Confieso que le tengo afición». Antiguamente declaraban que le apreciaban mucho; pero desde que una mujer del pueblo declaró a su confesor que apreciaba a un consejero, y el confesor le preguntó: «¿Cuántas veces le habéis apreciado?», las damas de calidad no aprecian a nadie... ni van a confesarse.

Las mujeres de Lacedemonia no conocieron ni la confesión, ni el adulterio. Verdad es que Menelao probó lo que Elena era capaz de hacer; pero licurgo puso orden allí, consiguiendo que las mujeres fuesen comunes cuando los maridos querían prestarlas y cuando las mujeres lo consentían. Cada uno puede disponer de lo que le pertenece. En casos tales, el marido no podía temer el peligro de estar alimentando en su casa a un hijo de otro. Allí todos los hijos pertenecían a la república y no a una familia determina- da, y así no se perjudicaba a nadie. El adulterio es un mal, porque es un robo; pero no puede decirse que se roba lo que nos dan. Un marido de aquella época rogaba con frecuencia a un hombre joven, bien formado y robusto, que cohabitara con su mujer. Plutarco ha conservado hasta nuestros días la canción que cantaban los lacedemonios cuando Acrotatus iba a acostarse con la mujer de su amigo.

«Id, gentil Acrotatus, satisfaced bien a Kelidonida. Dad bravos ciudadanos a Esparta [1]»

Los lacedemonios tenían, pues, razón para decir que el adulterio era imposible entre ellos. No sucede lo mismo en las naciones modernas, en las que todas las leyes están fundadas sobre lo tuyo y lo mío.

Una de las cosas más desagradables del adulterio entre nosotros es que la mujer se burla con su amante algunas veces del marido. En la clase baja sucede con frecuencia que la mujer roba al marido para dar al amante, y las querellas matrimoniales arrastran a los cónyuges a cometer crueles excesos.

La mayor injusticia y el mayor daño del adulterio consiste en dar a un pobre hombre hijos de otros, y cargándole con un peso que no debía llevar. Por ese medio, razas de héroes han llegado a ser bastardas. Las mujeres de los Astolfos y de los Jocondas, por la depravación del gusto y por la debilidad de un momento, han tenido hijos de un enano contrahecho o de un lacayo sin talento, y de esto se resienten los hijos en cuerpo y alma. Insignificantes micos han heredado los más famosos nombres en algunos países de Europa, y conservan en el salón de su palacio los retratos de sus falsos antepasados, de seis pies de estatura, hermosos, bien formados, llevando un espadón que la raza moderna apenas podría sostener con las dos manos.

En algunas provincias de Europa las jóvenes solteras hacen el amor; pero cuando se casan se convierten en esposas prudentes y útiles; todo lo contrario sucede en Francia; encierran en conventos a las jóvenes y se les da una educación ridícula. Para consolarlas, sus madres les imbuyen la idea de que serán libres cuando se casen. Apenas viven un año con su esposo, desean conocer a fondo el valor de sus propios atractivos. La joven casada sólo vive, se pasea y va a los espectáculos con otras mujeres que le enseñan lo que desea saber. Si no tiene amante como sus amigas, está como avergonzada y no se atreve a presentarse en público.

Los orientales tienen costumbres muy contrarias a las nuestras. Les presentan jóvenes, garantizando que son doncellas; se casan con ellas y las tienen siempre encerradas por

[1] Véase en Plutarco la vida de Pirro. cap. XXXVIII

precaución. Nos dan lástima las mujeres de Turquía, de Persia y de las Indias, pero son mucho más dichosas en sus serrallos que las jóvenes francesas en sus conventos.

Entre nosotros sucede algunas veces que un marido, disgustado de su mujer, no queriendo formarle proceso criminal por adulterio, se satisface con separarse de ella de cuerpo y bienes. A propósito de esto, insertaremos una Memoria escrita por un hombre honrado que se encontró en situación semejante. Nuestros lectores decidirán si son o no son justas sus quejas.

Memoria de un magistrado (escrita en el año 1764). Un magistrado de una ciudad de Francia tuvo la desgracia de casarse con una mujer a quien sedujo un sacerdote antes de su casamiento y que luego dio varios escándalos públicos. Tuvo la paciencia de separarse de ella amistosamente. El magistrado era un hombre de cuarenta años, vigoroso, de rostro agraciado; necesitaba mujer, pero era demasiado escrupuloso para seducir a la esposa de otro hombre, y le repugnaba el trato ilícito con una mujer galante, o liarse con una viuda. Encontrándose en la incertidumbre de esta situación, dirigió a la iglesia de su culto las siguientes quejas:

"Mi esposa es criminal, pero el castigado soy yo. Una mujer es necesaria para el consuelo de mi vida y para que yo persevere en la virtud, y la secta a que estoy afiliado me la niega, prohibiéndome casarme con una mujer honrada. Las leyes civiles actuales, cimentadas por desgracia en el derecho canónico, me privan de los derechos de la humanidad. La Iglesia me pone en el caso de procurarme placeres que ella reprueba, o resarcimientos vergonzosos que ella condena. Me impulsa a ser criminal.

»Examino todos los pueblos del mundo, y no encuentro uno solo, exceptuando el pueblo católico romano, en los que el divorcio y un segundo casamiento no sean de derecho natural. ¿Qué trastorno del orden hace, pues, que en los países católicos sea una virtud consentir el adulterio, y un deber carecer de mujer, cuando la propia nos ultrajó indignamente? ¿Por qué un lazo podrido es indisoluble, a pesar de que dice la ley de nuestro código: "Quidquid ligatur dissolubile est" (lo que se liga es disoluble). Se me permite la separación de cuerpo y de bienes y no se me permite el divorcio. La ley puede quitarme mi mujer, y sin embargo me deja un algo que se llama sacramento: no gozo ya del matrimonio, y sin embargo estoy casado. ¡Qué contradicción tan extraña es ésta!

»[illegible] esa ley de la Iglesia católica romana contradice directamente las palabras que esa misma Iglesia cree que pronunció Jesucristo: "Todo el que despida a su mujer, excepto por adulterio, peca si toma otra" [1].

»No me ocuparé en examinar si los pontífices de Roma han tenido derecho para violar a su capricho la ley de su Señor; ni del hecho de que cuando un Estado necesita tener un heredero es lícito repudiar a la que no puede darlo. No trataré tampoco de averiguar si una mujer turbulenta, demente, homicida o envenenadora debe repudiarse lo mismo que una adúltera. Me concretaré únicamente a ocuparme del triste estado en que me encuentro sumido. Dios permite que me vuelva a casar y el obispo de Roma no me lo permite.

»El divorcio estuvo en uso en los pueblos católicos durante el reinado de todos los emperadores, y lo estuvo también en todos los Estados que se desmembraron del imperio romano. Los reyes de Francia, que llamamos de la primera raza, casi todos repudiaron a sus mujeres para tomar otras. Pero ascendió al solio pontificio Gregorio IX, enemigo de los emperadores y de los reyes, y por medio de un decreto fue ley para toda Europa, y cuando los reyes quisieron repudiar a una mujer adúltera, pudiendo hacerlo según la ley de Jesucristo, tuvieron, para conseguirlo, que valerse de pretextos ridículos. Luis el Joven se vio obligado, para divorciarse de Eleonora de Crineune, a alegar un parentesco que no existía. Enrique IV, para repudiar a Margarita de Valois, pretextó una causa más falsa todavía: la falta de consentimiento. Era preciso mentir para divorciarse legalmente.

"Un soberano puede abdicar la corona, ¿y sin permiso del Papa no podrá abdicar su mujer? ¿Es comprensible que hombres ilustrados consientan tan absurda esclavitud?

---

[1] San Mateo, cap. XIX, vers. 9

"Convengo en que los sacerdotes y los frailes renuncien a las mujeres. Cometen un atentado contra la población, y es una desgracia para ellos; pero merecen esa desgracia, porque ellos mismos se la proporcionan. Son víctimas de los papas, que los han convertido en esclavos, en soldados sin familia y sin patria, que viven únicamente para la Iglesia; pero yo, que soy magis- trado, que sirvo al Estado todo el día, necesito una mujer por la noche; y la Iglesia no está facultada para privarme de un bien que Dios me concede. Los apóstoles estaban casados, Josef también, y yo quiero estarlo. Soy alsaciano, y sin embargo dependo de un sacerdote que vive en Roma. Si ese sacerdote posee el bárbaro poder de privar- se de una mujer, que me convierta en eunuco y cantaré el miserere en su capilla en clase de tiple.»

Memoria para las mujeres. La equidad exige que, habiendo insertado la precedente Memoria en favor de los maridos, pleiteemos ahora en favor de las mujeres casadas, publicando las quejas que presentó a la junta de Portugal la condesa de Alcira. He aquí la sustancia de ellas:

«El Evangelio prohíbe el adulterio a mi marido, lo mismo que a mí; y será condenado como yo. Cuando cometió con- migo veinte infidelidades, cuando dio mi collar a una de mis rivales y mis pendientes a otra, no pedí a los jueces que le raparan el cabello, que le encerraran en un claustro, ni que me entregaran sus bienes. y yo, por haberle imitado un sola vez, por haber hecho con el hombre más hermoso de Lisboa lo que hace impunemente todos los días con las perdidas de más baja estofa de la corte y de la ciudad, tengo que sentarme en el banquillo de los acusados, ante jueces que todos ellos se arrodillarían a mis pies si estuvieran conmigo dentro de mi gabinete. Y es preciso también que en la Audiencia me corten la cabellera, que llama la atención de todo el mundo; que luego me encierren en un convento de monjas, que no tienen sentido común; que me priven de mi dote y de mis contratos matrimoniales; que entreguen todos mis bienes a mi fatuo marido, para que le ayuden a seducir a otras mujeres y cometer otros adulterios. Pregunto si esto es justo, y si no parece que sean los cornudos los que han promulgado las leyes.

»Me quejo con razón; pero responden a mis quejas que debo considerarme feliz, porque no me han apedreado en las puertas de la ciudad los canónigos, los feligreses de la parroquia y todo el pueblo. Eso es lo que se hacía en la primera nación del mundo, en la nación predilecta y querida de Dios, la única que tuvo razón cuando las demás se equivocaban.

»Pero yo respondo a esos bárbaros que cuando presentaron la mujer adúltera ante el que promulgó la antigua y la nueva ley, éste no consintió que la apedrearan. Por el contrario, les echó en cara su injusticia y les satirizó escribiendo en la arena con el dedo el antiguo proverbio hebraico: "El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra", y entonces se retiraron todos, y los viejos con mayor velocidad, porque como tenían más años, habían cometido más adulterios.

»Los doctores en derecho canónico me replican que la historia de la mujer adúltera sólo se refiere en el Evangelio de San Juan y se insertó en él algún tiempo después. Leontins y Maldonat aseguran que esa historia no se encuentra en ninguno de los antiguos ejemplares griegos, y que no hablan de ella ninguno de los veintitrés primeros comentaristas. Orígenes, San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, Teofilacto y Nonuns no la conocen, ni se encuentra en la Biblia siríaca, ni en la versión de Ulfilas. Esto dicen los abogados de mi marido, que además de cortarme el pelo, quisieran que me apedreasen.

»Pero los abogados que me defienden aseguran que Ammonius, autor del siglo III, reconoce por verdadera esta historia, y que si San Jerónimo la rechaza en algunas partes, la acepta en otras; en una palabra, que se tiene por auténtica en la actualidad. Salgo del tribunal, busco a mi marido y le digo: «Si no habéis cometido ningún pecado, cortad me el pelo, encerrad me en un claustro y apoderaos de mis bienes; pero si habéis cometido más pecados que yo, a mí me corresponde raparos, encerraros en un convento y apoderarme de vuestra fortuna. La justicia debe ser igual para los dos». Mi marido me replica que es mi superior, mi jefe, que tiene una pulgada más de estatura, que es velludo como un oso y que, por consecuencia, se lo debo todo a él y él no me debe nada a mí.

»Pero yo pregunto ahora: ¿Cómo la reina Ana de Inglaterra es superior a su marido? ¿Cómo su marido el príncipe de Dinamarca le obedece ciegamente? Si no lo hiciera así le trataría el

Tribunal de los Pares, caso de que cometiera con ella alguna infidelidad. Es, pues, evidente que si las mujeres no hacen castigar a los hombres, es porque son menos fuertes que ellos.»

Para juzgar con justicia un proceso de adulterio, sería preciso que fuesen jueces doce hombres y doce mujeres, y un hermafrodita que tuviera voto preponderante en caso de empate.

Pero hay casos singulares en los que no caben las dudas y no nos es lícito juzgar. Uno de esos casos es la aventura que refiere San Agustín en su sermón sobre la predicación de Jesucristo en la montaña.

Septimius Acyndius, procónsul de Siria, mandó prender en Antioquia a un cristiano porque no pagó al fisco una libra de oro con que le multaron, y le amenazó con la muerte si no pagaba. Un hombre rico de aquel país prometió dar dos marcos a la mujer del desgraciado si consentía en satisfacer sus deseos.

La mujer fue a contárselo a su marido, y éste rogó que le salvara la vida, aunque tuviera que renunciar a los derechos que tenía sobre ella. La mujer obedeció a su marido; pero el hombre rico, en vez de entregarle los dos marcos de oro, la engañó entregándole un saco lleno de tierra. El marido no puede pagar al fisco y no le queda más remedio que morir. En cuanto el procónsul se entera de la infamia, paga de su propio bolsillo al fisco los dos marcos de oro y manda que entreguen a los esposos cristianos el dominio del campo de donde se sacó la tierra para llenar el saco que el hombre rico entregó a la mujer.

En este caso se ve que la esposa, en vez de ultrajar a su marido, fue dócil a su voluntad. No sólo le obedeció, sino que le salvó la vida. San Agustín no se atreve a decir si es culpable o virtuosa, teme condenarla sin razón. Lo singular es que Bayle, en este caso, pretenda ser más severo que San Agustín [1] . Condena decididamente a la pobre mujer.

En cuanto a la educación contradictoria que damos a nuestras hijas, añadamos una palabra. Las educamos infundiéndoles el deseo inmoderado de agradar, para lo que les damos lecciones. La naturaleza por sí sola lo haría, si nosotros no lo hiciésemos; pero al instinto de la naturaleza añadimos los refinamientos del arte. Cuando están acostumbradas a nuestras enseñanzas las castigamos si practican el arte que de nosotros han aprendido. ¿Qué opinión nos merecía el maestro de baile que estuviera enseñando a un discípulo durante diez años y pasado ese tiempo quisiera romperle las piernas por encontrarle bailando con otro? ¿No podríamos añadir este artículo al de las contradicciones?

ALMA, Es un término vago, indeterminado, que expresa un principio ignorado, pero de efectos conocidos que sentimos en nosotros mismos. La palabra alma corresponde al vocablo anima de los latinos, a la palabra que usan todas las naciones para expresar lo que no comprenden más que nosotros.

En el sentido propio y literal del latín y de las lenguas que se derivan de él, significa lo que anima. Por eso se dice: el alma de los hombres, de los animales y de las plantas, para significar su principio de vegetación y de vida.

Al pronunciar esta palabra, sólo nos da una idea confusa, como cuando se dice en el Génesis: «Dios sopló en el rostro del hombre un soplo de vida, y Se convirtió en alma viviente; el alma de los animales está en la sangre; no matéis, pues, su alma».

De modo que el alma -en sentido general- se toma por el origen y por la causa de la vida, por la vida misma. Por esto las naciones antiguas creyeron durante muchísimo tiempo que todo moría al morir el cuerpo. Aunque es difícil desentrañar la verdad en el caos de las historias remotas, tiene visos de probabilidad que los egipcios fuesen los primeros que distinguieron la inteligencia y el alma, y los griegos aprendieron de ellos a distinguirla. Los latinos, siguiendo el. ejemplo de los griegos, distinguieron animus y anima; y nosotros distinguimos también alma e inteligencia. Pero lo que constituye el principio de nuestra vida, ¿constituye el principio de nuestros pensamientos? Lo que nos hace digerir, lo que nos produce sensaciones y nos da memoria, ¿se parece a lo que es causa en los animales de la digestión, de las sensaciones y de la memoria?

---

[1] *Diccionario de Bayle,* artículo *Avindimus*

He aquí el eterno objeto de las disputas de los hombres. ¡Digo eterno objeto porque, careciendo de la noción primitiva que nos guíe en este examen, tendremos que permanecer siempre encerrados en un laberinto de dudas y de conjeturas.

No contamos ni con un solo escalón donde afirmar el pie para llegar al vago conocimiento de lo que nos hace vivir y de lo que nos hace pensar. Para poseerlo sería preciso ver cómo la vida y el pensamiento entran en un cuerpo. ¿Sabe un padre cómo produce a su hijo? ¿Sabe la madre cómo lo concibe? ¿Puede alguien adivinar cómo se agita, cómo se despierta y cómo duerme? ¿Sabe alguno cómo los miembros obedecen a su voluntad? ¿Ha descubierto el medio por el cual las ideas se forman en su cerebro y salen de él cuando lo desea? Débiles autómatas, colocados por la mano invisible que nos gobierna en el escenario del mundo, ¿quién de nosotros ha podido ver el hilo que origina nuestros movimientos?

No nos atrevemos a cuestionar si el alma inteligente es espíritu o materia; si fue creada antes que nosotros; si sale de la nada cuando nacemos; si después de habernos animado durante un día en el mundo, vive, cuando morirnos, en la eternidad. Estas cuestiones que parecen sublimes, sólo son cuestiones de ciegos que preguntan a otros ciegos: ¿qué es la luz?

Cuando tratamos de conocer los elementos que encierra un pedazo de metal, lo someternos al fuego de un crisol. ¿Poseemos crisol alguno para someter el alma? Unos dicen que es espíritu; pero ¿qué es espíritu? Nadie lo sabe; es una palabra tan vacía de sentido, que nos vemos obligados a decir que el espíritu no se ve, porque no sabemos decir lo que es. El alma es materia, dicen otros. Pero ¿qué es materia? Sólo conocemos algunas de sus apariencias y algunas de sus propiedades; y ninguna de estas propiedades parece tener la menor relación con el pensamiento.

Hay también quien opina que el alma está formada de algo distinto de la materia. Pero ¿qué pruebas tenemos de esto? Se funda tal opinión en que la materia es divisible y puede tomar diferentes aspectos, y el pensamiento no lo es. Pero ¿quién os ha dicho que los primeros principios de la materia sean divisibles y figurables? Es muy verosímil que no lo sean; sectas enteras de filósofos sostienen que los elementos de la materia no tienen figura ni extensión. Creéis anonadarnos replicando: «El pensamiento no es madera, ni piedra, ni metal; luego el pensamiento no puede ser materia». Pero eso son débiles y atrevidos razonamientos. La gravitación no es metal, ni arena, ni piedra, ni madera; el movimiento, la vegetación, la vida, no son ninguna de esas cosas; y sin embargo, la vida, la vegetación, el movimiento y la gravitación son cualidades de la materia. Decir que Dios no puede conseguir que la materia piense es decir el absurdo más insolente que se haya proferido nunca en la escuela de la demencia.

No estamos seguros de que Dios haya obrado así; pero sí estamos seguros de que puede obrar de tal modo. ¿Qué importa todo lo que se ha dicho y lo que se dirá sobre el alma? ¿Qué importa que la hayan llamado entelequia, quintaesencia, llama o éter; que la hayan creído universal, increada, transmigrante, etcétera? ¿Qué importa en cuestiones inaccesibles a la razón esas novelas creadas por nuestras inciertas imaginaciones? ¿Qué importa que los padres de la Iglesia de los cuatro primeros siglos creyeran que el alma era corporal? ¿Qué importa que Tertuliano, contradiciéndose, decidiese que el alma es corporal, figurada y simple al mismo tiempo? Tenemos mil testimonios de nuestra ignorancia, pero ni uno solo ofrece vislumbre de verosimilitud¿Cómo nos atreveremos a afirmar lo que es el alma? Sabemos con certidumbre que existimos, que sentimos y que pensamos. Deseamos ir más allá y caemos en un abismo de tinieblas. Sumergidos en ese abismo, todavía se apodera de nosotros la loca temeridad de disputar si el alma, de la que no tenemos la menor idea, se creó antes que nosotros o al mismo tiempo que nosotros, y si es perecedera o inmortal.

El alma y todos los artículos que son metafísicos deben empezar sometiéndose sinceramente a los dogmas de la Iglesia, porque indudablemente la revelación vale más que toda la filosofía. Los sistemas ejercitan el espíritu, pero la fe le alumbra y le guía.

Con frecuencia pronunciamos palabras de las que tenemos una idea muy confusa, y algunas veces ignoramos el significado. ¿No está en este caso la palabra alma? Cuando la lengüeta o la válvula de un fuelle está descompuesta y el aire que entra en el vientre del fuelle sale por alguna

de las aberturas que tiene la válvula, y éste no está comprimido por las dos paletas, y no sale con la violencia que se necesita para encender el fuego, las criadas dicen: «Está descompuesta el alma del fuelle». No saben más, y esa cuestión no turba su tranquilidad. El jardinero habla del alma de las plantas, y las cultiva bien, sin saber lo que significa esta palabra. En muchas de nuestras manufacturas, los obreros dan la calificación de alma a sus máquinas; y nunca disputan sobre el significado de dicha palabra; no sucede así a los filósofos.

La palabra alma, entre nosotros, en su significado general, sirve para denotar lo que anima. Nuestros antepasados los celtas dieron al alma el nombre de seel, del que los ingleses formaron la palabra soul, y los alemanes la palabra seel,. y probablemente los antiguos teutones y los antiguos bretones no disputarían sobre esa palabra.

Los griegos distinguían tres clases de almas: el alma sensitiva o el alma de los sentidos (he aquí por qué el Amor, hijo de Afrodita, sintió tan vehemente pasión por Psiquis y por qué Psiquis le amó tiernamente); el soplo que da vida y movimiento a toda máquina, y que nosotros traducimos por espíritu; y la tercera clase de alma, que, como nosotros, llamaron inteligencia. Poseemos, pues, tres almas, sin tener la más ligera noción de ninguna de ellas. Santo Tomás de Aquino admite estas tres almas, como buen peripatético, y distingue cada una de ellas en tres partes: una está en el pecho, otra en todo el cuerpo y la tercera en la cabeza. En nuestras escuelas no se conoció otra filosofía hasta el siglo XVIII... ¡Y desgraciado el hombre que hubiera tomado una de esas tres almas por la otra!

Hay, sin embargo, motivo para este caos de ideas. Los hombres conocieron que cuando les excitaban las pasiones del amor, de la cólera o del miedo, sentían ciertos movimientos en las entrañas. El hígado y el corazón fueron asignados como asiento de las pasiones. Cuando se medita profundamente, sentimos cierta opresión en los órganos de la cabeza; luego el alma intelectual está en el cerebro. Sin respirar no es posible la vegetación y la vida; luego el alma vegetativa está en el pecho, que recibe el soplo del aire.

Cuando los hombres vieron en sus sueños a sus padres o a sus amigos muertos, se dedicaron a estudiar qué es lo que se les había aparecido. No era el cuerpo, porque lo había consumido una hoguera, se lo había tragado el mar y había servido de pasto a los peces. Esto no obstante, sostenían que algo se les había aparecido, puesto que lo habían visto; el muerto les había hablado, y el que estaba soñando le dirigía preguntas. ¿Con quién había conversado durmiendo? Se imaginaron que era un fantasma, una figura aérea, una sombra, los manes, una pequeña alma de aire y fuego extremadamente delicada, que vagaba por no sé dónde.

Andando el tiempo, cuando quisieron profundizar este estudio, convinieron en que dicha alma era corporal, y ésta fue la idea que de ella se tuvo en la antigüedad. Llegó después Platón, que sutilizó esa alma de tal manera, que se llegó a sospechar que la separó casi completamente de la materia; pero ese problema no se resolvió hasta que la fe vino a iluminamos.

En vano los materialistas alegan que algunos padres de la Iglesia no se expresaron con exactitud. San Ireneo dice que el alma es el soplo de la vida, que sólo es incorporal si se compara con el cuerpo de los mortales, pero que conserva la figura de hombre con el objeto de que se la reconozca.

En vano Tertuliano se expresaba de este modo: «La corporalidad del alma resalta en el Evangelio; porque si el alma no tuviera cuerpo, la imagen del alma no tendría imagen corpórea» .En vano ese mismo filósofo refiere la visión de una mujer santa que vio un alma muy brillante y del color del aire.

En vano alegan que San Hilario dijo en tiempos posteriores: «No hay nada de lo creado que no sea corporal, ni en el cielo ni en la tierra, ni en lo visible ni en 10 invisible; todo está formado de elementos, y las almas, ya habiten en un cuerpo, ya salgan de él, tienen siempre una sustancia corporal).

En vano San Ambrosio, en el siglo VI, dijo: «No conocemos nada que no sea material, si exceptuamos la venerable Trinidad».

La Iglesia ha decidido por unanimidad que el alma es inmaterial. Los indicados santos incurrieron en un error que era entonces universal; eran hombres. Pero no se equivocaron respecto a la inmortalidad, porque los Evangelios evidentemente la anuncian.

Necesitamos conformarnos con la decisión de la Iglesia, porque no poseemos la noción suficiente de lo que se llama espíritu puro y de lo que se llama materia. El espíritu puro es una palabra que no nos transmite ninguna idea; sólo conocemos la materia por alguno de sus fenómenos. La conocemos tan poco, que la llamamos sustancia, y la palabra sustancia quiere decir lo que está debajo; pero este debajo está oculto eternamente para nosotros; es el secreto del Creador en todas partes. No sabemos cómo recibimos la vida, ni cómo la damos, ni cómo crecemos, ni cómo digerimos, ni cómo dormimos, ni cómo pensamos, ni cómo sentimos. Es una incomprensible dificultad conocer cómo cualquiera de los seres concibe sus pensamientos.

De las dudas de Locke sobre el alma. El autor del artículo Alma que publicó la Enciclopedia siguió escrupulosamente las opiniones de Jaquelet. Pero Jaquelet no nos enseña nada. Ataca a Locke, porque éste modestamente dijo: «Quizá no seremos nunca capaces de conocer si un ser material piensa o no, por la razón de que nos es imposible descubrir por medio de la contemplación de nuestras propias ideas si Dios ha concedido a cualquier montón de materia, preparada a propósito, el poder de conocerse y de pensar, o si unió a la materia de este modo preparada una sustancia inmaterial que piensa. Con relación a nuestras nociones, no nos es difícil concebir que Dios puede, si así le place, añadir a la idea que tenemos de la materia la facultad de pensar; ni nos es difícil comprender que pueda añadirse otra sustancia a la que el Ser todopoderoso pueda conceder ese poder, y que pueda crear en virtud de la voluntad omnímoda del Creador . No encuentro contradicción en que Dios, ser pensante, eterno y todopoderoso, dote, si quiere, de algunos grados de sentimiento, de perfección y de pensamiento a ciertos montones de materia creada e insensible, y que los una a ella cuando lo crea conveniente».

Como acabamos de ver, Locke habla como hombre profundo, religioso y modesto [1] .

Conocidos son los disgustos que le proporcionó el manifestar esta opinión, que en su época pareció atrevida, pero que sólo era la consecuencia de la convicción que abrigaba de la omnipotencia de Dios y de la debilidad del hombre. No aseguró que la materia piensa; pero dijo que no sabemos bastante para demostrar que es imposible que Dios añada el don del pensamiento al ser desconocido que llamamos materia, después de haberle concedido nosotros el don de la gravitación y el don del movimiento, que nos son igualmente incomprensibles.

Locke no fue el único que inició esta opinión: indudablemente ya la tuvo la antigüedad, puesto que consideraba el alma como una materia muy delicada, y por consecuencia, aseguraba que la materia podía sentir y pensar .

Esta fue también la opinión de Gassendi, como puede verse en las objeciones que hizo a Descartes: «Es verdad -dice Gassendi- que conocéis, que pensáis, pero no sabéis qué especie de sustancia sois. Por lo tanto, aunque os sea conocida la operación del pensamiento, desconoceréis lo principal de vuestra esencia, ignorando cuál es la naturaleza de esa sustancia, de la que el acto de pensar es una de las operaciones. En esto os parecéis al ciego que al sentir el calor de los rayos solares y sabiendo que lo causa el sol creyera que tenía la idea clara y distinta de lo que es este astro, porque si le preguntaran qué es el sol, podría responder: "Es una cosa que calienta"». El mismo Gassendi, en su libro titulado Filosofía de Epicuro, repite algunas veces que no hay evidencia matemática de la pura espiritualidad del alma.

Descartes, en una de las cartas que dirigió a la princesa palatina Elisabet, le dijo: «Confieso que por medio de la razón natural podemos hacer nuestras conjeturas respecto al alma y acariciar halagüeñas esperanzas, pero no podemos tener ninguna seguridad». En este caso, Descartes ataca en sus cartas lo que afirma en sus libros.

---

[1] Puede decirse que Locke creó la metafísica (así como Newton creó la física) para conocer el alma. sus ideas y sus afecciones. No estudió en los libros, porque éstos le hubieran dado instrucción errónea; se contentó con estudiarse a sí mismo; y después de contemplarse mucho tiempo, en el ***Tratado del entendimiento humano*** presentó a los hombres el espejo donde él se había contemplado. En una palabra. redujo la metafísica a lo que debe ser: a que fuese la física experimental del alma

Acabamos de ver que los padres de la Iglesia de los primeros siglos, creyendo al alma inmortal, la creían material al mismo tiempo, suponiendo que a Dios le era tan fácil conservar como crear. Por eso decían: «Dios la hizo pensante y pensante la conservará».

Malebranche probó bastante bien que nosotros no adquirimos ninguna idea por nosotros mismos y que los obispos son incapaces de dárnoslas. De esto dedujo que provienen de Dios. Esto equivale a decir que Dios es el autor de todas nuestras ideas. Su sistema forma un laberinto, en el cual una de las veredas conduce al sistema de Spinoza, otra al estoicismo y la tercera al caos. Después de disputar mucho tiempo sobre el espíritu y sobre la materia, acabamos siempre por no podernos entender. Ningún filósofo logró levantar con sus propias fuerzas el velo que la naturaleza tiene extendido sobre los primeros principios de las cosas. Mientras ellos disputan, la naturaleza obra.

Del alma de las bestias. Antes de admitir el extraño sistema que supone que los animales son unas máquinas incapaces de sensación, los hombres no creyeron nunca que las bestias tuvieran alma inmaterial, y nadie fue tan temerario que se atreviera a decir que la otra estaba dotada de alma espiritual. Estaban acordes las opiniones y convenían en que las bestias habían recibido de Dios sentimiento, memoria, ideas, pero no espíritu. Nadie había abusado del don de reaccionar, hasta el extremo de decir que la naturaleza concedió a las bestias todos los órganos del sentimiento para que no tuvieran sentimiento. Nadie había dicho que gritan cuando se las hiere, que huyen cuando se las persigue, sin sentir dolor ni miedo. No se negaba entonces la omnipotencia de Dios; reconociendo que pudo comunicar a la materia orgánica de los animales el placer, el dolor, el recuerdo, la combinación de algunas ideas, pudo dotar a varios de ellos, como al mono, al elefante, al perro de caza, del talento para perfeccionarse en las artes que se les enseñan; pudo dar a los animales carnívoros medios para hacer la guerra. No sólo pudo, sino que así lo hizo; pero Pereyra y Descartes sostuvieron que el mundo se equivocaba; que Dios había jugado con él a los cubiletes, dotando de todos los instrumentos de la vida y de la sensación a los animales, con el propósito deliberado de que carecieran de sensación y de vida propiamente dicha; y otros que tenían pretensiones de filósofos, con la idea de contradecir la idea de Descartes, concibieron la quimera opuesta, diciendo que estaban dotados de espíritu los animales, y que tenían alma los sapos y los insectos.

Entre estas dos locuras: la primera, que niega el sentimiento a los órganos que lo producen, y la segunda, que hace alojar un espíritu puro en el cuerpo de una pulga, hubo autores que se decidieron por un término medio, que llama- ron instinto. ¿ y qué es el instinto? Es una forma substancial, una forma plástica, es un no sé qué. Seré de vuestra opinión cuando llaméis a la mayoría de las cosas yo no sé qué, cuando vuestra filosofía empiece y acabe por yo no sé nada.

El autor del artículo Alma, publicado en la Enciclopedia, dice: «En mi opinión, el alma de las bestias la forma una sustancia inmaterial e inteligente». Pero ¿de qué clase es ésta? Debe de consistir en un principio activo capaz de sensaciones. Si reflexionamos sobre la naturaleza del alma de las bestias, no nos proporciona ningún motivo para creer que su espiritualidad las salve del anonadamiento.

Es para mí incomprensible poder tener idea de una sustancia inmaterial. Representarse algún objeto es tener en la imaginación una imagen de él, y hasta hoy nadie ha conseguido pintar el espíritu. Concedo que el autor que acabo de citar entienda concebir por la palabra representar. Pero yo confieso que tampoco la concibo, como no concibo la creación ni la nada, porque ignoro completamente el principio de todas las cosas.

Si trato de probar que el alma es un ser real, me contestan diciendo que es una facultad; si afirmo que es una facultad y que posee la de pensar, me responden que me equivoco, que Dios, dueño absoluto de la naturaleza, lo hace todo en mí y dirige todos mis actos y pensamientos; que si yo produjera mis pensamientos, sabría los que produzco cada minuto, y no lo sé; que sólo soy un autómata con sensaciones y con ideas, que dependo exclusivamente del Ser Supremo y estoy tan sometido a El como la arcilla a las manos del alfarero.

Confieso, pues, mi ignorancia y que cuatro mil tomos de metafísica son insuficientes para enseñarnos lo que es el alma.

Un filósofo ortodoxo decía a un filósofo heterodoxo: «¿Cómo habéis conseguido llegar a creer que por su naturaleza el alma es mortal y que sólo es eterna para la voluntad de Dios?» «Porque lo he experimentado», contestó el otro filósofo. «¿Cómo lo habéis experimentado? ¿Acaso os habéis muerto?» «Sí, algunas veces. Tenía ataques de epilepsia en mi juventud, y os aseguro que me quedaba completamente muerto durante algunas horas. Después no experimentaba ninguna sensación, ni recordaba lo que me había sucedido. Ahora me sucede lo mismo casi todas las noches. Ignoro en qué momento me duermo, y duermo sin soñar. Sólo por conjeturas puedo calcular el tiempo que he dormido. Estoy, pues, muerto ordinariamente seis horas cada veinticuatro; la cuarta parte de mi vida». El ortodoxo sostuvo que él pensaba siempre mientras dormía, pero sin saber lo que pensaba. El heterodoxo le contestó: «Creo por la revelación que pensaré siempre en la otra vida; pero os aseguro que rara vez pienso en ésta».

El ortodoxo no se equivocaba al afirmar la inmortalidad del alma, porque la fe y la razón demuestran esta verdad; pero podía equivocarse al asegurar que el hombre dormido piensa siempre. Locke confesaba francamente que no pensaba siempre que dormía; y otro filósofo dijo: «El hombre posee la facultad de pensar, pero ésta no es la esencia del hombre.» Dejemos a cada individuo la libertad y el consuelo de estudiarse a sí mismo y de perderse en el laberinto de sus ideas. Esto no obstante, es curioso saber que en 1730 hubo un filósofo que fue perseguido por haber confesado lo mismo que Locke, o sea, que no ejercitaba su entendimiento todos los minutos del día y de la noche, así como se servía en todos ellos de los brazos y de las piernas. No sólo la ignorancia de la corte le persiguió, sino también la ignorancia maligna de algunos que pretendían ser literatos. Lo que sólo produjo en Inglaterra algunas disputas filosóficas, produjo en Francia cobardes atrocidades. Un francés fue víctima por seguir a Locke.

Siempre hubo en el fango de nuestra literatura algunos miserables capaces de vender su alma y atacar hasta a sus mismos bienhechores. Esta observación parece impertinente en un artículo en el que se trata del alma; pero no debemos perder ninguna ocasión de afear la conducta de los que quieren deshonrar el glorioso título de hombres de letras, prostituyendo su escaso talento y su conciencia a un vil interés, a una política quimérica y que hacen traición a sus amigos por halagar a los necios. No sucedió nunca en Roma que denunciaran a Lucrecio por haber puesto en verso el sistema de Epicuro; ni a Cicerón por decir muchas veces que después de morir no se siente dolor alguno; ni acusaron a Plinio, ni a Varrón, de haber tenido ideas particulares acerca de la Divinidad. La libertad de pensar fue ilimitada en Roma. Los hombres de cortos alcances y temerosos que en Francia se han esforzado en ahogar esa libertad, madre de nuestros conocimientos y espuela del entendimiento humano, para conseguir sus fines han hablado de los peligros quiméricos que ésta puede traer. No reflexionaron que los romanos, que gozaban de completa libertad de pensar, no por eso dejaron de ser nuestros vencedores y nuestros legisladores, y que las disputas de escuela tienen tan poca relación con el gobierno como el tonel de Diógenes tuvo con las victorias de Alejandro. Esta lección equivale a una lección respecto al alma: quizá tendremos algunas ocasiones de insistir sobre ella.

Aunque adoremos a Dios con toda el alma, debemos confesar nuestra profunda ignorancia respecto al alma, a esa facultad de sentir y de pensar que debemos a su bondad infinita. Confesemos que nuestros endebles raciocinios nada quitan y nada añaden, y deduzcamos de esto que debemos emplear la inteligencia, cuya naturaleza desconocemos, en perfeccionar las ciencias, como los relojeros emplean los resortes en los relojes sin saber lo que es un resorte.

Sobre el alma y nuestras ignorancias. Fundándonos en los conocimientos adquiridos, nos hemos atrevido a cuestionar si el alma se creó antes que nosotros, si llega de la nada a introducirse en nuestro cuerpo, a qué edad viene a colocarse entre la vejiga y los intestinos, si allí recibe o aporta algunas ideas y qué ideas son éstas; si después de animarnos algunos momentos, su esencia, luego que el cuerpo muere, vive en la eternidad; si siendo espíritu, lo mismo que Dios, es diferente a éste o es semejante. Esas cuestiones que parecen sublimes, como dijimos, son las cuestiones que entablan los ciegos de nacimiento respecto a la luz.

¿Qué nos han enseñado los filósofos antiguos y los modernos?

Nos han enseñado que un niño es más sabio que ellos, porque éste sólo piensa en lo que puede conseguir. Hasta ahora la naturaleza de los primeros principios es un secreto del Creador. ¿En qué consiste que los aires arrastran los sonidos? ¿Cómo es que algunos de nuestros miembros obedecen constantemente a nuestra voluntad? ¿Qué mano es la que coloca las ideas en la memoria, las conserva allí como en un registro y las saca cuando queremos y también cuando no queremos? Nuestra naturaleza, la del Universo y la de las plantas están escondidas en un abismo de las tinieblas. El hombre es un ser que obra, que siente y piensa. He aquí todo lo que sabemos; pero ignoramos qué es lo que nos hace pensar, sentir y obrar. La facultad de obrar es tan incomprensible para nosotros como la facultad de pensar. Es menos difícil concebir que el cuerpo de barro tenga sentimientos e ideas, que concebir que un ser tenga ideas y sentimientos.

Comparad el alma de Arquímedes con el alma de un imbécil. ¿Son las dos de una misma naturaleza? Si es esencial en ellas el pensar, pensarán siempre con independencia del cuerpo, que no podrá obrar sin ellas; si piensan por su propia naturaleza, ¿serán de la misma especie el alma que no puede comprender una regla de aritmética y el alma que midió los cielos? Si los órganos corporales hacen pensar a Arquímedes, dirigiendo mejor y desempeñando con más perfección las funciones corporales, ¿no piensa? A esto se contesta que su cerebro no es tan bueno; pero eso es una suposición, porque los que así contestan no lo saben. No se encontró nunca diferencia alguna en los cerebros disecados; y es además verosímil que el cerebelo de un tonto se encuentre en mejor estado que el de Arquímedes, que lo usó y lo fatigó prodigiosamente.

Deduzcamos, pues, de esto lo que antes dedujimos: que somos ignorantes ante los primeros principios.

De la necesidad de /a revelación. El mayor beneficio que debemos al Nuevo Testamento consiste en habernos revelado la inmortalidad del alma. Inútil fue que el obispo Warburton tratara de oscurecer tan importante verdad, diciendo continuamente que «los antiguos judíos desconocieron ese dogma necesario y que los saduceos no lo admitían en la época de Jesús».

Interpreta a su modo las palabras que dicen que Jesucristo pronunció: «¿Ignoráis que Dios os dijo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Luego Dios no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos». Atribuye a la parábola el más rico sentido contrario al que le atribuyen todas las Iglesias. Sherlock, obispo de Londres, y otros muchos sabios lo refutan; los mismos filósofos ingleses le echan en cara que es escandaloso que un obispo anglicano tenga la opinión contraria a la Iglesia anglicana; y Warburton, al verse contradicho, llama impíos a dichos filósofos, imitando a Arlequín, personaje de la comedia titulada El ladrón de la casa, que después de robar y arrojar los muebles por la ventana, viendo que en la calle un hombre se lleva algunos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Coged al ladrón!»

Vale más bendecir la revelación de la inmortalidad del alma y las de las penas y recompensas después de la muerte, que la soberbia filosófica de hombres que siembran la duda. El gran César no creía; claro lo dijo en pleno Senado, cuando para impedir que matasen a Catilina, expuso su criterio, según el cual la muerte no dejaba en el hombre ningún sentimiento, y todo moría con él. Nadie le refutó esta opinión.

El Imperio Romano estaba dividido en dos grandes sectas: la de Epicuro, que sostenía que la divinidad era inútil en el mundo y que el alma perecía con el cuerpo; y la de los estoicos, que sostenía que el alma era una porción de la divinidad, la cual, después de la muerte del cuerpo, volvía a su origen, esto es, al gran todo de donde había dimanado. Unas sectas creían que el alma era mortal y otras que era inmortal, pero todas ellas estaban conformes en burlarse de las penas y las recompensas futuras.

Nos restan todavía bastantes pruebas de que los romanos tuvieron tal creencia; y esta opinión, profundamente grabada en los corazones de los héroes y de los ciudadanos romanos, les inducía a matarse sin el menor escrúpulo, sin esperar que el tirano los entregara al verdugo.

Los hombres más virtuosos de entonces, que estaban con- vencidos de la existencia de un Dios, no esperaban en la otra vida ninguna recompensa ni temían ningún castigo. Veremos en el artículo titulado Apócrifo, que Clemente, quien más tarde fue Papa y Santo, puso en duda que los primitivos cristianos creyesen en la segunda vida, y sobre esto consultó a San Pedro en Cesarea. No creemos que San Clemente escribiera la historia que se le atribuye; pero esa historia prueba que el género humano necesitaba guiarse por la revelación. Lo que en este asunto nos sorprende es que un dogma tan reprimen te y tan saludable haya consentido que cometan brillantes crímenes los hombres que viven tan poco tiempo y que se ven estrechados entre dos eternidades.

Las almas de los tontos y de los monstruos. Nace un niño mal conformado y absolutamente imbécil; no concibe ideas y vive sin ellas. ¿Cómo hemos de definir esta clase de animal? Unos doctores dicen que es algo entre el hombre y la bestia; otros, que posee un alma sensitiva, pero no un alma intelectual. Come, bebe y duerme, tiene sensaciones, pero no piensa. ¿Existe para él la otra vida, o no existe? Se ha propuesto este caso, pero hasta hoy no ha obtenido completa resolución.

Algún filósofo ha dicho que la referida criatura debía tener alma, porque su padre y su madre la tenían; pero guiándonos por ese razonamiento, si hubiera nacido sin nariz, deberíamos suponer que la tenía, porque su padre y su madre la tuvieron.

Una mujer da a luz un niño que carece de barba, que tiene la frente aplastada y negra, la nariz afilada y puntiaguda y los ojos redondos; pero a pesar de esto, el resto del cuerpo tiene la misma estructura que los demás mortales. Los padres deciden que reciba el bautismo, y todo el mundo cree que posee alma inmortal; pero si esa misma ridícula criatura tiene las uñas en forma de punta y la boca en forma de pico, la declaran monstruo, dicen que carece de alma y no la bautizan.

Sabido es que en Londres, en 1726, hubo una mujer que paria cada ocho días un gazapillo. Sin ninguna dificultad, bautizaban a dicho niño. El cirujano que asistía a la referida mujer durante el parto juraba que ese fenómeno era verdadero, y le creían. ¿Pero qué motivo tenían los crédulos para negar que tuviesen alma los hijos de dicha mujer? Si ella la tenía, sus hijos debían también tenerla. ¿El Ser Supremo no puede conceder el don del pensamiento y el de la sensación al ser desfigurado que nazca de una mujer en forma de conejo lo mismo que al que nazca en figura de hombre? ¿El alma que se predisponía a alojarse en el feto de esa madre sería capaz de volverse al vacío?

Locke observa, respecto a los monstruos, que no debe atribuirse la inmortalidad al exterior del cuerpo, por la configuración de la barba o la hechura del traje; y pregunta: ¿cuál es la justa medida de deformidad a la que hay que sujetarse para conocer si un niño tiene alma o no la tiene? ¿Desde qué grado debe ser declarado monstruo?

¿Qué hemos de pensar en esta materia de un niño que tenga dos cabezas y que, a pesar de esto, su cuerpo esté bien modelado? Unos dicen que tiene dos almas, porque está provisto de dos glándulas pineales, y otros contestan a esto diciendo que no puede tener dos almas quien no tiene más que un pecho y un ombligo.

Se ha cuestionado tanto sobre el alma humana, que si ésta examinara todas las cuestiones, sentiría un insoportable fastidio. Le pasaría lo que le sucedió al cardenal de Polignac en un cónclave. Su intendente, cansado de no poderle enterar nunca de las cuentas de su intendencia, hizo un viaje a Roma y se colocó en la pequeña ventana de su celda, cargado con un inmenso fajo de papeles. Estuvo allí leyendo las cuentas más de dos horas, y por fin, viendo que no obtenía ninguna contestación, metió la cabeza por la ventana. Hacía cerca de dos horas que el cardenal había salido de su celda. Nuestras almas nos abandonarían antes de que sus intendentes las hubieran enterado de lo mucho que de ellas nos hemos ocupado.

Debo confesar que siempre que examino al infatigable Aristóteles, al Doctor Angélico y al divino Platón, tomo por motes estos epítetos que se les aplican. Me parecen todos los filósofos que se han ocupado del alma humana ciegos charlatanes y temerarios, que hacen esfuerzos para

persuadir- nos de que tienen vista de águila, y veo que hay otros amantes de la filosofía, curiosos y locos, que los creen bajo su palabra, imaginándose que de ese modo ven algo.

No vacilo en colocar en la categoría de maestros de errores a Descartes y Malebranche. Descartes nos asegura que el alma del hombre es una sustancia cuya esencia es pensar que piensa siempre, y que se ocupa desde el vientre de la madre de ideas metafísicas y de acciones generales que olvida en seguida. Malebranche está convencido de que todo lo vemos en Dios. Si encontró partidarios, es porque las fábulas más atrevidas son las que mejor recibe la débil imaginación del hombre.

Muchos filósofos han escrito la novela del alma; pero un sabio es el único que ha escrito modestamente su historia. Compendiaré esa historia según yo la concibo. Comprendo que todo el mundo no estará acorde con las ideas de Locke; pudiera ser que Locke tenga razón contra Descartes y Malebranche y que se equivoque para la Sorbona; pero yo hablo desde el punto de vista de la filosofía, no desde el punto de vista de las revelaciones de la fe.

Sólo me corresponde pensar humanamente. Los teólogos que decidan respecto a lo divino; la razón y la fe son de naturaleza contraria. En una palabra, voy a insertar un extracto de Locke, a quien yo censuraría si fuese teólogo, pero a quien patrocino como una hipótesis, como conjetura filosófica, humanamente hablando. Se trata de saber lo que es el alma.

1.º La palabra alma es una de esas palabras que pronunciamos sin entenderlas; sólo entendemos las cosas cuando tenemos ideas de ellas; no tenemos idea del alma, luego no la comprendemos.

2.º Se nos ha ocurrido llamar alma a la facultad de sentir y de pensar, así como llamamos vida a la facultad de vivir. y voluntad a la facultad de querer .

Algunos razonadores dijeron en seguida a esto: «El hombre es un compuesto de materia y de espíritu; la materia es extensa y divisible; el espíritu no es una cosa ni otra; luego es de naturaleza distinta. Es una reunión de dos seres que no han sido creados el uno para el otro y que Dios unió a pesar de su naturaleza. Apenas vemos el cuerpo y absolutamente vemos el alma. Esta no tiene partes; luego es eterna. Tiene ideas puras y espirituales; luego no las recibe de la materia; tampoco las recibe de sí misma; luego, Dios se las da; luego ella soporta al nacer la idea de Dios y del infinito, y todas las ideas generales.»

Humanamente hablando, contesto a dichos razonadores diciéndoles que son muy sabios. Empiezan por concedernos que existe el alma, y luego nos explican lo que debe ser; pronuncian la palabra materia, y deciden de plano lo que la materia es. Pero yo les replico: no conocéis ni el espíritu ni la materia. En cuanto al espíritu, sólo le concedéis la facultad de pensar; y en cuanto a la materia, comprendéis que ésta no es más que una reunión de cualidades, de colores, de extensiones y de solideces; a esa reunión llamáis materia, y marcáis los límites de ésta y los del alma antes de estar seguros de la existencia de una y de otra.

Enseñáis gravemente que las propiedades de la materia son la extensión y la solidez; y yo os repito modestamente que la materia tiene otras mil propiedades que ni vosotros ni yo conocemos. Aseguráis que el alma es indivisible y eterna, dando por seguro lo que es cuestionable. Obráis casi lo mismo que el director de un colegio que, no habiendo visto un reloj en toda su vida, le pusieran en las manos de repente un reloj de repetición inglés. Ese director, como buen peripatético, queda sorprendido viendo la precisión con que las saetas dividen y marcan el tiempo, y se asombra de que el botón oprimido por el dedo haga tocar la hora que la saeta marca. El filósofo no duda un momento de que dicha máquina tenga un alma que la dirige y que se manifiesta por medio de los resortes. Demuestra científicamente su opinión y compara esa máquina con los ángeles, que imprimen movimiento a las esferas celestes, sosteniendo en clase una agra- dable tesis sobre el alma de los relojes. Uno de los discípulos abre el reloj, en el que no ve más que las ruedas y los muelles; y, sin embargo, sigue sosteniendo siempre el sistema del alma de los relojes, creyéndole demostrado. Yo soy el estudiante que abre el reloj que se llama hombre, y que en vez de definir con atrevimiento lo que no comprendemos, trata de examinar por grados lo que deseamos conocer.

Tomemos un niño desde el momento en que nace y sigamos paso a paso el progreso de su entendimiento. Me habéis enseñado que Dios se tomó el trabajo de crear un alma para que se alojara en el cuerpo de dicho niño cuando éste tuviera cerca de seis semanas, y que cuando se introduce en su cuerpo está provista de ideas metafísicas, conoce el espíritu, las ideas abstractas y el infinito; en una palabra, es sabia; pero desgraciadamente sale del útero con una completa ignorancia; pasa dieciocho meses sin conocer más que la teta de su nodriza, y cuando llega a la edad de veinte años, y se pretende que esa alma recuerde las ideas científicas que tuvo cuando se unió a su cuerpo, es muchas veces tan obtusa, que ni siquiera puede concebir ninguna de aquellas ideas. El mismo día que la madre pare al citado niño con su alma, nacen en la casa un perro, un gato y un canario. Al cabo de dieciocho meses el perro es excelente cazador, al año el canario canta muy bien, y el gato al cabo de unas seis semanas posee todos los atractivos que ha de poseer. El niño, al cumplir cuatro años, no sabe nada. Supongo que yo sea un hombre grosero, que he presenciado tan prodigiosa diferencia y que no he visto nunca ningún niño; pues desde luego creo que el gato, el perro y el canario son criaturas muy inteligentes; y que el niño es un autómata. Poco a poco voy advirtiendo que el niño tiene ideas, memoria y las mismas pasiones que esos animales; y entonces comprendo que es una criatura razonable como ellos. Me comunica diferentes ideas por medio de las palabras que aprendió, como el perro por sus distintos gritos me hace conocer sus diversas necesidades. Me doy cuenta de que a los siete u ocho años el niño combina en su cerebro casi tantas ideas como el perro de caza en el suyo, y que, por fin, pasando los años consigue adquirir gran número de conocimientos. Entonces, ¿qué debo pensar de él? Que es de una naturaleza completamente diferente. No puedo creerlo, porque vosotros veis un imbécil al lado de Newton y sostenéis que uno y otro son de la misma naturaleza, con la única diferencia del más al menos. Para asegurarme de la verosimilitud de mi opinión probable, estudio al perro y al niño cuando están despiertos y cuando duermen. Hago que los sangren a uno ya otro, y sus ideas parece que salen de ellos con la sangre. Puestos en ese estado, los llamo y ni me contestan; y si me esfuerzo en hablar con ellos, no lo consigo. Luego los examino durante su sueño y me doy cuenta de que el perro, después de comer muy bien, sueña y grita como si estuviera cazando; y el niño sueña que habla con su novia y la enamora. Si uno y otro comen frugalmente, ni uno ni otro sueña; en una palabra, veo en ellos que la facultad de sentir, de advertir, de expresar las ideas se desarrolla poco a poco y se debilita también por grados. Encuentro entre el niño y el perro muchos más puntos de contacto que entre el hombre de talento y el hombre absolutamente imbécil. ¿Qué opinión tendré, pues, de esa naturaleza? La que tolos los pueblos tuvieron antes de que la ciencia egipcia ideara la espiritualidad, la inmortalidad del alma.

Hasta sospecharé, con apariencias de verdad, que Arquímedes y un topo son de la misma especie, aunque de género diferente; que la encina y el grano de mostaza están formados por los mismos principios, aunque aquélla sea un árbol grande y ésta una planta pequeña. Creeré que Dios concedió porciones de inteligencia a las porciones de materia organiza- da para pensar; que la materia está dotada de sensaciones proporcionadas a la finura de sus sentidos; que éstos las proporcionan según la medida de nuestras ideas. Creeré que la ostra tiene menos sensaciones y menos sentido porque, teniendo el alma dentro de la concha, los cinco sentidos son inútiles para ella. Hay muchos animales que sólo están dota- dos de dos sentidos; nosotros tenemos cinco, y por cierto que son muy pocos. Es de creer que en otros mundos existan otros animales que estén dotados de veinte o de treinta sentidos, y otras especies más perfectas aún que tengan muchos más.

Esta parece la manera más lógica de razonar, quiero decir, de sospechar y de adivinar. Indudablemente pasó mucho tiempo antes de que los hombres fueran bastante ingeniosos para inventar un ser desconocido que está en nosotros, que nos hace obrar y que vive después que morimos. Se llegó por grados a concebir idea tan atrevida. Al principio, la palabra alma significó vida, y era común para nosotros y para los demás animales; luego nuestro orgullo nos hizo sospechar que el alma sólo correspondía al hombre, y entonces inventamos una forma sustancial para las demás criaturas: el orgullo humano pregunta en qué consiste la facultad de advertir y de sentir que se llama alma en el hombre e instinto en el bruto. Dilucidaré esta cuestión cuando los

físicos me enseñen lo que es la luz, el sonido, el espacio, el cuerpo y el tiempo. Repetiré con el sabio Locke: la filosofía consiste en detenerse cuando la antorcha de la física no nos alumbra.

Observo los efectos de la naturaleza; pero confieso que, como vosotros, tampoco conozco los primeros principios. Todo se reduce a que no debo atribuir a muchas causas, y mucho menos a causas desconocidas, lo que puedo atribuir a una causa conocida. Puedo atribuir a mi cuerpo la facultad de pensar y de sentir; luego no debo buscar la
facultad de sentir y de pensar en lo que se llama alma o espíritu, del que no tengo la menor idea. Os subleváis contra esa proposición, y creéis que es irreligiosidad atreverse a decir que el cuerpo puede pensar. ¿Pero qué contestaríais -respondería Locke- si os dijera que vosotros sois también culpables de irreligión, porque os atrevéis a limitar el poder de Dios? ¿Quién, sin ser impío, puede asegurar que es imposible para Dios dotar a la materia de la facultad de sentir y de pensar? Sois al mismo tiempo débiles y atrevidos: aseguráis que la materia no piensa, únicamente porque no concebís que la materia pueda pensar .

Grandes filósofos, que decidís sobre el poder de Dios, y al mismo tiempo concedéis que puede Dios convertir una piedra en un ángel [1] , ¿no comprendéis que según vuestras mismas teorías, y en el citado caso, Dios concedería a la piedra la facultad de pensar? Si la materia de la piedra desapareciera, no sería piedra ya, sería ángel. Por cualquier parte que cuestionéis, os veréis obligados a confesar dos cosas: vuestra ignorancia y el poder inmenso del Creador. Vuestra ignorancia niega que la materia pueda pensar, y la omnipotencia del Creador no demuestra que le es imposible conseguir que la materia piense.

Conociendo que la materia no perece, no debéis negar a Dios el poder de conservar en esa misma materia la mejor de las cualidades de que la dotó. La extensión subsiste sin cuerpo, por sí misma, ya que hay filósofos que creen en el vacío; los accidentes subsisten independientes de la sustancia para los cristianos que creen en la sustanciación. Decís que Dios no puede hacer nada que implique contradicción, pero para encontrar ésta se necesita saber muchísimo más de lo que sabemos; y en esta materia sólo sabemos que tenemos cuerpo y que pensamos.

Algunos que aprendieron en la escuela a no dudar y que toman por oráculos los silogismos que en ella les enseñaron y las supersticiones que aprendieron por religión, tienen a Locke por impío peligroso. Debemos hacerles comprender el error en que incurren y enseñarles que las opiniones de los filósofos jamás perjudicaron a la religión. Está probado que la luz proviene del sol y que los planetas giran alrededor de ese astro; por esto no se lee con menos fe en la Biblia que la luz se formó antes que el sol y que el sol se, paró ante la aldea de Gabaón. Está demostrado que el arco iris lo forma la lluvia, y por eso no deja de respetarse el texto sagrado, que dice que Dios puso el arco iris en las nubes, después del diluvio, como signo de que ya no habría más inundaciones.

Los misterios de la Trinidad y de la Eucaristía, que contradicen las demostraciones de la razón, no por eso dejan de reverenciarlos los filósofos católicos, que saben que la razón y la fe son de diferente naturaleza. La idea de las antípodas fue condenada por los papas y los concilios; y luego otros papas reconocieron las antípodas, adonde llevaron la religión cristiana, cuya destrucción creyeron segura en el caso de poder encontrar un hombre que, como se decía entonces, tuviera la cabeza abajo y los pies arriba, con relación a nosotros, y que, como dice San Agustín, hubiera caído del cielo.

Supongo que hay en una isla una docena de filósofos buenos y que en esta isla no han visto más que vegetales. Esta isla, y sobre todo los doce filósofos buenos, son difíciles de encontrar; pero permitidme esta ficción. Admiran la vida que circula por las fibras de las plantas, que parece que se pierde y se renueva enseguida; y no comprendiendo bien cómo las plantas nacen, cómo se alimentan y crecen, llaman a estas operaciones alma vegetativa. «¿Qué entendéis por alma vegetativa?»

---

[1] San Mateo. cap. III. vers. 9

«Es una palabra -responden-- que sirve para explicar el resorte desconocido que mueve la vida de las plantas». «¿Pero no comprendéis -les replica un mecánico- que ésta la desarrollan los pesos, las palancas, las ruedas y las poleas?» «No -replicarán dichos filósofos-; en su vegetación hay algo más que movimientos ordinarios; existe en todas las plantas el poder secreto de atraerse el zumo que las nutre, y ese poder, que no puede explicar ningún mecánico, es un don que Dios concedió a la materia, cuya naturaleza nos es desconocida.»

Después de esa cuestión, los filósofos descubren los anima- les que hay en la isla, y luego de examinarlos atentamente, comprenden que hay otros seres organizados como los hombres. Esos seres es indudable que tienen memoria, que tienen conocimiento, que están dotados de las mismas pasiones que nosotros y perpetúan su especie. Los filósofos disecan algunos animales, les encuentran corazón y cerebro, y exclaman: «El autor de esas máquinas, que no crea nada inútil, ¿les hubiera concedido todos los órganos del sentimiento con el propósito de que no sintieran? Sería absurdo creerlo así. Encierran algo que llamaremos también alma, a falta de otra expresión más propia; algo que experimenta sensaciones y que en cierta medida tiene ideas. Pero ¿qué es ese principio? ¿Es diferente de la materia? ¿Es espíritu puro? ¿Es un ser intermedio entre la materia, que apenas conocemos, y el espíritu puro, que nos es completamente desconocido? ¿Es una propiedad que Dios concedió a la materia orgánica?».

Los filósofos, para estudiar esa materia, hacen experimentos con los insectos y los gusanos; los cortan, dividiéndolos en muchas partes, y quedan sorprendidos al ver que al pasar algún tiempo nacen cabezas a las partes cortadas. El mismo animal se reproduce, y en su propia destrucción encuentra el medio de multiplicarse. Hay muchas almas que están esperando, para animar las partes reproducidas, que hayan corta- do la cabeza al primer tronco. Se parecen a los árboles a los que se cortan las ramas y plantándolas se reproducen. ¿Esos árboles tienen muchas almas? No parece esto posible; ¿luego es muy probable que el alma de las bestias sea de otra especie que la que llamamos alma vegetativa en las plantas, que sea una facultad de orden superior que Dios concedió a ciertas porciones de materia para darnos otra prueba de su poder y otro motivo para adorarle?

Si oyera ese raciocinio un hombre violento que argumentase más, les diría: «Sois unos malvados que mereceríais que os quemaran los cuerpos para salvar las almas, porque negáis la inmortalidad del alma del hombre.» Los filósofos, al oír esto, se mirarían unos a otros con sorpresa; y después, uno de ellos contestaría con suavidad al hombre violento: «¿Por qué creéis que debíamos arder en una hoguera y qué os indujo a suponer que abriguemos nosotros el convencimiento de que es mortal vuestra alma cruel?» «Porque abrigáis la creencia de que Dios concedió a los brutos, que están organizados como nosotros, la facultad de tener sentimientos e ideas; y como el alma de las bestias muere con sus cuerpos, creéis también que lo mismo muere el alma de los hombres.» Uno de los filósofos le replicaría:

-No tenemos la seguridad de que lo que llamamos alma en los animales perezca cuando éstos dejan de vivir; estamos persuadidos de que la materia no perece, y suponemos que Dios ha dotado a los animales de algo que puede conservar, si ésta es la voluntad divina, la facultad de tener ideas. No aseguramos que esto suceda, porque no es propio de hombres ser tan confiados; pero no nos atrevemos a poner límites al poder de Dios. Decimos sencillamente que es probable que las bestias, que son materia, hayan recibido de El algo de inteligencia. Descubrimos todos los días propiedades de la materia, que antes de descubrirlas no teníamos idea de que existieran. Empezamos definiendo la materia diciendo que era una sustancia que tenía extensión; luego reconocimos que también tenía solidez, y más tarde tuvimos que admitir que la materia posee una fuerza que llamamos fuerza de inercia, y últimamente nos sorprendió a nosotros mismos tener que confesar que la materia gravita. Al avanzar en nuestros estudios, nos vimos obligados a reconocer seres que se parecen en algo a la materia, y que, sin embargo, carecen de los atributos de que la materia está dotada.

El fuego elemental, por ejemplo, obra sobre nuestros sentidos como los demás cuerpos; pero no tiende a un centro en líneas rectas por todas partes; y no parece que obedezca a las leyes de atracción y de gravitación como los otros cuerpos. La óptica tiene misterios que sólo podemos

explicar- nos atreviéndonos a suponer que los rayos de la luz se compenetran. Efectivamente, hay algo en la luz que la distingue de la materia común: parece que la luz es un ser intermediario entre los cuerpos, que otras especies de seres son el punto intermedio que conduce a otras criaturas y que así sucesivamente existe una cadena de sustancias que se elevan hasta lo infinito.

«Esa idea nos parece digna de la grandeza de Dios, si hay alguna idea humana digna de ella. Entre esas sustancias pudo Dios escoger una para alojarla en nuestros cuerpos, y es la que nosotros llamamos alma humana. Los libros santos nos enseñan que esa alma es inmortal, y la razón está acorde en esto con la revelación: ninguna sustancia perece, las formas se destruyen, el ser permanece. No podemos concebir la creación de una sustancia; tampoco podemos concebir su anonadamiento, pero nos atrevemos a afirmar que el Señor absoluto de todos los seres puede dotar de sentimientos y de percepciones al ser que se llama materia. Estáis seguro de que pensar es la esencia de vuestra alma, pero nosotros no lo estamos, porque cuando examinamos un feto nos cuesta gran trabajo creer que su alma haya tenido muchas ideas en su envoltura materna, y dudamos de que en su sueño profundo, en su completo letargo, haya podido dedicarse a la meditación. Por eso nos parece que el pensamiento pudiera consistir no en la esencia del ser pensante, sino en el presente que el Creador hiciera a esos seres que llamamos pensadores; y todo esto nos hace Sospechar que si Dios quisiera, podría otorgar ese don a un átomo, conservarlo o destruirlo, según fuese su voluntad. La dificultad consiste menos en adivinar cómo la materia puede pensar que en adivinar cómo piensa una sustancia cualquiera. Sólo concebimos ideas porque Dios quiso dárnoslas. ¿Por qué os empeñáis en oponeros a que se las conceda a las demás especies? ¿Os atreveréis a creer que vuestra alma sea de la misma clase que las sustancias que están más cerca de la divinidad? Hay motivo para sospechar que éstas sean de orden superior, y, por lo tanto, Dios les haya concedido una manera de pensar infinitamente más hermosa, así como concedió cantidad muy limitada de ideas a los animales, que son de un orden inferior a los hombres. Ni sé cómo vivo ni cómo doy la vida, y queréis que sepa cómo concibo ideas! El alma es un reloj que Dios nos concedió para dirigirnos, pero no nos ha explicado la maquinaria de que se compone.

«De todo cuanto digo no es posible inferir que el alma humana sea mortal. En resumen: pensamos, pues. lo mismo sobre la inmortalidad que la fe nos anuncia; pero somos demasiado ignorantes para poder afirmar que Dios no tenga poder para conceder la facultad de pensar al ser que él quiere. Limitáis el poder del Creador, que es sin límites, y nosotros lo extendemos hasta donde alcanza su existencia. Perdonadnos que le creamos omnipotente, y nosotros os perdonaremos que restrinjáis su poder. Sin duda sabéis todo lo que puede hacer y nosotros lo ignoramos. Vivamos como hermanos, adorando tranquilamente al Padre común. Sólo hemos de vivir un día; vivámoslo en paz, sin proporcionarnos cuestiones que se decidirán en la vida inmortal que empezará mañana.

El hombre brutal, no encontrando nada que replicar a los filósofos, incomodándose, habló y dijo muchas vaciedades. Los filósofos se dedicaron durante algunas semanas a leer historia, y después de este estudio, he aquí lo que dijeron a aquel bárbaro indigno de estar dotado de alma inmortal:

-Hemos leído que en la antigüedad había tanta tolerancia como en nuestra época; que en ello se encuentran grandes virtudes, y que por sus opiniones no perseguían a los filósofos. ¿Por qué, pues, pretendéis que nos condenen al fuego por las opiniones que profesamos? Creyeron en la antigüedad que la materia era eterna; pero los que suponían que era creada no persiguieron a los que no lo creían. Se dijo entones que Pitágoras, en una vida anterior, había sido gallo, que sus padres habían sido cerdos, y, a pesar de esto, su secta fue querida y respetada en todo el mundo, menos por los pasteleros y por los que tenían habas que vender. Los estoicos reconocían a un Dios como más o menos semejante al que admitió después temerariamente Spinoza; el estoicismo, sin embargo, fue la secta más acreditada y la más fecunda en virtudes heroicas. Para los epicúreos, los dioses eran semejantes a nuestros canónigos, y su indolente gordura sostenía su divinidad. Tomaban en paz el néctar y la ambrosía sin inmiscuirse en nada. Los epicúreos enseñaban la materialidad y la inmortalidad del alma; pero no por eso dejaron de tenerles consideraciones, y eran admitidos a desempeñar todos los empleos.

«Los platónicos no creían que Dios se hubiera dignado crear al hombre por sí mismo; decían que había confiado este encargo a los genios, que al desempeñar su tarea cometieron muchas tonterías. El Dios de los platónicos era un obrero inmejorable, pero que empleó para crear al hombre discípulos muy medianos. No por eso la antigüedad dejó de apreciar la escuela de Platón. En una palabra: cuantas sectas conocieron los griegos y los romanos tenían distintos modos de opinar sobre Dios, sobre el alma, sobre el pasado y sobre el porvenir; y ninguna de esas sectas fue perseguida. Todas esas sectas se equivocaban, pero vivieron en amistosa paz. Ciertamente no alcanzamos a comprender por qué hoy vemos que la mayor parte de los discutidores son monstruos y los de la antigüedad eran verdaderos hombres.

»Si desde los griegos y los romanos queremos remontamos a las naciones más antiguas, podemos fijar la atención en los judíos. Ese pueblo que fue supersticioso, cruel, ignorante y miserable sabía, sin embargo, honrar a los fariseos, que creían en la fatalidad del destino y en la metempsicosis.
Respetaba también a los saduceos, que negaban la inmortalidad del alma humana y la existencia de los espíritus, fundándose en la ley de Moisés, que no habló nunca de penas ni de recompensas después de la muerte. Los esenios, que creían también en la fatalidad y nunca sacrificaban víctimas en el templo, eran más respetados todavía que los fariseos y saduceos. Ninguna de esas opiniones perturbó nunca el gobierno del Estado; y quizá hubieran tenido motivo para degollarse y para exterminarse recíprocamente unos a otros, si en tenerlo se hubiesen empeñado.

»Debemos, pues, imitar esos loables ejemplos; debemos pensar en alta voz y dejar que piensen lo que quieran los demás. ¿Seréis capaces de recibir cortésmente a un turco que crea que Mahoma viajó por la luna, y deseáis descuartizar a un hermano vuestro porque cree que Dios puede dotar de inteligencia a todas las criaturas?».

Así habló uno de los filósofos; y otro añadió: «Creedme; no ha habido ejemplo de que ninguna opinión filosófica perjudique a la religión de ningún pueblo. Los misterios pueden contradecir las demostraciones científicas; no por eso dejan de respetarlos los filósofos cristianos, que saben que los asuntos de la razón y de la fe son de diferente naturaleza. ¿Sabéis por qué los filósofos no lograrán nunca formar una secta religiosa? Pues no la formarán porque carecen de entusiasmo. Si dividimos el género humano en veinte partes, componen las diecinueve los hombres que se dedican a trabajos manuales, y quizá éstos ignorarán siempre que existió Locke. En la otra veinteava parte se encuentran pocos hombres que sepan leer, y entre los que leen hay veinte que sólo leen novelas por cada uno que estudia filosofía. Es muy exiguo el número de los que piensan; y éstos no se ocupan en perturbar el mundo.

»No encendieron la tea de la discordia en su patria Montaigne, Descartes, Gassendi, Bayle, Spinoza, Hobbes, Pascal, Montesquieu ni ninguno de los hombres que han honrado la filosofía y la literatura. La mayor parte de los que perturba- ron a su país fueron teólogos que ambicionaron ser jefes de secta o ser jefes de partido. Todos los libros de filosofía moderna juntos no produjeron en el mundo tanto ruido como produjo en otro tiempo la disputa que tuvieron los franciscanos respecto a la forma que debía dárseles a sus mangas ya sus capuchones».

De la antigüedad del dogma de la inmortalidad del alma. El dogma de la inmortalidad del alma es la idea más consoladora y al mismo tiempo más represora que el espíritu huma- no pudo concebir. Esta agradable filosofía fue tan antigua en Egipto como sus pirámides; y antes que los egipcios, la conocieron los persas. He referido ya en alguna parte la alegoría del primer Zoroastro, que cita el Sadder, en la que Dios enseña a Zoroastro el sitio destinado para recibir el castigo, sitio que se llamaba Dardarot en Egipto, Hades y Tártaro en Grecia, y nosotros hemos traducido imperfectamente en nuestras lenguas modernas por la palabra infierno. Dios enseña a Zoroastro, en el sitio destinado a los castigos, a todos los malos reyes, a uno de los cuales le faltaba un pie, y Zoroastro preguntó por qué razón. Dios le contestó que ese rey sólo había hecho una buena acción en toda su vida, y esta acción consistía en haber acercado con el pie una gamella que no estaba bastante próxima a un pobre borrico que se moría de hambre. Dios llevó al cielo el pie del rey malvado y dejó en el infierno el resto de su cuerpo.

Dicha fábula, que nunca se repetirá bastante, demuestra la remota antigüedad de la opinión sobre la segunda vida. Los indios también tenían esta opinión, y su metempsicosis lo prueba. Los chinos reverenciaban las almas de sus antepasados; y estos pueblos fundaron poderosos imperios mucho tiempo antes que los egipcios.

Aunque es antiguo el imperio de Egipto, no lo es tanto como los imperios del Asia; y en aquél y en éstos el alma subsistía después de la muerte del cuerpo. Verdad es que todos esos pueblos, sin excepción, supusieron que el alma tenía forma etérea, sutil y era imagen del cuerpo. La palabra soplo la inventaron mucho después los griegos, pero no se puede negar que creyeron que era inmortal una parte de nosotros mismos. Los castigos y las recompensas en la otra vida formaron los cimientos de la antigua teología.

Ferecides fue el primer griego que creyó que las almas vivían una eternidad, pero no fue el primero que dijo que las almas sobrevivían a los cuerpos. Ulises, que vivió mucho tiempo antes que Ferecides, ya había visto las almas de los héroes en los infiernos; pero que las almas fuesen tan antiguas como el mundo fue una opinión que nació en Oriente y que Ferecides difundió en el Occidente. No creo que exista un solo sistema moderno que no se encuentre en los pueblos antiguos. Los edificios actuales los hemos construido con los escombros de la antigüedad.

Sería un magnífico espectáculo poder ver el alma. La máxima Conócete a ti mismo es un excelente precepto, pero precepto que sólo Dios puede practicar, porque ¿qué mortal puede comprender su propia esencia?

Llamamos alma a lo que anima; pero no podemos saber más de ella, porque nuestra inteligencia tiene límites. Las tres cuartas partes del género humano no se ocupan de esto; y la cuarta busca, inquiere, pero no encontró ni encontrará.

El hombre ve una planta que vegeta, y dice que tiene alma vegetativa; observa que los cuerpos tienen y dan movimiento, ya esto llama fuerza; ve que su perro de caza aprende el oficio, y supone que tiene alma sensitiva, instinto; tiene ideas combinadas, ya esta combinación la llama espíritu. Pero ¿qué entiendes tú por esas palabras? Indudablemente la flor vegeta; pero ¿existe realmente un ser que se llama vegetación? Un cuerpo rechaza a otro; pero ¿posee dentro de sí un ser distinto que se llama fuerza? El perro te trae una perdiz; pero ¿vive en él un ser que se llama instinto? ¿No te burlarías de un polemista que te dijese: todos los animales viven; luego encierran dentro de ellos un ser, una forma sustancial, que es la vida? Si un tulipán pudiera hablar y te dijera: mi vegetación y yo somos dos seres que formamos un conjunto, ¿no te burlarías del tulipán? Vamos a ver lo que sabes y de lo que estás seguro: sabes que andas con los pies, que digieres con el estómago, que sientes en todo el cuerpo y que piensas con la cabeza. Veamos si el único auxilio de la razón pudo proporcionarte bastantes datos para deducir, sin un apoyo sobrenatural, que tienes alma.

Los primeros filósofos, tanto caldeos como egipcios, dije- ron: es indispensable que haya dentro de nosotros algo que produzca los pensamientos; ese algo debe ser muy sutil, debe ser un soplo, debe ser un éter, una armonía. Según el divino Platón, es un compuesto del mismo y del otro. «Lo constituyen dos átomos que piensan en nosotros», dijo Epicuro después de Demócrito. Pero ¿cómo un átomo pudo pensar? Confesad que no lo sabéis.

La opinión más aceptable es sin duda la de que el alma es un ser inmaterial, ¿pero indudablemente conciben los sabios lo que es un ser inmaterial? «No -contestan éstos-, pero sabemos que por naturaleza piensa.» «¿y por dónde lo sabéis?» «Lo sabemos, porque piensa.» «Me parece que sois tan ignorantes como Epicuro. Es natural que una piedra caiga, porque cae; pero yo os pregunto, ¿quién la hace caer?» «Sabemos que la piedra no tiene alma; sabemos que una negación y una afirmación no son divisibles, porque no son partes de la materia.» «Soy de vuestra opinión; pero la materia posee cualidades que no son materiales, ni divisibles, como la gravitación; la gravitación no tiene partes; no es, pues, divisible. La fuerza motriz de los cuerpos tampoco es un ser compuesto de partes. La vegetación de los cuerpos orgánicos, su vida, su instinto, no constituyen seres aparte, seres divisibles; no podéis dividir en dos la vegetación de una rosa, la vida de un caballo, el instinto de un perro, lo mismo que no podéis dividir en dos una

sensación, una negación o una afirmación. El argumento que sacáis de la indivisibilidad del pensamiento no prueba nada.»

¿Qué idea tenéis del alma? Sin revelación, sólo podéis saber que existe en vuestro interior un poder desconocido que os hace sentir y pensar. Pero ese poder de sentir y de pensar, ¿es el mismo poder que os hace digerir y andar? Tenéis que confesarme que no, porque aunque el entendimiento diga al estómago: digiere, el estómago no digerirá si está enfermo; y si el ser inmaterial manda a los pies que anden, éstos no andarán si tienen gota. Los griegos comprendieron que el pensamiento no tiene relación muchas veces con el juego de los órganos, y dotaron los órganos del alma animal y los pensamientos de un alma más fina. Pero el alma del pensamiento, en muchas ocasiones, depende del alma animal. El alma pensante ordena a las manos que tomen, y toman; pero no dice al corazón que lata, ni a la sangre que corra, ni al quilo que se forme, y todos esos actos se realizan sin su intervención. He aquí dos almas que son muy poco dueñas de su casa.

De esto debe deducirse que el alma animal no existe, o que consiste en el movimiento de los órganos; y al mismo tiempo hay que añadir que al hombre no le suministra su débil razón ninguna prueba de que la otra alma exista. Veamos ahora los varios sistemas filosóficos que se han establecido respecto al alma. Uno de ellos sostiene que el alma del hombre es parte de la sustancia del mismo Dios.

Otro, que es parte del Gran Todo. Otro sistema asegura que el alma está creada para toda la eternidad. Hay otro que sostiene que el alma fue hecha y no creada. Varios filósofos aseguran que Dios forma las almas a medida que las necesita, y que llegan en el instante de la copulación; otros añaden que se alojan en el cuerpo con los animalillos seminales, etcétera. Filósofo hubo que dijo que se equivocaban todos los que le habían precedido, asegurando que el alma espera seis semanas para que esté formado el feto, y entonces toma posesión de la glándula pineal. Pero que si se encuentra con algún germen falso, sale del cuerpo y espera mejor ocasión. La última opinión consiste en dar al alma por morada el cuerpo calloso; éste es el sitio que le asigna el Peyronie.

Santo Tomás, en su cuestión 75 y siguientes, dice «que el alma es una forma que subsiste per se, que está toda en todo, que su esencia difiere de su poder, que existen tres almas vegetativas: la nutritiva, la aumentativa y la generativa; que la memoria de las cosas espirituales es espiritual, y la memoria de las corporales es corporal; que el alma razonable es una forma inmaterial en cuanto a las operaciones, y mate- rial en cuanto al ser». ¿Has entendido algo? Pues Santo Tomás escribió dos mil páginas tan claras como ésta. Por esto, sin duda, le llaman el ángel de la escuela. No se han inventado menos sistemas para el cuerpo; para explicar cómo oirá sin tener oídos, cómo olerá sin tener nariz y cómo tocará sin tener manos; en qué cuerpo se alojará en seguida; de qué modo el yo, la identidad de la misma persona, ha de subsistir; cómo el alma del hombre que se volvió imbécil a la edad de quince años y murió imbécil a los setenta volverá a anudar el hilo de las ideas que tuvo en la edad de la pubertad y por qué medio un alma, a cuyo cuerpo se le cortó una pierna en Europa y perdió un brazo en América, podrá encontrar la pierna y el brazo, que quizá se habrán transformado en legumbres y habrán pasado a formar parte integrante de la sangre de cualquier otro animal. No termina- ría nunca si detallara todas las extravagancias que sobre el alma se han publicado.

Es singular que las leyes del pueblo predilecto de Dios no digan una sola palabra acerca de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma, ni hablen tampoco de esto el Decálogo, ni el Levítico, ni el Deuteronomio. También es indudable que en ninguna parte Moisés proponga a los judíos recompensas y penas en otra vida. No les habla nunca de la inmortalidad de sus almas, ni les dice que esperen ir al cielo, ni les amenaza con el infierno. En la ley de Moisés todo es temporal. En el Deuteronomio habla a los judíos de este modo:

"Si después de haber tenido hijos y nietos prevaricáis, seréis exterminados en vuestra patria y quedaréis reducidos a escaso número, que viviréis esparcidos por las demás naciones.

»Yo soy un Dios celoso que castigo la iniquidad de los padres hasta la tercera y hasta la cuarta generación.

»Honrad a padre y madre, con el objeto de vivir muchos años.

»Siempre tendréis qué comer, la comida no os faltará nunca.
»Si obedecéis a dioses extranjeros, seréis destruidos.
»Si obedecéis al verdadero Dios, tendréis lluvias en la primavera, y en otoño trigo, aceite, vino, heno para los animales y podréis comer y saciaros.
»Imprimid estas palabras en vuestros corazones, ponedlas ante vuestros ojos, escribidlas sobre vuestras puertas con la idea de que vuestros días se multipliquen.
»Haced lo que os mando, sin quitar ni añadir nada.
»Si aparece un profeta que profeciíta sucesos prodigiosos, si su predicación es verdadera, si lo que prevé sucede, si os dice: vamos, seguid conmigo a los dioses extranjeros..., matadle en seguida, que se atumultúe todo el pueblo contra él para herirle.
»Cuando el Señor os entregue las naciones, degollad sin perdonar a un solo hombre, no tengáis piedad de nadie.
»No comáis animales impuros, como lo son el águila, el grifo y el ixión, etc.
»No comáis tampoco animales rumiantes y que tengan las uñas hendidas, como el camello, la liebre, el puerco espín, etcétera.
»Si observáis estos mandatos, seréis bendecidos en la ciudad y en los campos, y serán benditos los frutos de vuestro vientre, de vuestra tierra y de vuestras bestias.
»Si no obedecéis todos estos mandatos ni observáis todas las ceremonias, seréis malditos en la ciudad y en los campos; sufriréis la pobreza y el hambre; os moriréis de frío, de fiebre y de miseria; tendréis sarna, fístulas, etc.; os saldrán úlceras en las rodillas y en los muslos.
»El extranjero os prestará con usura; pero vosotros no le prestaréis de ese modo, porque vosotros queréis servir al Señor, etcétera.»
Es evidente que en todas estas promesas y amenazas no se trata más que de lo temporal, y no se encuentra una sola palabra que verse sobre la inmortalidad del alma ni sobre la vida futura. Algunos comentaristas ilustres creen que Moisés estará enterado de esos dos grandes dogmas, y prueban su opinión apoyándose en lo que dijo Jacob, el cual, creyendo que habían devorado a su hijo bestias feroces, exclamó: «Descenderé con mi hijo al infernum»; esto es, moriré, ya que mi hijo ha muerto. Prueban también su creencia citando pasajes de Isaías y de Ezequiel; pero los hebreos a quienes habló Moisés no pudieron haber leído a Isaías ni a Ezequiel, que escribieron muchos siglos después.
Es inútil cuestionar sobre lo que secretamente opinaba Moisés, ya que está comprobado que en sus leyes no habló nunca de la vida futura y que limita los castigos y las recompensas al tiempo presente. Si conoció la vida futura, ¿por qué no proclamó este dogma? A tal pregunta contestan varios comentaristas diciendo que el Señor de Moisés y de todos los hombres se reservó el derecho de explicar en tiempo oportuno a los judíos una doctrina que no estaban en estado de comprender cuando vivían en el desierto.
Si Moisés hubiera anunciado la inmortalidad del alma, la hubiera combatido una importante escuela de judíos, la de los saduceos, autorizada por el Estado, que les permitía desempeñar los primeros cargos de la nación y nombrar grandes pontífices a sus sectarios.
Hasta después de la fundación de Alejandría no se dividieron los judíos en tres sectas: la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios. El historiador Flavio Josefo, que era fariseo, nos refiere en el libro XIII de sus antigüedaddes que los fariseos creían en la metempsicosis; los saduceos creían que el alma perecía con el cuerpo, y los esenios, que el alma era inmortal. Según éstos, las almas, en forma aérea, descendían de la más alta región de los aires para introducirse en los cuerpos por la violenta atracción que ejercían sobre ellas; y cuando morían los cuerpos, las almas que habían pertenecido a los buenos iban a morar más allá del océano, en un país donde no se sentía calor ni frío, ni había viento ni llovía. Las almas de los malos iban a morar en un clima perverso. Esta era la teología de los judíos.
El que debía enseñar a todos los hombres condenó estas tres sectas. Sin un auxilio no hubiéramos llegado nunca a comprender nuestra alma, porque los filósofos no tuvieron jamás una idea determinada de ella, y Moisés, único legislador del mundo antiguo que habló con Dios frente a frente, dejó a la humanidad sumida en la más profunda ignorancia respecto a este punto. Sólo

después de mil setecientos años tenemos la certidumbre de la existencia y de la inmortalidad del alma.

Cicerón abrigaba sus dudas. Su nieto y nieta supieron la verdad por los primeros galileos que fueron a Roma. Pero antes de esa época, y después de ella, en todo el resto del mundo, donde los apóstoles no penetraron, cada cual debía preguntar a su alma: ¿Qué eres?, ¿de dónde vienes?, ¿qué haces?, ¿dónde vas? Eres un no sé qué, que piensas y sientes; pero aunque sientas y pienses más de cien millones de años, no conseguirás saber más sin el auxilio de Dios, que te concedió el entendimiento para que te sirviera de guía, pero no para penetrar en la esencia de lo que él creó. Así pensó Locke, y antes que Locke, Gassendi, y antes que Gassendi, multitud de sabios; pero hoy los bachilleres saben lo que esos grandes hombres ignoraban.

Enemigos encarnizados de la razón, se han atrevido a oponerse a esas verdades reconocidas por los sabios, llevando su mala fe y su imprudencia hasta el extremo de imputar al autor de esta obra la opinión de que cada alma es materia. Perseguidores de la inocencia, bien sabéis que hemos dicho lo contrario; y que dirigiéndonos a Epicuro, a Demócrito y a Lucrecio, les preguntamos: «¿Cómo podéis creer que un átomo piense? Confesad que no sabéis nada». Luego sois unos calumniadores los que me perseguís.

Nadie sabe lo que es el ser que llamamos espíritu, al que vosotros mismos dais un nombre material, haciéndole sinónimo de aire. Los primeros padres de la Iglesia creían que el alma era corporal. Es imposible que nosotros, que somos seres limitados, sepamos si nuestra inteligencia es sustancia o facultad; no podemos conocer a fondo ni el ser extenso ni el ser pensante, o sea, el mecanismo del pensamiento.

Apoyados en la opinión de Gassendi y de Locke, afirmamos que por nosotros mismos no podemos conocer los secretos del Creador. ¿Sois dioses que lo sabéis todo? Os repetimos que sólo podemos conocer por la revelación la naturaleza y el destino del alma; y esa revelación no os basta. Debéis ser enemigos de la revelación, porque perseguís a los que la creen ya los que de ella lo esperan todo.

Nos referimos a la palabra de Dios; y vosotros, que, fingiendo religiosidad, sois enemigos de Dios y de la razón, que blasfemáis unos de otros, tratáis la humilde sumisión del filósofo como el lobo trata al cordero en las fábulas de Esopo, y le decís: «Murmuraste de mí el año pasado; debo beberme tu sangre». Pero la filosofía no se venga, se ríe de esos vagos esfuerzos y enseña tranquilamente a los hombres que queréis embrutecer para que sean iguales a vosotros.

ALQUIMISTA. Con este nombre se designa al hombre que antiguamente se dedicó a la ardua empresa de hacer oro, pues hubo una época en que se creyó posible. Todavía en Alemania se encuentran espíritus tenaces que pasan la vida buscando la piedra filosofal, como se buscó en China el agua de la inmortalidad, y en Europa la fuente de la juventud. En Francia hubo también algunos hombres que se arruinaron por acometer tan ilusorias empresas.

Prodigioso es el número de los que creyeron en semejantes transmutaciones; pero el de los pícaros fue proporcionado al de los crédulos. Conocido fue en París un tal Dammi, marqués de Conventiglio, que sacó a varios señorones centenares de luises, con la promesa de fabricarles dos o tres escudos de oro.

El chasco más notable por medio de la alquimia fue el siguiente, que dio un tunante en 1620 al duque de Bouillón, de la casa de Turena, príncipe soberano de Sedán: «No disponéis de una soberanía proporcionada a vuestra bravura, porque vuestra soberanía es insignificante -le dijo el alquimista-; pero yo os haré más rico que el emperador. Sólo puedo permanecer dos días en vuestros estados, porque tengo que asistir en Venecia a la gran reunión de mis hermanos, y os suplico que me guardéis el secreto. Que traigan protóxido de plomo fundido de la botica del mejor farmacéutico de la ciudad; poned en él un solo grano de este polvo rojo que os doy, colocadlo todo en un crisol, y en menos de un cuarto de hora lo veréis convertido en oro».

El príncipe hizo la operación, repitiéndola tres veces delante del alquimista. Este había hecho antes comprar todo el protóxido de plomo fundido que tenían los boticarios de Sedán, y

mezclando en él algunas onzas de oro, lo volvió a vender. Al salir de allí el alquimista, regaló al duque de Bouillón toda la cantidad de polvos mágicos que poseía.

El príncipe creyó que habiendo hecho con tres granos tres onzas de oro, haría trescientas mil onzas con trescientos mil granos, y de ese modo en una semana podría fabricar treinta y siete mil quinientos marcos de oro, e igual cantidad en las semanas siguientes. El alquimista, que quería partir, necesitaba dinero para asistir en Venecia a la reunión que celebraban los filósofos discípulos de Hermes. Era hombre de pocas necesidades y de poco gasto, y sólo le pidió al duque de Bouillón veinte mil escudos para el viaje. En cuanto el duque agotó todo el protóxido de plomo que había en Sedán, ya no pudo hacer oro, ni volvió a ver al filósofo alquimista, que se escapó de sus dominios con veinte mil escudos.

Todas las supuestas transmutaciones de los alquimistas se hicieron siempre del mismo modo. Cambiar un producto de la naturaleza en otro es una operación dificilísima, como, por ejemplo, convertir el hierro en plata, porque esta operación exige dos cosas que no están en nuestro poder: reducir a la nada el hierro y crear la plata.

Hay, sin embargo, filósofos que creen en las transmutaciones por haber visto que el agua se convierte en piedra, pero es porque no han reflexionado que cuando el agua se evapora, deja el depósito de arena de que estaba cargada, y que esa arena, acercando sus partes, se convierte en pequeña piedra desmenuzable, formada precisamente por la arena que contenía el agua.

Debemos desconfiar hasta de las experiencias; debemos recordar siempre el proverbio español que dice: De las cosas más seguras, la más segura es dudar. Esto, no obstante, no debemos rechazar en absoluto a los hombres que poseen algún secreto, ni despreciar los inventos nuevos. Sucede como en las obras dramáticas: entre mil se encuentra una buena.

AMOR. Hay tantas clases de amor que no sabemos a cuál de ellas hacer referencia para definirlo. Se llama falsamente amor al capricho de algunos días, a una relación ligera, a un sentimiento al que no acompaña el aprecio, a una costumbre fría, a una fantasía novelesca, a un gusto al que sigue un rápido disgusto; en una palabra, se da ese nombre a una amistad de quimera.

Si algunos filósofos tratan de examinar a fondo esta materia poco filosófica, que estudien el banquete de Platón, en el que Sócrates, amante honesto de Alcuzades y de Agatón, conversa con ellos sobre la metafísica del amor. Lucrecio habla del amor físico, y Virgilio sigue las huellas de Lucrecio.

El amor es una tela que borda la imaginación. ¿Quieres formarte una idea de lo que es amor? Contempla los gorriones y los palomos que hay en tu jardín; observa al toro que se aproxima donde está la vaca, y al soberbio caballo que dos criados llevan hasta la yegua que apaciblemente le está esperando y al recibirle menea la cola; observa cómo chispean sus ojos, oye sus relinchos, contempla sus saltos, sus orejas tiesas, su boca que se abre nerviosamente, la hinchazón de sus narices y el aire inflamado que de ellas sale, sus crines que se erizan y flotan y el movimiento impetuoso que les lanza sobre el objeto que la naturaleza les destinó; pero no les envidies, porque debes comprender las ventajas de la naturaleza humana, que compensa en el amor todas las que la naturaleza concedió a los animales: fuerza, belleza, ligereza y rapidez.

Hay algunos animales que ni siquiera conocen el goce; los peces que tienen concha no lo conocen: la hembra deja sobre el légamo millones de huevos; el macho que los encuentra, pasa sobre ellos y los fecunda con su simiente, sin conocer y sin buscar a la hembra que los puso.

La mayor parte de los animales que se emparejan no disfrutan más que por un solo sentido, y cuando satisfacen su apetito, termina su amor. Ningún animal, excepto el hombre, siente inflamarse su corazón, al mismo tiempo que se excita la sensibilidad de todo el cuerpo; sobre todo los labios gozan de una voluptuosidad que no fatiga; y de ese placer sólo goza la especie humana. Además, ésta en cualquier época del año puede entregarse al amor; y los animales tienen su tiempo prefijado. Si reflexionas y te haces cargo de estas preeminencias, exclamarás con el conde de Rochester: «El amor, en un país de ateos, es capaz de conseguir la adoración de la divinidad».

Como los hombres recibieron el don de perfeccionar todo lo que la naturaleza les concedió, llegaron a perfeccionar el amor. La limpieza y el aseo, haciendo la piel más delicada, aumentan el

placer que causa el tacto; el cuidado que se tiene para conservar la salud hace más sensibles los órganos de la voluptuosidad. Los demás sentimientos se entremezclan con el del amor, como los metales se amalgaman con el oro: la amistad y el aprecio le favorecen, y la belleza del cuerpo y la del espíritu le añaden nuevos atractivos. Sobre todo el amor propio estrecha esos lazos, porque el amor propio se aplaude a sí mismo, por la elección que hizo, y la multitud de ilusiones que hace nacer embellecen la obra cuyos cimientos abrió la naturaleza.

He aquí las ventajas que los hombres tienen sobre los animales. Si aquellos disfrutan de placeres que éstos desconocen, en cambio sufren pesares de los que las bestias no tienen la menor idea. Es lo más terrible para el hombre que la naturaleza haya emponzoñado en las tres cuartas partes del mundo los placeres del amor y los manantiales de la vida con esa enfermedad espantosa que a él solo ataca y que en él sólo infecta los órganos de la generación.

De esta peste no puede decirse que, como otras enfermedades, es la consecuencia de nuestros excesos. No es la relajación la que la introdujo en el mundo. Friné, Lais y Mesalina no sufrieron esa enfermedad, que se dice nacida en las islas de América, donde los hombres vivían en estado de inocencia, y desde ellas se extendió por el mundo antiguo.

Si por algo pudo acusarse a la naturaleza de contradecir su plan y de obrar contra sus propias miras, es por haber difundido esa detestable calamidad que sembró en la tierra la vergüenza y el horror. Si César, Antonio y Octavio no conocieron esa enfermedad, en cambio causó la muerte de Francisco I.

Los filósofos eróticos promovieron la cuestión de si Eloísa pudo seguir amando verdaderamente a Abelardo, cuando fue fraile y castrado. Yo creo que Abelardo siguió siendo amado; la raíz del árbol cortado conserva siempre un resto de savia, y la imaginación ayuda al corazón. Nos complacemos en continuar sentados a la mesa cuando ya no comemos. ¿Es esto amor? ¿Es un simple recuerdo? ¿Es amistad?

Es un no sé qué compuesto de todo eso; es un sentimiento confuso semejante a las pasiones fantásticas que los muertos conservaban en los Campos Elíseos. Los héroes que durante su vida habían brillado en las carreras de los carros, después de muertos guiaban carros imaginarios. Allí Orfeo creía cantar aún. Eloísa vivía con Abelardo de ilusiones, le acariciaba ella con la imaginación algunas veces, con el placer superior que debía producirle haber hecho en el Paracleto voto de no amarle, y sus caricias debieron de ser más preciosas porque eran más culpables. No puede la mujer concebir una pasión por un eunuco, pero puede conservar el cariño a su amante, si por amarle le castran.

No sucede lo mismo al amante que envejeció en el servicio. Su exterior no subsiste, sus arrugas asustan, su pelo blanco repele, los dientes que le faltan disgustan; y todo lo que puede hacer la mujer amada, siendo virtuosa, se reduce a ser su enfermera ya soportar que le ame, dedicándose a enterrar a un muerto.

AMOR A DIOS. Las disputas sobre el amor a Dios han encendido tantos odios como las disputas teológicas. Los jesuitas y los jansenistas se estuvieron batiendo durante cien años para probar qué secta de las dos, adoraba a Dios de un modo más conveniente y para ver cuál de las dos causaría más daño a su prójimo. Ejemplo: Fenelón y Bossuet.

Desde que el autor de Telémaco, que empezaba a tener gran fama en la corte de Luis XIV, pretendió que se amara a Dios de otra manera que le amaba el autor de las Oraciones fúnebres, éste, que era muy pendenciero, le declaró la guerra, y consiguió que anatematizaran a aquél en la antigua ciudad de Rómulo, donde Dios es siempre el objeto más amado, después de la dominación, de la riqueza, de la ociosidad y del placer.

Si Mme. Guyon hubiera sabido el cuento de la bendita vieja que llevaba un calentador para quemar el paraíso y un cántaro de agua para extinguir el fuego del infierno, con la idea de que sólo amaran a Dios por sí mismo, quizá no hubiera escrito tantas obras, porque hubiera comprendido que con muchísimas palabras no podía decir tanto como la bendita vieja en pocas. Pero Mme. Guyon amaba tan fanáticamente a Dios ya los galimatías que su extraordinaria ternura

la llevó cuatro veces a la cárcel. Procedieron con ella con injusticia y con demasiado rigor. ¿Por qué castigaron como criminal a una pobre mujer que no cometió otro crimen que el de escribir versos parecidos a los del abad Cotín y prosa de tan poco gusto como la de Polichinela? Es extraño que el autor de Telémaco y de los fríos amores de Eucaris dijese en sus Máximas de los santos, después del bienaventurado Francisco de Sales: «Casi no tengo deseos; pero si volviese a nacer, absolutamente no tendría ninguno. Si Dios viniera hacia mí, yo también iría hacia El». Sobre esa proposición versa todo el libro; por ella no condenaron a San Francisco de Sales, pero condenaron a Fenelón. ¿Por qué? Porque San Francisco de Sales no tuvo un enemigo poderoso y violento en la corte de Turín y Fenelón lo tuvo en Versalles.

Si pasamos desde las espinas de la teología a las de la filosofía, menos largas y punzantes, parece indudable que se puede amar un objeto sin que se interese el amor propio. No podemos comparar las cosas divinas con las terrestres, ni el amor de Dios con ningún otro amor. Nos falta un infinito de escalones para ascender desde las inclinaciones humanas a ese amor sublime. Pero como no tenemos otro punto de apoyo que la tierra, de la tierra debemos sacar nuestras comparaciones. Cuando contemplamos una obra notabilísima de pintura, de escultura, de poesía o de elocuencia; cuando oímos una música que encanta los oídos y el alma, la admiramos y la queremos. Sin que la admiración ni el amor nos proporcione en absoluto la menor ventaja, experimentamos un pensamiento puro, que algunas veces llega hasta la veneración.

Este es poco más o menos el único modo de explicar la profunda admiración y el entusiasmo que nos produce el eterno Arquitecto del mundo. Contemplamos la obra con un asombro mezclado de respeto y de anonadamiento, porque el corazón se eleva hasta donde puede y se acerca cuanto le es posible al artista.

¿Pero qué sentimiento es ése? Un no sé qué vago e indeterminado, un pasmo que no se parece a nuestras afecciones ordinarias. Esa afección espiritual, ¿merece ser censurada? ¿Pudo condenarse por ella al tierno arzobispo de Cambrai? ¿Pudo reprochársele alguna herejía? ¿En qué pecó? En la actualidad su castigo es incomprensible y la disputa que tuvo con Bossuet pasó y se olvidó como otras muchas.

AMOR PROPIO. Nicole, en sus Ensayos de moral, escritos después que se habían publicado dos o tres mil volúmenes de la misma materia, dice que «por medio de ruedas y de patíbulos establecidos en común, deben reprimirse los pensamientos y los designios tiránicos del amor propio de cada particular».

No examinaré si se pueden tener patíbulos en común, como se tienen prados y bosques, ni si con ruedas se pueden reprimir los pensamientos; pero sí diré que es muy extraño que Nicole tome por cosa equivalente el robo hecho en camino real y el asesinato por amor propio. Es preciso distinguir mejor unas cosas de otras. El que dijera que Nerón hizo asesinar a su madre por amor propio y que el ladrón Cartouche estaba dotado de amor propio excesivo, se expresaría incorrectamente. El amor propio no es una maldad; es un sentimiento natural en todos los hombres, y está más cerca de la vanidad que del crimen.

Un pordiosero que se situaba en los alrededores de Madrid pedía limosna con altivez. Un transeúnte le preguntó: «¿No os da vergüenza ser un vago, pudiendo, como podéis, trabajar?». «Señor, le respondió el mendigo, os pido dinero y no consejos»; y dicho esto, le volvió la espalda, conservando toda la dignidad castellana. Era un mendigo más orgulloso que el señor, cuya vanidad se ofendió sin motivo. Pedía limosna por amor a sí mismo, y no consentía que le reprimiera otro amor propio.

Un misionero que viajaba por la India se encontró con un fakir que estaba cargado de cadenas, desnudo como un mono, acostado boca abajo, recibiendo latigazos por los pecados que cometieron sus compatriotas los hindúes, y a cambio de éstos le daban algunos ochavos. «¡Qué manera de renunciar a su amor propio!»; exclamó uno de los espectadores. «No renuncio a mi amor propio -replicó el faquir-; sabed que si me dejo azotar en este mundo es para devolveros los azotes en el otro, cuando vosotros seáis caballos y yo jinete.»

Los que creen que el amor propio es la base de los sentimientos y de las acciones de los hombres, tienen razón en España, en la India y en todo el mundo habitable. Y así como nadie escribe para probar que tiene rostro, tampoco se necesita escribir para probar que se tiene amor propio, instrumento de la propia conservación, y semejante al instrumento de la perpetuidad de la especie. Como éste nos es necesario, nos es querido, nos causa placer y por esto lo ocultamos.

AMOR SOCRÁTICO. Si el amor que se llama socrático y platónico fuera un sentimiento honesto, lo aplaudiríamos; pero como fue relajación, debe sonrojarnos Grecia porque no lo prohibió.

¿Cómo es posible que sea natural un vicio que destruiría al género humano si hubiera sido general y que constituye un atentado infame contra la naturaleza? Parece que debía ser el último escalón de la corrupción reflexiva, y sin embargo lo sienten ordinariamente los que aún no han tenido tiempo para corromperse. Penetró en seres jóvenes antes de que conocieran la ambición, el fraude y la sed de riqueza. La juventud, ciega por un instinto no definido, se precipita en esos desórdenes al salir de la infancia, lo mismo que se precipita en el onanismo.

La inclinación que uno a otro se tienen los dos sexos, se declara casi en la pubertad. Pero dígase lo que se quiera de las africanas y de las mujeres del Asia meridional, esa inclinación es generalmente mucho más fuerte en el hombre que en la mujer; es una ley que la naturaleza infundió en todos los animales; y siempre el macho ataca a la hembra.

Los jóvenes machos de nuestra especie, cuando se educan juntos, sintiendo esa clase de fuerza que la naturaleza empieza a desarrollar en ellos, y no encontrando el objeto natural al que debe atraerlos su instinto, se arrojan sobre un objeto parecido, con frecuencia algún mancebo. En la frescura de la tez, en el brillo de sus colores y en la dulzura de sus miradas se parece el mancebo durante dos o tres años a una hermosa jovenzuela. Si el joven le ama, es porque la naturaleza se equivoca. Rinde homenaje al sexo femenino, creyendo verlo en el que posee la belleza de éste; pero cuando la edad desvanece el parecido, el engaño cesa. Sabido es que esa equivocación de la naturaleza es mucho más común en los climas ardientes que en los helados, porque en aquellos la sangre está más encendida y las ocasiones se encuentran con más frecuencia. De modo que lo que es debilidad en el joven Alcibíades, es una abominación que da asco en un marinero alemán y en un cantinero ruso.

No puedo tolerar a los que quieren hacernos creer que los griegos autorizaron esta licencia. Para probarlo se cita al legislador Solón, porque dijo lo que en dos versos malos tradujo al francés Aymot:

Tu chériras un beau garfon,
Tant qu'il n'aura barbe au mentan.

¿Pero creéis de buena fe que Solón era legislador cuando pronunció las anteriores palabras? Entonces era un joven disoluto, y cuando más tarde llegó a ser sabio, no puso semejante infamia en ninguna de las leyes de su república.

También se ha abusado del texto de Plutarco, que entre las charlatanerías del Diálogo de amor hace que uno de los interlocutores diga que las mujeres no merecen el verdadero amor; y otro interlocutor es partidario de las mujeres y las defiende, pues también en ese diálogo han tomado la objeción como máxima decisiva. Es seguro que el amor socrático no fue un amor infame: la palabra amor hizo incurrir en esa equivocación. Los que entonces se llamaban amantes de un hombre joven eran precisamente lo que son entre nosotros los gentiles hombres que sirven a los príncipes, que participan de sus mismos trabajos militares. Institución guerrera y santa, de la que se abusó, como se ha abusado de las fiestas nocturnas y de las orgías.

La institución de los amantes que creó Lacus, era una especie de ejército invencible de guerreros jóvenes, que se comprometían por medio de juramento a perder la vida ,unos por otros: no hubo nunca institución tan hermosa en la disciplina antigua.

Inútilmente Sextus Empiricus y otros dicen que las leyes de Persia recomendaban semejante vicio; que citen el texto de la ley, que nos presenten el código de los persas, que si en él se encontrara esa abominación, tampoco yo la creería; diría que no es verdadera, por la poderosa

razón de que no es posible. No, no es posible que la naturaleza humana promulgue una ley que contradiga y ultraje a su propia naturaleza, una ley que destruiría al género humano si se cumpliera al pie de la letra. Pero ya que no me enseñáis ese código, yo os enseñaré la antigua ley de los persas, incluida en el Sadder, que dice en el artículo que lleva el número 9 que no existe en el mundo mayor pecado. Inútilmente un escritor moderno trató de justificar a Sextus Empiricus y la sodomía; las leyes de Zoroastro, que él no conoce, presentan la prueba irrecusable de que los persas no recomendaron nunca ese vicio. Lo mismo podían decir que estaba recomendado a los turcos, porque éstos lo cometen, pero sus leyes lo castigan. Hay comentaristas que han tomado costumbres vergonzosas y toleradas por verdaderas leyes del país.

Sextus Empiricus, que dudaba de todo, podía muy bien haber dudado de semejante jurisprudencia. Si hubiera vivido en nuestros días, y hubiera sabido que dos o tres jesuitas habían abusado de sus discípulos, ¿se hubiera creído con derecho para sentar que les permitían esta infamia las Constituciones de Ignacio de Loyola? Séame permitido hablar en este artículo del amor socrático que se apoderó del reverendo padre Policarpo, carmelita calzado de la pequeña ciudad de Gex, que el año 1771 enseñaba religión y latín a una docena de jóvenes casi niños. Era al mismo tiempo su confesor y su maestro, y luego ejerció con ellos voluntariamente otro empleo, dedicando todo su tiempo a ocupaciones espirituales y corporales. Cuando se descubrió todo, huyó a Suiza, país que está muy lejos de Grecia. Esas diversiones son bastante comunes entre preceptores y discípulos. Los frailes, encarga- dos de educar a la juventud, siempre fueron aficionados a la sodomía, que es la consecuencia necesaria del celibato a que se ven condenados.

Los señores turcos y persas, según tenemos entendido, nombran eunucos para que eduquen a sus hijos. ¡Extraña alternativa para un maestro: ser castrado o sodomita!

Amarse los hombres unos a otros llegó a ser tan común en Roma, que no se atrevieron a castigar esa infamia, porque la cometía casi todo el mundo. Octavio Augusto, asesino relajado y cobarde que se atrevió a desterrar a Ovidio, encontraba bien que Virgilio cantase al mancebo Alexis y que Horacio escribiera odas en metro menor a Ligurinus. Horacio, que elogiaba a Augusto por haber reformado las costumbres, proponía a ése en una de sus sátiras que amara indistintamente a un muchacho ya una doncella. ¡Y a pesar de esto, la antigua ley Seantinia, que prohíbe la sodomía, subsistió siempre en Roma! El 142
Voltaire
emperador Filipo la puso en vigor, y expulsó de Roma a los jovenzuelos que se dedicaban a tan infame oficio. Si hubo allí poetas espirituales y licenciosos al mismo tiempo, como Petronio, también hubo profesores tan virtuosos como Quintiliano. Para terminar, diré que no creo que ninguna nación civilizada sea capaz de dictar leyes contrarias a las buenas costumbres.

CIELO DE LOS ANTIGUOS. Si el gusano de seda diera el nombre de cielo a la pelusilla que forma su capullo, razonaría igual que razonaron los antiguos, dando a la atmósfera el nombre de cielo, que es, como dice Fontenelle, la seda de nuestro capullo. Creyeron los antiguos que los vapores que exhalan los mares y la tierra y que forman las nubes, los meteoros y los truenos eran la morada de los dioses. Los dioses descienden siempre de nubes de oro en las obras de Romero; y por eso todavía hoy los pintores los representan sentados en una nube. Podían sentarse sobre el agua; pero era justo que el primero de los dioses, Júpiter, estuviera sentado con más comodidad que los otros, y le concedieron un águila por cabalgadura, porque el águila vuela más alto que las demás aves.

Los primitivos griegos, al ver que los señores de las ciudades vivían en ciudadelas, en la cumbre de las montañas, juzgaron que los dioses debían ocupar también alguna ciudadela y le colocaron en la Tesalia, en lo alto del monte Olimpo, cuya cima es tan alta que muchas veces la cubren las nubes, de modo que desde el palacio de los dioses se podía pasar fácilmente al cielo. .

Las estrellas y planetas, que parece que estén asidos a la bóveda azul de nuestra atmósfera, se convirtieron en morada de los dioses; siete de éstos tuvieron para vivir cada uno su planeta, y los otros se alojaron donde pudieron. Los dioses celebraban consejo general en una espaciosa sala, a

la que iban por la Vía Láctea, puesto que los dioses necesitaban tener una sala en el aire, ya que los hombres tenían casas de reunión en la tierra.

Cuando los titanes, una especie intermedia de animales entre los hombres y los dioses, declararon a éstos una guerra casi justa reclamando parte de la herencia paterna, puesto que eran hijos del cielo y de la tierra, pusieron dos o tres montañas, una sobre otra, creyendo que eso bastaba para escalar el cielo y la ciudadela del Olimpo. Sin embargo, median seiscientos millones de leguas desde la tierra a esos astros, lo que no es un obstáculo para que Virgilio diga:

Sub pelibusque videl nubes el sidera Daphnis. «Dafne ve bajo sus pies los astros y las nubes». ¿Dónde estaba, pues, Dafne?

En el teatro y en otras partes más serias se hace descender a los dioses entre nubes y truenos; o lo que es lo mismo, pasean a Dios en los vapores de nuestro globo. Tales ideas son tan proporcionadas a nuestra debilidad, que nos parecen grandes.

Esa física de niños y viejas arranca de la más remota antigüedad. Créese, sin embargo, que los caldeos tenían ideas casi tan exactas como nosotros de lo que se llama cielo. Colocaban al Sol en el centro del mundo planetario, casi a la distancia que hemos reconocido que existe de nuestro globo, y hacían girar a la Tierra y algunos planetas alrededor de ese astro. Esto es lo que nos dice Aristarco de Samos; y es, con escasa diferencia, el sistema del mundo que Copérnico perfeccionó después. Pero los filósofos se guardan el secreto para ellos, con la idea de ser más respeta- dos por los reyes y el pueblo, o quizá para no ser perseguidos.

El lenguaje del error es tan familiar para los hombres que todavía llamamos a los vapores y al espacio de la Tierra a la Luna, cielo. Decimos subir al cielo, como decimos que el Sol gira, aunque sabemos que éste está fijo y no se mueve. Probablemente la Tierra será cielo para los habitantes de la Luna, y cada planeta colocará su cielo en el planeta más próximo.

Si hubieran preguntado a Hornero en qué cielo estaba el alma de Sarpedón y dónde estaba la de Hércules, Hornero no habría sabido qué contestar, y hubiera salido del paso escribiendo versos armoniosos. ¿Qué seguridad podían tener de que el alma de Hércules se hubiera encontrado mejor en Venus, en Saturno, que en nuestro globo? ¿Se encontraría acaso en el Sol? No parece que debía estar en ese horno. ¿Qué entendían, en fin, por cielo los antiguos? No lo sabían. Decían siempre el cielo y la tierra, como si dijeran el infinito y un átomo. Rigurosamente hablando, no existe el cielo; existe una cantidad prodigiosa de globos que rueda en el espacio, y nuestro globo rueda como los demás.

Los antiguos creyeron que ir a los cielos era ascender; pero no se asciende de un globo a otro, porque los globos celestes unas veces están encima y otras debajo de nuestro horizonte. Por ejemplo, supongamos que Venus, habiendo venido de Pafos, regresara a su planeta cuando este planeta se hubiera puesto. La diosa Venus no ascendería, pues, con relación a nuestro horizonte, sino que descendería; en este caso debíamos decir descendió al cielo. Pero los antiguos no estaban tan civilizados, sólo tenían nociones vagas, inciertas, contradictorias sobre todo lo que se relaciona con la física. Se han escrito inmensos volúmenes para saber lo que pensaban sobre cuestiones de esta clase, y dos palabras hubieran bastado para decir que no pensaban sobre ellas. De esa regla general debe exceptuarse un corto número de sabios, que llegaron tarde, que explicaron sus pensamientos, y cuando se atrevieron a explicarlos, los charlatanes del mundo los enviaron al cielo por el camino más corto.

Un escritor que se llamaba Pluche pretende probar que Moisés era un gran físico; otro antes que él, llamado Juan Amerpoel, quiere conciliar a Moisés con Descartes, asegurando que Moisés fue el inventor de los torbellinos y de la materia sutil, pero lo asegura inútilmente, porque todos sabemos que Dios hizo de Moisés un legislador y un profeta, pero no pretendió que fuera un profesor de física. Dictó a los judíos sus deberes, pero no les enseñó una palabra de filosofía. Cal- met, que ha compilado mucho, pero que no razona nunca, se ocupa del sistema de los hebreos; pero ese pueblo grosero estaba muy lejos de tener un sistema, ni siquiera tuvo escuela de geometría; hasta desconocía ese nombre. Su única ciencia consistía en ser corredor de cambios y usurero.

En sus libros se encuentran algunas ideas oscuras, incoherentes y dignas de un pueblo bárbaro, respecto a la estructura del cielo. Su primer cielo era el aire, el segundo el firmamento, en el que están prendidas las estrellas. Ese firmamento era sólido y de hielo y contenía las aguas superiores, que se escaparon de su recipiente por puertas, por esclusas y por cataratas en la época del diluvio.

Encima de dicho firmamento o de las citadas aguas superiores existía el tercer cielo, que llamaban empíreo, adonde fue arrebatado San Pablo. Ese firmamento era una especie de semibóveda que abarcaba la Tierra. El Sol no podía dar la vuelta a un globo que ellos no conocieron. En cuanto llegaba al Occidente, se volvía al Oriente por un camino desconocido, y no se le veía volver, porque, como dice el barón de Toeneste, volvía de noche.

Estas ideas las habían adquirido los hebreos de otras naciones. La mayoría de ellas, exceptuando la escuela de los caldeos, creían que el cielo era sólido, que la Tierra, fija e inmóvil, era más larga desde Oriente hasta Occidente que desde el Mediodía al Norte; y de esto provienen las palabras longitud y latitud que hemos adoptado. Profesando esas ideas era imposible que existieran los antípodas. Por eso San Agustín dice que es un absurdo creer que existan; y Lactancio dice terminantemente que hay gentes bastante locas que creen que existan hombres cuya cabeza esté más baja que sus pies. En el libro III de sus Instituciones añade: «Puedo probaros con muchos argumentos que es imposible que el cielo rodee a la Tierra». San Crisóstomo afirma que yerran los que creen que los cielos son movibles y que tienen forma circular .

Inútilmente, el autor del Espectáculo de la Naturaleza quiere dar la patente de filósofo a Lactancio ya Crisóstomo, porque cualquiera podrá contestarle que los dos fueron santos, pero que no es preciso para ser santos ser buenos astrónomos.

CIELO MATERIAL. Las leyes de la óptica, fundadas en la naturaleza de las cosas, disponen que desde nuestro pequeño globo veamos siempre como una bóveda rebajada, aunque no exista más bóveda que nuestra atmósfera, que no está rebajada; que veamos siempre rodar los astros por esa bóveda, y como en un mismo círculo, aunque no existan más que cinco planetas principales, diez lunas y un anillo que caminan como nosotros por el espacio; que nuestro sol y nuestra luna nos parezcan siempre un tercio mayores en el horizonte que en el cenit, aunque estén más cerca del observador en el cenit que en el horizonte.

Así es como vemos el cielo material. Por estas reglas invariables de la óptica vemos los planetas tan pronto retrógrados, tan pronto estacionarios, y no son ni una cosa ni otra. Si estuviéramos en el Sol, veríamos todos los planetas y los cometas girar con regularidad a su alrededor en las elipses que Dios les asigna; pero estamos en el planeta que se llama Tierra, esto es, en un rincón desde el que no podemos gozar de todos los espectáculos. No acusemos, pues, con Malebranche de error a nuestros sentidos, porque las leyes constantes de la naturaleza, emanadas de la voluntad inmutable del Todopoderoso y proporcionadas a la constitución de nuestros órganos, no pueden ser errores.

Sólo podemos ver la apariencia de las cosas, pero no su realidad. Lo mismo nos engañamos cuando el Sol, ese astro que es un millón de veces más grande que la Tierra, nos parece liso y de dos pies de anchura, que cuando en un espejo convexo vemos un hombre en la dimensión de algunas pulgadas.

Si los magos caldeos fueron los primeros que se aprovecha- ron de la inteligencia que Dios les concedió para medir y colocar en su sitio los globos celestes, otros pueblos más groseros no les imitaron. Esos pueblos, infantiles y salvajes, supusieron que la Tierra era llana, que estaba sostenida en el aire, no sé cómo, quizá por su propio peso; de que el Sol, la Luna y las estrellas caminaban continuamente por un arco de bóveda sólido que llamaron firmamento; que ese arco conducía las aguas, y teniendo puertas de espacio en espacio, las aguas salían por ellas para humedecer la Tierra. Pero ¿cómo reaparecían el Sol, la Luna y los demás astros después de haberse puesto? No lo sabían. El cielo tocaba con la tierra llana; no había, pues, medio de que el Sol, la Luna y las estrellas girasen por debajo de la Tierra y fuesen a aparecer en el Oriente después de haberse puesto en el Occidente. Verdad es que esos ignorantes tenían razón por casualidad, no concibiendo que el Sol y las estrellas fijas girasen alrededor de la Tierra; pero

estaban muy lejos de sospechar que el Sol estuviera inmóvil, y que la Tierra, con su satélite, girara alrededor de él con los demás planetas. Había más distancia desde sus fábulas hasta el verdadero sistema del mundo, que la que hay desde las tinieblas a la luz.

Creían que el Sol y las estrellas volvían por caminos desconocidos, después de haber descansado de su carrera, en el mar Mediterráneo, sin saber precisamente en qué sitio. No conocían otra astronomía hasta el tiempo de Hornero, que es más reciente, pues los caldeos guardaban en secreto su ciencia con la idea de que el pueblo los respetara. Hornero dice más de una vez que el Sol se sumerge en el Océano, donde repara sus fuerzas con la frescura de las aguas durante la noche, y pasada ésta se dirige al sitio por donde ha de salir siguiendo caminos que desconocen los mortales.

Como entonces la mayor parte de los pueblos de la Siria y los griegos conocían algo el Asia y una pequeña parte de Europa, pero no tenían noción alguna de los países que están al norte del Ponto-Euxino y al mediodía del Nilo, se figuraron que la Tierra era un tercio más larga que ancha, y que por consecuencia el cielo, que estaba tocando con la Tierra y la abarcaba, era también más largo que ancho. De esto provinieron los grados de longitud y de latitud cuyos nombres conservamos, aunque han sufrido reforma dichos grados.

El libro de Job, que compuso un antiguo árabe, el cual tenía algún conocimiento de astronomía, puesto que se ocupa de las constelaciones, se expresa, sin embargo, de este modo: «¿Dónde estabais cuando yo abrí los cimientos de la Tierra? ¿Quién tomó de ellos las dimensiones y sobre qué base? ¿Quién puso la piedra angular?» El estudiante menos aprovechado le hubiera contestado hoy. La Tierra no tiene piedra angular, ni base, ni cimientos; y respecto a sus dimensiones, las conocemos perfectamente, porque desde Magallanes hasta Bougainville varios navegantes han dado la vuelta al mundo. El mismo estudiante le taparía la boca al declamador Lactancio ya todos los que antes y después de él han dicho que la Tierra está fundada en el agua y que el cielo no puede estar debajo de la Tierra, y que, por lo tanto, es ridículo e impío suponer que existan los antípodas.

Es curioso leer el desdén y la compasión que inspiran a Lactancio los filósofos que, desde hace cuatrocientos años, empezaron a conocer la carrera aparente del Sol y de los planetas, la redondez de la Tierra, la diafanidad de los cielos, cuyo espacio recorren los planetas dentro de sus órbitas, etcétera, lo que hace exclamar a dicho escritor: «Es incomprensible por qué gradación los filósofos han llegado al extremo de la locura de creer que la Tierra era una bola y de rodear a ésta de cielo». El mismo estudiante replicaría a los doctores que se expresan de ese modo, dándoles la siguiente lección: «Sabed que no existen cielos sólidos colocados unos sobre otros, como habéis supuesto; que no existen círculos reales en los que los astros giren dentro de un supuesto disco; sabed que el Sol ocupa el centro del mundo planetario, que la Tierra y los demás planetas giran a su alrededor en el espacio, y no trazando círculos, sino elipses. Sabed que no hay arriba ni abajo, porque los planetas y los cometas tienden todos hacia el Sol, que es su centro, y el Sol tiende hacia ellos por la ley de la gravitación eterna».

Lactancio y los demás charlatanes que han opinado como él se quedarían asombrados si vieran cómo es en realidad el sistema del mundo.

CLERO. Quizá quede algo que decir sobre el clero, después de lo mucho que se ha dicho en el Diccionario de Ducanje y en el de la Enciclopedia. Por ejemplo, podemos notar que en los siglos X y XI se introdujo la costumbre, que tuvo fuerza de ley en Francia, Alemania e Inglaterra, de perdonar de la horca a los criminales que sabían leer . ¡Tan útil creyeron que era para el Estado tener erudición! Guillermo el Bastardo, conquistador de Inglaterra, introdujo en esa nación tal costumbre, que se llamó beneficio de clerecía. Dijimos en la Historia del Parlamento que viejos usos, perdidos en todas partes, se vuelven a encontrar en Inglaterra, como, por ejemplo, se encontraron en la isla de Samotracia los antiguos misterios de Orfeo. Aun en la actualidad el beneficio de clerecía subsiste en la nación inglesa con toda su fuerza en los casos de cometer una muerte sin deseo de causarla, y de robar por primera vez, con tal que el hurto no exceda de quinientas libras esterlinas. No se puede negar el beneficio de clerecía al criminal que sabiendo leer lo pierde. El juez, que las antiguas leyes consideraban que tampoco sabía leer, se vale todavía

lo pierde. El juez, que las antiguas leyes consideraban que tampoco sabía leer, se vale todavía del capellán de la cárcel para que presente un libro al acusado. En seguida pregunta al capellán: «¿Legit?» «¿Sabes leer?» Si el capellán le contesta: «Legit ut clericus». «Lee como un clérigo», el juez se satisface con marcar la palma de la mano del criminal con un hierro candente, pero se tiene cuidado de cubrirlo con grasa endurecida. El hierro humea y lanza un silbido sin hacer daño al paciente, que es considerado como clérigo.

Del celibato de los clérigos. Hablemos de los primeros siglos de la Iglesia, en los que se permitió el matrimonio a los clérigos, y digamos en qué época se les prohibió.

Está probado que los clérigos, en vez de ser empujados al celibato por la religión judía, eran inducidos por ésta a con traer matrimonio, no sólo por seguir el ejemplo que les dieron los patriarcas, sino también porque era vergonzoso no tener posteridad. A pesar de esto, en los tiempos que precedieron a las últimas desgracias de los judíos pululaban en dicha nación las sectas de los rigoristas, esenios, terapeutas y herodinos; y en algunas de éstas, como la de los esenios y los terapeutas, los más devotos no se casaban. Guardaban continencia, queriendo imitar la castidad de las vestales, que instituyó Numa Pompilio; el ejemplo de la hija de Pitágoras, que fundó un convento de sacerdotisas de Diana; el de la pitonisa de Delfos, y la castidad más antigua de Casandra y de Criseida, sacerdotisas de Apolo.

Los sacerdotes de la diosa Cibeles no sólo hacían voto de castidad, sino que se castraban, por miedo a violar el voto. Plutarco dice que había congregaciones de sacerdotes en Egipto que renunciaban al matrimonio.

Los primitivos cristianos, aunque observaban una vida tan pura como los esenios y los terapeutas, no consideraron el celibato como una virtud. Ya vimos en otra parte que casi todos los apóstoles y sus discípulos fueron casados. San Pablo, en su Epístola dirigida a Tito, dice: «Elegid por sacerdote al que sólo tenga una mujer e hijos fieles y que no sean acusados de lujuria". Lo mismo dice a Timoteo: «El sacerdote vigilante debe ser marido de una sola mujer". San Pablo da tanta importancia al matrimonio, que en la misma Epístola, dirigida a Timoteo, dice: «Si la mujer prevarica, se salvará teniendo hijos".

Lo que sucedió en el famoso Concilio de Nicea respecto a los sacerdotes casados merece fijar nuestra atención. Algunos obispos, apoyándose en Sazomenes y en Sócrates, propusieron la aprobación de una ley que prohibiera a los obispos y sacerdotes tocar a sus mujeres desde allí en adelante; pero San Pafuncio, mártir, obispo de Tebas en Egipto, se opuso con todas sus fuerzas a que se aprobara semejante ley, diciendo «que es castidad acostarse con su mujer,,; y su opinión dominó en el Concilio. Así lo refieren Suidas, Gelasio, Cyziceno, Casiodoro y Nicéforo Calixto.

Dicho Concilio únicamente prohibió a los eclesiásticos tener en sus casas agapetas ([1]), y otras mujeres. Sólo podían tener sus esposas, madres, hermanas, tías y ancianas que no fueran sospechosas.

Desde esa época la Iglesia recomendó el celibato, pero no mandó que se observara. San Jerónimo, que se consagró a la soledad, fue entre todos los padres el que hizo el mayor elogio del celibato de los sacerdotes, y sin embargo siguió luego el partido de Carterius, obispo de España, que se casó dos veces: «Si me empeñara en nombrar -dice- a todos los obispos que contrajeron segundas nupcias, contaría muchos más que obispos asistieron al Concilio de Rímini».

Son innumerables los clérigos casados que vivieron con sus mujeres. Sidonio, obispo de Clermont en la Auvemia, en el siglo V, se casó con Papianilla, hija del emperador Avilas Simplicius, obispo de Bourges, tuvo dos hijos de su mujer, Palladia. San Gregorio Nacianceno fue hijo de otro Gregorio, obispo de Naciancena y de Nonna. Este tuvo tres hijos: Cesarius, Gorgonia y el santo citado.

En la recopilación de los antiguos cánones está inserta una lista muy larga de obispos que fueron hijos de sacerdotes. El Papa Ozius era hijo del subdiácono Esteban, y el Papa Bonifacio I, hijo del sacerdote Jocondo. El Papa Félix III era hijo del sacerdote Félix, y llegó a ser uno de los

---

[1] Agapetas eran una especie de monjas que en el cristianismo primitivo vivían en comunidad. pero sin pronunciar votos)

abuelos de Gregorio el Grande. El sacerdote Proyectus fue padre de Juan II. El Papa Silvestre era hijo del Papa Hormidas. Teodoro I nació del matrimonio de Teodoro, patriarca de Jerusalén, lo que hizo reconciliar a las dos iglesias.

Después de algunos concilios celebrados inútilmente para que los clérigos adoptasen el celibato, el Papa Gregorio VIl excomulgó a todos los sacerdotes casados, ya porque tuviese la Iglesia disciplina más rigurosa, ya por ligar con más fuerza a Roma los obispos y los sacerdotes de otros países, para que de este modo no tuvieran más familia que la de la Iglesia. Esa ley no se estableció sin provocar grandes oposiciones.

Es notable que habiendo depuesto, al menos de palabra, al Papa Eugenio IV el Concilio de Bale y elegido Papa a Amadeo de Saboya, se opusieron muchos obispos porque ese príncipe había sido casado. Pero Eneas Silvius, que después fue Papa y se llamó Pío II, sostuvo que era válida la elección de Amadeo de Saboya, afirmando «que no sólo el que haya sido casado, sino el que lo sea actualmente, puede ser elegido Papa». Obrando de ese modo, Pío II era consecuente. Leed en la colección de sus obras las cartas que dirigió a su querida y os convenceréis de que está persuadido que es una demencia querer engañar a la naturaleza, añadiendo que debemos guiarla, pero no destruirla.

De todos modos, desde el Concilio de Trento ya no pudo haber disputas sobre el celibato de los clérigos en la Iglesia católica romana. Esta decisión hizo separar de la Iglesia de Roma a todas las comuniones protestantes.

En la Iglesia griega, que hoy se extiende desde las fronteras de la China hasta el cabo de Matapán, los sacerdotes se casan una vez. En todas partes varían los usos y cambia la disciplina según los tiempos y lugares.

CRISTIANISMO. Establecimiento del cristianismo en su estado civil y político. No vamos en este artículo a mezclar lo divino con lo profano y nos guardaremos bien de querer sondear los designios de la Providencia. Somos hombres y nos dirigimos a los demás hombres.

Cuando Antonio y después Augusto entregaron la Judea al árabe Herodes, su hechura y su tributario, este príncipe, que era extranjero en dicha nación, llegó a ser el más poderoso de sus reyes. Tuvo puertos en el Mediterráneo: Polemaida y Ascalón. Fundó ciudades, erigió un templo al dios Apolo en Rodas y un templo a Augusto en Cesarea. Construyó el templo de Jerusalén, rodeándole de fortísimas murallas. Durante su reinado disfrutó la Palestina de una paz completa. Fue considerado como un Mesías, a pesar de ser bárbaro en sus relaciones con la familia y tirano con el pueblo, al que devoraba para sufragar los gastos de las grandes empresas que acometía. Adoró a César y casi fue adorado por sus partidarios.

La secta de los judíos estaba ya esparcida hacía mucho tiempo por Europa y Asia, pero sus dogmas eran enteramente desconocidos. Nadie conocía los libros judíos, aunque muchos de ellos estaban traducidos al griego en Alejandría, como ya dijimos en otra parte. Sólo se sabía de los judíos lo que los turcos y los persas saben hoy de los armenios, que son corredores de comercio y agentes de cambio. El teísmo de la China y los respetables libros de Confucio, que vivió cerca de seiscientos años antes que Herodes, eran aún más desconocidos de las naciones occidentales que los ritos judíos.

Los árabes, que suministraban a los romanos los géneros preciosos de la India, ni siquiera tenían idea de la teología de los brahmanes. Las mujeres hindúes tenían la costumbre inmemorial de quemarse en la hoguera sobre el cuerpo de sus maridos, y estos sacrificios asombrosos, que todavía se realizan, eran tan desconocidos de los judíos como las costumbres de América. Los libros judíos, que se ocupan de Gog y Magog, no hablan en ninguna parte de la India.

La antigua religión de Zoroastro era célebre ya, y tampoco la conocían en el imperio xomano. En éste sólo se sabía en general que los magos creían en la resurrección, en el paraíso y el infierno. Estas doctrinas habían llegado hasta los judíos vecinos de la Caldea, porque la Palestina, en la época de Herodes, la ocupaban los fariseos, que empezaban a creer en el dogma de la resurrección, y los saduceos, que despreciaban tal doctrina.

Alejandría, que era la ciudad más comercial del mundo, estaba poblada de egipcios, que rendían culto a Serapis ya los gatos sagrados; de griegos, que se ocupaban de filosofía; de romanos, que eran los que dominaban, y de judíos, que eran los que se enriquecían. Todos esos individuos, pertenecientes a diversas naciones, sólo se ocupaban en ganar dinero, en entregarse a los placeres o al fanatismo, en crear o disolver sectas religiosas, sobre todo cuando vivieron en la ociosidad, que fue cuando Augusto cerró el templo de Jano.

Los judíos estaban divididos en tres partidos principales. El de los samaritanos, que se jactaba de ser el más antiguo, porque Samaria existía cuando Jerusalén y su templo fueron destruidos en la época de los reyes de Babilonia; pero los samaritanos participaban de la raza de los persas y de los palestinos. El segundo partido, el más poderoso, era el de los jerosolimitanos, que detestaban a los samaritanos, y éstos también los aborrecían, porque sus intereses eran opuestos. Los jerosolimitanos tenían la pretensión de que sólo se hicieran sacrificios en el templo de Jerusalén, para que de ese modo se recogiera mucho dinero en la ciudad; y por esa. misma razón los samaritanos querían que se hicieran los sacrificios en Samaria. Cuando hay poco número de habitantes en una ciudad pequeña, basta con un templo; pero cuan- do ese mismo pueblo llega a extenderse hasta setenta leguas de longitud en su territorio. y veintitrés de latitud, como le sucedió al pueblo judío, es absurdo no querer tener más que una iglesia.

El tercer partido era el de los judíos helenistas, y lo componían los que comerciaban y tenían negocios en Egipto y en Grecia y opinaban lo mismo que los samaritanos. Onías, hijo de un gran sacerdote judío y que deseaba ser lo que su padre, obtuvo del rey de Egipto, Ptolomeo Filometo, y sobre todo de Cleopatra, esposa de éste, permiso para edificar un templo judío cerca de Bubasta, asegurando a la reina Cleopatra que Isaías profetizó que Un día llegaría en que el Señor había de tener un templo en el indicado sitio. Hizo un buen presente a Cleopatra, la cual contestó que ya que Isaías lo había profetizado, se le podía creer. Dicho templo se llamó Onión, y se construyó 160 años antes de la era vulgar. Los judíos de Jerusalén miraron siempre con tanto horror ese templo y la traducción de los Setenta, que instituyeron una fiesta en expiación de esos dos sacrilegios.

Los rabinos del templo Onión, mezclando su raza con la de los griegos, llegaron a ser más sabios que los rabinos de Jerusalén y de Samaria; yesos tres partidos comenzaron a disputar unos con otros sobre cuestiones de controversia, que sutil izan el talento, pero le hacen falso e insociable.

Los judíos egipcios, deseando igualarse en austeridad con los esenios y los judaizantes de Palestina, establecieron algún tiempo antes del advenimiento del cristianismo la secta de los terapeutas, que se consagraban, como ellos, a una especie de vida monástica ya las mortificaciones. Esas diferentes sociedades se establecieron, imitando los antiguos misterios egipcios, persas y griegos, que inundaron el mundo desde el Eufrates y el Nilo hasta el Tíber .

Al principio, los iniciados en estas cofradías eran escasos en número y los consideraban como hombres privilegiados, que se separaban de la multitud; pero en la época de Augusto llegaron a ser muchísimos, de modo que se hablaba de religión desde el centro de la Siria hasta el monte Atlas y el Océano Germánico.

Entre esta multitud de sectas y de cultos se fundó la escuela de Platón, no sólo en Grecia, sino también en Roma y en Egipto. Creyese que Platón tomó su doctrina de los egipcios, y éstos creían reivindicar algo suyo, al dar valor a las ideas platónicas, a su verbo, ya la especie de trinidad que se encuentra embrollada en algunas de las obras de Platón. Se asegura que el espíritu filosófico, difundido entonces en todo el Occidente conocido, dejó caer algunas chispas de su espíritu razonador en la Palestina.

No cabe dudar que en la época de Herodes se suscitaron ya cuestiones sobre los atributos de la Divinidad, sobre la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos. Los judíos refieren que la reina Cleopatra les preguntó si resucitábamos desnudos o vestidos. Los judíos, pues, raciocinaban a su modo. Hay que reconocer que Flavio Josefo, para ser militar, era bastante sabio, y es indudable que sobresaldrían otros sabios del estado civil, en un país donde era

ilustrado un hombre de guerra. Su contemporáneo Filón hubiera adquirido reputación entre los griegos, y Gamaliel, maestro de San Pedro, era un gran polemista.

El poder judío se entretenía ocupándose de religión como sucede hoy en Suiza, Alemania e Inglaterra. Se encuentran varios personajes del pueblo bajo que fundaron sectas, como posteriormente Fox en Inglaterra, Muncer en Alemania y los primeros reformistas en Francia. El mismo Mahoma no era más que un comerciante de camellos.

Añadamos a todo esto que en la época de Herodes se creyó que estaba próximo el fin del mundo, y en aquellos tiempos, predispuestos por la Divina Providencia, plugo al Padre Eterno enviar a su Hijo al mundo; misterio incomprensible, del que no nos ocuparemos.

Únicamente diremos que en semejantes circunstancias, si predicó Jesús una moral pura, si anunció la existencia de los cielos para recompensar a los justos, si tuvo discípulos entusiastas de su persona y de sus virtudes, si estas virtudes le atrajeron la persecución de los sacerdotes, si la calumnia le hizo morir de muerte ignominiosa, su doctrina, que sus discípulos anunciaban continuamente, debió producir maravilloso efecto en el mundo. Repito que hablo humanamente, y que no me ocupo de la multitud de milagros ni de las profecías. Sostengo que el cristianismo debió conseguir más por la muerte de Jesús que hubiese conseguido al no ser éste ejecutado. Hay gentes que extrañan que sus discípulos tuvieran también discípulos, pero más extrañaría yo que no hubieran podido conseguir atraerse partidarios. Setenta personas, persuadidas de la inocencia de su jefe, de la pureza de sus costumbres y de la barbarie de sus jueces, debieron arrastrar un prodigioso número de secuaces.

Sólo San Pablo, al convertirse en enemigo de su maestro Gamaliel, debía, humanamente hablando, atraer muchos partidarios a Jesús, aunque Jesús no hubiera sido más que un hombre de bien, castigado injustamente. San Pablo, además, era sabio, elocuente, vehemente e infatigable y conocía muy bien la lengua griega. San Lucas era un griego de Alejandría, hombre de letras, porque era médico. El primer capítulo de San Juan está impregnado de una sublimidad platónica que debió gustar muchísimo a los platónicos de Alejandría. Efectivamente, tardó poco en formarse en dicha ciudad una escuela fundada por Lucas o Marcos (por un evangelista o por otro), que perpetuaron Atenágoras, Panteno, Orígenes, Clemente, todos ellos elocuentes y sabios. Estableciendo semejante escuela era imposible que el cristianismo no progresara rápidamente.

La Grecia, la Siria y el Egipto fueron los teatros de los célebres misterios antiguos que encantaron a los pueblos, y los cristianos también tuvieron sus misterios propios. La multitud se apresuró a iniciarse en ellos, al principio por curiosidad y luego por persuasión. La idea del próximo fin del mundo debió sobre todo impulsar a los nuevos discípulos a despreciar los bienes pasajeros de la tierra, que iban a perecer con ellos. El ejemplo que daban los terapeutas convidaba a entregarse a una vida solitaria y de mortificación. Todo parecía concurrir poderosamente para que se arraigara la religión cristiana.

Es verdad que las diversas fracciones de la inmensa y naciente sociedad no estaban acordes unas con otras. Cincuenta y cuatro sociedades tuvieron cincuenta y cuatro evangelios diferentes, secretos como sus misterios, pero que desconocieron los gentiles, los cuales sólo conocieron los cuatro Evangelios canónicos después que pasaron doscientos cincuenta años. Los indicados rebaños, aunque estaban divididos reconocían al mismo pastor. Ebionitas, que contradecían a San Pablo; nazarenos, discípulos de Himeneos, de Alejandro y de Hermógenes; carpocracianos y otras muchas sectas disputaban unas con otras; pero, sin embargo, todas estaban unidas para invocar a Jesús y creer en él. Al principio, el imperio romano, en el que hormigueaban todas estas sectas, no fijó en ellas su atención, conociéndolas en Roma con la denominación general de judíos y no preocupándose de ellas el gobierno. Los judíos consiguieron, con su dinero, adquirir el derecho de dedicarse al comercio; pero durante el reinado de Tiberio, cuatro mil de ellos fueron expulsados de Roma. En el imperio de Nerón les atribuyeron el incendio de Roma. Fueron otra vez expulsados en la época de Claudio; pero esto no les impidió volver a Roma, donde vivían tranquilos, pero despreciados.

Los cristianos de Roma eran menos numerosos que los de Grecia, Alejandría y Siria. Los romanos no conocieron padres de la Iglesia ni herejes durante los primeros siglos del cristianismo. La Iglesia era griega hasta tal extremo que ni un misterio, ni un rito, ni un dogma

mo. La Iglesia era griega hasta tal extremo que ni un misterio, ni un rito, ni un dogma dejó de expresarse en dicha lengua. Los cristianos, ya fueran griegos, asirios, romanos o egipcios, los consideraban en todas partes como medio judíos; y ésta era otra razón que tuvieron para no dar a conocer sus libros a los gentiles para permanecer unidos e inquebrantables, guardando perfectamente su secreto, como antiguamente guardaron el de los misterios de Isis y de Ceres. Formaban una república aparte, un Estado dentro del Estado; carecían de templos y de altares, no realizaban ningún sacrificio, no practicaban ceremonias públicas. Escogían secretamente a sus superiores por pluralidad de votos, y éstos, con las denominaciones de ancianos, cuidaban a los enfermos y apaciguaban todas las disputas. Consideraban como una vergüenza y un crimen pleitear ante los tribunales y alistarse en la milicia, y durante cien años ni un solo cristiano tomó las armas en el imperio. De este modo, retirados y desconocidos de todo el mundo, burlaban la tiranía de los procónsules y de los pretores, y vivían libres en medio de la esclavitud pública.

Inducían a los cristianos ricos a que adoptaran los hijos de los cristianos pobres; formaban colectas para sostener a las viudas y los huérfanos; pero se negaban a recibir dinero de los pecadores, y sobre todo de los taberneros, a los que tenían por bribones. Por eso muy pocos de ellos estaban afiliados al cristianismo y por eso los cristianos no frecuentaban las tabernas.

Las mujeres podían adquirir la dignidad de diaconisas, cuando contraían méritos que consistían en estrechar la con- fraternidad cristiana. Las consagraban y el obispo las ungía, poniéndoles en la frente el óleo sagrado, como se hizo antiguamente con los reyes judíos. Todo esto iba ligando a los cristianos con lazos indisolubles. Las persecuciones que experimentaron, siempre pasajeras, sólo sirvieron para redoblar su celo e inflamar su fervor, y durante la época de Diocleciano llegó a ser cristiana una tercera parte del imperio.

He aquí una pequeña parte de las causas humanas que contribuyeron al progreso del cristianismo. Añadid a ésta las causas divinas, y si algo debe extrañamos es que la religión cristiana no se extendiera más pronto por los dos hemisferios, sin exceptuar las islas más salvajes.

Dios, que descendió del cielo, que murió por regenerar a los hombres y para extirpar el pecado del mundo, dejó sin embargo la parte mayor del género humano entregada al error y al crimen en poder del diablo. Parece que esto indique una fatal contradicción; al menos así parece ante la débil razón del hombre. Pero respetemos los misterios incomprensibles de la Providencia.

Averiguaciones históricas sobre el cristianismo. Algunos sabios se quedaron sorprendidos de no encontrar en la historia de Flavio Josefo ninguna huella de Jesucristo, porque hoy está completamente averiguado que el reducido pasaje que le menciona en dicha historia fue añadido mucho tiempo. El después ([1]) padre de Flavio Josefo debió ser testigo, sin embargo, de todos los milagros de Jesús. Josefo pertenecía a la raza sacerdotal, y era pariente de la mujer de Herodes. Se detiene detallando las acciones de dicho príncipe, y sin embargo, no dice ni una palabra ni de la vida ni de la muerte de Jesús. A pesar de que dicho historiador no calla ninguna de las crueldades que cometió Herodes, nada dice del decreto de éste, que ordenó la matanza de todos los niños, como consecuencia de haber llegado a sus oídos la noticia de haber nacido un rey de los judíos. El calendario griego dice que en aquella ocasión fueron degollados catorce mil niños. Acto tan horrible como ése no lo cometió jamás en el mundo ningún tirano. Sin embargo, el mejor escritor que tuvieron los judíos, el único que apre
miento tan singular y tan espantoso. Tampoco habla de la estrella que apareció en Oriente cuando nació el Salvador; fenómeno brillante que debió conocer un historiador tan ilustrado como Josefo. También pasa en silencio las tinieblas que oscurecieron todo el mundo en pleno mediodía durante tres horas, en cuanto murió el Salvador, y la multitud de tumbas que se abrieron en aquel momento y el sinnúmero de justos que resucitaron.

---

[1] Los cristianos. por fraude religioso. falsificaron groseramente un pasaje de Josefo. Supusieron a dicho judío (tan encariñado con su religión) cuatro líneas que intercalaron en el texto. al fin de las que añadieron: *Era Cristo.* Si Josefo hubiera oído hablar de los acontecimientos que asombraron a la naturaleza. hubiera escrito más de cuatro líneas en la historia de su país. Es un absurdo querer que hable Josefo como cristiano.

Los indicados sabios siguen extrañándose de que ningún historiador romano se ocupe de los referidos prodigios que ocurrieron durante el imperio de Tiberio, en presencia de un gobernador de Roma, el cual debió enviar al emperador y al Senado la relación circunstanciada del acontecimiento más milagroso que presenciaron los mortales. La misma Roma debió sumergirse durante tres horas en impenetrables tinieblas, y este prodigio debió constar, no sólo en los fastos de Roma, sino en los de todas las naciones. Dios no quiso, sin duda, que esos acontecimientos divinos los escribieran manos profanas.

Los mismos sabios encuentran también algunas oscuridades en la historia de los Evangelios. Notan que en el Evangelio de San Mateo dice Jesucristo a los escribas y fariseos que toda la sangre inocente que se ha derramado en el mundo debe recaer sobre ellos desde la sangre de Abel el Justo hasta la de Zacarías hijo de Barac, que mataron entre el templo y el altar. Dicen dichos sabios que en la historia de los hebreos no se encuentra ningún Zacarías muerto en el templo antes de la venida del Mesías ni en la época de éste, y que únicamente se encuentra en la historia del sitio de Jerusalén, escrita por Flavio Josefo, un Zacarías, hijo de Barac, muerto en medio del templo. Este suceso consta en el capítulo XIV del libro IV. Por eso suponen dichos sabios que el Evangelio de San Mateo debió escribirse después que Tito tomó a Jerusalén. Pero dudas y objeciones de esta clase quedan desvanecidas en cuanto consideramos la diferencia infinita que debe haber entre los libros divinamente inspirados y los libros de los hombres. Dios quiso envolver con una nube respetable y oscura su nacimiento, su vida y su muerte.

Los sabios tampoco comprenden con claridad por qué hay tanta diferencia entre las dos genealogías de Jesucristo. San Mateo dice que Jacob es padre de José, Natham padre de Jacob, Eleazar padre de Natham; y San Lucas dice que José es hijo de Héli, Héli hijo de Natham, Natham hijo de Levi, etcétera. No pueden conciliar los cincuenta y seis antecesores que Lucas atribuye a Jesús desde Abraham, con los cuarenta y dos antecesores distintos que Mateo le atribuye también desde el mismo Abraham.

Tampoco comprenden cómo Jesús, siendo hijo de María, no es hijo de José. También les asaltan algunas dudas respecto a los milagros del Salvador, cuando leen que San Agustín, San Hilario y otros dan a la relación de dichos milagros un sentido místico, un sentido alegórico, como, por ejemplo, la higuera maldita y seca por no producir higos fuera del tiempo; los demonios que se introdujeron en los cuerpos de los cerdos en un país en que no se comían dichos animales; el agua convertida en vino al terminar una comida, en la que los convidados habían entrado ya en calor; pero todas estas críticas de los sabios las desvanece la fe.

Este artículo tiene por único objeto seguir el hilo histórico y dar idea exacta de hechos que nadie contradice. Jesús nació sujeto a la ley mosaica, y observando esa ley fue circuncidado. Cumplió todos sus preceptos, celebró todas las fiestas, predicó la moral y no reveló el misterio de su Encarnación. No dijo nunca a los judíos que era hijo de una virgen; recibió la bendición de Juan en las aguas del Jordán, a cuya ceremonia se sometían muchos judíos, pero no bautizó a nadie; no habló de los siete sacramentos, ni instituyó jerarquía eclesiástica. Ocultó a sus contemporáneos que era hijo de Dios, eternamente engendrado, consubstancial con Dios, y que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Tampoco dijo que su persona se componía de dos naturalezas y de dos voluntades, queriendo sin duda que esos grandes misterios se anunciaran a los hombres en la sucesión de los tiempos por medio de inspiraciones del Espíritu Santo. Mientras vivió no se apartó ni un ápice de la ley de sus padres, apareciendo ante los hombres como un justo agradable a Dios, perseguido por la envidia y condenado a muerte por jueces sobornados. Quiso que la Iglesia, que él estableció, hiciera todo lo demás.

Flavio Josefo describe cómo se encontraba entonces la religión del imperio romano. Los misterios y las expiaciones estaban acreditados en casi todo el mundo; verdad es que los emperadores, los ricos y los filósofos no tenían fe en esos misterios; pero el pueblo, que en materia de religión dicta la ley a los grandes, les imponía la necesidad de conformarse en su culto, al menos en la apariencia. Para encadenar al pueblo es preciso que los grandes aparenten que acatan idénticas creencias que él. Hasta el mismo Cicerón fue inicia- do en los misterios de Eleusis. El reconocimiento de un solo Dios era el principal dogma que se anunciaba en estas

fiestas misteriosas y magníficas. Hay que confesar que los himnos y las plegarias que conservamos de esos misterios son lo más religioso y lo más admirable que tuvo el paganismo. Como los cristianos adoraron también a un solo Dios, esas fiestas les facilitaron la conversión de muchos gentiles. Algunos filósofos de la secta de Platón se hicieron cristianos; por esto los padres de la Iglesia de los tres primeros siglos fueron todos platónicos.

El celo inconsiderado de algunos perjudicó a las verdades fundamentales. Reprocharon a San Justino que dijera en sus Comentarios sobre Isaías que los santos gozarían durante su reinado de mil años de todos los bienes sensuales. Le han criticado también que diga en la Apología del cristianismo que en cuanto Dios creó el mundo lo dejó al cuidado de los ángeles y que éstos se enamoraron de las mujeres y tuvieron hijos de ellas, que son los demonios. Han criticado también a Lactancio ya otros padres por suponer oráculos de las Sibilas, y han afeado la conducta de los primitivos cristianos que inventaron versos acrósticos, atribuyéndolos a una antigua sibila, cuyas letras iniciales formaban el nombre de Jesucristo. También supusieron cartas de Jesús dirigidas al rey de Edesa, en la época en que en Edesa no había rey; de haber falsificado cartas de María y cartas de Séneca dirigidas a Pablo, cartas y actos de Pilato, y haber inventado falsos evangelios, falsos milagros con otras mil imposturas.

Existe además la historia o evangelio de la Natividad y del matrimonio de la Virgen María, en el cual se refiere que la llevaron al templo a la edad de tres años, y ella sola subió las gradas. Se relata en él que una paloma descendió del cielo para darle noticia de que José debía casarse con María. También existe el Protoevangelio de Jacobo, hermano de Jesús, que tuvo José de su primer matrimonio. En él consta que cuando María quedó encinta durante la ausencia de su esposo, y su marido se lamentaba de esto, los sacerdotes hicieron beber a uno ya otro el agua de los celos, y declara- ron inocentes a los dos.

Existe también el Evangelio de la infancia, que se atribuye a Santo Tomás. Según este Evangelio, Jesús, cuando tenía cinco años, se divertía con otros niños de su edad en amasar la tierra y hacer con ella pequeños pájaros; le reprendieron por esto, y entonces infundió vida a los pájaros, y huyeron volando. En otra ocasión, en que le pegó un niño, le hizo morir en el acto. Hay todavía otro Evangelio de la infancia, escrito en árabe, que es tan serio como éste.

Conservamos además el Evangelio de Nicodemus, que me- rece fijar más nuestra atención; porque en él se encuentran los nombres de los que acusaron a Jesús ya Pilato, que eran los principales miembros de la Sinagoga: Annas, Caifás, Summas, Datam, Gamaliel, Judá, Neftalim. En esa historia hay datos que concuerdan bastante con los evangelios admitidos, y hay otros que no se encuentran en ninguna parte. Se lee en este libro que la mujer a la que curó Jesús de un flujo de sangre se llamaba Verónica, y además todo lo que Jesús hizo en los infiernos cuando descendió a ellos.

Consérvase además las dos cartas que se supone que Pilato escribió a Tiberio relativas al suplicio de Jesús; pero el latín pésimo en que están escritas revela que son falsas. Se escribieron cincuenta evangelios, que al poco tiempo se declararon apócrifos. El mismo San Lucas nos entera de que muchas personas los componían. Se cree que hubo uno de ellos que se llamaba el Evangelio eterno, basado sobre esto que dice el Apocalipsis: «Vi un ángel volando en medio de los cielos, que llevaba el Evangelio eterno». Los franciscanos, abusando de estas palabras en el siglo XIII, compusieron otro Evangelio eterno, en el que el reinado del Espíritu Santo debía sustituir al de Jesucristo; pero no apareció en los primeros siglos de la Iglesia ningún libro con ese título.

Hanlo supuesto también que escribió la Virgen otras cartas a San Ignacio mártir, a los habitantes de Mesina ya otros.

Abdías, que sucedió a los apóstoles, escribió la historia de éstos, en la que mezcla fábulas tan absurdas, que andando el tiempo quedó desacreditada, pero al principio circuló mucho. Abdías refiere el combate que tuvo San Pedro con Simón, que volaba en el teatro y renovó el prodigio que se atribuye a Dédalo. Se fabricó alas y voló, cayendo como Icaro. Así lo refieren Plinio y Suetonio. Abdías, que estaba en Asia y escribía en hebreo, sostiene que San Pedro y Simón se volvieron a encontrar en Roma en la época de Nerón. Murió entonces allí un joven pariente próximo al emperador, y los principales personajes se empeñaron en que Simón le resucitara. San

Pedro también se presentó allí con la idea de operar tal prodigio. Simón empleó todas las reglas de su arte, y pareció que conseguía el objeto que se propuso, porque el muerto meneó la cabeza. «Eso no basta --exclamó San Pedro-, es preciso que el muerto hable; que Simón se aparte de la cama, y veréis cómo el joven carece de vida.» Simón se alejó de allí, el muerto dejó de moverse, pero Pedro le volvió a la vida pronunciando una sola palabra. Simón acudió al emperador para quejarse de que un miserable galileo se atreviera a hacer mayores prodigios que él. Pedro compareció con Simón ante el emperador y se desafiaron a ver quién tenía más habilidad en su arte. «Adivina lo que pienso», dijo Simón a Pedro. «Que el emperador me dé un pan de cebada -respondió Pedro-, y verás cómo sé lo que piensas.» Le entregaron el pan que pedía, pero en seguida Simón hizo aparecer dos grandes perros que amenazaban devorarle. Pedro les echa el pan y, mientras se lo comen, le dice a Simón: «Ya estás viendo que sé lo que pensabas; querías que así me comieran los perros».

Después de esta primera sesión propusieron a Simón y Pedro que se desafiaran a volar para ver quién subiría más alto. Primero ascendió Simón; Pedro hizo el signo de la cruz y Simón cayó y se rompió las piernas. Irritado Nerón de que Pedro fuera causa de que su favorito Simón se rompiera las piernas, mandó crucificar a Pedro cabeza abajo; y de aquí arranca la opinión de que Pedro vivía en Roma, de que tuvo allí su suplicio y su sepulcro. Abdías fue también el que inculcó la creencia de que Santo Tomás fue a predicar el cristianismo a las Grandes Indias, en el palacio del rey Gandafer, y que marchó allá por su cualidad de arquitecto.

Es prodigiosa la cantidad de libros de esta clase que escribieron en los primeros siglos del cristianismo. San Jerónimo y San Agustín sostienen que las cartas de Séneca y San Pablo son auténticas. En la primera carta desea que su hermano Pablo tenga buena salud; y Pablo no habla tan buen latín como Séneca: «Recibí ayer vuestras cartas -responde con satisfacción-; y no os hubiera contestado tan pronto a no estar presente el hombre que os envío.» Además, estas cartas, que parece que debían ser instructivas, sólo encierran un montón de cumplimientos.

Todas estas mentiras que forjaron cristianos poco instruidos, impulsados por un falso celo, no perjudicaron a la verdad del cristianismo, ni a su propagación. Por el contrario, suministran pruebas de que el número de los cristianos aumentaba de día en día y cada uno de ellos deseaba contribuir a su aumento.

Las Actas de los Apóstoles no dice que éstos convinieron en su símbolo,. si efectivamente hubiesen redactado el símbolo del Credo tal como llegó a nosotros. San Lucas no hubiera omitido en su historia ese fundamento esencial de la religión cristiana. La sustancia del Credo está esparcida en los Evangelios, pero sus artículos los reunieron mucho tiempo después. En una palabra: nuestro símbolo es indudablemente la creencia que tuvieron los apóstoles, pero no es una oración que ellos escribieron.

Rufino, sacerdote de Aquilea, fue el primero que se ocupó de esto; y una homilía atribuida a San Agustín es el primer documento que supone la manera como se formó el Credo. Pedro dijo en la asamblea: Creo en Dios Padre Todopoderoso; Andrés añadió: y en Jesucristo; Santiago siguió diciendo: que fue concebido por el Espíritu Santo,. y así los demás. Esa fórmula se llamó en griego símbolo, y en latín, collatio.

Constantino convocó y reunió en Nicea, enfrente de Constantinopla, el primer Concilio ecuménico, que presidió Ozius. Se decidió en él la gran cuestión que perturbaba a la Iglesia, relativa a la divinidad de Jesucristo. Unos miembros de dicho Concilio querían hacer prevalecer la opinión de Orígenes, que hablando contra Celso, dice: «Presentamos nuestras oraciones a Dios por mediación de Jesús, que ocupa el espacio que existe entre las naturalezas creadas y la naturaleza in- creada, que nos trae la gracia que nos concede su Padre y presenta nuestras oraciones al gran Dios, siendo nuestro pontífice». Se apoyaron también en varios pasajes de San Pablo, algunos de los cuales, como ya hemos referido, se fundaban sobre todo en estas palabras de Jesucristo: «Mi padre es superior a mí», considerando a Jesús como el primogénito de la creación, como la encarnación pura del Ser Supremo, pero no como a Dios. Otros miembros de dicho Concilio, que eran ortodoxos, alegaban varios pasajes como pruebas de la divinidad eterna

de Jesús, cual éste, por ejemplo: «Mi padre y yo somos la misma cosa» , palabras que sus adversarios interpretaban de este modo: «Mi padre y yo tenemos los mismos designios, la misma voluntad; y yo no tengo otros deseos que los de mi padre". Alejandro, obispo de Alejandría, y Atanasio, estaban al frente de los ortodoxos; y Eusebio, obispo de Nicomedia, diecisiete obispos más, el sacerdote Arrio y otros muchos sacerdotes abrazaron el partido opuesto. Desde el principio quedó envenenada la cuestión, porque San Alejandro trató a sus adversarios de anticristos.

Después de largas y acaloradas controversias, el Espíritu Santo decidió en el Concilio por la boca de doscientos noventa y nueve obispos contra el parecer de dieciocho lo siguiente: «Jesús es hijo único de Dios, engendrado por el Padre, esto es, de la sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, consubstancial con el Padre; y creemos lo mismo del Espíritu Santo». Esa fue la fórmula del Concilio. Se vio en él que los obispos dominaron a los que no eran más que sacerdotes. Dos mil individuos de segundo orden eran de la opinión de Arrio, según refieren dos patriarcas, que escribieron en árabe la crónica de dicha ciudad. Constantino desterró a Arrio, y poco después desterró también a Atanasio, y entonces hizo que Arrio regresara a Constantinopla. Pero San Macario suplicó a Dios con tal ardor que quitara la vida a Arrio antes de entrar en la catedral, que Dios atendió su súplica, y Arrio murió al ir a la Iglesia el año 330. El emperador Constantino terminó la vida en el 337. Entregó su testamento a un sacerdote arriano, y murió en brazos de Eusebio, obispo de Nicomedia, que capitaneaba dicho partido, recibiendo el bautismo en el lecho mortuorio y dejando a la Iglesia triunfante, pero dividida. Los partidarios de Atanasio se hicieron una guerra cruel, y el arrianismo imperó durante mucho tiempo en las provincias del imperio. Juliano el filósofo, apellidado el Apóstata, quiso extinguir esas divisiones, pero no pudo conseguirlo.

El segundo Concilio general se celebró en Constantinopla el año 381, se explicó en él lo que el Concilio de Nicea no juzgó a propósito decir sobre el Espíritu Santo, y añadió lo siguiente a la fórmula del Concilio de Nicea: «El Espíritu Santo es Señor vivificante que procede del Padre, y que se adora y se vivifica con el Padre y con el Hijo». Hacia el siglo IX, la Iglesia latina fue estableciendo gradualmente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. El año 431, el tercer Concilio general que se reunió en Efeso decidió que María era la verdadera Madre de Dios, y que Jesús tenía dos naturalezas y una persona.

No me ocuparé de los siglos siguientes, porque son bastan- te conocidos. Por desgracia no hubo una sola de esas reuniones que no produjera guerras, y la Iglesia se vio obligada a pelear. Permitió Dios además, para probar la paciencia de los fieles, que la Iglesia griega y la Iglesia latina riñeran para siempre en el siglo IX, y que en el Occidente se sucedieran veintinueve cismas sangrientos por la sede apostólica en Roma. Si existen más de seiscientos millones de hombres en el mundo, como algunos doctos suponen, sólo pertenecen sesenta millones a la santa Iglesia católica y romana, esto es, la veintiséisava parte de los habitantes del mundo conocido [1] .

DEMOCRACIA. Cinna, dirigiéndose a Augusto en la tragedia de Corneille, dice: «El peor de los Estados es el Estado popular»; pero, en cambio, Máximo sostiene que «el peor de los Estados es la monarquía». Bayle, después de sostener algunas veces el pro y el contra en su Diccionario, al ocuparse de Pericles hace un retrato disforme de la democracia, sobre todo de la democracia de Atenas. Un republicano apasionado de la democracia, que es uno de nuestros grandes cuestionadores, nos remite la refutación que hace de Bayle y la apología de Atenas. Expondremos las razones que alega; todo el que escribe goza del privilegio de juzgar a los vivos ya los muertos, pero también le juzgan los demás, que a su vez serán juzgados; y de siglo en siglo se forman todas las sentencias.

Bayle, después de ocuparse de lugares comunes, dice: «Que recorriendo la historia de Macedonia no encontraremos en ella tanta tiranía como nos ofrece la historia de Atenas». Quizá

[1] Estas cifras, que quizá respondieran a un cálculo aproximado en la época del autor, están muy lejos de ser reales en la época actual. *(N. del E.)*

Bayle estaba descontento de Holanda cuando escribió de ese modo, y probablemente el republicano aludido que le refuta está satisfecho de su pequeña ciudad democrática, en cuanto al presente.

Es difícil pesar en una balanza exacta las iniquidades de la república de Atenas y las de la corte de Macedonia. Reprochamos todavía hoya los atenienses el destierro de Cimón, de Arístides, de Ternístocles y de Alcibíades, las sentencias de muerte que dictaron contra Foción y Sócrates, sentencias parecidas a las de algunos de nuestros tribunales, absurdas y crueles. No podemos perdonar a los atenienses la muerte de sus seis generales victoriosos sentenciados por no haber tenido tiempo para enterrar sus muertos después de alcanzar la victoria, por impedírselo una tempestad. Ese decreto fue tan ridículo como bárbaro, y demuestran tanta superstición y tanta ingratitud como las sentencias que dictó la Inquisición contra Urbano Grandier, contra la mariscal de Ancre y otros reos acusados de brujería. En vano se dice para justificar a los atenienses que creían como Hornero que las almas de los muertos vagaban errantes hasta que recibían los honores de la sepultura o de la hoguera, porque una necedad no justifica una barbarie. A nadie perjudica que las almas de algunos griegos se paseen una o dos semanas por las orillas del mar; pero sí que perjudica a la justicia entregar hombres vivos a los verdugos, y hombres vivos que acaban de ganar una batalla. He aquí, pues, los atenienses, si los juzgamos por ese hecho, considerados como los jueces más necios y bárbaros del mundo.

Pero para ser justos es preciso poner ahora en la balanza los crímenes de la corte de Macedonia; y enumerándolos, nos convenceremos de que exceden prodigiosamente a los de Atenas, sobre todo en la tiranía y en la maldad. Ordinariamente no pueden compararse los crímenes de los grandes, que nacen siempre de la ambición, con los crímenes del pueblo, que quiere la libertad y la igualdad. Los sentimientos de libertad y de igualdad no conducen por su camino recto a la calumnia, a la rapiña, asesinato, ni a la devastación de los campos; pero la sed de ambición y la rabia del poder precipitan a los hombres en esos crímenes en todas las épocas y en todos los lugares.

En Macedonia, cuya virtud opone Bayle a la virtud de Atenas, sólo se encuentra un tejido de crímenes espantosos durante doscientos años. Ptolomeo, tío de Alejandro el Grande, asesina a su hermano Alejandro para usurparle el reino. Su hermano Filipo pasa, engañando y cometiendo violaciones, una vida que termina Pausanias matándole a puñaladas. Olimpias manda arrojar a la reina Cleopatra ya su hijo en una cuba de cobre fundido; y además asesina a Aridea. Antígono mata a Eumenes. Antígono Gonatar, su hijo, envenena al gobernador de la ciudadela de Corinto, se casa con su viuda, la expulsa de allí y se apodera de la ciudadela. Filipo, su nieto, envenena a Demetrio y con sus asesinatos mancha de sangre toda la Macedonia. Perseo asesina a su mujer con su propia mano y envenena a su hermano. Estas barbaries son famosas en la historia.

Así, pues, durante dos siglos, el furor del despotismo con- vierte la Macedonia en teatro de todos los crímenes; y en ese mismo espacio de tiempo sólo se mancha el gobierno popular de Atenas con cinco o seis iniquidades judiciales, con cinco o seis sentencias atroces de las que el pueblo se arrepiente más tarde y enmienda honrosamente. Después de matar a Sócrates le pide perdón y le erige el pequeño templo Socrateon; pide perdón también a Foción, le levanta una estatua; pide perdón a los seis generales que ridículamente sentenció y condenó a muerte, cargando de cadenas a su principal acusador, que milagrosamente pudo escapar de la venganza pública. El pueblo ateniense fue, pues, tan bueno como ligero, mientras que ningún gobierno despótico lloró ni se arrepintió nunca de haber dictado sentencias injustas. Bayle se equivocó esta vez, y el republicano que le refuta tiene razón.

El gobierno popular es por su misma esencia menos inicuo y abominable que el poder tiránico. El gran vicio de la democracia no consiste en la tiranía ni en la crueldad; hubo republicanos montañeses, salvajes y feroces; pero no les hizo así el espíritu republicano, sino la naturaleza. La América septentrional se dividía en una infinidad de repúblicas, pero eran repúblicas de osos. El verdadero vicio de la república civilizada es el de la fábula turca del dragón que tenía muchas cabezas y del dragón que tenía muchas colas. Tener multitud de cabezas es un perjuicio, y la multitud de colas obedece sólo a una cabeza que desea devorarlo todo.

La democracia parece que no convenga más que a una nación reducida y que esté colocada en sitio a propósito. Aun así cometerá faltas, porque se compondrá de hombres; reinará en ella la discordia como en un convento de frailes; pero nunca conocerá esa nación noches como la de San Bartolomé, ni matanzas como las de Irlanda, ni Vísperas Sicilianas, ni Inquisición, ni será condenada a galeras por haber tomado agua del mar sin pagarla, a no ser que supongamos que compongan esa república diablos venidos del infierno.

Después de declararme partidario del republicanismo defensor de la democracia y de oponerme a las teorías de Bayle, añadiré que los atenienses fueron tan guerreros como los suizos y estaban tan civilizados como los parisienses en el tiempo de Luis XIV; que sobresalieron en todas las artes que requieren habilidad de genio, como los florentinos de la época de los Médicis; que fueron los maestros de los romanos en las ciencias y en la elocuencia, hasta en la época del mismo Cicerón. Ese pequeño pueblo, que apenas tenía territorio, y no es hoy más que una banda de esclavos ignorantes, cien veces menos numerosa que la de los judíos y ha perdido hasta su nombre fue, sin embargo, superior al imperio romano por su antigua reputación, que triunfó de los siglos y de la esclavitud.

Europa conoció otra república, diez veces más pequeña aún que Atenas, la de Ginebra, que atrajo durante cincuenta años sus miradas y supo colocar su nombre al lado del de Roma, en la época en que ésta dictaba leyes a los monarcas, sentenciaba a Enrique, soberano de Francia, y absolvía y castigaba a otro Enrique, que fue el primer hombre de su siglo: en la época misma que Venecia conservaba su antiguo esplendor y la nueva república de las siete Provincias Unidas asombra a Europa ya 'las Indias con su instalación y su comercio.

No pudo aplastar el hormigueo imperceptible de la república ginebrina el demonio del Mediodía, Felipe II, el dominador de dos mundos; ni pudieron tampoco aplastar las intrigas del Vaticano, que hacían mover los resortes de media Europa. Esa república se mantuvo fuerte, defendiéndose con sus escritos y sus armas; y con la ayuda de Picard, que escribía, y de un pequeño número de suizos que peleaba, consiguió afirmarse y triunfar, pudiendo decir: Roma y yo.En aquellos momentos se trataba cómo había de pensar Europa en cuestiones que nadie comprendía, y empezó la guerra del espíritu humano, que dio a luz a Calvino, Beze y Turretin, para sustituir a Demóstenes, Platón y Aristóteles; y cuando al fin se reconoció que eran absurdas la mayoría de las cuestiones de controversia que llamaban la atención de Europa, esa pequeña república se ocupó con asiduidad en algo más sólido, en adquirir riquezas. Esos republicanos llegaron a ser ricos, pero ya no fueron nada más.

Los españoles encontraron en América la república de Tlaxcala bastante bien establecida. Todo lo que no fue subyugado en aquella parte del mundo es todavía republicano. Cuando se descubrió aquel continente, sólo había en él dos monarquías; y esto podría muy bien probar que el gobierno republicano es el más natural. Preciso es haber llegado al refinamiento y haber pasado por muchas pruebas para Someterse al gobierno de uno solo.

En África, los hotentotes, los cafres y otras muchas colonias de negros viven en la democracia; y se asegura que los países que venden mayor número de negros están gobernados por reyes. Trípoli, Túnez y Argel son repúblicas de soldados y de piratas. Semejantes a ellas las hay en la India: los maratas y otras hordas salvajes no tienen reyes, eligen jefes cuando van a entrar en guerra. Así son todavía algunos pueblos de Tartaria. El mismo imperio turco fue mucho tiempo una república de jenízaros, que Con frecuencia estrangulaban a su sultán cuando éste no los diezmaba para extinguirlos.

Todos los días se cuestiona si el gobierno republicano es preferible al gobierno monárquico, y la cuestión termina siempre conviniendo en que es muy difícil gobernar a los hombres. A los judíos, que tuvieron por Señor al mismo Dios, ya sabemos lo que les sucedió. Casi siempre fueron vencidos y esclavos, y aún hoy no desempeñan airoso papel.

DESFLORACIÓN, Los antiguos tenían tanto respeto a las vírgenes, que no las mataban sin haberles quitado aparentemente su virginidad. Así se consigna en loS Anales de Tácito; y un

artículo de la Enciclopedia parece querer dar a entender que no permitían las leyes romanas matar a una doncella sin quitarle antes la virginidad. Como prueba de esto se cita el caso de la hija de Sejan, que el verdugo Violó en la prisión antes de estrangularla, por no tener que reprocharse haber estrangulado una doncella y por cumplir la ley.

Contestaremos a esto que Tácito no dice que la ley mandase que no pudiera matarse a las doncellas. Semejante ley no ha existido nunca; y si una joven de veinte años, virgen o no, cometía un crimen capital, era castigada como si fuera una casada vieja. Lo que decía la ley romana era que no se castigaran los niños con pena de muerte, porque eran incapaces de cometer crímenes. La hija de Sejan era una niña lo mismo que su hermano, y si la barbarie de Tiberio y la cobardía del Senado los entregaron al verdugo, lo hicieron faltando a todas las leyes. Semejantes atrocidades no se hubieran cometido en el tiempo de Escipión y de Catón. Cicerón no hubiera consentido que matasen a una hija de Catalina, que tenía de siete a ocho años; sólo Tiberio y su Senado pudieron ultrajar a la naturaleza de ese modo. El verdugo que cometió los dos crímenes abominables, el de desflorar a una niña de ocho años y el de estrangularla después, merecía ser uno de los favoritos de Tiberio.

Por fortuna, Tácito no asegura que se realizara tan execrable ejecución. Dice sólo que se la han referido; y es menester fijarse en que no dice que la ley prohibiera condenar a la última pena a las vírgenes; dice solamente que eso sería cosa inaudita. Podría componerse un libro inmenso refiriendo los hechos de las historias que se han creído y que no debemos creer.

DINERO. ¿Queréis prestarme cien luises de oro? Bien quisiera; pero no tengo dinero. Esto os contestará un francés; y un italiano os dirá: Signore, non avere danaro. Harpagón pregunta a Jacobo el cocinero, en el avaro de Moliere: «¿Nos darás buena comida?» «Sí, si me dais mucho dinero».

Todos los días se cuestiona sobre cuál es el país más rico en dinero, queriendo significar con esto cuál es el pueblo que posee más metales, precios representativos de los objetos de comercio. Por la misma razón se pregunta qué pueblo es el más pobre; y la opinión se divide en varias opiniones; pero los pueblos más pobres son el westfaliano, el lemosín, el vasco, el que habita en el Tirol, el escocés, el irlandés y otros. Para decir qué naciones llevan la ventaja en esta materia, la balanza fluctúa entre Francia, España y Holanda.

Antiguamente, en los siglos XIII, XIV y XV, Roma era la que disponía de más dinero contante y sonante, porque era la que cobraba de todo el mundo católico. En dichos siglos la Europa en masa enviaba su dinero a la corte romana a cambio de rosarios benditos, agnus, indulgencias, dispensas, confirmaciones, exenciones y bendiciones.

Los venecianos no vendían nada de todo eso, pero comer- ciaban con todo el Occidente por la Alejandría; y su principal comercio consistía en la pimienta y en la canela. El dinero que no iba a parar a Roma lo recogían los venecianos, ganando también algo los toscanos y los genoveses. Los demás reinos eran tan pobres en dinero contante, que Carlos VIII se vio obligado a tomar prestado sobre las piedras preciosas de la duquesa de Saboya, dejándolas en garantía, para ir a la conquista de Nápoles, cuya ciudad conquistó y perdió muy pronto, pues los venecianos pudieron sostener ejércitos más fuertes que el suyo. Sólo un noble de Venecia tenía más oro en sus arcas y más vajilla de plata en su mesa que el emperador Maximiliano, a quien apodaron poqui danaro.

Cambió este estado de cosas cuando los portugueses traficaron con las Indias como conquistadores, y cuando los españoles subyugaron Méjico y el Perú. Entonces decayó el comercio de Venecia y el de las otras ciudades de Italia. Felipe II, dueño de España, Portugal, los Países Bajos, las Dos. Sicilias, el Milanesado, de mil quinientas leguas en las costas de Asia, y de las minas de oro y de plata de América, fue el único rico y, por consecuencia, el único poderoso en Europa. Los espías que tenía en Francia besaban de rodillas los doblones católicos. Se asegura que América y Asia proporcionaban diez millones de ducados de renta e indudablemente hubieran comprado toda la Europa de no habérselo impedido el acero de Enrique IV y la armada de la reina Isabel.

El autor de Espíritu de las leyes, dice: «Oí criticar muchas veces la ceguedad del Consejo de Francisco I, que rechazó las proposiciones de Cristóbal Colón, en las que éste proyectaba el viaje a las Indias; pero, verdaderamente, por imprudencia obró de un modo prudente. Por el enorme poder que poseía Felipe II comprendemos que el supuesto Consejo de Francisco I no obró de un modo prudente; pero hagamos notar que Francisco I no había nacido aún cuando se supone que rehusó el ofrecimiento de Cristóbal Colón. Este ilustre genovés abordó en América en el año 1492, y Francisco I nació en 1494, y no ascendió al trono hasta 1515.

Comparemos ahora los presupuestos de Enrique III, de Enrique IV y de la reina Isabel con el de Felipe II. El subsidio ordinario de Isabel era de cien mil libras esterlinas, y añadiendo a éste el extraordinario, ascendía un año con otro a cerca de cuatrocientas mil: Bien necesitaba ese aumento para defenderse de Felipe II. Si no hubiese vivido con extrema economía se hubiera perdido y hubiera perdido a Inglaterra.

La renta de Enrique III apenas sumaba treinta millones de libras de su época; y esta cantidad era, comparada con la que Felipe II sacaba dé las Indias, como tres es a diez. Pero todavía no entraba la tercera parte de ese dinero en las arcas de Enrique 111, que era muy pródigo, y, además, le robaban mucho; por consecuencia, era muy pobre. Felipe II, en un solo artículo, era diez veces más rico que él.

En cuanto a Enrique IV, no es posible comparar su tesoro con el de Felipe II. Hasta que concertó la paz de Vervins sólo tuvo lo que podía tomar prestado o lo que ganaba con la punta de su espada; vivió como caballero errante hasta la época en que se convirtió en el primer rey de Europa.

Inglaterra había sido siempre tan pobre, que hasta el tiempo del rey Eduardo III no se acuñaron allí monedas de oro. ¿Deseamos saber dónde se gastaba el oro y la plata que afluía a España continuamente desde Méjico y desde el Perú? Entraba ese dinero en los bolsillos de los franceses, de los ingleses y de los holandeses, que comerciaban en Cádiz bajo el nombre de españoles, y enviaban a América los productos de sus manufacturas. Gran parte de ese dinero iba a las Indias Orientales para pagar las especierías, el algodón, el salitre, el azúcar candi, el té, telas, diamantes y monos.

Se preguntará en seguida en qué se convierten todos esos tesoros de las Indias, y yo contesto que Sha-Thamas-Kouli-Kan, o Sha-Nadir, lo sacó todo del Gran Mogol, y, además, piedras preciosas. ¿Queréis saber dónde están esas alhajas, ese oro y esa plata que Sha-Nadir sacó de la Persia? Gran parte de todo eso se hundió en la tierra durante las guerras civiles, y los bandidos gastaron la otra parte en adquirir prosélitos, porque, como César dijo muy bien, «con dinero se tienen soldados, y con soldados se roba dinero».

Si vuestra curiosidad no está aún satisfecha y deseáis saciarla sabiendo qué se hizo de los tesoros de Sesostris, de Creso, de Ciro, de Nabucodonosor, y, sobre todo, los de Salomón, que fueron fabulosos, os contestaré que se repartieron por el mundo. Estad seguros de que en la época de Ciro, las Galias, la Germania, Dinamarca, Polonia y Rusia, no tenían ni un solo escudo; pero, con el tiempo, las naciones se han hundido, poniéndose a un mismo nivel.

¿Cómo vivieron los romanos durante el reinado de Rómulo, que era hijo de Marte y de una sacerdotisa, y durante la época del devoto
Numa Pompilio? Tenían un Júpiter de madera de encina mal tallada, chozas por palacios, ponían un puñado de paja en la punta de un bastón para que les sirviese de estandarte, y no tenían ni una moneda de plata en el bolsillo. Los cocheros de nuestra época usan relojes de oro, que los siete reyes de Roma, los Camilos, los Manlios y los Fabios no hubieran podido pagar. Su dinero contante era de cobre, metal que les servía para construir armas y acuñar moneda. Con tres o cuatro libras de cobre de diez o doce onzas compraban un toro. Compraban lo que necesitaban en el mercado lo mismo que hoy, y los hombres, como en todos los tiempos, se alimentaban, se vestían y vivían bajo techado. Los romanos, que eran más pobres que los pueblos vecinos, subyugaron a éstos y aumentaron su territorio de día en día durante cerca de quinientos años, antes de acuñar monedas de plata.

Los soldados de Gustavo Adolfo cobraban su soldada en Suecia en monedas de cobre, antes de que éste hiciera con- quistas fuera de su nación.

Con tal que se gane en el cambio de las cosas necesarias para la vida, se comercia siempre, y nada importa que la ganancia se haga en conchas o en papel. El oro y la plata sólo han prevalecido a la larga en todas partes, porque son los metales más escasos. En Asia empezaron a funcionar las primeras fábricas de moneda de esos metales, porque el Asia fue la cuna de todas las artes. No se habla de moneda en la guerra de Troya, aunque en ella pesaban el oro y la plata. Agamenón pudo tener tesorero, pero no tenían curso las monedas. Lo que hace sospechar a algunos sabios temerarios que el Pentateuco no se escribió hasta el tiempo en que los hebreos empezaron a proporcionarse algunas monedas de los pueblos vecinos es que en algunos de sus pasajes se habla de siglos. Añaden dichos sabios que Abraham, que era extranjero, y no poseía ni una pulgada de tierra en Canaán, compró allí un campo y una caverna para enterrar a su mujer por cuatrocientos siclos de plata de buena ley: «Quadringenios siclus argenti probatae meretae publicae». El juicioso padre Calmet evalúa esa cantidad en cuatrocientas cuarenta y ocho libras, diez sueldos y nueve dineros, siguiendo los antiguos cálculos hechos al azar, cuando el marco de plata estaba a veintiséis libras; pero como el marco de plata aumentó luego su valor en más de la mitad, esa suma equivaldría hoya ochocientas noventa y seis libras.

Como en aquel tiempo no había ninguna moneda marcada en su cuño con la palabra pecunia, esto constituía una pequeña dificultad que no era difícil vencer. Es también otra dificultad que en una parte se dice que Abraharn compró el referido campo en Hebron, y en otra parte que lo compró en Sichem. Consultad sobre esto en el venerable Bede, con Raban, Moure y con Emanuel Sa.

Podríamos también ocuparnos de la riqueza que David dejó a Salomón en plata acuñada: unos autores la hacen ascender a veintidós mil millones y otros autores a veinticinco mil.

No me ocuparé de las innumerables peripecias por las que pasa el dinero desde que se acuña hasta que se gasta, porque en todas sus transmigraciones inspira constantemente amor al género humano.

DIVORCIO. En el artículo de la Enciclopedia titulado Divorcio, se dice: «que habiendo introducido los romanos dicha costumbre en las Galias, Bissine o Bazini abandonó al rey de Shuringe, que era su marido, para seguir a Childerico, que se casó con ella». Esto es lo mismo que si dijera que, habiendo los troyanos establecido el divorcio en Esparta, Helena repudió a Menelao para irse con Paris a Frigia. La fábula agradable de Paris y la ridícula de Childerico, que jamás fue rey de Francia, y que suponen que robó a su esposa Bazini, no tiene nada que ver con la ley del divorcio. Cita también el referido artículo a Chereverto, reycillo de la pequeña ciudad de Lutecia, que también repudió a su esposa. El abad Velly en su Historia de Francia, dice que Chereverto repudió a su mujer Ingoberga para casarse con Mirefleur, hija de un artesano, y luego se casó con Teuldegilda, hija de un pastor, «que fue elevada hasta el primer trono del imperio francés». No había entonces ni primero ni segundo trono entre los bárbaros, a los cuales el imperio romano no reconoció nunca como reyes. Tampoco existió imperio francés. El imperio francés no empieza hasta Carlomagno.

Dice también que el régulo Childerico, señor de la provincia de Soissonnais, a quien llaman rey de Francia, se divorció de la reina Andova o Andovera; y he aquí la razón de ese divorcio. Andovera, después de haber tenido del señor Soissons tres hijos, tuvo una hija.

Los francos eran en cierto modo cristianos desde la época de Clodoveo. Andovera presentó a su hija para que recibiera el bautismo. Childerico de Soissons, que indudablemente estaba harto de ella, le declaró que había cometido un crimen sin remisión, siendo madrina de su hija, y que ya no podía seguir siendo su esposa según las leyes de la Iglesia, y se casó con Fredegunda. Después repudió a ésta y se casó con una visigoda.

El código de Justiniano, que en gran parte han aceptado las naciones modernas, autoriza el divorcio; pero el derecho canónico, por el que los católicos se rigen en esta materia, no lo permite.

El autor del artículo de la Enciclopedia dice que el divorcio se practica en los Estados de Alemania autorizado por la Confesión de Augusburgo: ([1]). Podemos añadir nosotros que ese uso está establecido en los países del Norte, entre los reformistas de todas las confesiones posibles y en toda la Iglesia griega.

El divorcio cuenta probablemente la misma antigüedad que el matrimonio: pero, sin embargo, creo que el matrimonio debe ser algunas semanas más antiguo; esto es, que el marido reñiría con la mujer a los quince días, le pegaría a los treinta, y se separaría de ella seis semanas después de haber cohabitado.

Justiniano, que reunió todas las leyes promulgadas antes de su época, añadiendo a ellas las que él dictó, no sólo estuvo conforme con la ley del divorcio, sino que le dio más extensión, hasta el punto de que toda mujer cuyo marido fuera no esclavo, sino simplemente prisionero de guerra durante cinco años, podía, transcurridos éstos, contraer otro matrimonio.

Justiniano era cristiano y hasta teólogo; sin embargo, la Iglesia derogó sus leyes cuando llegó a ser soberana y legisladora. Los Papas, sin gran trabajo, consiguieron que las Decretales sustituyeran a ese código de Occidente, que estaba sumergido en la ignorancia y en la barbarie. Supieron servirse en provecho suyo de la estupidez de los hombres hasta el extremo de que Honorio III, Gregorio IX e Inocencio II prohibieron por medio de bulas que se enseñara el derecho civil. Como desde entonces únicamente la Iglesia mandó en materia de matrimonio, también mandó respecto al divorcio; y no hubo un solo príncipe que se divorciara, ni que se casara con segunda mujer sin permiso del Papa antes de los tiempos de Enrique VIII, rey de Inglaterra, que se casó sin este permiso, después de solicitar mucho tiempo que terminara el proceso la curia romana. Esa costumbre, que se estableció en tiempos de ignorancia, se perpetuó en tiempos más ilustrados, porque todo abuso se eterniza por sí mismo. Enrique IV sólo consiguió ser padre de un rey de Francia por decreto del Papa; y todavía necesitó, para que se fallara su divorcio, mentir, diciendo que el acto carnal del matrimonio no había existido.

EJÉRCITOS, ARMAS. Merece llamar la atención que existieran y existan aún en el mundo sociedades sin ejércitos. Los brahmanes, que gobernaron durante mucho tiempo casi todo el gran Quersoneso de la India; los primitivos cuáqueros que gobernaban la Pennsylvania, algunas poblaciones de América y del centro de África; los samoyedos y los lapones no han formado jamás al frente de ninguna bandera para ir a pelear ya destruir los pueblos inmediatos.

Los brahmanes constituían el pueblo más numeroso de los pueblos pacíficos; su casta, que es antiquísima, sus buenas costumbres y su religión estaban de acuerdo en no derramar jamás sangre, ni aun la de los animales más inofensivos. Por eso, siguiendo semejante régimen, fueron subyugados con facilidad, y lo serán siempre.

Los pensilvanos jamás tuvieron ejército, y miraron la guerra con horror constantemente. Muchísimas poblaciones de América no sabían lo que era un ejército hasta que los españoles fueron allí a exterminarlo todo. Los habitantes de las riberas del mar Glacial no saben lo que son ejércitos, ni dioses de los ejércitos, ni batallones, ni escuadrones. Además de esos pueblos, en ningún otro los sacerdotes llevan armas, al menos cuando son fieles a su institución. Sólo entre los cristianos se han visto sociedades religiosas establecidas para pelear, como la sociedad de los Templarios, la de los caballeros de la Orden de San Juan y la de los Teutones. Esas órdenes religiosas se instituyeron imitando a los levitas, que peleaban como las demás tribus judías.

Ni los ejércitos ni las armas fueron los mismos en todos los pueblos de la antigüedad. Los egipcios casi nunca tuvieron caballería; era inútil en un país entrecortado por canales, que estaba inundado cinco veces cada año, y lleno de fango durante otros cinco. Los habitantes de gran parte

[1] Este es el nombre que se da a los veintiocho artículos que los luteranos presentaron a Carlos V en Augsburgo en 1530.

del Asia empleaban las cuadrigas de guerra, de las que se ocupan los anales de la China. Confucio dice que todavía en su época el gobernador de cada provincia suministraba al emperador mil carros de guerra de a cuatro caballos. Los troyanos y los griegos peleaban en carros tirados por dos caballos. La nación judía, situada en terreno montañoso, desconoció la caballería y los carros, y cuando eligió su primer rey, sólo tenía jumentos. Treinta hijos de Jair, que eran príncipes de treinta ciudades, según dice el texto sagrado ([1]) , montaban cada uno en un asno. Los hijos de David huyeron montados en mulas cuando Absalón fue muerto por su hermano Ammón. También Absalón iba montado en una mula en la batalla que libró contra las tropas de su padre; lo que prueba, según las historias judías, que ya eran bastante ricos para comprar mulas en los países inmediatos.

Los griegos se servían poco de la caballería; con la falange macedónica ganó principalmente Alejandro las batallas que le dieron el dominio de la Persia. La infantería romana subyugó la mayor parte del mundo. César, en la batalla de Farsalia, no tenía a sus órdenes más que mil soldados de caballería.

No se sabe fijo en qué época los hindúes y los africanos empezaron a poner al frente de sus ejércitos a los elefantes. Sorprende leer que los elefantes de Aníbal pasaron los Alpes, que entonces eran más impracticables que hoy.

Se ha cuestionado mucho tiempo sobre la manera como se formaban los ejércitos romanos y griegos sobre sus armas y sobre sus evoluciones, y cada autor ha presentado su plano de las batallas de Zama y de Farsalia. El comentarista Calmet imprimió tres gruesos volúmenes del Diccionario de la Biblia, en el que, para explicar mejor los mandamientos de Dios, insertó cien grabados, entre los que se ven planos de batallas y de sitios. El dios de los judíos era el dios de los ejércitos; pero Calmet no fue su secretario, y sólo puede saber por revelación cómo los ejércitos de los amalecitas, de los moabitas, de los sirios y de los filisteos fueron arreglados en orden de batalla los días de la matanza general. Esas estampas que copian la carnicería que allí hubo hicieron valer su libro cinco o seis luises de oro, pero no consiguieron que fuera mejor .

También es cuestionable si los francos, a los que el jesuita Daniel llama franceses con anticipación, se servían de flechas en sus ejércitos, y si llevaban cascos y corazas. Suponiendo que se presentasen en el combate casi desnudos y armados de un hacha pequeña de carpintero, de una espada y de un cuchillo, resultará de esta suposición que los romanos, dueños de las Galias, siendo vencidos tan fácilmente por Clodoveo, habían perdido su antiguo valor, y que los galos prefirieron ser vasallos de un puñado de francos que de un puñado de romanos.

El traje de guerra cambió enseguida, como todo cambia. En los tiempos de los caballeros y escuderos sólo se conoció la gendarmería de a caballo en Alemania, en Francia, en Italia, en Inglaterra y en España. Esa gendarmería iba toda vestida de hierro. Los soldados de infantería eran siervos, y puede decirse que desempeñaban las funciones de gastadores más que de soldados. Los ingleses tuvieron siempre entre sus gentes de a pie buenos arqueros, que fueron los que les hicieron vencer en casi todas las batallas.

¿Quién hubiera creído entonces que actualmente los ejércitos sólo hacen experimentos de física? El soldado se quedaría asombrado si un sabio le dijera: «Amigo mío: tú eres mejor maquinista que Arquímedes. Se preparan cinco partes de salitre, una parte de azufre y otra parte de carbo ligneus, cada uno de esos ingredientes separado. Dispuesto el salitre, filtrado, evaporado, cristalizado, removido y seco, se incorpora con el azufre purificado y adquiere un hermoso amarillo. Esos dos ingredientes, mezclados con carbón mineral, forman dos bolas gruesas echándoles un poco de vinagre o disolución de sal amoníaco u orina. Esas bolas se reducen in pulverem pyrium en un molino. El efecto que produce esa mezcla es una dilatación equivalente a lo que cuatro mil son a la unidad; y el polvo que está dentro del tubo que llevas en la mano causa otro efecto, que es el producto de su masa multiplicado por su velocidad. El primero que adivinó en gran parte ese secreto de matemáticas fue un franciscano que se llamaba Rogelio Bacon, y el que lo inventó por completo, en el siglo XIV, fue un benedictino alemán,

[1] Libro de los Jueces, cap. X, vers. 4.

llamado Schwartz. De modo que debes a dos frailes el arte de ser excelente homicida, si la pólvora que gastas es buena. En vano Ducange sostiene que en el año 1338 los registros de la cámara de cuentas de París mencionan una Memoria en la que se dice que se habla de la pólvora de cañón; pero yo no lo creo. La pólvora de cañón hizo olvidar enteramente el fuego griego, que los moros usan todavía; y te hace depositario de un arte que no sólo imita al sonido del trueno, sino que es más temible que éste». Encierran una gran verdad las anteriores palabras: dos frailes cambiaron la faz de la tierra.

Antes de la invención de los cañones, las naciones del Norte habían subyugado casi todo el hemisferio, y podían haber vuelto otra vez, como lobos hambrientos, a devorar las tierras que antiguamente devoraban sus antepasados. En los ejércitos antiguos, la fuerza corporal, la agilidad, el furor sanguinario, el encarnizamiento de hombre a hombre, decidían la victoria y, por consecuencia, el destino de las naciones. Los hombres más intrépidos se apoderaban con escalas de las ciudades. Había tan poca disciplina en los ejércitos del Norte en tiempo de la decadencia del imperio romano como entre las bestias carnívoras que se lanzan sobre su presa. Hoy una sola plaza de la frontera, provista de cañones, detendría a los ejércitos de Atila y de aengis. No hace mucho un ejército de rusos victoriosos se consumió inútilmente frente a Crustín, que no es más que una pequeña fortaleza situada en un pantano.

En las batallas, los hombres más débiles de cuerpo vencen a los más robustos, si tienen buena artillería y la dirigen bien. Algunos cañones bastaron en la batalla de Fontenoy para que retrocediera toda una columna inglesa, que era ya dueña del campo de batalla.

Los combates no son ya de cerca; el soldado carece hoy de ese ardor, de ese entusiasmo que redobla el calor de la acción cuando se pelea cuerpo a cuerpo. La fuerza, la habilidad, hasta el temple de las armas, son inútiles. Sólo alguna vez que otra durante una guerra se hace uso de la bayoneta, aunque ésta es la más terrible de las armas.

En una llanura, rodeada muchas veces de reductos guarnecidos de cañones, dos ejércitos avanzan en silencio uno contra otro; cada batallón lleva consigo cañones de campaña; las primeras líneas de soldados disparan una contra otra, y una después de otra; y esas líneas son las víctimas que se presentan para que las sacrifiquen los cañonazos. Se ve formar en alas los escuadrones que se exponen continuamente al fuego del enemigo, esperando la orden del general. Los primeros que se cansan de esa maniobra, en la que para nada entra la impetuosidad del valor, se desbandan y abandonan el campo de batalla. El general acude a rehacerlos si puede, a gran distancia de allí. Los enemigos victoriosos sitian una ciudad, cuyo sitio les cuesta algunas veces más tiempo, más hombres y más dinero que varias batallas les hubieran costado. Las ventajas que se consiguen rara vez son rápidas, y al cabo de cinco o seis años los dos ejércitos enemigos quedan en cuadro y se ven obligados a concertar la paz.

De modo que la invención de la artillería y el método moderno han establecido entre las potencias una igualdad que pone al género humano al abrigo de las antiguas devastaciones y hace las guerras menos funestas, aunque lo son mucho todavía.

Los griegos en todas sus épocas, los romanos hasta el tiempo de Sila, y los demás pueblos del Occidente y del Septentrión, no tuvieron ejércitos a sueldo en pie de guerra continuamente. Todos los habitantes de esos países eran soldados, que se alistaban cuando había guerra. Así sucede hoy en Suiza. Si recorréis esa nación no encontraréis en ninguna parte ni un batallón en tiempo de paz; pero cuando hay guerra veréis cómo se arman de repente ochenta mil soldados.

Los que usurparon el poder supremo, desde los tiempos de Sila tuvieron ya ejércitos permanentes que pagaba el dinero de los ciudadanos, más para sujetarlos que para subyugar a las otras naciones. Hasta el arzobispo de Roma paga un pequeño ejército. ¿Quién podría adivinar en la época de los apóstoles que, andando los tiempos, el servidor de los servidores de Dios tendría a sueldo regimientos, y en la misma Roma?

FANATISMO. Fanatismo es el efecto de una conciencia falsa, que sujeta la religión a los caprichos de la fantasía y el desconcierto de las pasiones.

Generalmente proviene de que los legisladores han tenido miras mezquinas, o de que se traspasaron los límites que ellos prescribían. Sus leyes sólo eran a propósito para una sociedad escogida. Extendiéndolas por celo a todo un pueblo, y transportándolas por ambición de un clima a otro, debían haberlas corregido y acomodado a las circunstancias de los lugares y de las personas. ¿Y qué es lo que sucedió?

Que ciertos espíritus de carácter más proporcionado al de la muchedumbre para la que se confeccionaron, recibiéndolas con gran calor, se convirtieron en apóstoles y hasta en mártires de ellas antes que dejar de cumplirlas al pie de la letra. Otros caracteres, por el contrario, menos ardientes, o más aferrados a las preocupaciones de su educación, lucharon contra el nuevo yugo, y sólo consintieron adoptarle modificándole; y de aquí nació el cisma entre los rigoristas y los mitigados, y que hace furiosos a unos y otros, a unos en favor de la esclavitud, ya otros en favor de la libertad.

Imaginemos una inmensa rotonda, un panteón con mil altares; colocados debajo de la cúpula y dentro de ese inmenso edificio divisáis un devoto de cada secta, extinguida o subsistente, a los pies de la Divinidad, que honra a su manera bajo todas las formas caprichosas que la imaginación pudo crear. A la derecha está un contemplativo tendido sobre una estera, esperando con el ombligo al aire que la luz celeste penetre en su alma. A la izquierda se ve un energúmeno prosternado que golpea el suelo con la frente para que de él salga la tierra con abundancia. Aquí, un saltimbanqui que baila sobre la tumba del difunto que invoca. Allá se descubre un penitente inmóvil y mudo, como la estatua ante la que él se humilla. Uno enseña lo que el pudor oculta, para que Dios no se ruborice de su semejanza; otro se tapa la espalda hacia el Mediodía, porque por esa parte sopla el viento del demonio; aquél tiende los brazos hacia el Oriente, que es por donde Dios enseña su faz relumbrante. Jóvenes solteras, llorando, se magullan la carne todavía inocente para apaciguar al demonio de la concupiscencia de un modo capaz de irritarlo. Otras jóvenes, en posición enteramente opuesta, solicitan aproximarse a la Divinidad. Un joven, con la idea de amortiguar el instrumento de la virilidad, lo oprime con anillos de hierro de un peso proporcionado a sus fuerzas; otro joven detiene la tentación en su origen por medio de inhumana amputación, y suspende en el altar los despojos de su sacrificio.

Salen del templo llenos del Dios que les agita, y difunden el pavor y la ilusión por toda la tierra; se reparten el mundo, y el fuego que los anima se enciende en sus cuatro extremos; los pueblos oyen y los reyes tiemblan. El imperio que el entusiasmo de un solo hombre ejerce sobre la multitud que le ve o que le oye, el calor que las imaginaciones reunidas se comunican, los movimientos tumultuosos que aumenta la perturbación particular de cada uno, comunican el vértigo general a todos. Basta que un pueblo encantado vaya detrás de algunos impostores, para que la seducción multiplique los prodigios y para que se extravíe todo el mundo. El espíritu humano cuando sale una vez de las vías luminosas de la naturaleza no vuelve a entrar ya en ellas; vaga errante alrededor de la verdad, sin encontrar más que resplandores que, confundiéndose con las falsas claridades con que la superstición la rodea, acaban por sumergirle en las tinieblas.

Es horrible examinar el modo como la creencia de apaciguar al cielo por medio de la matanza, en cuanto se introdujo, se esparció universalmente por casi todas las regiones, que multiplicaron los motivos de hacer el sacrificio para que nadie se escapara de la inmolación. Unos pueblos inmolaban sus enemigos a Marte exterminador, como los escitas, que degollaban en sus altares la centésima parte de sus prisioneros; en otros pueblos sólo hacían la guerra por tener víctimas que dedicar a los sacrificios. Unas veces pedía un dios bárbaro que sacrificaran a los hombres justos; y los getas se disputaban el honor de ir a llevar a Zamolxis los deseos de la patria; el que tenía la suerte feliz de ser destinado al sacrificio se dejaba caer con toda su fuerza sobre lanzas plantadas en el suelo; si recibía un golpe mortal al caer sobre ellas, indicaba esto un buen augurio en el éxito de la negociación; pero si sobrevivía a la herida era un perverso, del que Dios no debía hacer caso. Otros pueblos sacrificaban a los niños, a los que sus dioses pedían la vida que les acababan de dar. Sacrificaban su propia sangre; los cartagineses inmolaban sus propios hijos a Saturno, como si el tiempo no los devorase demasiado pronto. Ya ofrecían un sacrificio sangriento, como el que hizo Amestris, que mandó enterrar doce hombres vivos para obtener de Plutón con esta ofrenda más larga vida. Esa misma Amestris sacrificó, además, a la insaciable

divinidad catorce niños de las primeras casas de la Persia, porque siempre los sacrificadores hicieron creer a los hombres que debían ofrecer en los altares lo que era más precioso para ellos. Basados en este principio, algunos pueblos inmolaban a los primogénitos, y otras naciones los rescataban por medio de ofrendas, que daban más utilidad a los minis- tros del sacrificio. Esto fue, sin duda, lo que autorizó en Europa la práctica que duró algunos siglos de consagrar al celibato los niños desde la edad de cinco años, y la de encerrar en el claustro a los hermanos del príncipe heredero, así como los degollaban en Asia.

Los indios, que practican la hospitalidad con todo el género humano, se jactaban de matar a los extranjeros virtuosos y sabios que iban a su país con la idea de que quedaran allí sus virtudes y su talento, derramando de ese modo la sangre más pura. Entre los pueblos idólatras, los sacerdotes desempeñaban en el altar el oficio de verdugos, y en la Siberia mataban a los sacerdotes para que se fueran al otro mundo a rezar por el pueblo, vertiendo de ese modo la sangre más sagrada.

Todavía se cometieron demencias más horribles. Pasaban la Europa para ir a Asia por un camino inundado de sangre de los judíos, que con sus propias manos se degollaban para no caer en poder de sus enemigos. Esa epidemia despobló la mitad del mundo habitado: reyes, pontífices, mujeres, niños y ancianos, todos se entregaban al vértice sagrado que hizo degollar durante dos siglos innumerables naciones sobre el sepulcro de un Dios de paz. Entonces fue cuando se vieron oráculos mendaces, ermitaños guerreros, monarcas en los púlpitos y prelados en los campos, borrándose todos los estados y confundiéndose entre la plebe insensata; entonces traspasaron montañas y mares, abandonando legítimas posesiones para ir en pos de conquistas, que ya no eran de la tierra prometida; se corrompieron las costumbres bajo cielos extranjeros, y los príncipes, después de despojar sus reinos para rescatar un país que nunca les había pertenecido, acaba- ron arruinados; millares de soldados, extraviados bajo el mando de muchísimos jefes, acabaron por no reconocer a ninguno y por medio de la deserción apresuraron su derrota, y esa terrible enfermedad concluyó por dejar su sitio a un contagio más horrible todavía.

El fanatismo mantenía el furor de conquistas lejanas, y apenas Europa acababa de restablecerse de sus pérdidas, el descubrimiento de un nuevo mundo apresuró la ruina del nuestro. Con la terrible consigna de Conquistad y sojuzgad, desolaron la América y exterminaron a sus habitantes; en vano se agitan África y Europa para repoblarla, porque habiendo enervado a la especie el veneno del oro y el veneno del placer, el mundo se vio desierto y amenazado de estarlo más cada día por las guerras continuas que encendió en nuestro continente la ambición de extenderse por aquellas islas extranjeras.

Contemos ahora los millares de esclavos que hizo el fanatismo en Asia, donde llamarse cristiano era un crimen; en América, donde el pretexto del bautismo ahogó a la humanidad. Contemos los millares de hombres que murieron en los cadalsos en los siglos de persecución o en las guerras civiles por la mano de sus conciudadanos, o por sus propias manos por medio de maceraciones excesivas. Recorramos la superficie de la Tierra y después de pasar una ojeada sobre los varios estandartes desplegados en nombre de la religión, en España contra los moros, en Francia contra los turcos, en Hungría contra los tártaros; después de examinar las varias órdenes militares establecidas para combatir infieles a sablazos, fijemos nuestras miradas en ese tribunal horrible instituido contra los inocentes y contra los desgraciados para juzgar a los vivos, como Dios ha de juzgar a los muertos, pero con muy distinta balanza. En una palabra, examinemos todos los horrores cometidos durante quince siglos, renovados muchas veces en uno solo; los pueblos sin defensa degollados al pie de los altares, los reyes muertos por el veneno o por el puñal; un vasto Estado reducido a la mitad por sus propios ciudadanos, la espada sacada entre el padre y el hijo, los usurpadores, los tiranos, los verdugos, los parricidas y los sacrílegos violando todas las convenciones divinas y humanas por espíritu de religión, y tendremos escrita la historia del fanatismo y de sus hazañas.

La palabra fanático tenía distinta acepción en su origen. Fanaticus fue un título honorífico; significa servidor o bienhechor de un templo. Según dice el Diccionario de Trevoux, los

anticuarios han encontrado inscripciones en las que los romanos importantes usaban el título de fanaticus.

En la oratoria de Cicerón Pro domo sua se encuentra un pasaje en el que la palabra fanaticus me parece difícil de explicar. El sedicioso Clodio, que hizo desterrar a Cicerón por haber salvado a la república, no sólo saqueó y derribó las casas que poseía ese gran hombre, sino que con la idea de que éste no volviera a entrar nunca en su casa de Roma consagró el terreno que aquélla ocupaba, y los sacerdotes edificaron en él un templo a la libertad, o mejor dicho, a la esclavitud, en la que César, Pompeyo, Craso y Clodio tenían entonces a la república:

¡De ese modo en todos los tiempos sirvió la religión para perseguir a los hombres!

Cuando más tarde y en época más feliz levantaron el destierro a Cicerón, pleiteó ante el pueblo para conseguir que le devolvieran el terreno que ocupaba su casa, y pidió también que la edificaran a costa del pueblo romano. He aquí cómo se expresa:

«Aconsejad, pontífices, a ese hombre religioso; convenced- le de que hasta la misma religión tiene sus límites y que no hay que ser tan escrupulosos. ¿Qué necesidad tenéis, vos que sois consagrador, vos que sois fanático, de recurrir a supersticiones de vieja para asistir a un sacrificio que se celebraba en una casa extraña?»

La palabra fanaticus, colocada como la coloca Cicerón, ¿significa insensato y abominable fanático, como la entendemos hoy, o significa consagrador, devoto y guardián de los templos? ¿En ese caso es una injuria o una alabanza irónica? No me atrevo a decidirlo. Cicerón alude en ese pasaje a los misterios de la buena diosa que Clodio profanó, inmiscuyéndose en ellos disfrazado de mujer con una vieja para entrar en casa de César para acostarse allí con la mujer de éste; parece, pues, que haya debido usar esa palabra por ironía, ya que antes llamó a Clodio hombre religioso.

El Diccionario de Trevoux dice también que las antiguas crónicas de Francia llamaban a Clodoveo fanático y pagano. El lector quizá deseara que nos hubieran designado dichas crónicas. Confieso que no he podido encontrar ese epíteto aplicado a Clodoveo en los pocos libros que tengo en el monte Krapach, en donde moro.

Entiéndase hoy por fanatismo una locura religiosa, sombría y cruel. Es una enfermedad del espíritu que se adquiere como las viruelas. Los libros la comunican menos que las asambleas y que los discursos. Rara vez nos acaloramos le- yendo, porque entonces estamos sosegados; pero cuando el hombre ardiente y de ingenio habla con entusiasmo a imaginaciones débiles, sus ojos centellean y el fuego de sus miradas, de su voz y de sus ademanes se contamina y conmueve los nervios de su auditorio. Exclama: Dios os está mirando, sacrificadle lo que no es más que humano, combatid los combates del Señor, y lanza al combate a sus oyentes.

El fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías es un fanático novicio de grandes esperanzas; pronto podrá llegar a matar por el amor de Dios. Bartolomé Díaz fue un fanático profeso; tenía en Nuremberg un hermano que se llamaba Juan, que no era todavía más que un entusiasta luterano, que vivía convencido de que el Papa es Dios en el mundo, y salió de Roma con la intención decidida de convertir o de matar a su hermano. No pudiendo convencerle, lo asesinó. Poliuto, que en un día de solemnidad religiosa se presenta en el templo para derribar y destruir las estatuas de los dioses y los ornamentos, es un fanático menos horrible que Díaz, pero tan necio como él. Los asesinos de Francisco de Guisa, de Guillermo, príncipe de Orange, de los reyes Enrique III y Enrique IV, y de otros personajes, fueron energúmenos, enfermos de la misma raza que Díaz. El ejemplo más horrible del fanatismo que ofrece la historia fue el que dieron los habitantes de París la noche de San Bartolomé, destrozando, asesinando y arrojan- do por las ventanas a sus conciudadanos que no iban a misa.

También hay fanáticos que conservan la sangre fría, pertenecen a esa clase los jueces que sentencian a muerte a los que no han cometido más crimen que el de no pensar como ellos, y son mucho más culpables y más dignos de la execración del género humano porque no obran

acometidos por un acceso de furor, como Clement, Chastel, Ravaillac y Damiens, y debían oír la voz de la razón.

El único remedio que hay para curar esa enfermedad epidémica es el espíritu filosófico que, difundiéndose más cada día, suaviza las costumbres humanas y evita los accesos del mal, porque desde que esa enfermedad hace progresos es preciso huir de ella y esperar para volver que el aire se purifique. Las leyes y la religión, en vez de ser para ellas un alimento saludable, se convierten en veneno en los cerebros infectados.

Los que se encuentran en este caso tienen siempre presente en la memoria el ejemplo de Aod, que asesina al rey Eglón; el de Judit, que corta la cabeza a Holofernes, estando acostada con él; el de Samuel, que despedaza al rey Agag, etcétera. No consideran que esos ejemplos, que son respetables en la antigüedad, son abominables en la época presente y sacan sus furores de la religión que los anatematiza. Las leyes todavía son más impotentes para curar los accesos de rabia: se consigue con ellas lo mismo que se consigue leyendo un decreto del consejo a un frenético. Los fanáticos están convencidos de que el Espíritu Santo, que los inspira, es superior a las leyes, y que su entusiasmo es la única ley que debe dirigirlos.

Casi siempre los bribones guían a los fanáticos y ponen el puñal en sus manos: se parecen al Viejo de la Montaña, que hacía, según se dice, gozar las alegrías del paraíso a los imbéciles y les prometía una eternidad de placeres, del que les había hecho concebir la fruición anticipada, con la condición de que asesinaran a las personas que él nombraría. Sólo hay una religión en el mundo que no haya manchado el fanatismo: la de los hombres de letras de la China. Las sectas de los filósofos no sólo estuvieron exentas de esa peste, sino que fueron un remedio contra ella, porque el objeto de la filosofía es dar tranquilidad. Si ese furor infernal corrompió con frecuencia nuestra santa religión, sólo debe atribuirse este efecto a la locura humana.

Los fanáticos no siempre pelean en los combates de/ Señor y no siempre asesinan reyes y príncipes; algunos de ellos son tigres, pero la mayoría son zorros.

Los fanáticos de la corte de Roma tramaron un tejido de bellaquerías y de calumnias contra los fanáticos que seguían la secta de Calvino, y los jesuitas contra los jansenistas, y si nos remontamos más alto veremos que la historia eclesiástica, que es la escuela de las virtudes, es también la de las maldades que cometieron unas sectas contra otras; todas ellas tienen en los ojos la misma venda, ya cuando se trata de incendiar las ciudades y las aldeas de sus adversarios, ya cuando se trata de degollar a los habitantes, ya cuando sencillamente se proponen engañar, enriquecerse y dominar. Las ciega el mismo fanatismo y se figuran que obran bien.

Leed, si os es posible, los cinco o seis mil volúmenes de reproches que los jansenistas y los molinistas se hicieron unos a otros durante cien años respecto a sus briboneríass y os convenceréis de que dejan atrás a Scapin y a Trivelin.

Una de las buenas picardías teológicas es, en mi opinión, la que hizo el obispo de una reducida diócesis que parte de ella pertenecía a Vizcaya y parte a Francia. En la parte del territorio francés había una parroquia que habitaron antiguamente algunos moros de Marruecos. El señor de la parroquia no era mahometano, era un buen católico, como todo el Universo debe serlo, porque la palabra católico significa universal. Al referido obispo se le hizo sospechoso ese pobre señor, que no se ocupaba más que de hacer el bien, de tener malas ideas y malos sentimientos, de ser hereje. Le acusó de haber dicho, bromeándose, que había personas honradas en Marruecos lo mismo que en Vizcaya, y que el marroquí honrado no podía ser enemigo del Ser Supremo, que es padre de todos los hombres.

El obispo fanático escribió una carta muy larga al rey de Francia, que era señor soberano del pobre señor de la parroquia, en la que le suplicó que trasladase la morada de aquella oveja infiel a la Baja Bretaña o a la Baja Normandía, donde quisiera Su Majestad, para que no siguiera inficionan- do a los vascos con sus ofensivas burlas. El rey de Francia y su consejo se burlaron como se merecía del obispo extravagante. El pastor de Vizcaya, que supo algún tiempo después que su oveja francesa estaba enferma, prohibió al cura del Cantón que le administrase la comunión si el enfermo no firmaba una cédula de confesión en la que constara que no estaba

circuncidado, que anatematizaba de todo corazón la herejía de Mahoma y las demás herejías y que pensaba en todo como el obispo de Vizcaya.

Las cédulas de confesión estaban en moda en aquella época, pero el moribundo llamó a su casa al cura, que era un borracho imbécil, y le amenazó con que le haría ahorcar el Parlamento de Burdeos si no le daba enseguida el Viático, que necesitaba recibir sin pérdida de tiempo. El cura tuvo miedo y se lo administró; el moribundo, después de la ceremonia, declaró en voz alta y ante testigos que el obispo le había calumniado ante el rey, acusándole de tener afición a la religión musulmana, declarando, además, que era buen cristiano y el obispo un calumniador; luego firmó esta declaración ante notario y se sintió mejor, recobrando poco a poco la salud, hasta que la tranquilidad de su conciencia le curó completamente.

El obispo de Vizcaya, resentido de que un viejo moribundo se burlara de él, resolvió vengarse, y he aquí lo que hizo. Al cabo de quince días hizo falsificar una profesión de fe del ex enfermo, suponiendo que el cura le había oído explicarse de aquella manera; hizo que éste la firmara, y, además, tres o cuatro campesinos, de los que no habían asistido a la administración del sacramento. El acta que extendió, en la que constaba la firma de la parte interesada, firmada por desconocidos y que desautorizaron testigos verdaderos, era visible- mente un crimen de falsedad, y como se cometía en materia de fe, pudo muy bien llevar al cura ya los falsos testigos a las galeras en este mundo y al infierno en el otro.

El señor castellano, que era chocarrero, pero que no tenía mala intención, se compadeció del alma y del cuerpo de aquellos miserables, y en vez de hacerles comparecer ante la justicia humana se contentó con ponerlos en ridículo, declarando que haría imprimir, para que se publicara después de su muerte, toda la intriga del obispo, acompañada de las pruebas, para que sirviera de diversión a los lectores que les gustan las anécdotas.

FIN DEL MUNDO. La mayoría de los filósofos griegos creyeron que era el mundo eterno en un principio y eterno en su duración. Pero respecto a la pequeña parte del mundo, al globo de piedra, de barro, de agua, de minerales y de vapores que habitamos, no sabían qué pensar; les parecería destructible, suponían que fue trastornado más de una vez y que volvería a trastornarse; cada cual juzgaba al mundo entero por la parte de él que ocupaba su país.

La idea del fin del mundo y de su renovación impresionaba a los pueblos sometidos al imperio romano, en la época terrible de las guerras civiles de César y de Pompeyo. Virgilio, en sus Geórgicas, alude al temor general que reinaba en aquella época cuando dice: «El Universo, sorprendido y aterrorizado, tiembla por temor de hundirse otra vez en la eterna noche». Lucano se expresa con mayor claridad respecto a esto, cuando en la Farsalia dice: «¿Qué importa el triste y falso honor de ser condenado a la hoguera? El fuego ha de consumir el cielo, la tierra y el mar; todo se convertirá en hoguera, en la que el mundo será ceniza». Ovidio dice también en las Metamorfosis: «Así lo ha dispuesto el implacable destino; consumirá un diluvio de fuego el aire, la tierra, el mar y los palacios de los dioses». Cicerón, en su libro titulado De la naturaleza de los dioses, se expresa del modo siguiente: «Según la opinión de los estoicos, el mundo entero se convertirá en fuego; habiéndose consumido el agua, la tierra no producirá alimentos; no podrá existir el aire porque del agua recibe su ser, de modo que el fuego quedará solo. Ese fuego será Dios y, reanimándolo todo, renovará el mundo y le volverá a dar su primitiva belleza».

La física de los estoicos, como toda física antigua, es absurda
da, pero prueba que esperaban la destrucción del mundo por medio del incendio.

Debe sorprendernos más todavía que el gran Newton opinara lo mismo que Cicerón. Engañado por un falso experimento de Bayle, creyó que la humedad del globo a la larga se ha de secar y que será preciso que Dios lo reforme. He aquí, pues, cómo los dos hombres más grandes de la antigua Roma y de la moderna Inglaterra opinan que ha de llegar un día en que el fuego venza al agua.

La idea de que el mundo debía destruirse y renovarse estaba arraigada en los pueblos del Asia Menor, de la Siria, de Egipto, desde las guerras civiles de los sucesores de Alejandro. Las guerras civiles de los romanos aumentaron el terror de las naciones que fueron víctima de ellas y que

esperaban la destrucción del mundo y una renovación de él que no habían de disfrutar. Los judíos, enclavados en la Siria y esparcidos por todas partes, participaron del temor común. Por eso los judíos no se sorprendieron cuando Jesús les decía, según el Evangelio de San Mateo y de San Lucas: El cielo y la tierra pasarán. El reinado de Dios se acerca.

San Pedro anuncia que se ha predicado el Evangelio a los muertos o que el fin del mundo se aproxima. Esperamos, dice, nuevos cielos y una tierra nueva. San Juan habla de este modo en su primera epístola: Desde ahora aparecen muchos anticristos, lo que nos da a conocer que la última hora se acerca.

San Lucas predice más detalladamente el fin del mundo que el juicio final. He aquí sus palabras:

«Se verán signos en la luna y en las estrellas, se oirán ruidos en el mar y en los ríos; los hombres, consumidos de temor, esperarán lo que debe acontecer al Universo entero. Las virtudes de los cielos se conmoverán y los mortales divisarán entonces al Hijo del Hombre descendiendo en una nube, con gran poder y con gran majestad. En verdad os digo que no se extinguirá la generación presente sin que todo esto se realice»

Comprendemos que los incrédulos nos echarán en cara esta predicción, deseando que nos ruboricemos de que el mundo exista todavía. Aquella generación pasó, bien, y no se ha realizado la profecía. Lucas pone en boca del Salvador lo que jamás dijo, o debemos deducir que Jesucristo se engañó a sí mismo, lo que sería una blasfemia. Pero se puede cerrar la boca a esos impíos, objetándoles que esa redicción, que parece falsa tomada al pie de la letra, es verdadera en el fondo; que el Universo entero en esa ocasión significa la Judea y que el fin del Universo significa el imperio de Tito y de sus sucesores.

San Pablo se explica con energía hablando del fin del mundo en la epístola que dirigió a los de Tesalónica: «Nosotros, que vivimos y que os hablamos -les dice- seremos transportados a las nubes para ir por medio de los aires a comparecer ante el Señor». Según las palabras terminantes de San Lucas y de San Pablo, el mundo debía terminar en el imperio de Tiberio o todo lo más tarde en el de Nerón. No se realizó la predicción de Pablo, como no se realizó la predicción de Lucas. Indudablemente esas predicciones alegóricas no se hicieron para la época en que vivían los evangelios y los apóstoles, se hicieron para los tiempos futuros, que Dios oculta a los hombres.

No por eso deja de ser cierto que todos los pueblos conocidos entonces esperaban el fin del mundo, una nueva tierra, un nuevo cielo. Durante más de diez siglos recibieron los frailes multitud de donaciones, que los donantes les entregaban expresándose de este modo: «Estando próximo el fin del mundo, yo, por la salvación de mi alma y para no ser colocado entre los machos cabríos, hago donación de estas o de aquellas tierras a talo cual convento». El temor obligó a los tontos a enriquecer a los hábiles.

Los egipcios fijaron la época del fin del mundo a los treinta y seis mil quinientos años cumplidos. Se dice que Orfeo la fijó a los cien mil veinte años.

El historiador Fabio Josefo asegura que, habiendo predicho Adán que el mundo terminaría dos veces, una por agua y otra por fuego, los hijos de Set, queriendo que loS hombres tuvieran en memoria ese desastre, hicieron grabar las observaciones astronómicas en dos columnas, una de ladrillos, para que pudiera resistir el fuego que debía consumir el mundo, y la otra de piedra, para que resistiera las aguas que debían ahogarlo. Pero, ¿cómo podían creer los romanos lo que decía un esclavo judío que les hablaba de un Adán y de un Set que desconocía todo el mundo? Se reirían de lo que les decía.

Puede deducirse, de lo que llevamos dicho, que sabemos muy poco de los tiempos pasados, que sabemos bastante mal lo que sucede al presente y que ignoramos lo que sucederá en lo porvenir.

GUERRA. Todos los animales están perpetuamente en guerra. Unas especies han nacido para devorar a las otras, hasta los corderos y los palomos se tragan cantidades prodigiosas de animales

imperceptibles. Los machos de la misma especie se hacen la guerra por las hembras, como Menelao y Paris. El aire, la tierra y el agua son campos de destrucción.

Parece que habiendo Dios dotado de razón al hombre, debía ésta inducirle a no envilecerse imitando a los animales, y con mayor motivo no dotándole la naturaleza ni de armas para matar a sus semejantes ni del instinto de beber su sangre.

Esto no obstante, se ha inclinado tanto el hombre a la guerra mortífera que, exceptuando dos o tres naciones, todas las demás en sus historias antiguas luchan unas contra otras. En el Canadá, hombre y guerrero son sinónimos, y ya vimos que en nuestro hemisferio ladrón y soldado significaban lo mismo.

Hay que convenir en que la guerra arrastra siempre en su séquito la peste y el hambre. Es indudablemente un hermoso arte el que desoló los campos, destruye las casas y hace morir, unos años con otros, de cada cien mil hombres, cuarenta mil. Al principio realizaron esta invención las naciones reunidas para procurarse el bien común; por ejemplo, la dieta de los griegos declaró a la dieta de la Frigia y de los pueblos vecinos que iba a ir con mil barcos de pescadores con la intención de exterminarlos.

El pueblo romano reunido decidió que le interesaba ir a batirse con los veíes ([1]) y con los vosgos, y algunos años después, encolerizados los romanos contra los cartagineses, se hicieron la guerra durante mucho tiempo unos a otros por tierra y por mar .

Un genealogista prueba a un príncipe que desciende en línea recta de un conde cuyos padres celebraron un pacto de familia, hace trescientos o cuatrocientos años, con una casa de la que ni siquiera existe el recuerdo. Esta casa tenía vagas pretensiones sobre una provincia cuyo último poseedor murió de apoplejía; el príncipe y su consejo ven con evidencia que tiene derecho a ella. Esta provincia, que está situada a algunos centenares de leguas de la residencia del príncipe, protesta inútilmente de que no la conoce, de que no desea que la gobiernen; le expone que para dictar leyes a vasallos es preciso que éstos lo consientan; pero el príncipe no hace caso de estas protestas, porque cree su derecho incontestable. Reúne enseguida multitud de hombres que no tienen nada que perder, los viste de grueso paño azul, les manda marchar a derecha e izquierda y se dirige con ellos a la gloria. Otros príncipes que oyen hablar de ese gran número de hombres puestos en armas toman también parte en su empresa, cada uno de ellos según su poder, y llenan una extensión del territorio de asesinos mercenarios, más numerosos que los que arrastraron en su séquito Gengis Kan, Tamerlán y Bayaceto.

Pueblos lejanos oyen decir que va a promoverse una guerra y que pagarán un sueldo a los que deseen tomar parte en ella, y en seguida se dividen en dos bandos, como los segado- res, y van a vender sus servicios al que quiera utilizarlos. Esas multitudes se encarnizan unas contra otras, no sólo sin tener interés alguno en la guerra, sino sin saber por qué se promueve. Se encuentran a la vez cinco o seis potencias beligerantes, unas veces tres contra tres, otras dos contra cuatro y alguna una contra cinco, detestándose, pero estando de acuerdo únicamente en una cosa, en causar todo el mal posible. Lo maravilloso de esta empresa infernal es que cada jefe de los asesinos hace bendecir sus banderas e invoca a Dios solemnemente antes de ir a exterminar a su prójimo. Cuando un jefe sólo tiene la fortuna de poder degollar a dos o tres mil hombres, no da las gracias a Dios, pero cuando consigue exterminar diez mil y destruir alguna ciudad, entonces manda cantar el Te Deum, una canción larga, dividida en cuatro partes, compuesta en lengua desconocida para todos los que pelearon, y llena de barbarismos. La misma canción sirve para celebrar los matrimonios, los nacimientos y los homicidios.

La religión natural impidió muchas veces que los ciudadanos cometieran crímenes. El alma bien nacida carece de voluntad y el alma tierna se asusta, y la conciencia hace representar a Dios justo y vengador; pero la religión artificial excita a cometer todas las crueldades que se cometen entre muchos, conjuraciones, sediciones, bandidajes, emboscadas, sorpresa de ciudades, saqueos y matanzas.

[1] Habitantes de Véies, antiguo pueblo dc Etruria.

Pagan en todas partes a algunos hombres que pronuncian discursos celebrando esas jornadas mortíferas, que entusiasman a la multitud.

Para colmo de nuestras desgracias, la guerra es una calamidad inevitable. Todos los hombres han adorado al dios Marte; Sabaoth significa para los judíos el dios de los ejércitos. El célebre Montesquieu, que goza fama de ser humano, dice, sin embargo, que es justo entrar a hierro ya fuego en los pueblos inmediatos, por temor de que nos perjudiquen los buenos negocios que realizan. Si éste es el espíritu de las leyes, éste es el de los Borgias y de Maquiavelo. Si desgraciadamente dice la verdad, debemos combatirla, aunque la prueben los hechos.

He aquí lo que dice Montesquieu: «Entre las sociedades, el derecho de defensa natural entraña algunas veces la necesidad del ataque, cuando un pueblo ve que una paz larga pondría a otro pueblo en estado de destruirlo, y cuando comprende que el ataque es en aquel momento el único medio de impedir su destrucción».

¿Cómo atacar en plena paz puede ser el único medio de evitar esa destrucción? Para creerlo así era preciso que estuvierais seguro de que el pueblo vecino os destruiría si llegara a ser poderoso. Para estar seguro, debíais ver que se ocupaba en los preparativos de vuestra perdición, y en este caso él es el que empieza la guerra: vuestra suposición es falsa y contradictoria. Es una guerra evidentemente injusta lo que proponéis, porque es ir a matar a vuestro prójimo por miedo de que éste llegue a estar en situación de atacaros, lo que equivale a decir que debéis aventuraros a arruinar vuestro país por la esperanza de arruinar sin motivo al país de otro, y este proceder ni es honrado ni es útil. Si vuestro vecino llega a ser demasiado poderoso durante la paz, ¿quién os impide ser tan poderoso como él? Si él contrajo alianzas, podéis contraerlas también. Si tiene pocos religiosos, y en cambio tiene muchos manufactureros y soldados, imitad su buen ejemplo. Si enseña mejor a sus marineros, enseñad mejor a los vuestros; todo esto es muy justo.

HOMBRE. La raza humana vive por término medio veintidós años, incluyendo a los que mueren en el pecho de las nodrizas y a los que arrastran hasta cien años los restos de una vida imbécil y miserable ([1]).

Es un hermoso apólogo el de la antigua fábula del primer hombre, que estuvo destinado al principio a vivir veinte años todo lo más, que en realidad quedaban reducidos a cinco, evaluando una vida con otra. El hombre estaba desesperado; tenía a su lado una oruga, una mariposa, un pavo real, un caballo, una zorra y un mono. Dirigiéndose a Júpiter, le dijo: «Prolonga mi vida; valgo más que todos estos animales, y es justo que mis hijos y yo vivamos muchos años para mandar a todas las bestias». «Con mucho gusto, -le contestó Júpiter- pero sólo tengo un número determinado de días para repartir entre todos los seres a los que concedí la vida. Sólo puedo darte más años quitándoselos a los demás; no creas que porque soy Júpiter soy infinito y todopoderoso, que para todo tengo medida. Puedo concederte algunos años más quitándoselos a esos seis animales que envidias, con la condición de que tendrás sucesivamente sus maneras de ser. El hombre será oruga, y como ella se arrastrará en su primera infancia; tendrá hasta los quince años la ligereza de la mariposa, y en su juventud la vanidad del pavo real. En la edad viril sufrirá tantos trabajos como el caballo; a los cincuenta años tendrá las astucias de la zorra, y en su vejez será feo y ridículo como un mono. Este es, por regla general, el destino del hombre.»

Hay que notar que, a pesar de las bondades de Júpiter, después de haber compensado a dicho animal, concediéndole veintidós o veintitrés años de vida, hablando generalmente, hay que quitarle todavía la tercera parte de esa cantidad por el tiempo que pasa durmiendo, en cuyo tiempo está como muerto, y sólo le quedan quince años. De esos quince hay que cercenar lo menos ocho, que son los que dura su infancia, que es como el vestíbulo de la vida. Le quedan, pues, siete años; de esos siete años, la mitad se consumen en dolores de todas clases; si calculamos tres años y medio que emplea en trabajar y en fastidiarse, ¿qué tiempo le queda para vivir?

[1] El término medio de la vida desde la época dc Voltaire. siglo XVIII. se ha modificado tan notablemente que en la actualidad se fija por encima dc los cuarenta y cinco años. triunfo que hay que atribuir al incesante esfuerzo de las ciencias médicas y sociológicas. *(N. del E.)*

Por desgracia, en la referida fábula Dios se olvidó de vestir al hombre, como vistió al mono, a la zorra, al caballo, al pavo real ya la oruga. La especie humana apareció con la piel rasa, y exponiéndola continuamente al sol, a la lluvia y al hielo llegó a verla agrietada, curtida y manchada. El macho, en nuestro continente, se vio desfigurado por los pelos que le cubrían todo el cuerpo, y que sin cubrirle le hicieron repugnante; su cara quedó escondida entre sus cabellos, su barba se convirtió en un terreno escabroso, en el que brotó un bosque de menudos tallos, cuyas raíces se dirigían hacia arriba y cuyas ramas se dirigían hacia abajo. En ese estado, y con semejante facha, ese animal se atrevió a pintar a Dios en cuanto aprendió a pintar.

La hembra, siendo más débil, llegó a ser más repugnante y más asquerosa en su vejez, que no hay ser que lo sea tanto como una mujer decrépita. En una palabra, sin sastres y sin costureras, los seres humanos no se hubieran atrevido nunca a presentarse unos delante de otros; pero antes de que conocieran los vestidos, antes de que supieran hablar, debieron transcurrir muchos siglos. Esto está probado; pero debe repetirse hasta la saciedad.

Es incomprensible que hayan hostigado y perseguido a un filósofo contemporáneo, al buen Helvetius, por haber dicho que si los hombres carecieran de manos no hubieran podido tejer tapices ni edificar casas. No parece sino que los que se hayan rebelado contra esa proposición posean el secreto de cortar piedra y de trabajar con los pies. El autor del excelente libro titulado Del espíritu, Helvetius, valía más que todos sus enemigos juntos; pero no he aprobado nunca ni los errores que contiene su libro ni las verdades triviales que proclama con énfasis. Me pongo de su parte públicamente porque veo que hombres absurdos le condenan por proclamar esas mismas verdades.

El Ser Supremo ha concedido al hombre el don de la razón, manos industriosas, cerebro capaz de generalizar las ideas, lengua expedita para expresarlas, y estos beneficios no los ha concedido a los demás animales.

El macho, por regla general, vive menos tiempo que la hembra, y es siempre mayor proporcionalmente. El hombre de mayor estatura tiene ordinariamente dos o tres pulgadas de altura más que la mujer más alta; su fuerza casi siempre es superior, es más ágil, y como sus órganos son más fuertes, es más capaz de prestar atención constante. Inventó él las artes, y no la mujer, y debemos considerar que no es el fuego de la imaginación, sino la meditación perseverante y la combinación de las ideas, el origen de la invención de las artes; como la pólvora, la imprenta, la relojería, etcétera.

La especie humana es la única que sabe que ha de morir, y sólo se lo enseña la experiencia. El niño que se educara solo y lo transportaran a una isla desierta no lo sabría, como no lo saben las plantas ni los animales.

Maupertuis, que era un hombre singular, dijo que el cuerpo humano es un fruto que está verde hasta la vejez y que lo madura la muerte. ¡Extraña madurez la de la podredumbre y de la ceniza! La cabeza de este filósofo sí que no está madura. El deseo de decir cosas nuevas hace decir cosas extravagantes.

Las principales ocupaciones de nuestra especie son la habitación, el alimento y el vestido; todo lo demás es accesorio, pero lo accesorio es lo que produjo infinidad de trastornos y de muerte.

Diferentes razas de hombres. Dijimos en otra parte que en el globo habitan diferentes razas de hombres, y manifestamos que el primer negro y el primer blanco que se encontraron debieron asombrarse al verse el uno al otro. Es también bastante verosímil que se hayan extinguido algunas especies de hombres y de animales por ser demasiado débiles. Por eso, sin duda, ya no se encuentran múrices, cuya especie la habrán devorado probablemente otros animales que aparecieron siglos después en las riberas donde se criaban esos pequeños mariscos.

San Jerónimo, en la Historia de los Padres del desierto, refiere que un centauro tuvo una conversación con San Antonio el ermitaño, y luego cuenta una entrevista mucho más larga que el mismo San Antonio tuvo con un sátiro. San Agustín, en su sermón treinta y tres, dice cosas tan extraordinarias como San Jerónimo. «Era yo obispo de Hipona cuando fui a la Etiopía con algunos servidores de Cristo para predicar allí el Evangelio. Vimos en aquel país muchos

hombres y mujeres sin cabeza, que tenían dos ojos grandes en el pecho, y encontramos en regiones más meridionales un pueblo cuyos habitantes no tenían más que un ojo en la frente, etcétera.»

Aparentemente, San Agustín y San Jerónimo hablaron de ese modo por economía; aumentaban las obras de la creación para manifestar mejor las obras de Dios; se proponían asombrar a los hombres contándoles fábulas, con la idea de que estuvieran más sumisos al yugo de Roma. Podemos ser muy buenos cristianos sin creer en los centauros, en hombres sin cabeza y con un solo ojo; pero no podemos dudar de que la estructura interior de un negro es diferente de la de un blanco, porque la red mucosa o grasosa es blanca en unos y negra en los otros.

Los albinos y los dariens, aquellos originarios de África y éstos del centro de la América, son tan diferentes de nosotros como los negros. Existen razas amarillas, rojas y grises. Dijimos ya en otra parte que los americanos son imberbes y no tienen pelos en el cuerpo, más que en las cejas y en la cabeza. Todos son igualmente hombres, como el abeto, la encina y el peral son igualmente árboles; pero el peral no nace del abeto, ni el abeto nace de la encina.

¿En qué consiste que en medio del mar Pacífico, en la isla de Tahití, los hombres son barbudos? Hacer esta interrogación equivale a preguntar por qué nosotros tenemos barba y los peruanos, los mejicanos y los canadienses no la tienen; es lo mismo que preguntar por qué los monos nacen con cola y por qué la naturaleza nos rehusó ese adorno.

Las inclinaciones y los caracteres de los hombres son tan diferentes como sus climas y como sus gobiernos. No pudo formarse nunca un regimiento de lapones ni de samoyedos, y los habitantes de la Siberia que viven cerca de aquellos son intrépidos soldados. No conseguiréis nunca que sean buenos granaderos ni un darien ni un albino; esto no consiste en que tengan ojos de perdiz, ni cabellos ni cejas de seda fina y blanca, consiste en que su cuerpo, y, por consiguiente, su valor, tiene extraordinaria debilidad. Sólo un ciego, pero ciego obstinado, puede negar la existencia de las diferentes especies.

Todas las razas de hombres han vivido siempre en sociedad. Todos los hombres que se han descubierto en los países más incultos y más salvajes viven en sociedad, como los castores, las hormigas, las abejas y otras muchas especies de animales.

No se ha encontrado nunca ningún país en el que vivan separados, en el que el macho se junte con la hembra sólo por casualidad y la abandone poco después por disgusto; en el que la madre desconozca a sus hijos después de haberlos criado; en el que se viva sin familia y sin ninguna especie de sociedad. Algunos graciosos de mal género, abusando de su ingenio, han aventurado la sorprendente paradoja de que el hombre fue creado para vivir solo como un lobo cerval, y que la sociedad depravó la naturaleza. Esto equivaldría a decir que los arenques fueron creados para nadar aisladamente en el mar, y por exceso de corrupción vienen en ejércitos desde el Océano Glacial hasta nuestras costas; esto equivale a decir que antiguamente las grullas volaban en el aire aisladas y que por violación del derecho natural adoptaron el partido de volar juntas.

Cada animal tiene su instinto propio; y el instinto del hombre, que fortifica la razón, le impulsa a vivir en sociedad, como le impulsa a comer ya beber. La sociedad no ha degradado al hombre; el alejamiento de ella es lo que le degrada. El que viviera absolutamente solo perdería pronto la facultad de pensar y la de expresarse, y llegaría a convertirse en bestia. El orgullo excesivo e imponente, que subleva contra el orgullo de los demás, puede arrastrar al alma melancólica a huir de los hombres; en este caso la depravada es ella, y se castiga a sí misma; su orgullo le proporciona su suplicio; la carcome en la soledad el despecho secreto de verse despreciada y olvidada y se condena a la más horrible esclavitud para ser libre.

Preciso es llegar a los límites de la locura para atreverse a decir «que no es natural que el hombre se ligue a la mujer durante los nueve meses de su embarazo; en cuanto satisface su apetito, dice el autor de estas paradojas, el hombre no necesita a esa mujer, ni la mujer a ese hombre; éste no tiene el menor cuidado, ni quizá la más remota idea de las consecuencias de su acto. El se va por una parte y ella por otra; y al cabo de nueve meses no conservan el recuerdo de

haberse conocido. ¿Por qué ha de ayudarla en el parto, por qué ha de contribuir a educar un hijo que no sabe si le pertenece?» ([1]) .

Esas ideas son execrables, pero afortunadamente son falsas. Si esa bárbara indiferencia fuera un verdadero instinto de la especie humana, lo hubiera manifestado siempre, por- que el instinto es inmutable. El padre abandonaría siempre a la madre y la madre abandonaría al hijo y habría menos hombres en el mundo que animales carnívoros; porque las fieras, mejor provistas, mejor armadas, poseen un instinto más rápido, medios más seguros, y tienen más seguro el alimento que la especie humana.

La naturaleza del hombre es diferente de como la pinta ese filósofo energúmeno. Exceptuando algunos bárbaros enteramente embrutecidos, los hombres más rudos aman por invencible instinto al niño que no ha nacido todavía, al vientre que lo encierra ya la madre, que redobla el cariño hacia el hombre de quien recibió en su seno el germen de un ser semejante a ella.

El instinto de los carboneros de la Selva Negra habla en ellos tan alto, y les induce tanto a querer a sus hijos, como el instinto de los pichones y de los ruiseñores les obliga a criar a sus pequeñuelos. Es perder el tiempo escribiendo esas necedades abominables.

El gran defecto de esos libros llenos de paradojas consiste en suponer la naturaleza de otro modo de como es. El mismo autor, enemigo de la sociedad como la zorra que no tenía cola y quería que todas sus compañeras se la cortasen, se expresa de ese modo en estilo magistral:

«El primero que después de cercar un terreno se atrevió a decir: Esto es mío, y encontró personas bastante cándidas para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Hubiera ahorrado al género humano crímenes, guerras, asesinatos, miserias y horrores el que, arrancando las estacas y cegando el foso, hubiera dicho a sus semejantes: "No creáis lo que dice ese impostor; os perderéis para siempre si olvidáis que los frutos son para todos y que la Tierra no pertenece a nadie"» ([1]) .

De modo que, según ese filósofo, un ladrón, un destructor , hubiese sido el salvador del género humano, y se debía castigar al hombre honrado que dijera a sus hijos: Imitemos a nuestro vecino, que ha cercado su campo, y no podrán destruirlo los animales nocivos, consiguiendo además hacerle fértil; trabajemos nuestro campo como él trabaja el suyo, nos ayudará y le ayudaremos, y cultivando cada familia su campo nos alimentaremos mejor, tendremos más salud y seremos menos desgraciados. Probaremos a establecer una justicia distributiva para vivir tranquilos, y valdremos más que las zorras y las garduñas, a las que ese filósofo extravagante quiere que nos parezcamos.

¿Esas palabras no serían más sensatas y más honradas que las del loco salvaje que deseaba que hubieran destruido el campo cultivado del hombre? ¿Qué clase de filosofía es esa que proclama ideas que el sentido común rechaza desde la China hasta el Canadá? ¿No es la filosofía de un pordiosero que desea que los pobres roben a los ricos, con la idea de estrechar más la unión fraternal entre los hombres?

Verdad es que si todos los valles, todos los bosques y todas las llanuras estuvieran llenas de frutos sabrosos y nutritivos sería imposible, injusto y ridículo custodiarlos. Si existen algunas islas en las que la naturaleza produzca sin esfuerzo los alimentos y todo lo necesario, vámonos a vivir en ellas lejos del fárrago de nuestras leyes; pero en cuanto lleguemos a poblarlas será preciso que nos ocupemos otra vez de lo tuyo y de lo mío, y de esas leyes, que muchas veces son malas, pero que sin embargo no podemos vivir sin ellas.

¿El hombre nació malo? Paréceme que está bastante bien probado que el hombre no nació perverso, porque si esa fuera su naturaleza cometería maldades y actos bárbaros en cuanto aprendiera a andar, y tomaría el primer cuchillo que encontrara a mano para herir al primero que le desagradara; sería como los lobeznos y como los hijuelos de las zorras, que muerden en cuanto

---

[1] Juan Jacobo Rousseau. *Discurso sobre el origen y los fundamento., de la desigualdad entre los hombres.*

[1] 1 Juan Jacobo Rousseau, *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres.*

pueden morder. El hombre, por el contrario, cuando es niño tiene en todo el mundo la pasibilidad del cordero. ¿Por qué y cómo, pues, se convierte con frecuencia en lobo y en zorra? ¿No consistirá esto en que, no naciendo bueno ni malo, la educación, el ejemplo, las circunstancias y la ocasión le inducen a la virtud o al vicio?

Quizá la naturaleza humana no pueda ser de otra manera. Quizá el hombre no pueda tener siempre pensamientos falsos y pensamientos verdaderos, afecciones siempre tiernas, ni siempre crueles. Parece que se haya demostrado que la mujer vale más que el hombre; encontraréis cien hermanos que sean enemigos por cada Clitemnestra.

Algunas profesiones convierten en implacable al hombre que las ejerce; por ejemplo, la profesión de soldado, de matarife, de arquero, de carcelero y todos los oficios que estriban en la desgracia ajena. El arquero, el alguacil, el carcelero sólo son felices haciendo desgraciados a los demás. Son necesarios para perseguir a los malhechores, y, bajo ese punto de vista, son útiles a la sociedad. Es curioso oírles hablar de sus proezas, contar el número de sus víctimas y las astucias que emplean para apoderarse de ellas, los perjuicios físicos y morales que les hacen sufrir y el dinero que les arrancan.

Todo aquel que se entera de los pormenores subalternos del foro, todo el que oye hablar a los procuradores familiarmente unos con otros y regocijarse de las miserias de sus clientes puede formar muy mala opinión de la naturaleza humana.

Existen profesiones más repugnantes, y que, sin embargo, son tan solicitadas como un canonicato. Existen profesiones que convierten en bribón al hombre honrado, que le acostumbran a mentir contra su voluntad, a engañar, sin darse cuenta apenas de que engaña; a ponerse una venda en los ojos, a abusar por el interés y la vanidad de su estado y sumergir sin remordimiento la especie humana en una ceguedad estúpida.

Las mujeres, ocupadas continuamente en educar a sus hijos y concretadas a los cuidados domésticos, están excluidas de esas profesiones que pervierten la naturaleza humana y la hacen perversa; en todas partes son menos bárbaras que los hombres. Su parte física se agrega a su parte moral para alejarlas de los grandes crímenes; su sangre es más dulce; por regla general les repugnan los licores fuertes, que inspiran la ferocidad. Prueba evidente de lo que estoy diciendo es que entre mil víctimas de la justicia, entre mil asesinos ejecutados, se encuentran apenas cuatro mujeres.

Creen algunos autores que nuestros Usos y nuestras Costumbres han hecho perversa al género masculino; si eso fuera regla general y sin excepción, esa especie sería más horrible que la de las arañas, la de los lobos y la de las garduñas; pero por fortuna son raras las profesiones que endurecen el corazón y le llenan de pasiones odiosas. Fijaos en que en una nación de veinte millones de almas hay todo lo más doscientos mil soldados; un soldado por cada cien individuos; el freno de la disciplina más severa contiene a los doscientos mil soldados y entre ellos hay gentes muy honradas que regresan a sus pueblos y que terminan la vida siendo buenos padres y buenos maridos. Los demás oficios peligrosos para las costumbres son muy escasos en número. Los labradores, los artesanos y los artistas están demasiado ocupados para entregarse al crimen con frecuencia. En el mundo existirán siempre perversos detestables; los libros exageran siempre su número, que, aunque es excesivo, es en cantidad menor de lo que se dice.

Del hombre en el estado de pura naturaleza. ¿Qué sería el hombre si viviera en el estado que se llama de pura naturaleza? Un animal muy inferior a los primeros iroqueses que encontramos en el norte de América; inferior, porque éstos sabían encender el fuego y construir flechas, y ha sido preciso que pasaran algunos siglos para hacer esas dos cosas.

El hombre abandonado a la naturaleza no tendría más idioma que algunos sonidos mal articulados; su especie quedaría reducida a un insignificante número por la dificultad que encontraría para alimentarse y por la carencia de ayuda, al menos en nuestros tristes climas. Ignoraría el conocimiento de Dios y el del alma, como ignoraría las matemáticas, y no tendría más idea que buscar cómo alimentarse; sería inferior a la especie de los castores.

En ese estado el hombre sólo sería un niño robusto, y todavía se encuentran seres de la especie humana que casi no han pasado de ese estado primitivo. Los lapones, los samoyedos, los

habitantes del Kamchatka, los cafres, los hotentotes son, respecto al hombre en estado de pura naturaleza, lo que eran antiguamente las cortes de Ciro y Sémiramis comparadas con los habitantes de las Cévennes, y sin embargo, los habitantes del Kamchatka y los hotentotes de nuestros días, que son superiores al hombre enteramente salvaje, son animales que viven seis meses del año en cavernas, en las que comen a todo pasto gusanos, que más tarde se los comerán a su vez. Hablando en tesis general, la especie humana sólo tiene dos o tres grados más de civilización que los salvajes del Kamchatka. La multitud de brutos que se llaman hombres, comparada con el escaso número de los que piensan, está en la proporción de ciento por uno en muchas naciones. Es cosa curiosa contemplar por una parte al padre Malebranche entretenido en conversar familiarmente con el Verbo, y por otra millones de animales semejantes a él, que nunca han oído hablar del Verbo, y que no conocen ni una idea metafísica. Entre los hombres de puro instinto y los hombres de genio flota un número inmenso que se ocupa únicamente de subsistir.

La subsistencia cuesta trabajos tan prodigiosos, que con frecuencia es necesario que en el norte de América, el hombre, que es imagen de Dios, ande cinco o seis leguas para poder comer, y en nuestro clima es preciso que la imagen de Dios riegue la tierra con sus sudores todo el año para conseguir tener pan. Añadid al pan, o a su equivalente, una cabaña y un mal vestido y tendréis lo que es el hombre en general desde un extremo a otro del Universo, y para ser así han tenido que transcurrir multitud de siglos.

Pasando algunos siglos más la civilización llegó al estado en que la encontramos. Aquí Se representa una tragedia con música, allí se traba un combate naval en el que se disparan cañones de bronce. La ópera y los buques de guerra asombran siempre mi imaginación, y dudo que pueda irse más allá en ninguno de los globos que están sembrados en el infinito. Esto no obstante, más de la mitad del mundo habitable está poblado todavía de animales bípedos que viven en un estado muy próximo al de la pura naturaleza, que no saben más que comer y vestirse, que apenas gozan del don de la palabra, que no conocen que son desgraciados, que viven y mueren sin saberlo.

IGLESIA. Compendio de la historia de la Iglesia cristiana. No pretendemos sondear las profundidades de la teología; Dios nos preserve de ello. Nos satisfacemos con tener humilde fe, y no haremos más que referir .

En los primeros años que siguieron a la muerte de Jesucristo, Dios y hombre, contaban los hebreos con nueve escuelas o, lo que es lo mismo, con nueve sociedades religiosas. Componían estas sociedades los fariseos, los saduceos, los esenios, los judaítas, los terapeutas, los herodinos, los recabitas, los discípulos de Juan y los discípulos de Jesús, que se llamaban los hermanos, los galileos, los fieles, los cuales sólo tomaron el nombre de cristianos en Antioquia en el año 60 de la era vulgar, y que guiaba Dios secretamente por caminos desconocidos para los hombres.

Los fariseos creían en la metempsicosis, los saduceos negaban la inmortalidad del alma y la existencia de los espíritus, y, sin embargo, permanecían fieles al Pentateuco. Plinio el naturalista llama a los asenios «gens aeterna in qua nemo nascistur», familia eterna en la que nadie nace, porque los asenios se casaban muy rara vez. Esta definición se aplicó más tarde a los frailes.

Es difícil de averiguar si Flavio Josefo se refiere a los asenios o a los judaítas cuando dice: «No hacen caso de las desgracias del mundo; con su constancia triunfan de los tormentos, j prefieren la muerte a la vida, cuando reciben aquélla por un motivo honroso. Resisten al hierro y al fuego, consintiendo que les rompan los huesos antes que proferir la menor palabra contra su legislador y antes que comer alimentos prohibidos». Parece que ese retrato debe ser el de los judaítas y no el de los esenios, si nos fijamos en estas palabras del mismo Josefo: «Judas fue el inventor de una nueva secta, distinta de la de los saduceos, de la de los fariseos y de la de los esenios. Los que pertenecen a esta secta son judíos de nación, viven juntos y consideran como un vicio la voluptuosidad». El sentido natural de esta frase hace creer que el autor se refiere a los judaítas. Sea de esto lo que fuere, fueron conocidos los judaítas antes que los discípulos de Cristo empezaran a formar un partido considerable en el mundo. Autores hay que los creen herejes y que adoraban a Judas Iscariote.

Los terapeutas constituían una sociedad diferente de la de los esenios y de la de los judaítas, y se parecían a los gimnosofistas de las Indias ya los brahmanes. «Se extasían -dice Filón- en arrebatos de amor celeste que les dan el entusiasmo de las bacantes y de los coribantes y que los sume en el estado de contemplación que desean. Esta secta nació en Alejandría, donde pululaban los judíos, y se extendió mucho por Egipto.»

Los recabitas subsisten todavía ([1]) . Hacían voto de no beber nunca vino y quizá de esta secta se aprovechó Mahoma para prohibir el vino a los musulmanes.

Los herodianos creían que Herodes, primero de este nombre, era un Mesías, un enviado de Dios, porque reedificó el templo, y consta que los judíos celebraban su fiesta en Roma en la época de Nerón. Los discípulos de Juan Bautista se extendieron por Egipto, pero mucho más por la Siria, por la Arabia y por el golfo Pérsico. Actualmente les llaman cristianos de San Juan, y también los hubo en el Asia Menor. Las Actas de los apóstoles refieren que Pablo, encontrando muchos de esos cristianos en Efeso, les preguntó: «¿Habéis recibido el Espíritu Santo?». y ellos le respondieron: «Ni siquiera hemos oído decir que existe un Espíritu Santo». Pablo les replicó entonces: «¿Qué bautismo habéis recibido, pues?». y ellos le contestaron: «El bautismo de Juan».

Esto no obstante. los cristianos, como es sabido, pusieron los cimientos de la única religión verdadera. El que más contribuyó a fortalecer esta sociedad naciente fue el mismo Pablo, que con la mayor rabia lo había perseguido. Pablo nació en Tarso y fue educado por el famoso doctor fariseo llamado Gamaliel, discípulo de Hillel. Los judíos opinan que riñó con Gamaliel porque éste se negó a casarlo con su hija. Se ven indicios de esta anécdota en las Actas de Santa Tecla. Esas actas dicen que tenía la frente ancha, la cabeza calva, la cejas juntas, la nariz aguileña, la talla corta y gruesa y las piernas torcidas. Luciano, en su Diálogo de Philopatris, hace un retrato parecido. Dúdese de que fuera ciudadano romano, porque en aquella época no se concedía ese título a los judíos, que Tiberio expulsó de Roma, y Tarso no fue colonia romana hasta cien años después, durante el imperio de Caracalla, como lo hace constar Cellarius en su Geografía, libro tercero, y Grocio en su Comentario de las actas.

Dios, que descendió al mundo para presentar el ejemplo de la humildad y de la pobreza, dio a su Iglesia los más débiles principios y la dirigió en el estado de humillación en el que El se dignó nacer. Todos los primitivos fieles eran hombres desconocidos y que se ganaban la vida con el trabajo de sus manos. El apóstol San Pablo se dedicaba a tejer telas para hacer tiendas. La asamblea de los fieles se reunía en Joppé, en casa de un zurrador llamado Simón, según consta en el capítulo IX de las Actas de los apóstoles.

Los fieles se esparcieron secretamente por Grecia y algunos desde allí fueron a Roma, a vivir entre los judíos, a los que los romanos permitían una sinagoga. Al principio no se separaron de los judíos, como éstos siguieron la práctica de la circuncisión y los quince primeros obispos secretos que hubo en Jerusalén fueron circuncidados o, por lo menos, pertenecieron a la nación judía.

Cuando el apóstol Pablo se llevó a Timoteo, que era hijo de padre gentil, le circuncidó él mismo en la pequeña ciudad de Listre. Tito, que era el otro discípulo de San Pablo, no quiso someterse a la circuncisión. Los hermanos discípulos de Jesús permanecieron unidos a los judíos hasta la época en que Pablo fue perseguido en Jerusalén por introducir extranjeros en el templo. Le acusaron los judíos de que quería destruir la ley mosaica que dictó Jesucristo. Por lavarse de esta acusación, le propuso el apóstol Santiago que se hiciera rapar la cabeza y que fuera a purificarse en el templo con cuatro judíos que habían hecho voto de raparse. «Buscadlos -le dice Santiago en las Actas de los apóstoles-, purificaos con ellos y que sepa todo el mundo que es falso lo que os atribuyen y que continuáis observando la ley de Moisés.» De este modo, Pablo, que empezó por perseguir sanguinariamente las sociedades santas que estableció Jesús, que luego quiso dirigir esta sociedad naciente, siendo ya cristiano se judaiza, para que el mundo sepa que le calumnian diciendo que no observa la ley mosaica. También le acusaron de impiedad y de

[1] Los recabitas datan de muy antiguo. Descienden dc Jonadab. hijo dc Rechab, amigo de Jchú Hacían voto de vivir en tiendas. como nómadas. Cuando la invasión dc Nabucodonosor se refugiaron en Jerusalén.

herejía, y duró mucho tiempo el proceso criminal incoado contra él; pero se ve con claridad, hasta en las acusaciones, que fue a Jerusalén para observar los ritos judaicos. Dice a Festas estas palabras: «No he pecado ni contra la ley judía ni contra el templo».

Los apóstoles anunciaban a Jesucristo como un hombre justo indignamente perseguido, como un profeta, como un hijo de Dios, que éste envió a los judíos para reformar sus costumbres. «La circuncisión es útil -dice el apóstol San Pablo en su epístola a los romanos-, si observáis la ley; pero si la infringís, vuestra circuncisión se convierte en prepucio. Si un incircunciso cumple la ley, se debe considerar circuncidado. El verdadero judío lo es interiormente.»

Cuando dicho apóstol habla de Jesucristo en sus Epístolas, no revela el misterio inefable de su consubstancialidad con Dios. «Nos libró él de la cólera de Dios. El don de Dios se ha difundido entre nosotros por la gracia concedida a un solo hombre, que es Jesucristo. La muerte reina por el peca- do de un solo hombre, y los justos reinarán en la vida por un solo hombre, que es Jesucristo. Nosotros somos los herederos de Dios y los coherederos de Cristo. Todo está sujeto, exceptuando Dios, que ha sujetado todas las cosas.»

La sabiduría de los apóstoles fundó la Iglesia naciente, que no consiguió destruir la acalorada disputa que tuvieron en Antioquia. El apóstol Pedro comía con los gentiles con- vertidos, sin observar con ellos las ceremonias de la ley ni distinguir de carnes; comía con Bernabé y con otros discípulos, lo mismo carne de cerdo que carnes ahumadas que animales; pero cuando llegaron allí muchos judíos cristianos, San Pedro se abstuvo con ellos de comer alimentos prohibidos y practicó las ceremonias de la ley mosaica. Su conducta fue muy prudente, no queriendo escandalizar a sus compañeros loS judíos cristianos, pero San Pablo le respondió con rudeza: «Lo reprendí -dice- porque su proceder fue vituperable».

La severidad de San Pablo parece indisculpable, porque siendo al principio perseguidor de los cristianos, debía haber sido más transigente; cuando él mismo fue a sacrificar en el templo de Jerusalén, había circuncidado a su discípulo Timoteo y había observado los ritos judíos, que entonces reprochaba a San Pedro, San Jerónimo opina que fue fingida la cuestión que medió entre Pablo y Pedro. En su primera Homilía dice que esos dos apóstoles obraron como dos abogados que se calientan y que se combaten uno a otro en el foro para adquirir más autoridad entre sus clientes; que dedicándose Pedro a predicar a los judíos y Pablo a predicar a los gentiles, fingieron esa cuestión. Pablo para atraerse a los gentiles y Pedro para atraerse a los judíos. San Agustín no es de esta opinión. Esta disputa entre San Jerónimo y San Agustín no debe disminuir la veneración que les tenemos, ni mucho menos la devoción que nos inspiran San Pablo y San Pedro. Por lo demás, si Pedro se dedicaba a los cristianos judaizantes y Pablo a los extranjeros, parece probable que Pedro no fuera a Roma. Las Actas de los apóstoles no mencionan el viaje de Pedro a Italia.

Hacia el año 60 de la era vulgar los cristianos empezaron a separarse de la comunión judía, y esta separación les proporcionó muchos disgustos y muchas persecuciones de las sinagogas que había establecidas en Roma, en Grecia, en Egipto y en Asia. Les acusaron sus hermanos judíos de impiedad y de ateísmo, y los excomulgaron en sus sinagogas tres veces todos los sábados, pero Dios los sostuvo siempre que fueron perseguidos.

Poco a poco llegaron a formarse muchas iglesias y se separaron completamente los judíos de los cristianos, antes de terminar el siglo I. Ni el Senado de Roma ni los emperadores se inmiscuyeron en las cuestiones del reducido rebaño que hasta entonces en la oscuridad había dirigido Dios.

El cristianismo se estableció en Grecia y en Alejandría. Los cristianos tuvieron allí que combatir una nueva secta de judíos que se convirtieron en filósofos por el frecuente trato que tenían con los griegos; esta secta fue la de los gnósticos. Las sectas que hemos enumerado gozaban entonces de completa libertad para dogmatizar, para hablar y para escribir, cuando a los corredores judíos que estaban establecidos en Grecia y en Alejandría no los acusaban los magistrados, pero en la época de Domiciano la religión cristiana empezó a proyectar alguna sombra de gobierno.

El celo de algunos cristianos, aunque contrariaba a la ciencia, no impidió que la Iglesia hiciera los progresos que Dios le tenía marcados. Los cristianos celebraban al principio sus misterios en casas retiradas y en cuevas durante la noche, y de esto provino que les llamaran lucifugaces, como dice Minuncius Félix. Los gentiles les llamaban en los cuatro primeros siglos galileos y nazarenos, pero el nombre de cristianos fue el que prevaleció.

No se establecieron de repente ni la jerarquía ni los usos y los tiempos apostólicos fueron muy diferentes de los tiempos sucesivos. La misa, que se celebra por la mañana, era la cena que verificaban por la tarde, y los usos cambiaron a medida que la Iglesia fue fortificándose. Cuando fue una sociedad más extensa necesitó tener más reglamentos, y la prudencia de los pastores se conformó con los tiempos y con los lugares.

San Jerónimo y Eusebio refieren que cuando las iglesias adquirieron forma, poco a poco fueron distinguiéndose en ellas cinco órdenes diferentes: los vigilantes, episcopoi, de donde provinieron los obispos; los antiguos de la sociedad, presbyteroi, esto es, los sacerdotes; diaconoi, esto es, los diáconos; pistoy, esto es, los iniciados, que eran bautizados, que tomaban parte en las cenas de los ágapes; los catecúmenos, que eran los que' esperaban el bautismo, y los energúmenos, que eran los que esperaban que los librasen del demonio. Ninguna de las cinco órdenes se diferenciaba en traje, ninguna estaba obligada a ser célibe, y de esto es testimonio el libro que Tertuliano dedicó a su mujer, y de esto son testigos los apóstoles. No tuvieron símbolos ni imágenes en pintura ni en escultura en sus asambleas durante los primeros siglos; ni altares ni cirios ni incienso ni agua lustral; los cristianos ocultaban a los iniciados y no se permitía a los catecúmenos ni recitar la oración dominical.

Del poder de expulsar los diablos concedido a la Iglesia. Lo que distinguía a los cristianos, distinción que ha durado casi hasta nuestros días, era el poder de expulsar los diablos haciendo el signo de la cruz. Orígenes, en su tratado contra Celso confiesa que Antinous, al que divinizó el emperador Adriano, realizaba milagros en Egipto por medio de encantamientos y de prestigios, y añade que los diablos salen del cuerpo de los poseídos cuando se pronuncia el nombre de Jesús.

Tertuliano va más lejos, y desde el fondo del Asia, donde se encontraba, escribe en su Apologética: «Si vuestros dioses no confiesan que son diablos en presencia de un verdadero cristiano, facultamos para que derraméis la sangre de ese cristiano». ¿Puede darse demostración más clara?

Efectivamente, Jesucristo envió sus apóstoles para que expulsaran los demonios. Los judíos también tuvieron en su época el don de expulsarlos, porque cuando Jesús libró a los poseídos y envió a los diablos a que se metieran en los cuerpos de un rebaño de dos mil cerdos y operó tres curaciones parecidas, los fariseos dijeron: «Expulsa los demonios por el poder de Belcebú». «Si yo los expulso por Belcebú -les respondió Jesús-, ¿por qué poder los expulsan vuestros hijos?». Es incontestable que los judíos se jactaban de ese poder, tenían exorcismos, invocaban el nombre de Dios, de Jacob y de Abraham, y metían hierbas consagradas en las narices de los demonios. El poder de expulsar los diablos, que los judíos perdieron, fue transmitido a los cristianos, que desde algún tiempo acá parece que también lo han perdido.

En el poder de expulsar las demonios estaba comprendido el de destruir las operaciones de la magia, porque la magia estuvo en vigor en todas las naciones antiguas. Así lo atestiguan los padres de la Iglesia. San Justino confiesa que se evocan con frecuencia las almas de los muertos y de estos hechos saca un argumento para defender la inmortalidad del alma. Lactancio dice que «el que se atreviera a negar la existencia de las almas después de la muerte de los cuerpos, le convencería de ello el mago haciéndolas aparecer». Ireneo, Clemente, Tertuliano y el obispo Cipriano afirman lo mismo. Verdad es que en la actualidad todo ha cambiado y que ya no hay demoníacos ni magos, pero Dios es muy dueño de avisar a los hombres por medio de prodigios en ciertos tiempos, y de hacerlos cesar en otros.

De los mártires de la Iglesia. Cuando las sociedades cristianas llegaron a ser numerosas y combatieron el culto del imperio romano, los magistrados se irritaron contra ellas y los pueblos las persiguieron. No persiguieron a los judíos que gozaban de privilegios y que se encerraron en

sus sinagogas, permitiéndoles el ejercicio de su religión, como sucede en nuestros días en Roma. Los cristianos, declarándose enemigos de todos los cultos, y sobre todo del culto del imperio, se vieron expuestos muchas veces a sufrir pruebas crueles.

Uno de los primeros y más célebres mártires fue Ignacio, obispo de Antioquia, que sentenció el emperador Trajano, estando aquél en Asia, y le hizo venir a Roma para arrojarle a las fieras, en una época en que no mataban en Roma a los demás cristianos. No se sabe precisamente de qué le acusaron ante dicho emperador, que gozaba fama de ser clemente; sin duda, San Ignacio tendría terribles enemigos. Sea de esto lo que fuere, la historia de su martirio refiere que le encontraron el nombre de Jesucristo grabado sobre su corazón con letras de oro, y por esto los cristianos en algunas partes adoptaron el nombre de Teóforos, que Ignacio se daba a sí mismo. Conservamos una carta suya [1], en la que ruega a los obispos y a los cristianos que no se opongan a su martirio, ya porque entonces los cristianos fueran bastante poderosos para impedirlo, ya porque algunos de ellos tuvieran bastante influencia para conseguir su perdón. Es digno de notarse que consintieron que los cristianos de Roma salieran a recibirle cuando lo llevaron a dicha ciudad, y esto prueba que en él castigaban la persona y no la secta.

Las persecuciones no fueron continuas. Orígenes, en su libro tercero contra Celso, dice: «Pueden contarse fácilmente los cristianos que murieron por la religión, porque fueron pocos, de tiempo en tiempo, y por intervalos.»

Dios vigiló tanto a su Iglesia que, a pesar de los enemigos de ésta, pudo conseguir que celebrara cinco concilios en el primer siglo, dieciséis en el segundo y treinta en el tercero; esto es, en asambleas secretas, pero toleradas. Estas sólo se prohibieron cuando la falsa prudencia de los magistrados temió que provocaran tumultos. Conservamos pocos procesos de los procónsules y de los pretores que condenaron a muerte a los cristianos. Estas serian las únicas actas que pudieran hacer constar los motivos de las acusaciones de los cristianos y sus suplicios.

Conservamos un fragmento de Dionisio de Alejandría. en el que refiere el extracto del archivo de un procónsul en Egipto, de la época del emperador Valeriano. que dice lo siguiente: «Recibidos en audiencia Dionisio, Fausto, Máximo, Marcelo y Queremón, el prefecto Emiliano les dijo: "Pudisteis convenceros por las conferencias que hemos tenido y por cuanto os he escrito de las bondades que con vosotros han tenido nuestros príncipes, y quiero volver a repetiros que vuestra salvación depende de vosotros mismos. Sólo os piden una cosa, que debe exigirse de toda persona razonable: que adoréis a los dioses protectores del imperio, abandonando un culto que es opuesto a la naturaleza y al buen sentido". Dionisio respondió: "Se rinde culto a diferentes dioses, y cada uno adora al que cree que es el único verdadero". El prefecto Emiliano replicó: "Sois unos ingratos que abusáis de la bondad del emperador; por lo tanto, no continuaréis viviendo en esta ciudad y, desde ahora, os envío a Cefro, que está situado en el centro de la Libia; éste es el sitio de vuestro destierro y ésta es la orden que he recibido de los emperadores, y os advierto que no os permito que celebréis allí ninguna reunión ni que vayáis a rezar a los sitios que llamáis cementerios; esto está absolutamente prohibido y os aseguro que no se lo consentiré a nadie"".

Presenta todos los caracteres de la verdad ese proceso verbal, que nos da a conocer que hacía tiempo que estaban prohibidas las asambleas de los cristianos. De ese mismo modo se prohibió en Francia reunirse a los calvinistas y algunas veces ahorcaron y enrodaron a ministros ya predicantes que celebraron estas asambleas contra la voluntad de la ley. De ese mismo modo en Inglaterra y en Irlanda se prohíben las reuniones a los católicos romanos, y algunas veces los delincuentes son sentenciados a muerte.

A pesar de esas prohibiciones de las leyes romanas, Dios inspiró indulgencia para los cristianos a muchos emperadores. El mismo Diocleciano, que los ignorantes creen perseguidor sañudo, fue durante más de ocho años el protector del cristianismo, hasta el extremo que varios cristianos obtuvieron des- tinos principales en su mismo palacio. Se casó con una cristiana y consintió que en Nicomedia, que era el sitio de su residencia, se edificara una hermosa iglesia

---

[1] Dupin, en su *Biblioteca Eclesiástica.* prueba que esta carta es auténtica.

frente a frente de su palacio. El césar Galerio, enconado contra los cristianos, es el que comprometió a Diocleciano a destruir la catedral de Nicomedia. Un cristiano, más entusiasta que prudente, hizo pedazos el edicto del emperador, y de este hecho nació la famosa persecución en la que perdieron la vida más de doscientas personas en el imperio romano, sin contar las que el furor del populacho, que siempre es fanático, mató, sin observar las formas jurídicas.

Hubo en diversas épocas tan gran número de mártires, que casi es imposible conocer el verdadero número, porque en la historia aparecen mezcladas las fábulas y los martirios. El benedictino dominico Ruinart, por ejemplo, tan instruido como apasionado por su causa, hubiera podido escoger con más discreción sus Actas sinceras. No basta que un manuscrito que se saque de la abadía de San Benito o del convento de celestinos de París esté conforme con un manuscrito de los fuldenses para que esa acta sea auténtica: se necesita para esto que esa acta sea antigua, que esté escrita' por contemporáneos y que encierre todos los caracteres de la verdad.

El referido benedictino pudo muy bien omitir la aventura que aconteció al joven Romanus en el año 303. Romanus recibió el perdón de Diocleciano en Antioquia y, sin embargo, dice el citado monje que el juez Asclepiade le sentenció al suplicio de la hoguera; los judíos que presenciaron este espectáculo se burlaron del joven San Romanus, y reprocha- ron a los cristianos que Dios consentía dejar que se quema- sen, cuando libró del fuego del horno a Sidrac, a Misac ya Abdenago; que en seguida, estando el tiempo sereno, se movió una tempestad que apagó el fuego; que entonces el juez mandó cortar la lengua del joven San Romanus; que el primer médico del emperador, que estaba presente, desempeño oficiosamente la función de verdugo, y le cortó la lengua hasta la raíz; que el emperador se sorprendió de que pudiera hablar también sin lengua, y que el médico, para repetir el experimento, cortó en seguida la lengua a un transeúnte que se quedó muerto en el acto. Eusebio, de quien el benedictino copió el referido cuento, debía respetar más los milagros que se realizan en el Antiguo Testamento, de los que nadie duda, y no aumentarlos con historias tan inverosímiles, que pueden escandalizar a los hombres de escasa fe.

La referida persecución no se extendió por todo el imperio. Existieron entonces en Inglaterra algunos partidarios del cristianismo que se eclipsaron muy pronto, para reaparecer en la época de los reyes sajones. Las Galias meridionales y España estaban llenas de cristianos. El césar Constancio los protegió en todas sus provincias; tuvo una concubina cristiana, que fue la madre de Constantino, y que fue conocida por Santa Elena; no se comprobó nunca que se casara con ella, y la repudió en el año 292, cuando se casó con la hija de Maximino Hércules; pero siempre tuvo gran ascendiente sobre él y consiguió inspirarle afecto hacia nuestra santa religión.

Del establecimiento de la Iglesia en la época de Constantino. Constantino Cloro murió en el año 306 en York, cuando los hijos que tuvo de la hija de un césar eran pequeños y no podían pretender el imperio. Constantino consiguió que le eligieran para ese elevado cargo en York cinco o seis mil soldados alemanes, galos e ingleses. Era inverosímil que pudiera prevalecer esta elección, que se hizo sin el consentimiento de Roma, ni del Senado, ni de los ejércitos; pero Dios le hizo vencer a Majencio, que era el emperador elegido en Roma, y consintió en que se librara de todos los pretendientes, porque, como ya sabemos, hizo morir a sus próximos parientes, a su mujer ya su hijo.

No puede dudarse de lo que sobre esto refiere Zósimo. Dice que Constantino, agitado por los remordimientos que le produjeron sus crímenes, preguntó a los pontífices del imperio si podría expiarlos, y ellos le contestaron que no era posible. Verdad es que tampoco había expiación posible para Nerón, y que no se atrevió a asistir a los sagrados misterios en Grecia. Esto, no obstante, estaban en uso los tauróbolos ([1]) , y es difícil de creer que un emperador todopoderoso no encontrara un solo sacerdote que le permitiera hacer sacrificios expiatorios. Quizá es menos creíble todavía que Constantino, preocupado con la guerra, con su ambición y con sus proyectos, y rodeado de aduladores, tuviera tiempo para sentir remordimientos. Zósimo añade que un sacerdote egipcio que vino de España, y que tenía entrada en palacio, le prometió la expiación de

[1] *Tauróbolo* : sacrificio de un toro a Cibeles.

todos sus delitos si se consagraba a la religión cristiana. Se presume que ese sacerdote fue Ozius, obispo de Córdoba. Lo cierto es que Dios reservó a Constantino para que fuera el protector de la Iglesia.

Constantino hizo edificar la ciudad de Constantinopla, que convirtió en el centro del imperio y de la religión cristiana. Entonces, la Iglesia adquirió forma augusta, y es de creer que, purificado por el bautismo y arrepintiéndose a la hora de su muerte, obtendría la misericordia celeste, aunque murió rió siendo arriano; sería muy duro que todos los partidarios de los dos obispos Eusebios se hubieran condenado.

Desde el año 314, antes de que Constantino residiera en su nueva ciudad, los que habían perseguido a los cristianos con crueldad fueron castigados por éstos. Los cristianos arrojaron a la mujer de Maximino en el Oronte, degollaron a todos sus parientes y mataron en Egipto y en Palestina a los magistrados que eran contrarios al cristianismo. Reconocieron a la viuda ya la hija de Diocleciano, que estaban escondidas en Salónica, y las echaron al mar. Hubiera sido loable que los cristianos no hubieran dado oídos al espíritu de venganza, pero Dios, que castiga según su justicia, permitió que las manos de los cristianos se mancharan con la sangre de sus perseguidores en cuanto los cristianos pudieron obrar con libertad.

Constantino convocó y reunió en Nicea, frente a frente de Constantinopla, el primer concilio ecuménico, que presidió Ozius; en él se decidió la gran cuestión que tenía agitada la Iglesia sobre la divinidad de Jesucristo; sabido es que la Iglesia, después de pelear trescientos años contra los ritos del imperio romano, peleó luego consigo mismo y fue siempre militante y triunfante.

Con el transcurso del tiempo, la Iglesia griega, casi por completo, y toda la Iglesia de África quedaron esclavas primero de los árabes y después de los turcos, que fundaron la religión mahometana sobre las ruinas del cristianismo. La Iglesia romana subsistió, pero manchada de sangre durante más de seiscientos años de discordias entre el imperio de Occidente y el sacerdocio. Las mismas discordias le hicieron poderosa. Los obispos y los abates, en Alemania, se convirtieron en príncipes, y los papas adquirieron poco a poco el dominio absoluto en Roma y en un territorio considerable. Dios puso a prueba su Iglesia con las humillaciones, con las perturbaciones, con los delitos y con el esplendor.

La Iglesia latina perdió en el siglo XVI la mitad de Alemania, Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Escocia e Irlanda, la mejor parte de Suiza y Holanda; ganó más territorio en América con las conquistas de los españoles que había perdido en Europa, pero teniendo más territorio tiene menos vasallos.

La Providencia divina parece que haya destinado el Japón, Siam, la India y la China a someterse a la obediencia del Papa, para recompensar a éste de haber perdido el Asia Menor, la Siria, Grecia, el Egipto, África, Rusia y otros Estados. San Francisco Javier, que introdujo el Santo Evangelio en las Indias Orientales y en el Japón, cuando los portugueses fueron allí a comerciar, realizó gran número de milagros que prueban los padres jesuitas, entre otros, el de resucitar nueve muertos, aunque el padre Ribadeneyra, en el Flos sanctorum. se limita a decir que sólo resucitó cuatro. Quiso la Providencia que en menos de cien años se reunieran millares de católicos romanos en las islas del Japón, pero el diablo sembró la cizaña entre el buen grano. Créese que los jesuitas fraguaron una conjura, a la que siguió una guerra civil, que exterminó a los cristianos en el año 1628. Entonces, la nación cerró sus puertas a todos los extranjeros, menos a los holandeses, que consideraron como comerciantes y no como cristianos. La religión católica, apostólica, romana se proscribió en la China no hace mucho tiempo, pero con menos crueldad. Los jesuitas no habían resucitado muertos en la corte de Pekín, como lo hicieron en el Japón, contentándose con enseñar allí astronomía y con ser mandarines. Las disputas y cuestiones que tuvieron con los dominicos y con otros misioneros escandalizaron tanto al emperador Yong-tching, que, siendo éste justo y bondadoso, fue bastante ciego para no permitir que se enseñara la santa religión en su imperio, ya que los misioneros no podían entenderse, y los expulsó de allí con bondad paternal, suministrándoles subsistencias y carruajes hasta los límites de su imperio.

Toda el Asia, toda el África, la mitad de Europa, todos los países que pertenecen a los ingleses ya los holandeses en América, todas las hordas americanas no domadas, todas las tierras

australes, que ocupan una quinta parte del globo, están bajo el poder del demonio, sin duda para comprobar estas santas palabras: «Son muchos los llamados y pocos los escogidos».

De la significación de la palabra Iglesia. Es una palabra griega que significa asamblea del pueblo. Cuando tradujeron del griego los libros hebreos pusieron sinagoga por iglesia y usaron de la misma palabra para expresar la sociedad judía. la congregación política. la asamblea judía y el pueblo judío. Por eso se dice en el libro de los Números: «¿Por qué habéis llevado la Iglesia al desierto?», y en el Deuteronomio: «El eunuco, el moabita, el amonita, no entrarán en la Iglesia; los idumeos y los egipcios no entrarán en la Iglesia hasta la tercera generación».

Jesucristo dice en el Evangelio de San Mateo: «Si vuestro hermano peca contra vos, o lo que es lo mismo, os ofende, reprendedle en secreto, presentaos ante él con dos testigos, con la idea de que todo se ponga en claro ante ellos, y si él no les hace caso, quejaos de él ante la asamblea del pueblo, ante la Iglesia, y si no hace caso de la Iglesia, considéresele como a gentil o como a recaudador de tributos. Os digo en verdad que todo lo que hayáis atado en el mundo, será atado en el cielo, y lo que hayáis desatado en la tierra, en el cielo será desatado».

Se trata en este caso de un hombre que ha ofendido a otro y persiste en ofenderlo. No podían hacerle comparecer ante la asamblea, esto es, ante la Iglesia cristiana, porque entonces no existía aún; no podían juzgar a ese hombre, cuyo compañero se quejaba de él, ni el obispo ni los sacerdotes, que tampoco existían; además, ni los sacerdotes judíos ni los sacerdotes cristianos fueron nunca jueces en las cuestiones que mediaban entre los particulares, que eran asuntos de política; los obispos no llegaron a ser jueces hasta la época de Valentiniano III. Los comentaristas han deducido que el escritor sagrado del referido evangelio hace hablar en este caso a nuestro Señor por anticipación; que es una alego- ría, una predicción de lo que ha de suceder cuando la Iglesia cristiana tome forma y se establezca.

Selden hace una observación importante respecto a ese pasaje: dice que entre los judíos no excomulgaban a los publícanos, a los cobradores de tributos. El populacho podía detestarlos, pero eran empleados necesarios, que nombraba el príncipe, ya nadie le ocurrió nunca la idea de separarlos de la asamblea. Los judíos estaban entonces bajo la jurisdicción del procónsul de Siria, que se extendía hasta los confines de la Galilea y hasta la isla de Chipre, en donde tenía viceprocónsules; y hubiera sido muy imprudente rebajar públicamente a los empleados legales del procónsul. Además de imprudente hubiera sido injusto, porque los caballeros romanos, arrendadores, de los dominios públicos, los cobra- dores del dinero del César, desempeñaban su empleo autorizados por las leyes. ..

San Agustín, en su sermón LXXXI, puede suministrar algún dato para la inteligencia de este pasaje.. Hablando de los que conservan rencor y no perdonan, dice: «Coepisti habere fratrem tuum tanquam publicanum. Ligas illum in terra; sed ud juste alliges, vide; nam injusta vincula disrumpit justitia. Quum autem correxeris et concordaveris cum frate tuo, solvisti, eum in terra». («Considerar a vuestro hermano como un publicano es atarle en el mundo, y antes de hacerlo debéis reflexionar si le atas justamente, porque la justicia rompe las ataduras injustas; pero si corregís a vuestro hermano, si estáis acorde con él, le habréis desatado en el mundo».)

Comprendo que San Agustín quiere decir que el ofendido hizo meter en la cárcel al ofensor, y que debe entenderse que está atado en el mundo, y que también lo estará con las ligaduras celestes; pero si el ofendido es inexorable, él es el que se ata a sí mismo. No se trata de la Iglesia en esta explicación de San Agustín, sólo se trata en ella de perdonar o de no perdonar una injuria. San Agustín no se ocupa del derecho sacerdotal de perdonar los pecados de parte de Dios; este derecho está reconocido en otras partes, y es un derecho que se deriva del sacramento de la confesión. San Agustín, a pesar de ser profundo en los tipos y en las alegorías, no considera que es ese famoso pasaje una alusión a la absolución que dan o niegan los ministros de la Iglesia católica romana en el sacramento de la penitencia.

Del número de iglesias en las sociedades cristianas. Las sociedades cristianas reconocen cuatro iglesias: la griega, la romana, la luterana y la reformada o calvinista. En Alemania, los

primitivos cuáqueros, los anabaptistas, los socinianos, los menonitas, los pietistas, los moravos, los judíos y otras sectas no formaban iglesia. La religión judía ha conservado el título de sinagoga. Las sectas cristianas que se toleran no pueden tener más que asambleas secretas, conventículos,. lo mismo sucede en Londres. No reconocen la Iglesia católica en Suecia, ni en Dinamarca, ni en las partes septentrionales de Alemania, ni en las tres cuartas partes de Suiza, ni en los tres reinos de la Gran Bretaña.

De la primitiva Iglesia y de los que han creído restablecerla. Los judíos, como todos los pueblos de Siria, se dividieron en muchas y pequeñas congregaciones religiosas, como acabamos de ver, tendiendo todas ellas a la perfección mística. Un rayo más luminoso de la verdad animó a los discípulos de San Juan, que subsisten todavía en Mosul, y luego vino al mundo el Hijo de Dios predicho por San Juan. Los discípulos de Jesucristo fueron iguales entre ellos; su maestro les dijo terminantemente: «No habrá entre vosotros ni primero ni último. Vine al mundo para servir y no para ser servido; el que pretenda ser señor de los demás, será su criado».

La prueba de la igualdad, que fue el fundamento del cristianismo, consiste en que al principio los cristianos se llamaban unos a otros hermanos. Se reunían y esperaban al espíritu, y profetizaban cuando estaban inspirados. San Pablo, en su primera epístola a los corintios, les dice: «Si en vuestra asamblea alguno de vosotros posee el don del cántico, el de la doctrina, el del Apocalipsis, el de las lenguas, el de interpretarlas, debéis aprovecharlos para la mayor edificación. Que dos o tres profetas hablen, y que los demás juzguen; si algo se le ha revelado a otro, que el primero se calle: porque todos podéis profetizar separadamente, con la idea de que todos aprendan y de que todos exhorten; el espíritu de la profecía está sometido a los profetas; porque el Señor es un Dios de paz. Así pues, hermanos míos, tened la emulación de profetizar, y no impidáis que se hablen distintos idiomas». Por respeto al texto lo he traducido palabra por palabra. San Pablo, en la misma epístola, consiente que las mujeres profeticen, aunque les prohíbe en el capítulo XIV hablar de las asambleas.

Se ve, pues, claro en este pasaje y en otros muchos que los primitivos cristianos eran todos iguales, porque eran hermanos en Jesucristo. El espíritu se comunicaba con ellos; hablaban varias lenguas, y poseían el don de profetizar todos ellos, sin distinción de categoría, edad, ni sexo. Los apóstoles, que enseñaban a los neófitos, tenían sobre éstos la preeminencia natural que el preceptor consigue sobre sus discípulos; pero jurisdicción, poder temporal, honores, distinción en el traje, muestra de superioridad, no tenían ninguna ellos, ni los que les sucedieron. Sólo gozaban de una grandeza muy distinta: la de la persuasión.

Los hermanos ponían el dinero en común, como consta en las Actas de los apóstoles, capítulo VI, y ellos mismos elegían siete para que tuvieran a su cuidado las mesas de comer y para que proveyesen las necesidades comunes. Para desempeñar esas comisiones eligieron en Jerusalén a Esteban, a Filipo, a Procoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenás y a Nicolás. Hay que notar que entre los siete que eligió la comunidad judía había seis griegos. Después de los apóstoles no se encuentra el ejemplo de ningún cristiano que haya tenido sobre sus hermanos otro poder que el de enseñar, exhortar, de expulsar los demonios del cuerpo de los energúmenos y de hacer milagros. Todo entre ellos era espiritual; nada en ellos se resentía de las pompas del mundo; pero en el siglo III empezaron los fieles a manifestar en todas partes orgullo, vanidad e interés. Los ágapes se convirtieron en grandes festines, de los que reprochaban los exquisitos platos y el inconveniente lujo. Tertuliano lo confiesa: «Comemos muy bien -dice-, ¿pero los ministros de Atenas y de Egipto no se celebraban con excelentes comidas? Aunque gastemos mucho, nuestros gastos son útiles, porque aprovechan a los pobres.»

En aquel mismo tiempo, algunas sociedades cristianas, que se creían más perfectas que las demás, como por ejemplo las montanistas, que se jactaban de profesar una moral austera, que tenían por adulterio las segundas nupcias y evitar la persecución como apostasía, que sentían públicamente convulsiones sagradas y éxtasis, que se figuraban hablar a Dios cara a cara, quedaron convictos, según se asegura, de mezclar la sangre de niños de un año con el pan eucarístico, consiguiendo que ese cruel reproche se extendiera hasta los verdaderos cristianos y

motivara las persecuciones. He aquí lo que hacían, según refiere San Agustín: clavaban con alfileres todo el cuerpo del niño, y con la sangre que le salía amasaban la harina, convirtiéndola en pan; si el niño moría le tributaban los honores de un mártir([1]).

Las costumbres estaban entonces tan corrompidas que los Santos Padres se lamentaban sin cesar de lo que estaba sucediendo. Oíd lo que decía San Cipriano en el libro titulado De los caídos: «Todos los sacerdotes corren tras los bienes y tras los honores con insaciable furor. Los obispos están faltos de religión y de pudor las mujeres, reina de la bribonearía; juran y perjuran; la discordia divide a los cristianos; los obispos abandonan los púlpitos para irse a las ferias y para enriquecerse haciendo negocios; en una palabra, sólo piensan en complacerse a sí mismos y en disgustar a todo el mundo» ([2]).

Antes de esos escándalos, el sacerdote Novatien dio uno muy funesto a los fieles de Roma, fue el primer antipapa. El episcopado de Roma, aunque era secreto y estaba expuesto a la persecución, era muy ambicionado, porque sacaba gran- des contribuciones a los cristianos y porque tenía la autoridad superior sobre ellos.

No repetiremos en este artículo lo que consta en tantos archivos, lo que nos dicen todos los días personas instruidas, sobre el número prodigioso de cismas y de guerras que se sucedieron; no nos ocuparemos de los seiscientos años de discordias sangrientas que mediaron entre el imperio y el sacerdocio; ni del dinero de las naciones que iba a parar por muchos canales, unas veces a Roma y otras a Avignon, cuando los Papas fijaron en esta última ciudad su residencia durante setenta y dos años; ni nos ocuparemos tampoco de la sangre que corrió por toda Europa, por defender una tiara que no conoció Jesucristo, o por cuestiones ininteligibles, de las que él nunca se ocupó. Nuestra religión no deja de ser verdadera, sagrada y divina, por haber estado manchada durante mucho tiempo con el crimen y con la carnicería.

Cuando el furor de dominar, cuando esa terrible pasión del corazón humano llegó a su último exceso, cuando el monje Hildebrando, elegido contra las leyes obispo de Roma, quitó esa capital a los emperadores y prohibió a los obispos de Occidente que usaran el nombre de Papa, para usarlo él solo; cuando siguiendo su ejemplo los obispos de Alemania se proclamaron soberanos, y los de Francia e Inglaterra trataban también de proclamarse; desde esa época de desórdenes hasta nuestros días, se formaron sociedades cristianas que, bajo nombres diferentes, se propusieron restablecer la igualdad primitiva que tuvo el cristianismo.

Esta igualdad, que era practicable en una sociedad reducida y oculta a las miradas del mundo, no lo es en los grandes reinos. La Iglesia militante y triunfante no podía. ya ser la Iglesia desconocida y humilde. Los obispos, las grandes comunidades monásticas, ricas ya y poderosas, se reunieron bajo las banderas del Pontífice de la nueva Roma, y pelearon entonces pro aris et pro focis, por sus altares y por sus hogares. Emplearon para sostener o para humillar la nueva administración eclesiástica, cruzadas, ejércitos, sitios, batallas, rapiñas, torturas, asesinatos por manos de los verdugos y asesinatos por las manos de los sacerdotes de los dos partidos, venenos y devastaciones por medio del hierro y de las llamas; y escondieron las olas de sangre y los huesos de los muertos, la cuna de la primitiva Iglesia de tal modo que apenas se ha podido encontrar .

Cuestión entre la Iglesia griega y la latina en Asia y en Europa. Los hombres de bien lamentan, hace catorce siglos, que las Iglesias griega y latina hayan sido siempre rivales y que la túnica inconsútil de Jesucristo haya sido siempre des- trozada. Esta división es, sin embargo, muy natural. Roma y Constantinopla se odiaban; y cuando los señores se detestan sus limosneros no se pueden ver. Las dos comuniones religiosas se han disputado siempre la superioridad de la lengua, la antigüedad de la alta sede, la ciencia, la elocuencia, el poder.

---

[1] 1 San Agustín. *De Haeresibus. haeres,* cap. XXVI.

[2] Véanse las *Obras de San Cipriano* y la *Historia eclesiástica* dc Fleury, tomo II. pág. 168. edición de 1725.

Los griegos en esta cuestión llevaron durante mucho tiempo la ventaja; se vanagloriaban de ser maestros de los latinos y de haberles enseñado todo lo que sabían. Los Evangelios se escribieron en griego; no hay en ellos un dogma, un rito, un misterio y un uso que no sea griego; desde la palabra bautismo hasta la palabra eucaristía, todo es griego en ellos. Sólo hubo Padres de la Iglesia en Grecia hasta San Jerónimo, que tampoco era romano, puesto que era hijo de Oalmacia. San Agustín, que siguió en el orden cronológico a San Jerónimo, era africano. Los siete grandes Concilios ecuménicos se celebraron en ciudades griegas, y los obispos de Roma no asistieron a ellos porque sólo sabían latín, latín ya corrompido.

La enemistad entre Roma y Constantinopla estalló en el año 452, en el Concilio de Calcedonia, que se reunió para decidir si Jesucristo tuvo dos naturalezas y una persona, o dos personas y una naturaleza. Se decidió en dicho Concilio que la Iglesia de Constantinopla era igual en todo a la de Roma respecto a los honores, y el patriarca de la una igual al patriarca de la otra. El Papa San León fue partidario de que Jesucristo tuvo dos naturalezas; pero ni él ni sus sucesores concedieron la igualdad a las dos Iglesias. Puede afirmarse que en esta disputa sobre la categoría y la preeminencia obraron directamente contra las palabras de Jesucristo que refiere el Evangelio: «No habrá entre vosotros ni primero ni último». Los santos siempre son santos, pero no se libran del orgullo; y el mismo espíritu que hizo echar espumarajos de cólera al hijo de un albañil que llegó a ser obispo de una aldea, porque no le llamaban monseñor ([1]), hizo reñir el universo cristiano.

Los romanos fueron siempre menos cuestionadores y menos sutiles que los griegos; pero fueron mucho más políticos. Los obispos de Oriente, que argumentaban sin cesar, se quedaron siendo vasallos; y el obispo de Roma, sin usar tantos argumentos, supo fundar su poder sobre las ruinas del imperio de Occidente.

El odio se convirtió en escisión en la época de Photius, Papa o vigilante de la Iglesia bizantina, y de Nicolás I, Papa o vigilante de la Iglesia romana. Como por desgracia no hubo nunca ninguna cuestión eclesiástica que no tuviera su parte ridícula, sucedió que la lucha empezó por dos patriarcas que los dos eran eunucos: Ignacio y Photíus, que se disputaban la sede de Constantinopla, estaban castrados, y esa mutilación les prohibía obtener la verdadera paternidad; no podían ser más que padres de la Iglesia.

Se dice que los castrados son enredadores, malignos e intrigantes: Ignacio y Photius perturbaron la Grecia. El Papa latino Nicolás I siguió el partido de Ignacio, y Photius le declaró hereje porque no admitía la procedencia del soplo de Dios, del Espíritu Santo por medio del Padre y del Hijo, contra la decisión unánime de la Iglesia, que sólo lo hacía proceder del Padre. Además de esa procedencia herética, Nicolás comía y permitía comer huevos y queso en la Cuaresma; y para completar sus faltas, el Papa romano se hacía afeitar la barba, lo que era una apostasía para los papas griegos, porque a Moisés, a los patriarcas ya Jesucristo los pintan siempre barbudos los pintores griegos y los latinos.

Cuando en el año 789 quedó instalado en su sede el patriarca Photius por el octavo Concilio ecuménico griego, al que asistieron cuatrocientos obispos, de los que trescientos le habían condenado en el Concilio ecuménico anterior, el Papa Juan VIII le reconoció por hermano. Dos legados que dicho Papa envió al citado concilio, unieron su voto al de la Iglesia griega, y declararon que sería un Judas el que dijera que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; pero como los romanos persistieron en la costumbre de afeitarse la barba y comer huevos en Cuaresma, las dos Iglesias quedaron separadas para siempre.

El cisma se consumó por completo durante los años 1053 y 1054, cuando Miguel Cerularius, patriarca de Constantinopla, condenó públicamente al obispo de Roma León IX ya todos los latinos, añadiendo a los reproches de Photius, que gastaban pan ácimo en la Eucaristía, contra la práctica de los apóstoles, acusándoles de cometer el delito de comer budín y de torcer el cuello a los palomos, en vez de cortárselo, antes de guisarlos. Cerraron todas las iglesias latinas en el imperio griego y prohibieron todo trato con los que comieran budín.

[1] Biord, obispo d'Annecy.

El Papa León IX negoció seriamente este asunto con el emperador Constantino Monómaco y consiguió aplacarle. Su- cedía esto precisamente en los tiempos en que los célebres gentiles hombres normandos, hijos de Tancredo de Hauteville, se burlaban del Papa y del emperador griego, se apoderaban de todo lo que podían en la Pouille y en la Calabria y comían budín descaradamente. El emperador griego favoreció al Papa todo lo que pudo, pero no consiguió que se reconciliaran los griegos y los latinos. Los griegos creían que eran bárbaros sus adversarios porque no sabían ni una palabra del idioma griego.

La irrupción de las cruzadas, que tuvo por pretexto librar los santos lugares, y que tuvo por objeto apoderarse de Constantinopla, acabó de hacer odiosos a los romanos ante los griegos.

A pesar de todo esto, el poder de la Iglesia latina cada día fue en aumento, y poco a poco los turcos fueron conquistando a los griegos. Los papas fueron desde hace mucho tiempo soberanos poderosos y ricos, y toda la Iglesia griega quedó esclava desde Mahomed II, excepto Rusia, que entonces era un país bárbaro, de cuya Iglesia no se hacía caso. Todo el que conozca la historia del Levante sabe que el sultán confiere el patriarcado de Grecia por medio del báculo y del anillo, sin temor a ser excomulgado, como los papas excomulgaron a los alemanes por practicar esta ceremonia.

La Iglesia de Estambul conservó en apariencia la libertad de nombrarse arzobispo; pero en realidad elige al que le indica la Puerta Otomana. Ese destino cuesta actualmente ochenta mil francos, que el que le ocupa tiene que sacar a los griegos. Si aparece algún canónigo de fama que ofrece más dinero al gran visir, deponen al nombrado o dan el destino al último postor, lo mismo que Marocia y Teodora dieron la Santa Sede de Roma en el siglo X. Si el patriarca nombrado se niega a renunciar a su título, le dan cincuenta palos en las plantas de los pies y lo destierran. Algunas veces le cortan la cabeza, como le aconteció al patriarca Lucas Cirilo en 1638.

El Gran Turco concede de este modo los otros obispados, mediante fianza; la suma en que estaba tasado cada obispado en la época de Mahomed II se expresaba siempre en la patente, pero lo que se pagaba a más de esa cantidad no constaba, y no se puede saber con exactitud la cantidad que al sacerdote griego le cuesta comprar el obispado.

Son graciosísimas esas patentes. Véase una muestra de ellas: «Concedo a Fulano de Tal, sacerdote cristiano, el presente mandamiento para perfección de felicidad. Le mando que resida en la ciudad aquí nombrada, como obispo de los infieles cristianos, según su antiguo uso y según sus vanas y extravagantes ceremonias; queriendo y mandando que todos los cristianos de este distrito le reconozcan, y que ningún sacerdote ni fraile se pueda casar sin su permiso (esto es, sin pagar)».

La esclavitud de esta Iglesia es igual a su ignorancia; pero los griegos tienen lo que se merecen: se estaban ocupando seriamente en cuestionar sobre la luz del Tabor y en disputar su ombligo, cuando los turcos tomaron a Constantinopla.

INQUISICIÓN. Es una jurisdicción eclesiástica que estableció la Santa Sede de Roma en Italia, en España, en Portugal y en las Indias para perseguir y extirpar a los infieles, los judíos y los herejes.

Para que no pueda sospechar nadie que nos apoyamos en mentiras con la idea de hacer odioso dicho tribunal, vamos a publicar el extracto de una obra latina sobre el origen y el progreso del oficio de la Santa Inquisición, que Luis de Páramo, inquisidor del reino de Sicilia, publicó el año 1598 en la imprenta real de Madrid.

No nos remontaremos al origen de la Inquisición, que Páramo cree encontrar en el modo que se dice que Dios procedió contra Adán y Eva; nos limitaremos a referir la ley nueva de la que Jesucristo, según dice Páramo, fue el primer inquisidor. Empezó a ejercer las funciones de inquisidor desde el día trigésimo de su nacimiento, haciendo que los tres reyes magos anunciaran a la ciudad de Jerusalén que él había venido al mundo; y luego haciendo que muriera Herodes roído por los gusanos, arrojando a los vendedores del templo y entregando al fin la Judea a los tiranos, que la saquearon en castigo de su infidelidad.

Después de Jesucristo, San Pedro, San Pablo y demás apóstoles desempeñaron el oficio de inquisidores, que transmitieron a los papas ya los obispos sucesores de éstos. Santo Domingo fue

a Francia con el obispo de Osma, del que era archidiácono, se levantó en armas contra los albigenses y consiguió que se encariñara con él Simón, conde de Montfort. El Papa le nombró inquisidor del Languedoc, don- de fundó su orden, que el Papa Honorio III aprobó el año 1216; y bajo los auspicios de Santa Magdalena, el conde de Montfort tomó por asalto la ciudad de Beziers, en la que pasó a degüello a todos sus habitantes; en Laval quemaron en una sola vez cuatrocientos albigenses. En todas las historias de la Inquisición que yo he leído, dice Páramo, no he encontrado ningún acto de fe tan célebre ni un espectáculo tan solemne. En la aldea de Cazeras quemaron sesenta albigenses y en otra parte ciento ochenta.

El año 1229 adoptó la Inquisición el conde Tolosa, y la confió a los dominicos el Papa Gregorio IX en 1233; Inocencio IV, el año 1251, la estableció en toda Italia, excepto en Nápoles.

Al principio los herejes no se sometían en el Milanesado a la pena de muerte, de la que tan dignos son, porque los papas eran poco respetados por el emperador Federico, que poseía ese Estado; pero poco después quemaron a los herejes en Milán, como en las demás partes de Italia; y Páramo observa que el año 1315, habiéndose esparcido algunos millares de herejes por el Cremasque, pequeño territorio enclavado en el Milanesado, los hermanos dominicos hicieron que- mar a gran parte de ellos, conteniendo con el fuego los estragos que producía aquella peste.

Como el primer canon del Concilio de Tolosa mandaba a los obispos que escogieran en cada parroquia un sacerdote y dos o tres laicos de buena reputación, que bajo juramento se comprometieran a buscar ya tratar a los herejes en sus casas y en las cuevas donde se pudieran ocultar, avisando enseguida al obispo, al señor del lugar, o su bailío, tomaban todas las pre- cauciones para que los herejes descubiertos no pudieran huir; los inquisidores obraban en aquella época de común acuerdo con los obispos. Las cárceles del obispo y las de la Inquisición casi siempre eran las mismas; y aunque durante el curso del procedimiento el inquisidor obraba en nombre propio, no podía sin la intervención del obispo aplicar el tormento, pronunciar la sentencia definitiva, ni condenar a prisión perpetua. Las disputas que frecuentemente ocurrían entre los obispos y los inquisidores respecto a los límites de la autoridad de ambos, respecto a los despojos de los sentenciados y respecto a otros puntos, obligaron al Papa Sixto IV, el año 1473, a hacer independiente el tribunal de la Inquisición, separándolo de los tribunales de los obispos. Nombró para España un inquisidor general con amplios poderes para nombrar inquisidores particulares, y Fernando V ([1]), en 1478, fundó y dotó las inquisiciones.

A petición del hermano Torquemada, que era gran inquisidor en España, el mismo Fernando V, apellidado el Católico, desterró de su reino a todos los judíos, concediéndoles tres meses para salir de él, contados desde la publicación del edicto; y transcurrido ese plazo les prohibió, bajo pena de la vida, que pisaran el territorio español. Les permitió salir del reino con los efectos y con las mercancías que hubieran comprado, pero les prohibió llevarse monedas de oro y plata. El hermano Torquemada apoyó este edicto en la diócesis de Toledo, prohibiendo a todos los cristianos, bajo pena de excomunión, dar nada a los judíos, ni aun las cosas más necesarias para la vida. Después de la publicación de esta ley, salieron de Cataluña, del reino de Aragón y de Valencia, y de las demás provincias sujetas a la dominación de Fernando, cerca de un millón de judíos, cuya mayor parte murieron miserablemente. Esta expulsión de los judíos produjo a todos los reyes católicos increíble alegría.

Algunos teólogos censuraron esta medida que tomó el rey de España, diciendo que no debe obligarse a los infieles a adoptar la fe de Jesucristo, y que esas violencias deshonran nuestra religión; «pero esos argumentos son muy débiles -dice Páramo-, y yo sostengo que ese edicto es justo y digno de loa; la violencia con que se exige a los judíos que se conviertan no es una violencia absoluta, sino condicional, porque podían sustraerse a ella abandonando su patria. Además, podían corromper a los judíos recién convertidos y hasta a los mismos cristianos. En

[1] Fernando V, como rey de Castilla. era Fernando II como rey de Aragón.

cuanto a la confiscación de sus bienes, también puedo decir que fue una medida justa, porque los habían adquirido siendo usureros de los cristianos,
y éstos no hacían otra cosa más que recuperar lo que fue suyo. Además, por la muerte de Nuestro Señor, los judíos quedaron convertidos en esclavos; y todo lo que pertenece a los esclavos pertenece a sus señores».

Tratando en Sevilla de dar un ejemplo de severidad con los judíos, Dios, que saca el bien del mal, permitió que un joven que estaba esperando a una mujer con la que tenía una cita sorprendiera, mirando por las hendiduras de una pared, una asamblea de judíos, y los denunció. Se apoderaron de gran número de esos desgraciados, que recibieron el castigo que merecían. En virtud de diversos edictos de los reyes de España y de los inquisidores generales y particulares establecidos en dicho reino, quemaron en Sevilla, en poco tiempo, cerca de dos mil herejes; y más de cuatro mil desde el año 1482 hasta el año 1520. Otros muchos fueron sentenciados a cadena perpetua o sometidos a penitencias de diferentes clases. Hubo allí tan grande emigración que quedaron vacías quinientas casas, y tres mil entre toda la diócesis, componiendo un total de más de cien mil herejes sentenciados a muerte o castigados de otras maneras o que se expatriaron para evitar el castigo. De ese modo esos padres devotos hicieron esa gran carnicería de herejes.

El establecimiento de la Inquisición en Toledo fue un manantial de bienes para la Iglesia católica. En el corto espacio de dos años quemó cincuenta y dos herejes obstina- dos, y sentenció por contumacia doscientos veinte: de esto puede conjeturarse la utilidad que prestó la Inquisición desde que quedó establecida.

Desde el principio del siglo XV, el Papa Bonifacio IX intentó inútilmente instalar la Inquisición en el reino de Portugal, en donde nombró al provincial de los dominicos, Vicente de Lisboa, inquisidor general. Como algunos años después Inocencio VII nombrara inquisidor de dicha nación al mínimo Didacus de Silva, el rey Juan I escribió al susodicho Papa para decirle que el establecimiento de la Inquisición en su reino se oponía al bienestar de sus vasallos, a sus propios intereses y quizá también al interés de la religión. El Papa, atendiendo a las súplicas de un príncipe demasiado fácil, revocó los poderes que había concedido a los inquisidores, y autorizó a Marc, obispo de Sinigaglia, para absolver a los acusados; y éste los absolvió. Repusieron en sus cargos y dignidades a los que estaban privados de unos y otras, y muchísimas gentes se vieron libres del temor que les confiscaran los bienes.

Pero son admirables los medios que utiliza el Señor para que se cumplan sus designios, continúa diciendo Páramo; y lo que los soberanos pontífices no pudieron conseguir a pesar de su empeño, el rey Juan III lo consiguió por medio de un bribón hábil, que Dios utilizó para llevar a cabo una buena obra. Efectivamente, algunas veces los perversos sirven de instrumentos útiles para realizar los designios de Dios, que no reprueba los beneficios que proporcionan; por eso Juan dijo a Jesucristo: «Señor, hemos visto a un hombre que no es discípulo vuestro, que expulsaba los demonios del cuerpo en vuestro nombre, y hemos impedido que lo hiciera». Jesús le respondió: «No lo impidáis, porque el que hace milagros en mi nombre no dirá mal de mí; y el que no está contra nosotros con nosotros está» .

A continuación refiere Páramo que vio en la biblioteca de San Lorenzo de El Escorial un escrito de propia mano del referido, Saavedra, en el que explica ese bribón, detalladamente, que después de falsificar una bula entró en Sevilla como legado del Papa, con un séquito de ciento veintiséis criados; que escamoteó trece mil ducados a los herederos de un rico señor del país durante los veinte días que permaneció en él, en el palacio del arzobispo, falsificando una obligación de semejante suma; que el señor fallecido reconoció haber tomado prestada al legado, durante su estancia en Roma; que en cuanto llegó a Badajoz, el rey Juan III, al que presentó la falsa credencial de legado del Papa, le permitió establecer los tribunales de la Inquisición en las principales ciudades del reino.

Estos tribunales empezaron enseguida a ejercer jurisdicción, y publicaron gran número de sentencias y de condenas de herejes relapsos y de absoluciones de herejes penitentes. Seis meses transcurrieron hasta que se reconoció la verdad de esta máxima del Evangelio: «No hay nada oculto que no se descubra». El marqués de Villanueva de Barcarota, señor español. auxiliado por

el señor gobernador de Mora, se apoderó del bribón Saavedra y lo condujo a Madrid. Le hicieron comparecer ante Juan de Tavera, arzobispo de Toledo. Dicho prelado, asombrado de la audacia increíble del falso legado, lo encausó, y envió el proceso al Papa Paulo III, lo mismo que las actas de las inquisiciones que Saavedra había establecido, en las que constaba el gran número de herejes que había juzgado y las tretas de que se valió para apoderarse de más de trescientos mil ducados.

El Papa no pudo dejar de reconocer en la historia sucia de ese bribón la mano de Dios y un milagro de su Providencia; de modo que habiendo establecido Saavedra el año 1545 la congregación de ese tribunal, dándole el nombre de Santo Oficio, Sixto V la confirmó en el año 1588. Todos los autores están acordes con Páramo sobre este modo de establecer la Inquisición en Portugal, menos Antonio de Souza, que en sus Aforismos de los inquisidores no cree en esa historia de Saavedra, bajo el pretexto de que pudo acusarse a sí mismo sin ser culpable por la gloria que esto podría reportarle, viviendo de ese modo en la memoria de los hombres. Pero Souza, en el relato que hace para contradecir a Páramo, se nos hace sospechoso de tener mala fe al citar dos bulas de Paulo III y otras dos del mismo Papa dirigidas al cardenal Enrique, hermano del rey, bulas que Souza no imprime en su obra y que no están en ninguna colección de bulas apostólicas; estas dos razones son decisivas para no aceptar su opinión y para dar crédito a la opinión de Páramo; de Illescas, de Salazar, de Mendoza, de Fernández y de Placentibus.

Cuando los españoles se establecieron en América importaron allí la Inquisición; los portugueses la introdujeron en las Indias en cuanto quedó autorizada en Lisboa; y esto hace decir a Luis de Páramo, en el prefacio, que ese árbol floreciente y verde extendió sus raíces y sus ramas por el mundo entero y produjo los más sabrosos frutos.

Para tener actualmente alguna idea de la jurisprudencia de la Inquisición y de la forma de su procedimiento, desconocida entre los tribunales civiles, extractaremos del Directorio de los inquisidores que Nicolás Eymeric, gran inquisidor del reino de Aragón, a mediados del siglo xv compuso en latín y dirigió a los inquisidores, sus colegas, en virtud de la autoridad de su cargo.

Poco tiempo después de la invención de la imprenta, el año 1503, dio a luz en Barcelona una edición de dicha obra, que se repartió a todas las Inquisiciones del mundo cristiano. En Roma, en 1578, apareció la segunda edición de la referida obra, con anotaciones y comentarios de Francisco Peña, doctor en teología y canonista.

He aquí el elogio que hace en ella el editor en la epístola dedicatoria al Papa Gregorio XIII: «Al mismo tiempo que los príncipes cristianos se ocupan en todas partes en combatir por medio de las armas a los enemigos de la religión católica y prodigan la sangre de sus soldados para sostener la dignidad de la Iglesia y la autoridad de la sede apostólica, se ocupan también escritores celosos, que trabajan en la oscuridad, en refutar las opiniones de los innovadores y en dar armas y dirigir el poder de la ley contra dichas personas, con el objeto de que la severidad de las penas y la magnitud de los suplicios las contenga en los límites del deber y consigan de ellas lo que no pudo conseguir el amor a la virtud.

»Aunque yo ocupe el último sitio entre los defensores de la religión, estoy sin embargo animado del mismo celo que todos ellos para reprimir la audacia impía de los innovadores y su horrible perversidad, El trabajo que acompaña a esta dedicatoria es una prueba de lo que estoy diciendo. El Directorio de los inquisidores, de Nicolás Eymeric, obra respetable por su antigüedad, contiene un compendio de los principales dogmas de la fe, y la instrucción metódica que deben emplear para contener y extirpar los herejes. Por eso he creído un deber dedicarla a Vuestra Santidad, que sois el jefe de la república cristiana.»

Declara en otra parte el motivo por que la reimprime; esto es, para que sirva de instrucción a los inquisidores, confiesa, sin embargo, que existen otras muchas prácticas útiles, que están en uso, que enseñan más que las lecciones, tanto más cuanto hay cosas de cierto género que es muy importante que no se divulguen y que conocen los inquisidores. Cita una infinidad de escritores que han seguido la doctrina del Directorio y se lamenta que han sabido aprovecharse de instrucciones de Eymeric, sin decir que las copiaban de éste. Para huir de semejante acusación, indicaremos lo que copiamos del autor y lo que tomaron del editor.

Eymeric dice en la página 58: «Tener conmiseración a los hijos del culpable que quedan reducidos a la mendicidad no debe disminuir la severidad, ya que según las leyes divinas y las leyes humanas los hijos son castigados por las culpas de sus padres» .

Página 291: «Es menester que el inquisidor oponga su astucia a la de los herejes, para que un clavo saque otro clavo, y para poder decir con el Apóstol: Como yo fui astuto os cogí con la astucia» .

Página 296: «Podrá leerse el proceso verbal al acusado, suprimiendo en la lectura los nombres de los denunciadores; y entonces el acusado podrá conjeturar quiénes son los que han presentado contra él tales o cuales acusaciones, recusarlos o invalidar sus testimonios; éste es el método que se observa comúnmente. No es conveniente que los acusados crean que se ha de admitir con facilidad la recusación de los testigos en materia de herejía; porque no importa que los testigos sean hombres de bien, sean infames cómplices del mismo crimen, excomulgados, herejes o culpables de cualquier delito o perjuros, etcétera. Así debe determinarse para favorecer la fe».

Página 302: «La apelación que un acusado hace de un inquisidor no impedirá que éste continúe juzgando otras acusaciones contra él».

Página 313: «Aunque se suponga en la fórmula de sentencia de tortura que haya variedad en las respuestas del acusado y, por otra parte, se encuentren indicios suficientes para aplicarle el tormento, no es necesario que esas dos condiciones se junten: basta que haya una u otra».

Peña nos dice en la anotación 118 del libro III que los inquisidores no aplican ordinariamente más que cinco clases de tormentos en el potro, aunque Marcilius menciona catorce.

Eymeric continúa diciendo en la página 319: «Es preciso tener mucho cuidado para no insertar en la fórmula de la absolución que el acusado es inocente; debiendo en ella decirse nada más que no hay bastantes pruebas contra él; precaución que debe adoptarse con la idea de que, si andando el tiempo, el acusado que queda absuelto diera lugar a que se le formara otra causa, la absolución que recibió no le pueda servir de defensa».

Página 324: «Algunas veces se prescriben al mismo tiempo la abjuración y la purgación canónica. Esto se hace cuando a la mala reputación de un hombre en materia de doctrina se agregan indicios considerables, que si fueran algo más fuerte tenderían a convencerle de haber efectivamente dicho o hecho algo contra la fe. El acusado que se encuentra en este caso está obligado a abjurar de toda clase de herejías; y obrando así, si luego incurre en cualquiera de ellas, se le castiga como relapso y lo entregan al brazo secular».

Página 331: «Los relapsos, cuando se prueba su reincidencia, deben ser entregados a la justicia secular aunque protesten que se corregirán desde entonces y aunque se manifiesten arrepentidos. El inquisidor dará parte a la justicia secular de que tal día, a tal hora y en tal sitio le entregará un hereje; y hará anunciar al pueblo que debe asistir a la ceremonia que en ella el inquisidor predicará un sermón sobre la fe y que los asistentes que le oigan ganarán las indulgencias de costumbre».

Estas indulgencias se anuncian después de la fórmula de la sentencia publicada contra el hereje penitente del siguiente modo: «El inquisidor concederá cuarenta días de indulgencia a todos los asistentes, tres años a los que hayan contribuido a la captura, a la abjuración o la condenación del hereje; y tres años también de parte del Santo Padre a todos los que denuncien a cualquier otro hereje».

Página 332: «Entregado el culpable a la justicia secular , ésta pronunciará la sentencia y el criminal será conducido al sitio del suplicio; le acompañarán personas piadosas que lo asociarán a sus rezos, que rezarán con él y que no se apartarán de su lado hasta que haya rendido el alma al Creador . Pero esas personas se guardarán bien de decir o de hacer algo que pueda apresurar el momento de la muerte del culpable, por miedo de incurrir en irregularidad. Así es que no deben exhortar al criminal a que suba al patíbulo, ni a que se presente al verdugo, ni advertir a éste que prepare los instrumentos del suplicio, de modo que cause la muerte rápida del paciente; también por miedo a incurrir en irregularidad».

Página 335: «Si sucediera que el hereje, al atarle en la estaca para ser quemado, hiciera signos de convertirse, se podría quizá librarle del suplicio por gracia singular; y encerrarle entre cuatro

paredes como a los herejes penitentes; aunque no se debe dar mucho crédito a semejante conversión y no autoriza esa indulgencia ninguna disposición del derecho, porque es muy peligrosa; y yo presencié en Barcelona un caso que lo prueba. Un sacerdote, sentenciado con otros dos herejes impenitentes, al encontrarse en medio de las llamas dijo gritando que le sacaran de allí, que quería convertirse; le retiraron, efectivamente, de la hoguera quemado ya por una parte, y yo no diré si hicieron bien o si hicieron mal, pero sí diré que al cabo de catorce años advirtieron que todavía dogmatizaba, de que había corrompido a muchas personas; y le entregaron otra vez a la justicia, que lo quemó».

Nadie duda, dice Peña en la anotación 47, que deben matarse los herejes; pero puede cuestionarse la clase de suplicio que se debe emplear con ellos. Alfonso de Castro, en el libro II del Justo Castigo de los herejes, opina que es indiferente que los mate la espada o el fuego, o que mueran de cualquier otro modo; pero sostienen que es absolutamente preciso quemarlos Hostiensis, Godofredo, Covarrubias, Simancas, Rojas y otros. Como dice muy bien Hostiensis, el suplicio del fuego es el que corresponde a la herejía. El Evangelio de San Juan dice en el capítulo XV: «Si alguno no mora dentro de mí, será arrojado fuera como un sarmiento, se secará, y lo recogerán para lanzarlo al fuego y quemarlo». Añadamos a esas palabras, continúa diciendo Peña, que la costumbre universal de la república cristiana apoya esa opinión. Simancas y Rojas sostienen que se les debe quemar vivos, pero que al quemarlos se debe tomar la precaución o de arrancarles la lengua o de cerrarles la boca, para que con sus impiedades no escandalicen al público. En la página 369, Eymeric dispone que en materia de herejía se proceda con rapidez, sin dar lugar a las triquiñuelas de los abogados, ni a las solemnidades que intervienen en los demás juicios; haciendo el proceso lo más corto posible, sin dilaciones inútiles y trabajando en él hasta los días que son feriados para los demás jueces, rechazando toda clase de apelaciones, que sólo sirven para dilatar la sentencia, y no admitiendo multitud inútil de testigos.

La Inquisición es, como todo el mundo sabe, una invención admirable y completamente cristiana para que gocen de extraordinario poder el Papa y los frailes y para convertir en hipócritas las naciones.

Se considera a Santo Domingo como fundador de esta santa institución. Conservamos todavía una patente que dio ese gran santo, concebida en estas palabras: "Yo, hermano Domingo, reconcilio con la Iglesia el llamado Roger, portador de ésta, con la condición de que le azote un sacerdote tres domingos seguidos, desde la entrada de la ciudad hasta la puerta de la Iglesia, con la condición de que coma de vigilia toda la vida, de que ayune tres cuaresmas cada año, de que no beba nunca vino, de que lleve el sambenito con las cruces, de que recite el breviario todos los días, rezando diez padrenuestros durante el día y veinte a la media noche; con la condición de que de hoy en adelante observe continencia, y de que se presente todos los meses al cura de su parroquia; todo esto bajo pena de ser tratado como hereje, perjuro e impenitente».

Domingo fue el verdadero fundador de la Inquisición, pero Luis de Páramo fue uno de los escritores más respetables y más brillantes del Santo Oficio. Refiere, en el título II de su segundo libro, que Dios fue el que instituyó el Santo Oficio y que ejerció el poder de los hermanos predicadores contra Adán. Por eso empezó por citar a Adán ante el tribunal: ¿Adan ubi est? , y efectivamente, añade, el defecto de citación hubiera anulado el proceso de Dios. Los trajes de piel que Dios dio a Adán y Eva fueron el modelo del sambenito que el Santo Oficio mandó llevar a los herejes; verdad es que este argumento prueba que Dios fue el primer sastre, mas no por eso es menos evidente que fue el primer inquisidor. Adán fue privado de todos los bienes y muebles que poseía en el paraíso terrenal, y por eso el Santo Oficio confisca los bienes de todos los que sentencia.

Luis de Páramo nota que los habitantes de Sodoma fueron quemados por herejes, porque la sodomía es una herejía formal. Luego se ocupa de la historia de los judíos, y encuentra en ella en todas partes el Santo Oficio. Jesucristo es el primer institutor de la nueva ley; los papas fueron inquisidores por derecho divino, y luego comunicaron este derecho a Santo Domingo.

Luis de Páramo enumera luego los herejes que sentenció a muerte la Inquisición, y según su cuenta exceden de cien mil. Su libro se imprimió en Madrid el año 1598, con la aprobación de los doctores, con elogios del obispo y Con privilegio del rey. En nuestros días no podemos concebir que se hayan dicho horrores tan extravagantes y tan abominables al mismo tiempo; pero en aquella época se consideraban Como la cosa más natural y más edificante del mundo. Todos los hombres se parecen a Luis Páramo cuando son fanáticos.

Páramo era un hombre sencillo y exacto en las fechas, que no omitió ningún hecho interesante, y que contó escrupulosamente el número de víctimas humanas que el Santo Oficio inmoló en todos los países. Refiere con la mayor candidez el establecimiento de la Inquisición en Portugal, y está de acuerdo con los cuatro historiadores, que citamos. He aquí lo que unánimemente refieren: Establecimiento curioso de la Inquisición en Portugal. Hacía ya mucho tiempo que el Papa Bonifacio IX, a principios del siglo XV, había nombrado hermanos predicadores para que fueran a Portugal, y allí, de ciudad en ciudad, quemaran a los herejes, a los musulmanes ya los judíos; pero estos delegados eran ambulantes, y hasta los mismos reyes se quejaron algunas veces de las vejaciones que les causaban. El Papa Clemente VII pretendía que tuvieran residencia fija en Portugal, como la tenían en Aragón y en Castilla; pero hubo varias cuestiones entre la curia romana y la corte de Lisboa que llegaron a enemistarlas, y lo pagaba la Inquisición, porque no podía establecerse en Portugal.

El año 1539 se presentó en Lisboa un legado del Papa, como dijimos y repetimos ahora, que fue allí, según decía, para establecer la Santa Inquisición sobre cimientos inquebrantables. Presentó al rey Juan III la credencial del Papa Paulo III. Llevaba otras cartas de Roma para los principales dignatarios de la corte; y sus patentes de legado estaban firmadas y selladas y contenían amplios poderes para nombrar un inquisidor general y todos los jueces del Santo Oficio. Este bribón, que se llamaba Saavedra, era un falsificador muy hábil: este arte lo aprendió en Roma, y se perfeccionó en él en Sevilla, de donde acababa de llegar con otros dos tunantes. Gastaba un tren magnífico; tenía a su servicio más de ciento veinte domésticos; para soportar este inmenso gasto, él y sus confidentes tomaron prestados en Sevilla sumas cuantiosas en nombre de la Cámara apostólica de Roma y el plan que se proponían seguir la habían concertado con el artificio más deslumbrador .

El rey de Portugal quedó sorprendido de que el Papa le enviara un legado a latere, sin avisárselo antes. El legado le contestó orgullosamente, diciéndole que cosa tan apremiante como el establecer la Inquisición no podía dilatarla Su Santidad; y que el rey debía considerarse muy honrado de que el primer correo que le trajese tan grata nueva fuera un legado del Santo Padre. El rey no se atrevió a replicarle. El legado, desde aquel mismo día, nombró un gran inquisidor y envió a recolectar los diezmos por todo el reino; y antes que la corte recibiera contestaciones de Roma, había mandado quemar más de doscientas personas y recaudado más de doscientos mil escudos.

A pesar de todo esto, el marqués de Villanova, señor español a quien el legado tomó prestado en Sevilla una cantidad considerable, sobre billetes falsos, tomó la resolución de cobrarse por sí mismo, en vez de ir a comprometerse con semejante bribón en Lisboa. El legado estaba visitando entonces las fronteras de España, y el marqués de Villanova se fue a buscarlo con cincuenta hombres bien armados, se apoderó de él y lo condujo a Madrid. Entonces el bribón quedó descubierto en Lisboa, y el Consejo de Madrid sentenció allegado Saavedra a ser azotado ya diez años de galeras; pero lo admirable de este suceso fue que el Papa Paulo IV confirmó luego todo lo que hizo aquel bribón y rectificó con la plenitud de su poder divino las pequeñas irregularidades que se habían cometido en los procesos, haciendo sagrado lo que hasta entonces fue puramente humano.

He aquí cómo quedó fundada la Inquisición en Lisboa, y cómo todo el reino admiró a la Providencia.

Conocidos son de todos nuestros lectores los procedimientos del Santo Oficio, que son opuestos a la falsa equidad ya la ciega razón de los demás tribunales del Universo. Encarcelaba a cualquiera por la simple denuncia de las personas más infames: el hijo podía denunciar al padre, la mujer al marido, sin confrontarlos nunca con los acusadores; los bienes se confiscaban en

provecho de los jueces; por lo menos así se ha portado la Inquisición hasta nuestros días. Y debe encerrar algo divino, porque es incomprensible que los hombres hayan sufrido pacientemente yugo tan cruel. Por fin, la Europa entera bendijo al conde de Aranda porque cortó las garras y limó los dientes del monstruo; pero el monstruo respira todavía.

JUDÍOS. Me comprometisteis([1])a hacer una descripción imparcial del carácter de los judíos y de su historia, desean- do, sin tratar de sondear los designios de la Providencia, conocer las costumbres de ese pueblo, para estudiar en ellas el origen de los acontecimientos que preparó esa misma Providencia.

La nación judía fue la más singular que hubo en el mundo; y aunque sea despreciable para el hombre político, bajo muchos aspectos es digna de consideración para el hombre filósofo.

Los guebros, los banianos y los judíos son los únicos pueblos que viven dispersos, y que, sin tener alianza con ninguna nación, se perpetúan entre extranjeros y constituyen un pueblo aparte del resto del mundo. Los guebros fueron antiguamente más importantes que los judíos, eran los restos de los antiguos persas, que dominaron a los judíos; pero en la actualidad sólo están esparcidos por una parte del Oriente. Los banianos, que descendían de los antiquísimos pueblos de los que Pitágoras sacó su filosofía, sólo existen ya en las Indias y en la Persia, pero los judíos están esparcidos por todo el mundo, y si se reunieran, constituirían una nación mucho más numerosa que lo fue en el corto espacio de tiempo que dominaron en la Palestina.

Casi todos los pueblos que escribieron la historia del origen de esta nación la han referido por medio de prodigios: todo es milagroso en ella; sus oráculos siempre le profetizaban conquistas; los que efectivamente llegaron a ser conquistadores creyeron sin esfuerzo los antiguos oráculos que los acontecimientos justificaban. Lo que distingue a los judíos de los otros pueblos es que sus oráculos son los únicos verdaderos, de los que no nos es lícito dudar. Esos oráculos, que interpretaban en su sentido literal, les predijeron muchas veces que llegarían a ser dueños del mundo, y, sin embargo, no poseyeron nunca más que un pequeño rincón de la tierra durante algunos años; y hoy no tienen ni una aldea propia. Deben creer, y lo creen efectivamente, que ha de llegar un día en que sus predicciones se realicen y en que posean el imperio del mundo.

Son los últimos entre los pueblos musulmanes y cristianos, y se creen ser los primeros. El orgullo que en su abatimiento conservan lo justifican con la razón, que no tiene réplica, de que son realmente los padres de los cristianos y de los musulmanes. La religión cristiana y la musulmana reconocen por madre a la judía; y por singular contradicción, sienten al mismo tiempo por su madre respeto y horror. No se trata en este artículo de repetir la serie continua de prodigios que asombran a la imaginación y que ponen a prueba la fe; sólo vamos a tratar de los acontecimientos puramente históricos, despojados del concurso celeste y de los milagros que Dios se dignó durante mucho tiempo realizar en favor de dicho pueblo.

Originariamente encontramos en Egipto una familia compuesta de sesenta personas que produce, en el transcurso de doscientos quince años, una nación que reúne seiscientos mil combatientes, cuyo número, sumado con el de las mujeres, los ancianos y los niños, compone un total de dos millones de almas. No hay ejemplo en el mundo de aumento de población tan prodigioso: esa multitud salió de Egipto y permaneció cuarenta años en los desiertos de la Arabia Pétrea; y la población disminuyó mucho en ese país horrible.

Los individuos que quedaron de esa nación avanzaron hacia el Norte de los referidos desiertos. Parece que seguían los mismos principios que guiaban después a los pueblos de la Arabia Pétrea y de la Arabia Desierta, cuyos principios consistían en exterminar sin misericordia a los habitantes de las pequeñas aldeas, cuando se consideraban más fuertes que éstos, reservándose únicamente a las mujeres jóvenes. El interés de aumentar la población fue siempre el objeto principal de unos y de otros. Eso mismo sucedió cuando los árabes conquistaron a España; impusieron a todas las provincias tributos de mujeres núbiles; y todavía en la actualidad los

[1] El autor dedica y dirige este artículo a la marquesa de Chatelet. a la que consagra muchos artículos del Diccionario Filosófico.

ron a todas las provincias tributos de mujeres núbiles; y todavía en la actualidad los árabes del desierto celebran tratados estipulando que se les han de entregar algunas doncellas y regalos.

Llegaron los judíos a un territorio arenisco, erizado de montañas, en el que encontraron algunas aldeas, cuyos pobladores se llamaban madianitas. Se apoderaron de seiscientos sesenta y cinco mil corderos, de sesenta y dos mil doncellas de los habitantes de esas aldeas. Asesinaron a todos los hombres, a las mujeres y a los niños; y las doncellas y el botín se lo repartieron el pueblo y los sacrificadores.

Casi enseguida, y en el mismo territorio, se apoderaron de la ciudad de Jericó; pero como los habitantes de esa ciudad estaban anatematizados, los asesinaron a todos, sin perdonar a las doncellas; sólo se escapó de la matanza general una cortesana llamada Rahab, porque les había ayudado a sorprender la ciudad.

Los sabios han cuestionado si los judíos sacrificaron hombres a la Divinidad como otras naciones; pero esto no es más que una cuestión de nombre. Los que ese pueblo condenaba al anatema no los degollaba en el altar con el acompañamiento de rito religioso; pero los inmolaba, sin ser dueño de perdonar a uno solo. El Levítico prohíbe expresamente, en el versículo 29 del capítulo XXVII, rescatar a los que estén entregados al anatema, diciendo: es indispensable que mueran. En virtud de esa ley, Jefté degolló a su hija, Saúl intentó matar a su hijo, Samuel despedazó al rey Agag. Es indudable que Dios es dueño de la vida de los hombres y que no nos incumbe examinar sus leyes; por eso debemos concretamos a creer esos hechos ya respetar callando los designios de Dios, que los permitió. Preguntase también qué derecho tenían unos extranjeros como eran los judíos al país de Canaán, y se contesta que tenían el derecho que Dios les había dado.

En cuanto se apoderaron de Jericó y de Lais, ente los judíos se encendió una guerra civil, en la que la tribu de Benjamín casi quedó exterminada, quedando de ella sólo seiscientos hombres; pero el pueblo, no queriendo consentir en el exterminio de una de sus tribus, para reparar el mal causado decidió entrar a fuego ya sangre en una ciudad, de la tribu de Manasés, y matar en ella a los hombres, a los ancianos, a los niños, a las mujeres casadas, a las viudas, dejando con vida a seiscientas vírgenes de las cuales se apoderaron y las entregaron a los seiscientos sobrevivientes de la tribu de Benjamín, para rehacerla, con la idea de que estuviera completo el número de las doce tribus.

Entre tanto, los fenicios, nación poderosa que poblaba aquellas costas desde tiempo inmemorial, justamente alarmados por las depredaciones y crueldades que cometían los recién llegados, los castigaban con frecuencia; y los príncipes que estaban en la vecindad de los judíos se reunieron para pelear contra éstos, que quedaron reducidos a la servidumbre siete veces en el período de doscientos años.

Al fin quisieron que los gobernara un rey y lo eligieron por suerte; pero ese rey debía ser poco poderoso, porque en la primera batalla que a sus órdenes empeñaron los judíos contra los filisteos, que eran sus señores, sólo contaba su ejército con una espada y con una lanza, y carecía de instrumentos de hierro. David, que fue su segundo rey, hizo la guerra con gran provecho. Se apoderó de la ciudad de Salem, que fue luego célebre y se llamó Jerusalén; y entonces los judíos empezaron a adquirir importancia en los alrededores de la Siria. Su gobierno y su religión adquirieron forma más augusta. Hasta entonces no consiguieron tener un templo, y todas las naciones inmediatas lo tenían. Salomón edificó un templo magnífico y reinó cerca de cuarenta años.

La época de Salomón fue la más floreciente del pueblo judío; y todos los reyes del mundo junto no podían ostentar un tesoro equivalente al que poseía Salomón. Su padre, David, cuyo predecesor sólo tenía una espada y una lanza, dejó a Salomón veinticinco mil millones en dinero contante. Sus flotas, que iban a Ofir, le traían todos los años sesenta y ocho millones de oro puro, sin contar la plata y las piedras preciosas. Tenía cuarenta mil caballerizas y otras tantas cocheras para sus carros, doce mil cuadras para su caballería, setecientas mujeres y trescientas concubinas. Sin embargo, carecía de madera y de trabajadores para edificar su palacio y su templo, y los alquiló a Hiram, rey de Tiro, que hasta le suministraba el oro; y Salomón, para pagar a los trabajadores, entregó a Hiram veinte ciudades. Los comentaristas confiesan que esos hechos necesitan explicación, y sospechan que los copistas deben haberse equivocado al transcribir las cantidades.

Cuando murió Salomón, se dividieron las doce tribus que componían la nación; quedó el reino desgarrado en dos pequeñas provincias; una de ellas se llamó Judá y la otra Israel. Nueve tribus y media constituyeron la provincia Israelita y dos y media únicamente compusieron la de Judá. Hubo entonces entre las dos provincias un odio recíproco e implacable, porque aunque eran parientes y vecinas, profesaban religión diferente, porque en Sichem, que pertenecía a la Samaria, adoraban a Baal; mientras en Jerusalén adoraban a Adonai. Consagraban dos becerros en Sichem, en Jerusalén dos querubines, que eran dos animales con alas y con dos cabezas, que tenían colocados en el santuario; cada uno de esos dos partidos tenía sus reyes, su dios, su culto y sus profetas, y se hacían una guerra cruel.

Mientras se hacían la guerra, los reyes de Asiria, que habían conquistado la mayor parte del Asia, se lanzaron sobre los judíos, como águila que se arroja sobre dos lagartos que están riñendo. Las nueve tribus y media de Samaria y de Sichem fueron lanzadas de allí y quedaron dispersas para siempre, sin que hayamos podido averiguar en qué sitio estuvieron esclavas.

Sólo dista veinte leguas la ciudad de Samaria de Jerusalén, sus territorios estaban juntos, de modo que aplastada una de esas dos ciudades por la fuerza de los conquistadores, la otra ciudad tenía que sucumbir en seguida. Por eso Jerusalén fue muchas veces saqueada, fue tributaria de los reyes Hazael y Razín, esclava de Teglatphaelasser, tres veces tomada por Nabucodonosor, y al fin destruida. Sedecías, que la gobernaba, quedó en poder de dicho conquistador, que se la llevó cautivo a Babilonia, como a todo el pueblo que regía, de modo que de los judíos sólo quedaron en la Palestina algunas familias de esclavos campesinos para que cultivaran las tierras. En cuanto a la región de Samaria y de Sichem, como era más fértil que la de Jerusalén, la repoblaron colonias extranjeras que enviaron allí los reyes asirios y que tomaron el nombre de samaritanos. .

Las doce tribus y media que estuvieron esclavas en Babilonia y en las ciudades inmediatas durante setenta años tuvieron tiempo suficiente para aprender los usos y las costumbres de sus dueños, y enriquecieron su idioma tomando muchas palabras de la lengua caldea. Desde entonces los judíos sólo conocieron ya el alfabeto y los caracteres caldeos, y hasta olvidaron el dialecto hebreo; esto es incontestable. El historiador Josefo dice que empezó por escribir en caldeo, que es la lengua de su país. Los judíos casi nada aprendieron de la ciencia de los magos, porque se dedicaron casi exclusivamente a los oficios de corredores, de cambistas y de ropavejeros; de este modo se hicieron necesarios, y consiguieron enriquecerse.

Los capitales que reunieron les hicieron conseguir durante el reinado de Ciro permiso para reedificar a Jerusalén; pero para eso fue preciso que regresaran a su patria, y los que se habían enriquecido en Babilonia no quisieron salir de tan hermoso país para habitar en las montañas de la Celesiria, ni perder de vista las riberas fértiles del Eufrates y del Tigris, para ocupar las del torrente del Cedrón. Sólo volvió a su patria con Zorobabel la parte más vil de la nación. Los judíos que se quedaron en Babilonia contribuyeron sólo con sus limosnas a reedificar la ciudad y el templo, y todavía la colecta no ascendió a gran cantidad. Esdras refiere que sólo pudieron reunir setenta mil escudos para reedificar el templo, que había de ser el primer templo del Universo.

Los judíos permanecieron siendo vasallos de los persas; lo fueron también de Alejandro, y cuando este gran hombre empezó en los primeros años de sus victorias a proteger la Alejandría ya convertirla en el centro del comercio del mundo, multitud de judíos fueron a vivir allí para dedicarse al oficio de corredores y sus rabinos aprendieron en Alejandría algunas nociones de las ciencias de los griegos. La lengua griega fue necesaria desde entonces para los judíos que se dedicaban al comercio.

Después de la muerte de Alejandro, los judíos quedaron sometidos a los reyes de Siria en Jerusalén, ya los reyes de Egipto en Alejandría; y cuando esos reyes hacían la guerra, ese pueblo sufría la misma suerte que todos los vasallos y quedaba bajo el dominio de los vencedores.

Desde su cautiverio en Babilonia, ya no tuvo Jerusalén gobernadores particulares que adoptasen el nombre de reyes. Los pontífices desempeñaban la administración interior, y eran nombrados por sus señores; algunas veces compraban muy cara esa dignidad, como el patriarca griego de Constantinopla compra la suya.

En la época de Antíoco Epifanio se sublevaron los judíos y vieron su ciudad saqueada otro vez y las murallas demolidas. Después de una serie de desastres parecidos a éste, cerca de ciento cincuenta años antes de la era vulgar, consiguieron por primera vez permiso para acuñar moneda; Antíoco Sidetes les otorgó este privilegio. Entonces tuvieron jefes que adoptaron el nombre de reyes y que hasta se ciñeron la diadema. Antígono fue el primero que usó ese adorno, que nada significa careciendo de poder. .

Por aquel tiempo los romanos empezaron a hacerse temibles para los reyes de Siria, que eran los señores de los judíos, y éstos consiguieron poner de su parte al Senado de Roma, estando sumisos a él y colmándolo de presentes. Parecía que las guerras que tuvieron los romanos en el Asia Menor habían de ser un motivo para que dejaran respirar a ese desventurado pueblo; pero apenas Jerusalén disfrutó de una sombra de libertad, la rindieron y la desgarraron las guerras civiles, durante el mando de aquellos fantasmas de reyes, y fue más digna de compasión que cuando gemía de una larga serie de diferentes esclavitudes. En sus perturbaciones intestinas eligieron por jueces a los romanos.

La mayoría de los reinos del Asia Menor, del África Septentrional y de las tres cuartas partes de Europa reconocían ya a los romanos como árbitros y como señores. Pompeyo fue a Siria a juzgar a las naciones ya deponer a muchos tiranuelos. Engañado por Aristóbulo, que disputaba la corona de Jerusalén, se vengó de él y de su partido tomando la ciudad, haciendo crucificar a muchos sediciosos, tanto sacerdotes como fariseos, y algún tiempo después sentenció a Aristóbulo, rey de los judíos, al último suplicio.

Los judíos, siempre desgraciados, siempre esclavos, pero sublevándose siempre, atrajeron contra ellos a los ejércitos romanos. Craso y Casio los castigaron, y Metelo Escipión mandó crucificar a un hijo del rey Aristóbulo, llamado Alejandro, instigador de todas las rebeliones.

En la época del gran César permanecieron enteramente sometidos y tranquilos. Herodes, famoso entre ellos y entre nosotros, que durante mucho tiempo desempeñó el cargo de tetrarca, consiguió que Antonio le ciñera la corona de Judea, que pagó espléndidamente; pero Jerusalén se negó a reconocer al nuevo rey, porque descendía de Esaú y no de Jacob, y era indumeo; pero precisamente por ser extranjero le nombraron los romanos para desempeñar ese cargo y para que sostuviera mejor la brida de ese pueblo. Los romanos protegieron al rey que habían nombrado, enviándole un ejército; y Jerusalén fue una vez más tomada por asalto y saqueada.

Herodes, protegido luego por Augusto, llegó a ser el más poderoso de los príncipes entre los reyezuelos de la Arabia. Restauró Jerusalén y reedificó la fortaleza que rodeaba el templo que idolatraban los judíos, cuyo templo empezó a reconstruir, pero no terminó su obra porque le faltaron trabajadores y dinero. Esto prueba que Herodes no era rico, y que los judíos, que profesaban tanto cariño a su templo, preferían a éste su dinero contante.

La denominación de rey sólo era un título honorífico que les concedieron los romanos; no era un título de sucesión. En cuanto murió Herodes, gobernó la Judea como provincia romana subalterna el procónsul de Siria, aunque de vez en cuando concedían los romanos el título de rey, unas veces a un judío y otras a un extranjero, mediante una gran suma, como se le concedió al judío Agripa en los tiempos del emperador Claudio.

Agripa tuvo una hija llamada Berenice, que fue célebre porque la amó uno de los mejores emperadores que dominaron en Roma. Berenice, ofendida de las injusticias que le hicieron sufrir sus compatriotas, atrajo sobre Jerusalén las venganzas de los romanos. Pidió que le hicieran justicia, y las facciones de la ciudad se la negaron. El espíritu sedicioso de ese pueblo le indujo a cometer nuevos excesos; su carácter fue cruel en todas las épocas, y su destino fue ser siempre castigado.

Vespasiano y Tito pusieron a la citada ciudad el memorable sitio, que terminó con la destrucción de ésta. El exagerado Flavio Josefo refiere que en esa corta guerra mataron más de un millón de judíos. No debe sorprendernos que un autor que dice que había quince mil hombres en cada aldea, mate en una guerra un millón. Los judíos que quedaron vivos fueron expuestos en los mercados públicos, y cada uno de ellos fue vendido, poco más o menos, por el mismo precio que el animal inmundo que ese pueblo no se atreve a comer.

A pesar de esta última dispersión esperaba todavía encontrar un libertador; y en el reinado de Adriano, que en sus rezos maldecían, apareció Barcochebas, que se jactaba de ser un nuevo Moisés, un Cristo. Consiguió alistar en sus banderas muchísimos desventurados, que las creían sagradas; pero en la lucha perecieron él y todos sus secuaces; éste fue el último golpe que recibió dicha nación, que quedó anonada- da. Los judíos han considerado siempre que eran sus dos grandes deberes los niños y el dinero.

Resulta de esta compendiada historia que los hebreos vaga- ron casi siempre errantes, que fueron, o bandidos, o esclavos, o sediciosos; todavía viven vagabundos por la tierra, profesan horror a los hombres y aseguran que éstos, el cielo y la tierra fueron creados para ellos solos.

Se comprende perfectamente, estudiando la situación de la Judea y el genio de ese pueblo, que debía ser siempre subyugado. Le rodeaban naciones de gran poder y belicosas, a las que tenía aversión, por lo que ni éstas podían proteger- lo, ni él podía aliarse con ellas. Era imposible que le sostuviera la marina, porque perdió muy pronto el puerto que poseyó en el mar Rojo en la época de Salomón; y hasta el mismo Salomón echó mano de los tirios, lo mismo para construir sus buques que para edificar su palacio y el templo. No tuvieron nunca cuerpos de ejército permanentes, como los asirios, los medos, los persas, los sirios y los romanos. Los artesanos y los labradores tomaban las armas cuando había necesidad y, por consecuencia, no podían ser soldados aguerridos. Sus montañas, o mejor dicho, sus peñascos, ni tenían la suficiente altura ni estaban bastante contiguos para defender la entrada de su territorio. La parte más numerosa de la nación, transportada a Babilonia, a Persia o a la India, o establecida en Alejandría, estaba demasiado ocupada en el comercio y el corretaje para pensar en la guerra. Su gobierno civil, ya republicano, ya pontifical, ya monárquico, sumido con frecuencia en la anarquía, no era mejor que su disciplina militar.

Si preguntáis cuál era la filosofía de los hebreos, os contestaré con muy pocas palabras: no conocían la filosofía. Hasta su mismo legislador no habla terminantemente en ninguna parte ni de la inmortalidad del alma ni de las recompensas de la otra vida. Josefo y Filón creen que las almas son materiales; sus doctores creen que los ángeles son corpóreos, y durante su permanencia en Babilonia bautizaron a esos ángeles con los nombres que tenían en Caldea: Miguel, Gabriel, Rafael y Urías. La palabra Satán es babilónica, y viene a indicar el Arimanes de Zoroastro. El nombre de Asmodeo es caldeo también; y Tobías, que vivían en Nínive, fue el primero que lo usó. El dogma de inmortalidad del alma sólo se desenvolvió entre los fariseos con el transcurso del tiempo. Los saduceos le negaron siempre la espiritualidad y la inmortalidad y negaron también la existencia de los ángeles. Sin embargo, los saduceos se trataron siempre con los fariseos, y hasta tuvieron soberanos pontífices de su secta. La prodigiosa diferencia de opiniones de los dos partidos no causó la menor perturbación. Los judíos se atenían escrupulosamente, en los últimos tiempos de su morada en Jerusalén, a sus ceremonias legales. El que comía bubín o conejos era apedreado; pero el que negaba la inmortalidad del alma podía ser gran sacerdote.

Créese generalmente que el horror que sentían los judíos hacia las otras naciones provenía del horror que les inspiraba la idolatría; pero es más verosímil suponer que el modo como al principio exterminaron algunas poblaciones de Canaán, y el odio que les tuvieron las naciones vecinas, fueron la causa de la aversión que les tenían. Como no conocían más que a los pueblos inmediatos, aborreciéndolos se figuraban que aborrecían a todos los habitantes del mundo, y se acostumbraron de ese modo a ser enemigos de los hombres.

La prueba de que la idolatría de las naciones no fue la causa de su odio es que en la historia de los judíos encontramos que fueron idólatras con frecuencia. El mismo Salomón hacía sacrificios a los dioses extranjeros. Después de su reinado no hay casi ningún rey de la provincia de Judá que no permita el culto de los dioses extranjeros y que no les ofrezca incienso. La provincia de Israel conservó sus dos becerros y sus bosques sagrados, en los que adoró otras divinidades.

No está bien comprobada aún la idolatría que se atribuye a varias naciones; y quizá no será muy difícil lavar esa mancha de la teología antigua. Todas las naciones ilustradas conocieron la idea de un Dios supremo, que era señor de los dioses subalternos y de los hombres. Los egipcios reconocieron un primer principio que llamaron Knef, al que todo lo demás se subordinaba. Los antiguos persas adoraban el principio del bien, que llamaron Oromase, y no hacían sacrificios al

principio del mal, llamado Arimane, que consideraban poco más o menos como nosotros consideramos al diablo. Los guebros, hasta nuestros días, conservan el don más sagrado de la unidad de Dios. Los antiguos brahmanes reconocían un solo Ser Supremo; los chinos no asociaban ningún ser subalterno a la Divinidad, y no tuvieron ídolos hasta la época en que el culto de Fo y las supersticiones de los bonzos sedujeron al populacho. Los griegos y los romanos, a pesar de conocer multitud de dioses, reconocían a Júpiter como soberano absoluto del cielo y de la tierra. Homero, extraviado en las más absurdas ficciones de la poesía, no se separa nunca de esta verdad; representa siempre a Júpiter como el único dios todopoderoso que envía el bien y el mal al mundo, y que con un movimiento de sus cejas hace temblar a los hombres ya los dioses. Erigían altares, hacían sacrificios a los dioses subalternos; pero no hay un solo monumento de la antigüedad en el que la denominación de soberano del cielo se aplique a un dios secundario, a Mercurio, a Apolo ya Marte. El rayo fue siempre el atributo del Dios Supremo.

La idea de un Ser Soberano, de su Providencia, de sus decretos eternos se encuentra en todos los filósofos y en todos los poetas. Quizá es tan injusto creer que los antiguos igualasen a los héroes, los genios y los dioses inferiores, con el que llamaron padre y señor de los dioses, como sería ridículo creer que nosotros igualamos a Dios con los bienaventurados y con los ángeles.

Me preguntáis también si los antiguos filósofos y los legisladores copiaron a los judíos, o si los judíos copiaron de ellos. Respecto a este punto debemos atenernos a lo que nos dice Filón. Confiesa éste que antes de la traducción de los Setenta, los extranjeros no conocían los libros de su nación. Además los grandes pueblos no pueden sacar sus conocimientos y sus leyes de un pueblo insignificante, oscuro y esclavo. Los judíos carecían aún de libros en la época de Osías; y por casualidad, durante su reinado, se encontró el único ejemplar de la ley que existía. Ese pueblo, desde que estuvo cautivo en Babilonia, no conoció más alfabeto que el caldeo, no se distinguió en ningún arte, ni en ninguna clase de manufactura, y hasta en la misma época de Salomón se vio obligado a pagar alto precio trabajadores extranjeros. Decir que los egipcios, los persas y los griegos aprendieron de los judíos equivale a decir que los romanos aprendieron las artes de los bajobretones. Los judíos no fueron nunca físicos, geómetras, ni astrónomos; no tenían escuelas públicas para instruir a la juventud; los pueblos del Perú y de México arreglaban mejor que ellos los años. Su permanencia en Babilonia y Alejandría, durante la que los particulares pudieron instruirse, no hizo aprender al pueblo más que el arte de la usura. Nunca supieron acuñar moneda, y cuando Antíoco Sidetes les permitió que la acuñaran, apenas pudieron aprovecharse de este permiso durante cuatro o cinco años; y todavía hay quien sostiene que su moneda se acuñó en Samaria. Por eso las medallas judías son tan raras, y casi todas son falsas. En una palabra, estudiando a los judíos os convenceréis de que sólo pudieron constituir un pueblo ignorante y bárbaro, dotado de la más sórdida avaricia, de la más detestable superstición y del más invencible odio hacia los otros pueblos que los toleraban y los enriquecieron.

Sobre la ley de los judíos. La ley de los judíos debe parecer a las naciones civilizadas tan extravagante como su conducta; si no fuera divina, pudiéramos considerarla como dictada para salvajes que empiezan a reunirse para constituir un pueblo; pero siendo divina, no alcanzamos a comprender por qué no ha subsistido siempre, no sólo para ellos, sino para todos los hombres.

Siempre nos ha causado extrañeza que ni siquiera insinúe el dogma de la inmortalidad del alma esa ley titulada Levítico y Deuteronomio.

La ley judía prohíbe comer anguilas, porque no tienen escamas, y liebres, porque rumian y no tienen el pie hendido. No cabe duda que los judíos tendrían liebres que serían de otro modo que las nuestras, porque las nuestras tienen el pie hendido y no rumian. Para ellos el grifo es inmundo, las aves de cuatro pies son también inmundas, pero estos anima- les son muy raros. Todo el que tocaba un ratón o un topo era impuro. Se prohíbe en la ley judía que las mujeres se acuesten con caballos y con asnos; para hacer esta prohibición era preciso que las mujeres judías se hubieran dedicado a semejantes galanteos. Se prohíbe a los hombres ofrecer la esperma a Moloch, y para que no se crea que esto es una metáfora, repite la ley que se refiere al semen del macho. El texto llama a esta ofrenda fornicación. En esta parte es curioso el libro sagrado; según parece, era

costumbre en los desiertos de la Arabia ofrecer a los dioses ese singular presente, como es costumbre en algunos países de las Indias, donde, según nos aseguran, las doncellas entregan su virginidad a un Príapo de hierro en el templo. Esas dos ceremonias prueban que el género humano es capaz de todo. Los cafres, que se cortan un testículo, ofrecen todavía un ejemplo más ridículo del fanatismo de la superstición.

También es una ley judía muy extraña la que trata de la prueba del adulterio. La mujer que acusa el marido de ese delito comparece ante los jueces, y le dan a beber el agua de los celos mezclada con absintio y con polvo; si es inocente, esa agua la hace más hermosa y más fecunda; si es culpable, los ojos le saltan de las órbitas, se le hincha el vientre y revientan en presencia del Señor .

No me ocuparé detalladamente ahora de los pormenores de los sacrificios, que no eran más que ceremoniosas operaciones de carniceros; pero no quiero pasar en silencio una especie de sacrificio que era muy común en aquellos tiempos bárbaros. Manda expresamente el capítulo XXVII del Levítico inmolar a los hombres que hayan incurrido en el anatema del Señor. «No hay para ellos rescate, dice el texto; es preciso que la víctima prometida expire».

No cabe duda, pues, de que los judíos, obedeciendo a sus leyes, sacrificaban víctimas humanas. Esos actos religiosos estaban en armonía con sus costumbres; sus mismos libros los representan degollando sin misericordia a todos los que encuentran a su paso, reservándose únicamente las doncellas para su propio uso.

Es muy difícil, y, además, poco importante, averiguar en qué época se redactaron esas leyes, que han llegado hasta nosotros, pero basta saber que son antiquísimas para conocer que las costumbres de entonces eran groseras y feroces.

De la dispersión de los judíos. Se ha supuesto que se profetizó su dispersión como castigo de negarse a reconocer que Jesucristo era el Mesías, olvidando que los judíos estaban ya dispersos por todo el mundo conocido mucho tiempo antes de la encarnación de Jesucristo. Los libros que nos quedan de ese pueblo singular no mencionan el regreso de las diez tribus que transportaron más allá del Eufrates Toglat halasar y Salmanasar, y hasta cerca de seis siglos después. Ciro hizo volver a Jerusalén las tribus de Judá y de Benjamín, que Nabuconodonosor había esparcido por las provincias de su imperio; las Actas de los apóstoles dicen que cincuenta y tres días después de la muerte de Jesucristo se reunieron allí judíos de todas las naciones para celebrar en Jerusalén la fiesta de la Pascua de Pentecostés. Santiago escribió a las doce tribus dispersas, y Josefo, lo mismo que Filón, dicen que había gran número de judíos en todo el Oriente.

Cuando se reflexiona en la matanza que hubo de judíos durante el reinado de algunos emperadores romanos, y en la carnicería que hicieron de ellos todas las naciones cristianas, nos sorprende no sólo que este pueblo subsista todavía, sino que sea más numeroso que lo fue en sus tiempos antiguos. Su aumento llega a atribuirse a estar exento del servicio militar, a su ardoroso deseo por el matrimonio, a su ley de divorcio, a su género de vida sobria y arreglada, a sus abstinencias, a su trabajo ya sus ejercicios.

Digna es de notarse la sumisión constante que los judíos tienen a la ley mosaica, sobre todo si recordamos sus antiguas y frecuentes apostasías, cuando les gobernaban reyes o jueces. El judaísmo es ahora la religión del mundo que cuenta menos apostatas; y quizá éste es el resultado de las persecuciones que sufrió. Sus sectarios, que son mártires perpetuos de su creencia, creen ciegamente profesar la verdadera doctrina, y nos consideran a nosotros como judíos rebeldes que han modificado la ley de Dios y que castigamos a los que la han obtenido de sus propias manos.

Efectivamente, mientras Jerusalén subsistió con su templo, los judíos fueron expulsados de su patria algunas veces; pero fueron expulsados con más frecuencia por el fanatismo ciego de todos los países donde residieron en cuanto se extendió el cristianismo y el mahometanismo. Por eso comparan su religión a una madre que tiene dos hijas, una cristiana y otra mahometana, que le han dado muchas pesadumbres. Pero que aunque la hayan maltratado tiene siempre un verdadero placer en recordar que dio a luz esas dos hijas; se sirve de una y de otra para abarcar el Universo, y en su vejez venerable consigue abarcar todos los tiempos.

Es singular que los cristianos crean realizar las profecías tiranizando a lo judíos que se las transmitieron. Ya hemos visto que la Inquisición hizo desterrar a los judíos de España.

Viéndose reducidos a recorrer muchas tierras y muchos mares para ganarse la vida; declarándolos en todas partes incapaces de poseer bienes raíces y de obtener ningún empleo, se vieron obligados a dispersarse por muchos sitios ya no poderse establecer permanentemente en ninguna región, faltos de apoyo y de poder para conseguirlo. Tuvieron que dedicarse al comercio, profesión que desdeñaban casi todos los pueblos de Europa, y éste fue su único recurso en los tiempos bárbaros; y como necesariamente el comercio tenía que enriquecerles, los trataron de infames usureros. Los reyes, no pudiendo sacar dinero de las bolsas ya vacías de sus vasallos, para apoderarse del de los judíos les hicieron sufrir en el potro, porque no los consideraban como ciudadanos. Lo que les sucedió en Inglaterra puede dar una idea de las vejaciones que sufrirían en los demás países. El rey Juan, necesitando fondos, encarceló a los judíos ricos de su reino: uno de ellos, a quien arrancaron siete dientes, uno después de otro, para que entregara su capital, entregó mil marcos de plata para él y diez mil para la reina; vendió a los demás judíos de su reino a su hermano Ricardo para un año, con la idea de que él abriera el vientre a los que el rey había ya despellejado.

En Francia encarcelaban a los judíos, los robaban, los vendían, los acusaban de ejercer la magia, de sacrificar niños y de envenenar las fuentes; los expulsaban del reino, y luego los dejaban volver pagando; y hasta en las épocas que toleraban que estuvieran en la nación, los distinguían de los demás habitantes por medio de signos infamantes. Por singularidad inconcebible, mientras en otros países los quemaban en la hoguera para hacerles abrazar el cristianismo, en Francia confiscaban los bienes de los judíos que se hacían cristianos. Carlos VI, por medio de un edicto que publicó en Rasville el 4 de abril de 1392, derogó esta costumbre tiránica que, según dice el benedictino Mabillón, se introdujo por las dos razones siguientes: 1.ª, para probar el cristianismo de los recién convertidos, ya que era común entre los judíos fingir que se sometían al Evangelio por algún interés temporal, sin cambiar realmente de creencia; 2.ª, porque como la mayor parte de sus bienes provenían de la usura, la pureza de la moral cristiana requería que los restituyeran, la que se conseguía confiscándoles los bienes.

Pero la verdadera razón de este uso es la que desarrolla el autor de El espíritu de las leyes, porque era una especie de derecho de amortización en favor del príncipe o de los señores las tasas que imponían a los judíos, considerándolos como esclavos de manos muertas a los que éstos sucedían; y los príncipes y los señores se privaban de este beneficio en cuanto los judíos se convertían a la religión cristiana.

Proscritos sin cesar de todos los países, al fin encontraron ingeniosamente el medio de salvar sus fortunas y de establecer fijamente su residencia. Expulsados de Francia en la época de Felipe el Largo en 1318, se refugiaron en la Lombardía y allí dieron letras a los negociantes dirigidas a los que ellos habían confiado su capital al partir, y estas letras se pagaron enseguida. La invención admirable de las letras de cambio debió su origen a la desesperación de los judíos, y entonces únicamente el comercio pudo evitar los ataques y sostenerse en todo el mundo.

MILAGROS. El milagro, según la acepción estricta de esta palabra, significa una cosa admirable; pero, en ese caso, todo es admirable. El orden prodigioso de la naturaleza, la rotación de cien millones de globos alrededor de un millón de soles, la actividad de la luz, la vida de los animales, son milagros perpetuos. Pelo, adoptando la significación que el uso da a esa palabra, llamamos milagro a la violación de las leyes divinas y eternas. Si hubiera un eclipse de sol durante la luna nueva, si un muerto anduviese a pie dos leguas de camino llevando en las manos su cabeza, diríamos que esas dos cosas eran milagros.

Muchísimos físicos sostienen que en ese sentido no puede haber milagros; y he aquí los argumentos en que se fundan para decirlo. El milagro es la violación de las leyes matemáticas divinas, inmutables y eternas. Por esta sencilla definición se comprende que el milagro indica contradicción en los términos; porque una ley no puede ser al mismo tiempo inmutable y violada. A esto les contestan: Las leyes que estableció Dios, ¿no puede El mismo suspenderlas? Los

físicos citados tienen la audacia de responder que no; porque es imposible que el Ser infinitamente sabio establezca leyes para violarlas. No podría, añaden, descomponer su máquina más que para hacerla andar mejor; luego, claro es que sien- do Dios el autor de esta inmensa máquina, la construyó lo mejor que pudo; y si vio que tenía alguna imperfección que resultaba de la naturaleza de la materia, la corrigió desde el principio; de modo que ya no compondrá nunca la máquina. Además, Dios no hace nada sin motivo; y ¿qué razón puede haber para que desfigure por unos instantes su propia obra? Lo hace en beneficio de los hombres, les contestan. Pero ellos replican: eso se comprendería si fuera en beneficio de todos los hombres: pero no se puede concebir que la naturaleza divina interrumpa sus leyes para favorecer a algunos y no para favorecer a todo el género humano; y todavía el género humano es una cosa insignificante para ella, es menos que un hormiguero, comparándolo con todos los seres que llenan la inmensidad. ¿No es, pues, la más absurda de las locuras imaginar que el Ser infinito interrumpa en beneficio de tres o cuatrocientas hormigas el juego eterno de los resortes inmensos que hacen mover todo el Universo?

Pero supongamos que Dios quiso distinguir a un escaso número de hombres; ¿por eso tiene que cambiar lo que estableció para todos los tiempos y todos los lugares? Ciertamente no hay necesidad de ese cambio ni de esa inconstancia para que resulten favorecidas sus criaturas; que esos favores los obtienen de las leyes eternas. Dios lo ha previsto todo, y todo lo organizó con ellas; todas obedecen irrevocablemente a la fuerza que imprimió para siempre a la Naturaleza.

¿Para qué había de hacer Dios milagros? Para conseguir la realización de algún designio respecto de algunos seres vivientes. En ese caso Dios tendría que decir: No puedo conseguir con la creación del Universo ni con sus leyes inmutables, para realizar lo que con ellas no puedo conseguir. Eso sería la más inconcebible contradicción. De modo que suponer que Dios hace milagros es insultarle, si es que los hombres pueden insultar a Dios; equivale a decir: Sois un ser débil e inconsecuente. Es, pues, absurdo creer en los milagros y deshonrar en cierto modo a la divinidad.

Los incrédulos, obstinándose todavía en atacar a los filósofos, continúan diciéndoles: En vano os esforzáis en encarecer la inmortalidad del Ser Supremo, la eternidad de sus leyes y la regularidad de los infinitos mundos; porque a pesar de ser eso cierto, el pequeño hormiguero del mundo está lleno de milagros, y las historias refieren tantos prodigios como sucesos naturales. Las hijas del gran sacerdote Anius convertían todos los objetos que querían en trigo, en vino o en aceite; Athalida, hija de Mercurio, resucitó varias veces; Esculapio resucitó a Hipólita; Hermes volvió al mundo después de haber pasado quince días en los infiernos; Rómulo y Remo fueron hijos de un dios y de una vestal; el palladium cayó desde el cielo en la ciudad de Troya; la cabellera de Berenice se convirtió en una constelación de estrellas; la cabaña de Baucis y Filemón se trocó en hermosísimo templo; la cabeza de Orfeo pronunciaba oráculos después de la muerte de éste; las murallas de Tebas se construyeron ellas a sí mismas al son de la flauta, en presencia de los griegos; las curas que se hicieron en el templo de Esculapio fueron innumerables, y todavía conservamos monumentos en los que constan los nombres de los testigos oculares que presenciaron los milagros que hizo Esculapio. Os desafiamos a que encontréis un solo pueblo en el que no se hayan realizado prodigios increíbles, sobre todo en los tiempos en que casi nadie sabía leer ni escribir.

Los filósofos contestan a esas objeciones con la sonrisa burlona en los labios, encogiendo y levantando los hombros; y los filósofos cristianos replican: creemos en los milagros que realizó nuestra santa Religión, porque así nos lo manda la fe; y sin dar oídos a nuestra razón, que nos guardaremos bien de escuchar; porque cuando la fe habla, la razón debe callar; creemos firmemente en los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, pero permitidnos dudar de otros muchos, permitidnos que suspendamos nuestro fallo respecto a lo que nos refiere un hombre sencillo a quien apellidan grande. Asegura que un fraile estaba tan acostumbrado a hacer milagros, que el prior se lo prohibió; el fraile le obedeció, pero un día, viendo que un pobre pizarrero caía a la calle desde lo alto de un techo, estuvo titubeando entre el deseo que tenía de salvarle la vida y el deseo que tenía de no desobedecer al prior. Para cohonestarlo todo ordenó en aquel instante que el pizarrero quedara suspendido en el aire hasta nueva orden, y corriendo fue a referir al prior lo que acontecía. El prior le absolvió del pecado que había cometido, empezando a

hacer un milagro sin su permiso, y le permitió que lo terminara, con la condición de que ya no volviera a hacer ningún otro. Razón tienen los filósofos para decir que no debemos tener fe en esa historia.

Pero ¿cómo os atreveréis a negar, le objetan los crédulos, que San Gervasio y San Protasio se aparecían en un sueño a San Ambrosio y que le indicaran el sitio donde se encontraban las reliquias de esos dos santos que San Ambrosio desenterró y con ellas curó a un ciego? San Agustín estaba entonces en Milán, y refiere ese milagro en la Ciudad de Dios, libro XXII. He aquí uno de los milagros mejor comprobados. Los filósofos les contestan que ellos no creen en nada, que Gervasio y Protasio no se aparecieron a nadie, que importa muy poco al género humano que se averigüe el sitio donde existen los restos de sus esqueletos; que tienen tan poca fe en el ciego de San Ambrosio como en el ciego de Vespasiano; que ése es un milagro inútil que Dios no tenía por qué hacer y que ellos se sostienen siempre en sus principios. El respeto que tengo a San Gervasio ya San Protasio no me permite participar de la opinión de esos filósofos, y me concreto a dar cuenta de su incredulidad. Dan mucha importancia al pasaje de Luciano que se encuentra al ocuparse de la muerte de Pelegrinus, que dice: «Cuando un jugador de manos hábiles se convierte al cristianismo, puede estar seguro de que hará fortuna.» Pero como Luciano es un autor profano, no debe tener autoridad para nosotros.

Dichos filósofos no pueden resolverse a creer los milagros que se realizaron en el siglo II. Es inútil para ellos que testigos oculares refieran que cuando San Policarpo, obispo de Esmirnio, fue sentenciado a morir en la hoguera, oyeron una voz que desde el cielo le gritaba: «Valor, Policarpo, sé valiente, demuestra que eres hombre»; que entonces las llamas de la hoguera se separaron de su cuerpo y formaron un pabellón de fuego alrededor de su cabeza; que del centro de la hoguera salió una paloma, y que para conseguir matar a Policarpo tuvieron que cortarle la cabeza. ¿Para qué sirve ese milagro? , dicen los incrédulos; ¿por qué las llamas perdieron su naturaleza, y por qué el hacha del ejecutor no perdió la suya? ¿En qué consiste que muchos mártires salían sanos y salvos del aceite hirviendo, y no podían resistir el filo de la espada? A esto contestan que ésa fue la voluntad de Dios; pero los filósofos quisieran ver todo eso para creerlo.

Los que buscan la ciencia para apoyar sus argumentos os dirán que los padres de la Iglesia confiesan muchas veces que ya no se hacían milagros en sus tiempos. San Crisóstomo dice: «Los dones extraordinarios del espíritu se concedieron hasta a las personas más indignas, porque entonces la Iglesia necesitaba hacer milagros; pero en la actualidad no se conceden esos dones ni a las personas más dignas, porque la Iglesia no los necesita ya.» Luego confiesa también que no hay nadie que pueda resucitar muertos, ni aun curar a los enfermos.

El mismo San Agustín, a pesar de contar el milagro de Gervasio y de Protasio, dice en la Ciudad de Dios: «¿Por qué los milagros que se hacían ayer hoy ya no se hacen?» y da la misma razón que San Crisóstomo. Objetan a los filósofos que San Agustín, a pesar de esa confusión, dice, sin embargo, que un zapatero remendón de Hippona, que había perdido su traje, fue a rezar a la capilla de los veinte mártires para que apareciera; y al volver encontró un pez que tenía en su cuerpo un anillo de oro y que el cocinero que frió el pescado le dijo al zapatero: «He aquí lo que los veinte mártires os dan.» Al oír esta historia, los filósofos replican que no hay en ella nada que contradiga las leyes de la naturaleza, que no se falta a las leyes de la física porque un pez se trague un anillo de oro, y que no tiene nada de particular que el cocinero entregue el anillo al zapatero remendón; que eso no es un milagro.

Si se recuerda a dichos filósofos lo que dice San Jerónimo en la vida del ermitaño Pablo, que dicho ermitaño tuvo varias conversaciones con sátiros y con faunos; que un cuervo le trajo todos los días durante treinta años medio pan para que le sirviera de comida, y un pan entero el día que San Antonio fue a visitarle, podrán contestarles también que en nada esto es contrario a la física, que los sátiros y los faunos pueden haber existido, y que en todos los casos ese cuento es una puerilidad que no tiene nada de común con los verdaderos milagros del Salvador y de sus apóstoles.Muchos cristianos buenos han rebatido la historia de San Simeón Estilita, que escribió Theodoret; muchos milagros que tiene por auténticos la Iglesia griega los han puesto en duda

muchos autores de la Iglesia latina, como no ha creído muchos milagros latinos la Iglesia griega, y los protestantes han puesto en duda los milagros de ambas Iglesias.

Un sabio jesuita, que predicó mucho tiempo en las Indias, se lamentaba de que él y sus compañeros no pudieran hacer nunca ningún milagro. Javier se lamenta también en alguna de sus cartas de no poseer el don de las lenguas; dice que se encuentra en el Japón como una estatua muda; y, sin embargo, los jesuitas han escrito que resucitó ocho muertos; mucho es, pero hay que tener presente que los resucitaba a seis mil leguas de Europa. Algún tiempo después hubo algunos individuos que dijeron que la expulsión de los jesuitas de Francia fue un milagro mayor que los que hicieron Javier e Ignacio.

Convienen todos los cristianos en que los milagros de Jesucristo y de los apóstoles son incontestables, pero que podemos dudar de algunos milagros verificados en los últimos tiempos y cuya autenticidad no esté bien probada. Desearían, por ejemplo, para probar bien un milagro, que se realizara ante la Academia de Ciencias de París o de la Sociedad Real de Londres, auxiliadas por el destacamento de un regimiento que impidiera que la multitud se aglomerara e impidiera que se verificara la operación del milagro.

Preguntaban un día a un filósofo qué diría si viese que el sol se paraba, esto es, si cesaba el movimiento de la tierra alrededor de dicho astro, si todos los muertos resucitaran, y si todos los montes se arrojaran al mar, para probar una verdad importante, como, por ejemplo, la gracia versátil. «¿Qué diría? , respondió el filósofo; me haría maniqueo y contestaría que existía un principio que deshace lo que hace el otro principio.»

El gobierno teocrático sólo puede fundarse en los milagros porque en él todo debe ser divino. El gran soberano sólo habla a los hombres por medio de prodigios. Estos son sus ministros y sus credenciales. Publica sus órdenes el Océano, que cubre todo el mundo para ahogar a las naciones o abre el fondo de su abismo para darles paso.

Por eso en la historia judía no hay más que milagros, desde la creación de Adán y la formulación de Eva de una costilla de éste, hasta el reyezuelo Saúl. En la época de Saúl todavía la teocracia se divide el poder con la monarquía, y, por consecuencia, de tarde en tarde se realiza algún milagro; pero ya no se ve la serie brillante de prodigios que anteriormente asombraban a la naturaleza. No se reproducen ya las siete plagas de Egipto, no se para ya en pleno mediodía el sol y la luna para dar tiempo a un capitán para que extermine algunos fugitivos aplastados antes por una lluvia de piedras caídas desde el cielo. Sansón no extermina ya mil filisteos con una mandíbula de asno; las burras ya no hablan, las murallas no caen al son de las trompetas, las ciudades no se abisman en un lago castigadas por el fuego del cielo, el diluvio no vuelve a destruir la raza humana. La mano de Dios se manifiesta todavía; sin embargo, la sombra de Saúl se aparece a una maga; el mismo Dios promete a David que le defenderá contra los filisteos.

Dios reúne su ejército celeste en la época de Achab, y pregunta a esos espíritus: «¿Quién engañará a Achab, y quien le hará ir a la guerra a pelear contra Ramoth en Galgala?» Uno de los espíritus, avanzando ante el Señor, le dijo: «Le engañaré yo.» Pero únicamente el profeta Miqueas fue testigo de esa conversación; y por haber anunciado ese prodigio recibió un bofetón de otro profeta llamado Sedecías.

Milagros que se realicen ante la faz de la nación y que perturben las leyes de la naturaleza no se vuelven a ver hasta la época de Elías, a quien el Señor envió un carro y dos caballos de fuego, que desde las orillas del Jordán lo transportaron al cielo. Desde el principio de los tiempos históricos, esto es, desde las conquistas de Alejandro, ya no se ven milagros en el pueblo judío. No se verifica ningún milagro cuando Pompeyo se apodera de Jerusalén, cuando Craso saquea el templo, cuando Antonio entrega la Judea a Herodes, cuando Tito toma por asalto a Jerusalén, ni cuando la arrasa Adriano. Así sucede en todas las naciones del mundo; empiezan por la teocracia y terminan con gobiernos puramente humanos. Cuanto más van perfeccionándose las sociedades menos prodigios hay en ellas.

Comprendemos que la teocracia de los judíos fue la única verdadera y que las de los demás pueblos eran falsas; pero a éstos les sucedió lo mismo que a los judíos. En Egipto, en la época de

Vulcano y en la de Isis y Osiris, todo lo que sucedía estaba fuera de las leyes de la naturaleza; pero volvió a sujetarse a ellas en la época de los Ptolomeos. En los siglos de Phos, de Chrysos y de Ephesto los dioses hablaban familiarmente con los hombres de la Caldea. Un dios participó al rey Xissutre que habría un diluvio en la Armenia y que era preciso que construyera rápidamente un buque de cinco estadios de longitud y de dos de profundidad. Cosas semejantes no le sucedieron ni a Darío ni a Alejandro.

El pez Oannes salía antiguamente todos los días del Eufrates y predicaba en las costas; ahora ya no hay ningún pez que predique. Verdad es que San Antonio de Padua les predicó; pero esto fue un hecho aislado, del que no se puede sacar ninguna consecuencia.

Numa tenía largas conversaciones con la ninfa Egeria; andando el tiempo no se ve que César hable con Venus, aunque descendía de ella por línea recta. El mundo, según se dice, va refinándose de día en día; pero después de haber salido de un cenagal pasa algún tiempo y se sumerge en otro; a siglos civilizados suceden siglos bárbaros; expulsan la barbarie, pero luego reaparece; es la alternativa continua del día y de la noche.

De los que niegan la realidad de los milagros de Jesucristo. En la época moderna, Thomas Woolston, doctor en Cambridge, fue el primero que tuvo la audacia de no admitir en los Evangelios más que un sentido típico, alegórico y espiritual, sosteniendo con descaro que ninguno de los milagros de Jesús se realizó. Escribía sin método, sin arte, con estilo confuso y grosero; pero no sin vigor. Los seis discursos que compuso contra los milagros de Jesucristo se vendían pública- mente en Londres y en su misma casa. Desde 1727 hasta 1729, en dos años, hizo tres ediciones de veinte mil ejemplares cada una; y es difícil encontrar un solo ejemplar en las librerías. Ningún cristiano atacó con tanta audacia al cristianismo; pocos escritores respetaron menos al público, y ningún sacerdote se declaró abiertamente tan enemigo de los demás sacerdotes.

Si creemos lo que dice en el tomo I, página 38: «... envió Jesucristo los diablos para que se metieran en los cuerpos de dos mil cerdos, lo que es hacer un robo al propietario de dichos animales. Si se dijera eso mismo de Mahoma, le hubieran calificado de hechicero perverso. Si el dueño de los cerdos, si los comerciantes que vendían en el primer recinto del templo los animales para los sacrificios, que Jesús arrojó de allí a latigazos, pidieran justicia contra él cuando fue detenido, es evidente que le hubieran condenado; y ningún jurado de Inglaterra hubiera creído que no era culpable».

Dice la buenaventura a la Samaritana como un bohemio; esto es suficiente para que lo expulsaran del país, como Tiberio expulsaba entonces a los adivinos. Me sorprende, añade Woolston, que los bohemios actuales no se llamen verdaderos discípulos de Jesús, dedicándose como él al mismo oficio. Se me resiste creer que no sacara dinero a la Samaritana, como hacen los sacerdotes modernos que cobran grandes cantidades por sus adivinaciones.

En esta relación sigo el número de las páginas de los discursos de Woolston. Desde ese pasaje salta el autor a la entrada de Jesucristo en Jerusalén. No se sabe, dice, si entró en la ciudad montado en una burra, en un burro o en un borriquito. Compara a Jesús tentado por el diablo con San Dustan, que cogió al diablo por la nariz, y da la preferencia a San Dustan.

Ocupándose del milagro de la higuera que se secó por no haber producido higos fuera de la estación, dice que Jesús era un vagabundo, un pordiosero, un hermano colector; y que antes de dedicarse a predicar en los caminos reales fue un miserable aprendiz de carpintero; y es sorprendente que la curia romana no conserve entre sus reliquias alguna obra de sus manos, como un escabel o una mesa. Es difícil llevar más lejos la blasfemia. Se divierte ocupándose de la piscina de Betsaida, a la que un ángel iba todos los años a enturbiar el agua. Pregunta cómo es que ni Flavio Josefo ni Filón hablan de dicho ángel, por qué San Juan es el único que refiere ese milagro anual y por qué ningún romano vio nunca semejante ángel, ni oyó hablar de él.

El agua convertida en vino en las bodas de Canaán, en la opinión de Woolston, excita la risa y el desprecio de los hombres que no están embrutecidos por la superstición; y como Juan dice terminantemente que los convidados estaban ebrios cuando Dios descendió al mundo, exclama dicho autor que se operó un milagro para que bebieran más cuando estaban ya borrachos.

Con sentimiento y temblando refiero dichos pasajes; pero hay impresos sesenta mil ejemplares del libro que cito, que llevan el nombre del autor, que se han vendido públicamente en su casa; y nadie puede decir que le calumnio.

Se encarniza sobre todo con los muertos que resucitó Jesucristo. Afirma que un muerto resucitado hubiera llamado la atención y hubiera asombrado al Universo; que toda la magistratura judía, sobre todo Pilato, hubieran formado procesos verbales, porque Tiberio mandaba a los procónsules, a los pretores, a los presidentes de las provincias que informaran exactamente de todo; que hubieran interrogado a Lázaro, que pasó cuatro días muerto, para averiguar qué es lo que hacía su alma durante ese tiempo. Tres muertos devueltos a la vida hubieran sido tres testimonios de la divinidad de Jesús que hubieran convertido todo el mundo al cristianismo. Sucedió todo lo contrario; todo el mundo estuvo ignorando durante dos siglos esas pruebas convincentes. Al cabo de cien años algunos hombres desconocidos se enseñaron unos a otros, guardando el mayor secreto, los escritos que referían esos milagros. No los mencionan ni el historiador judío Flavio Josefo, ni el sabio Filón, ni ningún historiador griego ni romano. Woolston tiene la imprudencia de decir que la historia de Lázaro está tan llena de absurdos, que San Juan estuvo desatinado cuando la escribió. Blasfema de la encarnación, de la resurrección, de la ascensión de Jesucristo, considerándolas bajo su punto de vista; y dice que esos milagros son la impostura más descarada y más manifiesta que hubo en el mundo.

Lo más extraño que hizo Woolston fue dedicar cada uno de sus discursos a un obispo. Por cierto que sus dedicatorias no son a la francesa; no sólo no los adula ni los elogia, sino que les echa en cara su orgullo, su avaricia, su ambición y sus intrigas; y se burla de ellos porque se han sometido a las leyes de la nación como los demás ciudadanos.

Al fin, los obispos, hartos de ver que les ultrajaba un miembro de la Universidad de Cambridge, le denunciaron pidiendo protección a las leyes, a las que estaba sujeto. Le procesó el tribunal de justicia de Inglaterra; en el año 1728 encarcelaron a Woolston, sentenciándole a pagar una multa ya prestar fianza por valor de ciento cincuenta libras esterlinas. Sus amigos pagaron esta fianza, y él no murió en la cárcel, como dice alguno de los diccionarios que se escriben de cualquier modo. Murió en su casa de Londres, acabando de pronunciar estas palabras: «Este es un paso que todo hombre debe dar». Algún tiempo antes de su muerte, una devota que le encontró en la calle le escupió en la cara; él se enjugó el salivazo y la saludó. Sus costumbres eran sencillas y morigeradas, aunque se obstinó en el sentido místico del Evangelio y blasfemó de su sentido literal.

Casi al mismo tiempo apareció en Francia el testamento de Juan Meslier, cura de But y d'Etrepigny, en Champagne.

Es cosa sorprendente y triste que dos sacerdotes escribiesen al mismo tiempo contra la religión cristiana. El cura Meslier es todavía más arrebatado que Woolston; dice que son cuentos absurdos e injuriosos para la Divinidad llevarse el diablo a la montaña al Salvador, las bodas de Canaán, el milagro de los panes y de los peces y otra porción de milagros injuriosos para la Divinidad, que durante trescientos años desconoció el Imperio romano, y que desde la canalla llegaron hasta el palacio de los emperadores, cuando la política les obligó a adoptar las supersticiones del pueblo para subyugarse mejor. Las declamaciones del sacerdote inglés son semejantes a las del cura de Francia; pero Woolston trata algunas veces con miramiento los milagros y Meslier nunca; es el hombre a quien han encolerizado los delitos que presenció y que hace responsable de ellos a la religión cristiana, que los condena y los anatematiza. Mira con desdén y con desprecio todos los milagros, llegando en su odio hasta el paroxismo de comparar a Jesucristo con don Quijote, y San Pedro con Sancho Panza, y es lo más deplorable que escribía esas blasfemias encontrándose ya en brazos de la muerte, en esos momentos supremos en que los más falsos no se atreven a mentir, y en que los más intrépidos tiemblan. Se han escrito muchos compendios de la obra que escribió, pero las autoridades se apoderaron de todos los que pudieron.

El cura de Bonne-Nouvele escribió también sobre ese asunto y con igual criterio; de modo que al mismo tiempo que el abad Becheran y los demás convulsionarios realizaban falsos milagros, tres sacerdotes escribían contra los milagros verdaderos; pero el libro más terrible que apareció

contra las profecías y contra los milagros fue el que compuso milord Bolingbroke. Por fortuna costa de seis volúmenes gruesos, carece de método y su estilo es tan pesado y tan empalagoso que se necesita extraordinaria paciencia para leerlo.

El Talmud sostiene que hay muchos cristianos que al comparar los milagros que contiene el Antiguo Testamento con los del Nuevo abrazaron al judaísmo, creyendo que no era posible que el Señor de la naturaleza realizara tantos prodigios en pro de una religión que deseaba extinguir. Dicen más: afirman que su hijo, que es Dios Eterno, al nacer judío se afilió a la religión judía durante toda su vida, desempeñando todas las funciones de ella, frecuentando los templos judíos y no exponiendo nada contrario a sus leyes; añaden, además, que todos los discípulos de Jesús son judíos y observaron las ceremonias de éstos. No fue, pues, él quien estableció la religión cristiana, sino los judíos disidentes que se asociaron con los platónicos. Ni un solo dogma del cristianismo predicó Jesucristo.

De este modo opinan hombres temerarios, de imaginación falsa y audaz, que se atreven a juzgar las obras de Dios y que sólo admiten los milagros del Antiguo Testamento para negar los milagros del Nuevo.

Al número de esos desventurados perteneció el sacerdote de Lorena Nicolás Antonio, de quien no se conocen más nombres. En cuanto acabó de recibir las cuatro órdenes menores en Lorena, el predicante Ferry, de paso por dicha ciudad, le hizo entrar en escrúpulos, y abrazó la religión protestante, y fue ministro de ella en Ginebra en el año 1630. Empapado en la lectura de los rabinos, llegó a convencerse de que si los protestantes tenían razón contra los papistas, los judíos también tenían razón contra todas las sectas cristianas. Salió de la aldea de Divonne, en donde era pastor , y se dirigió a Venecia para abrazar allí el judaísmo con un aprendiz de teología al que había convencido, y que luego le abandonó, porque no tenía vocación de mártir .

Al principio el ministro Nicolás Antonio se abstuvo de pronunciar el nombre de Jesucristo en sus sermones y en sus rezos; pero muy pronto, entusiasmado con el ejemplo que le daban los santos judíos ante los príncipes de Tiro y de Babilonia, se fue descalzo a Ginebra a declarar ante los jueces que sólo hay una religión verdadera en el mundo, como no hay más que un Dios; que esa religión es la judía, que era indispensable circuncidarse y crimen horrible comer carne de cerdo y budín. Exhortó tan patéticamente a los ginebrinos, que pronto dejaron de ser hijos de Belial, convirtiéndose en buenos judíos, con la esperanza de alcanzar el reino de los cielos. Lo prendieron y lo maniataron.

El Consejo de Ginebra, que no obraba nunca sin consultar con el Consejo de los predicantes, pidió su opinión a éste. Los sacerdotes más sensatos de este último Consejo opinaron que debían sangrar a Nicolás Antonio de la vena cefálica, hacerle tomar baños y buenos potajes, asegurando que después de esos remedios le acostumbrarían insensiblemente a pronunciar el nombre de Jesucristo; añadiendo que las leyes toleraban la existencia de los judíos, de los que en Roma vivían ocho mil, y ya que en Roma admitían ese número, bien podía Ginebra tolerar un judío. La mayoría de los pastores de dicho Consejo se indignó al oír la palabra tole- rancia, y deseando encontrar pretexto para quemar un hombre, lo que ya sucedía raras veces, opinaron que Nicolás Antonio debía morir en la hoguera.

El síndico Sarrasin y el síndico Godefrin encontraron admirable la opinión del Consejo de Ginebra y sentenciaron a Nicolás Antonio a morir entre las llamas; esta sentencia se ejecutó el 20 de abril de 1632 en un sitio campestre que se llamaba Plain-Palais, y presenciaron la ejecución veinte mil curiosos. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob no repitió el milagro del horno de Babilonia para salvar a Nicolás Antonio.

Abauzit, escritor verídico, refiere en sus notas que Antonio murió constante en sus opiniones y persistiendo en ellas; que no se incomodó con sus jueces ni denotó orgullo ni bajeza, y murió resignado. Ningún mártir consumó su sacrificio con tal fe; ningún filósofo sufrió muerte tan horrible con igual serenidad. Esto prueba que su locura era una firme convicción.

Muchos escritores, que tuvieron la desgracia de ser más filósofos que cristianos, fueron tan osados que negaron los milagros de nuestro Salvador; pero es ocioso hablar de ellos después de habernos ocupado de cuatro sacerdotes.